

índice

la enseñanza de la historia en las escuelas Waldorf 1

rebeliones 5

[i:01] España y Holanda 5 • [i:02] la rebelión holandesa 9 • [i:03] el asedio de Leiden 10 • [i:04] el derecho divino de los reyes 13 • [i:05] Carlos I de Inglaterra 16 • [i:06] Cromwell y la guerra civil inglesa 17 • [i:07] la ejecución de Carlos 20 • [i:08] Inglaterra y Escocia 22 • [i:09] el lord protector 25 • [i:10] la restauración 27 • [i:11] el monarca alegre 29 • [i:12] la plaga y el gran incendio 31 • [i:13] la revolución gloriosa 33 • [i:14] la unión de 1707 35 • [i:15] la rebelión jacobita 37 • [i:16] pasado y futuro: Rusia y Alemania 39

la revolución francesa 42

[ii:01] los hugonotes 42 • [ii:02] le roi soleil 45 • [ii:03] versalles 47 • [ii:04] el sistema bancario 49 • [ii:05] Luis XV y Federico II el Grande 52 • [ii:06] el conde saint germain 54 • [ii:07] Rousseau, Voltaire y los aristócratas 56 • [ii:08] la guerra de independencia americana 58 • [ii:09] Luis XVI. los tres estamentos 60 • [ii:10] libertad. igualdad. fraternidad 63 • [ii:11] las tulerías 65 • [ii:12] Danton, Robespier, Marat 67 • [ii:13] el reino del terror 69 • [ii:14] Napoleón 72 • [ii:15] Napoleón en Egipto 74 • [ii:16] el emperador Napoleón y Trafalgar 77 • [ii:17] Austerlitz. Wellington. Rusia. 1812 79 • [ii:18] el elba 81

los siglos XIX y XX 83

[iii:01] el estado tripartito 83 • [iii:02] el inicio de la revolución industrial 85 • [iii:03] la energía del vapor 87 • [iii:04] la locomotora 89 • [iii:05] los proletarios 91 • [iii:06] libertad y economía 93 • [iii:07] Robert Owen 95 • [iii:08] la lucha de los trabajadores 97 • [iii:09] Robert Clive 100 • [iii:10] Garibaldi: los primeros años 102 • [iii:11] Garibaldi y la unificación de Italia 104 • [iii:12] Henry Dunant 106 • [iii:13] Abraham Lincoln 109 • [iii:14] el zar Alejandro II 111 • [iii:15] Bismarck 113 • [iii:16] el cambio de siglo 115 • [iii:17] la primera guerra mundial 118 • [iii:18] el ascenso del nacionalismo 120 • [iii:19] la segunda guerra mundial 123 • [iii:20] perspectivas 125

Charles Kovacs
**La era de la
revolución**

el profanador de textos

profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.

(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados

confesiones de invierno

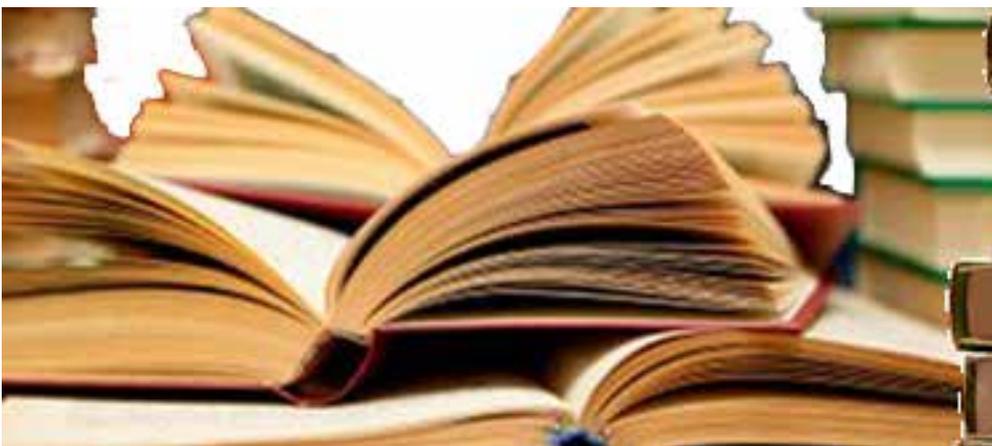
(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



con respecto a este libro

Título: ‘La era de la revolución’

Autor: Charles Kovacs

ISBN: 978-682-072-1

Título original: ‘The Age of Revolution’

Editorial: Editorial Antroposófica

Fecha de impresión: 2014

primera pedeeeficación:
marzo 2, 2020

actualizaciones:

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el ‘Asunto: Tipear.’ Gracias.

GA / S-

Los **libros** escritos por **Rudolf Steiner** y las **recopilaciones de conferencias** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. Se ha intentado referir al GA para evitar confusiones. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’ Hay más de 354 GAs. Cada **conferencia** se idenitica con la sigla ‘S-nnnn,’ ‘Schmidt,’ apellido del autor del listado. Hay mas de 5.695.

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf’ fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número ⁽⁰²⁾ o un número y una letra ^(02c) al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

acerca de este proyecto

nota de el profanador de textos

Durante el primer curso¹ para maestros Waldorf impartido por Rudolf Steiner, él dijo que los maestros debían narrar historias de diferentes épocas del desarrollo de la humanidad durante los diferentes grados de la escuela.

La explicación que da el autor en ‘la enseñanza de la historia en las escuelas Waldorf’ es más que esclarecedora sobre el por qué Rudolf Steiner indicó hacerlo.

Para séptimo grado corresponde la historia posterior a la caída del Imperio Romano, cuando Europa cae en el oscurantismo, y luego surgen nuevas luces artísticas e intelectuales, en la era del descubrimiento y el renacimiento.

Dado que Kovacs fue maestro en una escuela Waldorf de Escocia, quizás haya demasiado material sobre la historia de ese país. El traductor al castellano agregó partes en consecuencia. ♣

¹ Steiner, Rudolf. ‘Coloquios Pedagógicos.’ [GA295] [n. del pr.]

la enseñanza de la historia en las escuelas Waldorf

por Charles Kovacs

¿Cuál es el propósito de enseñar historia a los niños?

Es una asignatura que se imparte en todas las escuelas, pero casi nunca se responde a esa pregunta.

Normalmente, la enseñanza de la historia es una convención establecida cuya validez habría de cuestionarse.

He visto ejemplos de enseñanza de la historia cuyo objetivo era implantar el patriotismo en el corazón de los jóvenes.

Y si le damos esa orientación a su enseñanza no cabe duda de que la meta puede cumplirse.

Pero esa manera tendenciosa de enseñar historia se ha usado —y sigue usándose en muchas partes del mundo— para instilar el nacionalismo a ultranza e impartir prejuicios nacionales.

Si ese fuera el único objetivo de la enseñanza de la historia creo que sería mejor para los niños seguir ignorando su historia nacional.

Otra posible respuesta es que el conocimiento de la historia es necesario para entender el mundo actual.

Con esa respuesta nos movemos en un terreno más sólido.

Pero entonces, en lo que se refiere a la enseñanza a los jóvenes —y les ruego que tengan esta salvedad muy en cuenta— la historia sólo es importante en la medida en que, de una manera u otra, sea relevante para el presente.

Teniendo esto en cuenta, no todos los antiguos reyes del país, no todas sus batallas, guerras o tratados son relevantes.

Esa es nuestra aproximación a la enseñanza de la historia en las Escuelas Waldorf.

Es uno de los medios para preparar a los jóvenes para la vida en nuestra época actual.

Enseñarles el pasado los prepara para estar aquí y ahora.

Y vista a esa luz, la historia se convierte en una materia de importancia suprema.

Aquellas personas que sufren de amnesia —sea debido a un trauma o a una tensión nerviosa— han perdido el contacto con su pasado personal, no pueden reconocer a sus amigos ni a sus parientes cercanos todos le son desconocidos.

No somos únicamente individuos separados, sino miembros de una comunidad, de una nación, de la humanidad en su conjunto.

Y al igual que como individuos necesitamos una memoria individual, como seres sociales necesitamos la historia.

Una persona que desconozca o no sienta la historia sufre de ‘amnesia social.’

Se encuentra con los suyos como si fueran extraños, socialmente carece de pasado.

El comportamiento antisocial de algunos jóvenes, su destructividad gratuita, puede llevar a preguntarnos qué tipo de enseñanza de la historia recibieron, si es que recibieron alguna.

el profanador de textos

Pues no se trata sólo de impartir una cadena de hechos históricos, sino mucho más del cómo se imparte.

Así, por ejemplo, uno de los desafíos de la enseñanza de la historia en nuestras escuelas es ofrecer a los niños una ‘sensación’ de lo que es el tiempo.

A un niño de diez años no le dice nada el hecho de que Carlomagno viviera hace mil años. La cifra de ‘mil años’ significa para el niño lo mismo que ‘millones de años luz’ pueden significar a un profano.

Es una cifra muy grande, pero al niño no le hemos transmitido una ‘sensación de tiempo.’

Una gráfica en la pizarra requiere un nivel de pensamiento abstracto que el niño no alcanza hasta cerca de la pubertad.

Siguiendo una sugerencia de Rudolf Steiner, hice lo siguiente en mi clase con niños de diez y once años.

Le indiqué a uno de ellos que tomara a su vecino de la mano y le dije:

—*Tu vecino es ahora tu padre cuando era niño.*

Naturalmente todo el mundo se puso a reír en la clase.

Luego le dije al vecino:

—*Toma de la mano a la niña que tienes al lado. Ella es la abuela del primer compañero.*

Luego otro niño se añadió a la cadena, el bisabuelo. Y luego les dije:

—*¿Veis? Ahora hemos retrocedido unos cien años.*

En ese momento todo el mundo quería participar en la cadena como tatarabuelos, etcétera.

Y cuando toda la clase se había unido en la cadena habíamos retrocedido unos quinientos años, y los niños comprendieron que nos haría falta otra clase entera con el mismo número de niños para llegar a la época de Carlomagno.

Se puede ver con facilidad que semejante aproximación al tiempo contiene un elemento social.

El pasado lejano no es, pues, cuestión de añadir ceros, sino que el niño se sienta vinculado al pasado por los compañeros de clase que representan a sus antepasados.

Ese es simplemente un pequeño detalle concreto de nuestro trabajo en clase.

El término ‘historia’ —como ciencia, como recordación del pasado— coincide con el de su homónimo ‘historia’ —como narración, relato—.

De hecho, cuando empezó a escribirse la historia en antigua Grecia, no era más que una colección de ‘relatos’ o ‘narraciones’ sobre grandes personajes.

Para el niño hasta los catorce años, la historia ha de seguir siendo eso, una colección de relatos o narraciones.

Y al hablar de ‘narraciones’ nos referimos a algo que apela a los sentimientos del niño, un relato que levanta sentimientos de simpatía o antipatía, placer o desagrado.

No sé si existe la historia ‘objetiva,’ pero si la hubiera, no es el tipo de historia que dejaría impresión alguna en el niño.

Los hechos y fechas puros y duros no hacen más que aburrir a los niños, lo que es peor que no darles historia en absoluto.

Y por eso, en los cursos para los más jóvenes, intentamos presentar la historia en imágenes vívidas.

Intentamos convertir a los héroes y villanos de la historia en lo más reales y concretos posible.

Nada es más gratificante para un maestro de niños entre once y catorce años que ver a una clase rebosando entusiasmo ante un gran acontecimiento, o ver una tormenta de indignación moral en otras ocasiones.

De ese modo, la historia se convierte en una fuerza moral.

Se puede intentar enseñar ‘preceptos morales,’ pero el hecho es que las repetidas exhortaciones y admoniciones, a la larga, acaban generando hipocresía, una falsa moralidad que no surge del corazón.

También puede producir un antagonismo directo ante cualquier autoridad moral.

Pero si logramos que nuestros niños respondan con sentimientos intensos ante el bien y el mal que aparece en la historia, habremos establecido los cimientos de una vida moral firme.

Más tarde, entre los doce a catorce años, el niño ya necesita algo más que una historia ‘fascinante.’

Hace falta encontrar entonces nexos entre los acontecimientos, pero sin imponer ningún patrón hipotético en la historia.

Cuando le digo a los niños que el cambio de mentalidad que tuvo lugar en el arte del Renacimiento¹ también marcaba el preludio de la Era de los Descubrimientos² y entró en erupción en la

¹ Renacimiento: Nombre dado a un amplio movimiento cultural que se produjo en Europa Occidental durante los siglos XV y XVI, período de transición entre la Edad Media y el mundo moderno. Sus principales exponentes se hallan en el campo de las artes, aunque también se produjo una renovación en las ciencias, tanto naturales como humanas. La ciudad de Florencia (Italia) fue el lugar de nacimiento y desarrollo de este movimiento. [n. del pr.]

² Kovacs, Charles. ‘La Era de los Descubrimientos.’ [n. del pr.]

el profanador de textos

Reforma Protestante,³ no estoy dándoles un modelo inventado o una mera hipótesis.

Eso me permite evocar otro punto esencial en nuestra enseñanza de la historia.

Es perfectamente posible enseñarle a un niño de diez años la historia del descubrimiento de América. No es difícil contar la historia en términos que un niño pueda entender.

Pero para un niño de diez años la historia de Cristóbal Colón⁴ será similar a la historia de Odiseo,⁵ pues el niño en el fondo aún no es capaz de sentir ningún parentesco, ninguna relación íntima con la situación histórica de Colón.

La cosa ya es muy distinta con un niño de doce a trece años.

En esa etapa se han aflojado considerablemente los lazos emocionales con los padres, maestros y con todo el entorno.

Los niños experimentan la capacidad del pensar independiente, están ávidos de descubrir las cosas por sí mismos.

Se hacen conscientes de las amplísimas perspectivas que se abren ante ellos, perspectivas que a la

vez son atractivas y aterradoras por su vastedad, y por primera vez sienten tocados por la soledad, que se produce cuando se van soltando los lazos de la infancia.

Y en esa edad, la situación exterior en la que se encontraba el propio Colón, la ruptura con las autoridades eruditas⁶ reconocidas de su época, la incursión en lo desconocido, los barcos solitarios en un vasto océano desconocido, toda esa situación exterior se corresponde con la situación interior del niño entre doce y trece años.

Y si en esa época le contamos la historia de Colón —incluso si alguno de ellos la ha oído antes— entonces ese relato agarra con fuerza, y penetra profundamente.

Es una terapia para los problemas de su edad.

Las investigaciones solitarias de Leonardo da Vinci⁷ anticipando el futuro, Galileo⁸ ante la Inquisición,⁹ Lutero¹⁰ desafiando a la Iglesia y a los

⁶ Cristóbal Colón presentó su proyecto a las Cortes y si bien el Real Consejo lo rechazó, consiguió ser recibido en enero de 1486, por la reina Isabel. La soberana quiso que un consejo de doctos varones diera un dictamen. El Consejo se reunió primero en Salamanca y después en Córdoba y varios años más tarde dictaminó que era imposible que fuera verdad lo que decía Colón. [n. del pr.]

⁷ Leonardo da Vinci (1452-1519): Pintor, anatomista, arquitecto, paleontólogo, artista, botánico, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista florentino del Renacimiento italiano. [n. del pr.]

⁸ Galileo Galilei (1564-1642): Astrónomo, filósofo, matemático y físico italiano, que mejoró el telescopio y definió la primera ley del movimiento. Personaje significativo de la revolución científica. [n. del pr.]

⁹ Inquisición o Santa Inquisición: Refiere a varias instituciones dedicadas a la supresión de la herejía principalmente en el seno de la Iglesia católica. Se fundó en 1184 en la zona de Languedoc (sur de Francia) para combatir la herejía de los cátaros o albigenses. [n. del pr.]

¹⁰ Martín Lutero o Martin Luder o Martin Luther (1483-1546): Teólogo y fraile católico agustino que comenzó e impulsó la reforma religiosa en Alemania, base de la

poderes seculares, esos son los héroes con los que el niño entre doce y trece años se siente íntimamente identificado.

Y de ese modo la historia se convierte en una terapia.

El niño que crece se encuentra con sus propios problemas, se encuentra a sí mismo en el escenario de la historia.

Demos un paso más.

El año siguiente, cuando el niño tiene entre trece y catorce años, suele considerarse una edad ‘difícil.’

Existen todo tipo de problemas en la pubertad, el adolescente aparece con todos sus rasgos poco atractivos.

Pero ¿cuáles son esos rasgos?

Los/las jóvenes reafirman ahora su independencia, son muy críticos con sus mayores, y a la vez no acogen bien la crítica que se les pueda hacer. Esto es una parte.

Otro rasgo es que ya no quieren ser tratados como niños: quieren ser tratados como iguales por los adultos.

Al mismo tiempo crean pequeños círculos entre ellos, los varones pasan el tiempo juntos, y las chicas forman pequeñas camarillas.

Esa es la edad de amistades intensas, la época de apiñarse mutuamente.

En esa edad, los jóvenes en nuestras Escuelas Waldorf llegan, en historia, a la época de la Revolución Francesa.¹¹

Reforma Protestante y la doctrina teológica y cultural denominada luteranismo. Lutero se caracterizó por exhortar a que la Iglesia cristiana regresara a las enseñanzas originales de la Biblia, impulsando con ello una reestructuración de las iglesias cristianas en Europa. [n. del pr.]

¹¹ Revolución Francesa: Conflicto social y político, con diversos periodos de violencia, que convulsionó Francia y, contra el Antiguo Régimen. Se inició con la autoproclamación del

Oyen cómo se proclaman los elevados ideales de libertad, igualdad, fraternidad.

Y esos ideales vuelven a ser la contraparte —una contraparte histórica a gran escala— de las fuerzas que obran en los mismos jóvenes.

Su deseo de independencia resuena en el grito por la libertad.

Su deseo de ser tratados como iguales se corresponde con la demanda de igualdad de derechos en la revolución.

Su necesidad de ‘apiñarse’ entre ellos es la contraparte de la llamada por la fraternidad universal.

De hecho, tanto los ideales como la destructividad de la Revolución Francesa tienen su contraparte en la situación psicológica del adolescente, incluyendo la autodestrucción ejemplificada en el auge y la caída de Napoleón.¹²

Y de esa manera el/la adolescente encuentra en la historia de ese período sus propias aspiraciones y su propia destructividad potencial, representadas en el vasto escenario de la historia.

Y, nuevamente, ese encuentro con los problemas de uno mismo en forma de historia tiene un valor terapéutico, un efecto curativo.

Naturalmente, eso no elimina los problemas y crisis de la pubertad, pero facilita el paso por esa etapa atribulada.

Entonces, las lecciones de historia llevan a la clase al siglo XIX.

¹² Tercer Estado como Asamblea Nacional en 1789 y finalizó con el golpe de estado de Napoleón Bonaparte en 1799. [n. del pr.]

¹³ Napoleón I Bonaparte (1769-1821): Militar y gobernante francés, general republicano durante la Revolución y el Directorio, artífice del golpe de Estado del 18 de brumario (aproximadamente octubre), primer cónsul de la República; cónsul vitalicio; Emperador; Rey de Italia. [n. del pr.]

Ahí, las aspiraciones, los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, emergen de una forma nueva.

Les hablo a los jóvenes de Garibaldi,¹³ el intrépido aventurero y luchador por la libertad en Italia.

Les hablo de Abraham Lincoln¹⁴ que dedicó su vida a la abolición de la esclavitud y a afirmar la igualdad de derechos para todos los hombres.

Y les hablo de Henry Dunant,¹⁵ el fundador de la Cruz Roja¹⁶ que se hallaba inspirado y pudo inspirar a otros con un sentimiento de hermandad para con todos los hombres.

Y de ese modo los ideales de “libertad, igualdad y fraternidad vuelven a resurgir, en forma de movimientos de masas, de eslóganes, pero llevados adelante por personalidades y convertidos en realidad por el sacrificio y la dedicación personal.

¹³ Giuseppe Garibaldi (1807-1882): Militar y político italiano. Junto con Víctor Manuel II, fue uno de los principales líderes y artífices de la Unificación de Italia. [n. del pr.]

¹⁴ Abraham Lincoln (1809-1865): Político y abogado estadounidense, decimosexto presidente de los Estados Unidos de América (1861-1865). Lideró el país durante la Guerra de Secesión (1861-1865), preservó la Unión, abolió la esclavitud, fortaleció el gobierno federal y modernizó la economía. [n. del pr.]

¹⁵ Henry Dunant o Jean Henry Dunant (1828-1910): Empresario suizo, filántropo y activista de la causa humanitaria, primer Premio Nobel de la Paz junto con Frédéric Passy, en 1901. Después de la Batalla de Solferino (1859) reclamó la creación de un cuerpo de voluntarios para socorrer a los heridos de guerra sin distinción del bando, resultando en la fundación de la Cruz Roja. En 1864 se redactó la Convención de Ginebra con base en algunos de sus postulados humanitaristas. [n. del pr.]

¹⁶ Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, es un movimiento humanitario mundial. Presta auxilio, sin discriminación, a todos los heridos en los campos de batalla, se esfuerza en prevenir y aliviar el sufrimiento de los hombres en todas las circunstancias, protege la vida y la salud, hace respetar a la persona humana, favorece la comprensión mutua, la amistad, la cooperación y una paz duradera entre todos los pueblos. [n. del pr.]

Ahí llega la Revolución Industrial¹⁷ y sus extremismos.

Por un lado, el Capitalismo¹⁸ —que en nombre de la libertad suprime la fraternidad humana—, y por el otro el Comunismo¹⁹ —que en nombre de la fraternidad suprime la libertad.

Y, de ese modo, los jóvenes van siendo conducidos progresivamente a nuestra época actual.

En todas las épocas y aspectos, la enseñanza de la historia nunca es el mero traspaso de información, la comunicación de conocimiento por el conocimiento mismo.

La historia es tratada como un tema de inmensa importancia moral y social, y también como una terapia, como un elemento sanador para las tensiones y problemas en cada etapa del proceso de crecer.

No quisiera dejar la impresión de que dependemos solamente de la historia para ejercer efectos morales y terapéuticos.

Intentamos que en cada asignatura, incluso la aritmética o la ciencia, apelemos a las necesidades más profundas del niño.

Aquí he recurrido al ejemplo de la historia para mostrar, en un caso concreto, el objetivo de nuestra educación. ♣

¹⁷ Revolución Industrial: Proceso de transformación económica, social y tecnológica que se inició en la segunda mitad del siglo XVIII en el Reino Unido, se extendió a gran parte de Europa occidental y Norteamérica, y que concluyó entre 1820 y 1840. Se pasó desde una economía rural agrícola y el comercio a una economía de carácter urbano, industrializada y mecanizada. [n. del pr.]

¹⁸ Capitalismo: Orden o sistema social y económico cuya herramienta de producción deriva del usufructo de la propiedad privada sobre el capital. [n. del pr.]

¹⁹ Comunismo: Orden o sistema social y económico caracterizado por la propiedad en común de los medios de producción, la ausencia de propiedad privada sobre el trabajo, la inexistencia de clases sociales y de estado. [n. del pr.]

[i:] rebeliones

[i:01] España y Holanda

Lo más importante que aprendemos de la historia es constatar que la mente humana, que el alma humana, no han sido siempre iguales, que cambian a lo largo de la historia, en el transcurso de los siglos.

Todos los que estáis aquí sois muy diferentes de lo que erais hace seis o siete años, no sólo corporalmente, sino también mentalmente.

Habéis crecido corporal y mentalmente.

Y del mismo modo que nosotros crecemos individualmente, la humanidad como conjunto también crece.

Y la historia del crecimiento de la humanidad es lo que llamamos historia.

Pensemos en los primeros períodos de la Edad Media,¹ cuando los campesinos, los plebeyos y los siervos, miraban con mucho respeto a sus señores y amos, los caballeros.

Y los caballeros respetaban y obedecían a sus amos respectivos, los reyes.

¹ Edad Media o Medioevo: Período histórico de la civilización occidental comprendido entre el siglo V y el XV. Inicia en 476 con la caída del Imperio romano de Occidente y su fin en 1492 con el descubrimiento de América, o en 1453 con la caída del Imperio bizantino y la invención de la imprenta. [n. del pr.]

Y todos ellos, campesinos, caballeros y reyes miraban con gran respeto a los monjes y sacerdotes, los servidores sagrados del Señor.

Los monjes y sacerdotes no sólo eran respetados como hombres santos, sino también porque podían leer y escribir, y tenían todo el conocimiento que había en los libros.

Los monjes y sacerdotes miraban con respeto a sus amos, los obispos, y los obispos respetaban y obedecían a su superior, el Papa de Roma.

Todo eso sucedía hace unos mil años, es decir hace unas treinta generaciones.

Si miramos hacia esa época de hace treinta generaciones, podríamos decir que era la época de la autoridad; todo el mundo tenía por encima una autoridad superior, y la autoridad suprema sobre todos ellos era el Papa de Roma.

Tal vez nos parezca extraño que incluso si un rey era estúpido o malvado, sus caballeros igualmente le obedecían; incluso si un monje no se comportaba como un hombre santo, igualmente seguía siendo respetado; y no importaba qué tipo de persona fuera el Papa, seguía siendo la autoridad superior a quien todos reverenciaban.

La gente de aquellos días quería tener una autoridad que estuviera por encima de ellos, en lo más íntimo de su ser preferían que hubiera alguien que les dijera lo que tenían que hacer y lo que tenían que pensar.

Los pocos que querían pensar por sí mismos y que concebían ideas que no gustaban al Papa y a los obispos eran llamados herejes² —y no lo pasaban muy bien—.

² hereje: 1. m. y f. Persona que niega alguno de los dogmas establecidos en una religión. 2. m. y f. Persona que disiente o se aparta de la doctrina o normas de una institución,

Existía un tribunal de justicia especial, llamado la Inquisición.³

No era un tribunal ordinario de jueces y abogados, sino de sacerdotes y obispos, y los pobres herejes que eran juzgados en ese tribunal casi siempre eran condenados a muerte y quemados en la hoguera.

Los obispos y sacerdotes que condenaron⁴ a muerte a Juana de Arco⁵ formaban parte de ese terrible tribunal de la Inquisición.

Como veremos, la Inquisición era simplemente una parte de esa época de autoridad; la mayoría de la gente quería tener una autoridad por encima suya, y cualquiera que desafiara esa autoridad, especialmente la de la Iglesia, la autoridad del Papa, simplemente tenía que ser ajusticiado porque alteraba la autoridad que todos los demás querían.

Todo eso sucedía hace unos mil años, y duró unos quinientos años, pues hace más o menos unos quinientos años se produjo un enorme cambio en el alma humana: la Era del descubrimiento,⁶ la Era de los Inventos.

una organización, una academia, etc. Diccionario RAE [n. del pr.]

³ Inquisición o Santa Inquisición: Institución dedicada a la supresión de la herejía, que se castigaba con la pena de muerte. Se fundó en 1184 para combatir a los cátaros o albigenses. [n. del pr.]

⁴ Condena de Juana de Arco: Luego de ser capturada por los borgoñones (franceses aliados a los ingleses) y entregada a los ingleses mediando precio. Los clérigos bajo influencia inglesa la condenaron por herejía y el duque Juan de Bedford la quemó viva en Ruan. [n. del pr.]

⁵ Juana de Arco [francés: 'Jeanne d'Arc'] o la Doncella de Orleans (ca. 1412-1431): Joven campesina francesa que guió al Ejército francés en la guerra de los Cien Años contra Inglaterra, logrando que Carlos VII de Valois fuese coronado rey de Francia. Fue capturada, entregada a los ingleses y procesada por el obispo pro-inglés Pierre Cauchon y la condenaron por herejía y el duque Juan de Bedford la quemó viva en Ruan, en mayo 30, 1431. [n. del pr.]

⁶ Kovacs, Charles. 'La era del descubrimiento.' [n. del pr.]

Entonces, ya no había unos cuantos herejes aislados, sino que miles y millones de personas en todas partes de Europa empezaron a pensar por sí mismas.

Y cuando empezaron a pensar por sí mismos, los hombres no sólo emprendieron viajes por mares desconocidos, no sólo miraron las estrellas con telescopios —como hizo Galileo Galilei⁷—, sino que ya no querían inclinarse ante la autoridad.

Martín Lutero⁸ pudo llamar al Papa 'sinvergüenza y diablo,' y el Papa León X⁹ no pudo hacer nada contra él, porque cientos de miles de alemanes estaban dispuestos a luchar por Lutero y defenderlo.

Así se produjo la Reforma Protestante¹⁰: se extendió por Alemania, Inglaterra y Escocia —la gente ya no quería la autoridad del Papa, al menos en los países del norte de Europa—.

En el sur, en Italia y en España, la gente siguió siendo católico romana y querían seguir a la autoridad del Papa —y España, Portugal e Italia siguen siendo católicos romanos hasta nuestros días—.

⁷ Galileo Galilei (1564-1642): Astrónomo, filósofo, ingeniero, matemático y físico italiano. Sus logros incluyen la mejora del telescopio, gran variedad de observaciones astronómicas, la primera ley del movimiento y un apoyo determinante a la revolución de Copérnico. Considerado 'padre de la astronomía moderna,' 'padre de la física moderna,' y el 'padre de la ciencia.' — Se sugiere leer: Koestler, Arthur. 'El más grande escándalo de la cristiandad. un ensayo sobre Galileo.' <Hay edición digital> [n. del pr.]

⁸ Martín Lutero o Martin Luder (1483-1546): Teólogo y fraile católico agustino que comenzó e impulsó la reforma religiosa en Alemania, y la Reforma Protestante. [n. del pr.]

⁹ León X (1475-1521): Papa 217º de la Iglesia Católica (1513-1521). [n. del pr.]

¹⁰ Reforma Protestante o la Reforma: Movimiento religioso cristiano, iniciado en Alemania en el siglo XVI por Martín Lutero, que llevó a un cisma de la Iglesia católica para dar origen a numerosas iglesias agrupadas bajo la denominación de protestantismo. Tuvo su origen en las críticas y propuestas contra las disposiciones papales. [n. del pr.]

Pero hubo también países donde la gente tuvo que luchar en un conflicto muy largo y doloroso para liberarse de la autoridad del Papa.

Uno de esos países era Holanda.

En aquella época, hace quinientos años, Holanda no era todavía un país independiente, era parte de Alemania.

Y cuando se extendió la Reforma por Alemania también llegó a Holanda y muchos holandeses se hicieron protestantes.

El emperador del Sacro Imperio Romano Germánico¹¹ en aquella época era Carlos V,¹² un gobernante poderoso.

Reinaba en Alemania, Austria, Países Bajos, Nápoles, Sicilia, España y en las colonias españolas en Norteamérica. y se decía:

"En su imperio nunca se ponía el sol."

Carlos V era un católico muy devoto, pero no quería derramamientos de sangre en sus tierras y en diversas ocasiones convocó reuniones extraordinarias entre sus estados germanos confederados para evitar que se extendiera el protestantismo o intentando que católicos y protestantes se pusieran de acuerdo, sin conseguirlo.

Al final, tras la rebelión de sus nobles germanos, Carlos V firmó un documento —'Paz de Augsburgo'¹³— permitiendo que cada príncipe

¹¹ Sacro Imperio Romano Germánico: Agrupación política situada en la Europa occidental y central, cuyo poder recayó en el emperador romano germánico desde la Edad Media hasta inicios de la Edad Contemporánea. [n. del pr.]

¹² Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico (1500-1558): Rey en todos los reinos y territorios hispánicos (1516-1556) y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico como Carlos V (1520-1558). [n. del pr.]

¹³ 'Paz de Augsburgo' o 'Paz de las religiones': Tratado firmado por Fernando I de Habsburgo, hermano y representante del

alemán pudiera profesar la religión que quisiera sin que el emperador lo pudiese impedir —sin embargo, todos los vasallos de un noble tenían que tener la misma religión que su dueño—. ¹⁴

Finalizaba así el sueño de Carlos V de mantener la unidad religiosa en sus dominios.

El reino de España siguió siendo católico; pero todo eso cambió al morir Carlos V en 1558.

Su imperio fue dividido entre su hermano Fernando I¹⁵ de Habsburgo, que quedó como emperador de Austria y Alemania, y su hijo Felipe II¹⁶ como rey de España, Holanda, Nápoles, Sicilia y las colonias españolas en Norteamérica.

De ese modo los holandeses quedaron bajo el gobierno de España, de Felipe II.

Fue el rey que, más tarde, envió la Gran Armada¹⁷ contra Inglaterra y fracasó en su empeño.

Lo que pasó primero, muchos años antes de la Gran Armada, fue que Felipe n, rey de España, Holanda y las colonias de Norteamérica no era como su padre.

emperador Carlos V, y las fuerzas de la Liga de Esmalcalda por la cual se resolvía el conflicto religioso de la reforma protestante, en septiembre 25, 1555 en la ciudad de Augsburgo (Alemania). [n. del pr.]

¹⁴ En definitiva, la 'libertad de elegir su religión' era una prerrogativa de los nobles. [n. del pr.]

¹⁵ Fernando I de Habsburgo (1503-1564): Infante de España, archiduque de Austria, rey de Hungría y Bohemia y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1558-1564). [n. del pr.]

¹⁶ Felipe II de España, 'el Prudente' (1527-1598): Rey de España (1556-1598), de Nápoles y Sicilia (1554-1598) y de Portugal y los Algarves, como Felipe I (1580-1598). Fue rey de Inglaterra e Irlanda por su matrimonio con María I (1554-1558). [n. del pr.]

¹⁷ Gran Armada o Armada Invencible (1588): Fuerza naval de Felipe II para destronar a Isabel I e invadir Inglaterra. Fue parte de la guerra anglo-española (1585-1604), pero fracasó. La guerra terminó con el Tratado de Londres (1604), favorable a España. [n. del pr.]

Felipe II era fanáticamente católico —no iba a permitir la existencia de protestantes en ninguno de los países bajo su dominio y, por tanto, estaba determinado a acabar con los protestantes de Holanda—.

Felipe II no se preocupó en ir él mismo a Holanda para suprimir a los protestantes holandeses —le dio la tarea a una mujer, a su hermanastra Margarita de Austria y Parma¹⁸ —hija extramatrimonial de su padre Carlos I¹⁹—.

Fue nombrada regente de Holanda con la tarea de destruir a los protestantes.

Así llegó la temible Inquisición a los Países Bajos,²⁰ ese tribunal que no trataba de crímenes ordinarios, sino sólo de 'crímenes contra la iglesia Católica Romana.'

Los protestantes holandeses fueron arrastrados ante la Inquisición, torturados, condenados a muerte y quemados en la hoguera.

Pero había muchos católicos buenos en Holanda, gente que no tenía nada que temer de los horrores de la Inquisición, pero no podían soportar cómo se estaba tratando a sus compatriotas, torturados y quemados vivos.

Había en particular dos nobles holandeses que eran católicos devotos pero sentían que Margarita, la regente, estaba yendo demasiado lejos:

¹⁸ Margarita de Austria y Parma (1522-1586): Duquesa consorte de Florencia y Parma y gobernadora de los Países Bajos. Hija natural de Carlos I de España y de Johanna Maria van der Gheynst. [n. del pr.]

¹⁹ Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico (1500-1558): Rey en todos los reinos y territorios hispánicos (1516-1556) y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico como Carlos V (1520-1558). [n. del pr.]

²⁰ Muertes por la Inquisición: En España, aproximadamente de 100 ejecuciones (1559-1566); en Inglaterra, aproximadamente el doble; de herejes; en Francia, el triple; y en los Países Bajos, diez veces más. [n. del pr.]

Guillermo de Orange²¹ y el conde Egmont.²²

Así que se presentaron ante Margarita, y en nombre de los católicos holandeses, le rogaron que detuviera la Inquisición y sus horrores.

Pero Margarita era una mujer muy astuta, comprendía que si no hacía caso a Guillermo de Orange²¹ ni a Egmont corría el peligro de que los católicos y los protestantes holandeses se levantarán contra ella y, en definitiva, contra la regencia española.

No tenía suficientes soldados bajo su mando para luchar contra toda Holanda y, por lo tanto, fingió hacer caso a Egmont y detuvo la Inquisición.

Los holandeses estaban contentos —allí donde fueran Guillermo y Egmont por las calles holandesas, la gente los aclamaba y los bendecía—.

Todos pensaban que los malos tiempos de persecución y terror habían concluido.

Pero mientras los holandeses lo celebraban, pensando que todo iba bien, Margarita consiguió que le enviaran cada vez más soldados de España —tenían que llegar por mar— hasta que consiguió congrega un gran ejército, tan grande como para aplastar cualquier resistencia holandesa.

En ese punto sucedió algo que le dio a Margarita la excusa que necesitaba.

Había muchas bellas iglesias antiguas en Holanda, habían sido construidas en el pasado cuan-

²¹ Guillermo de Orange-Nassau (1533-1584): Príncipe de Orange (1544). Lideró la rebelión contra la Corona Española en Holanda, inicio de la Guerra de los Ochenta Años. Dicha guerra culminó con la independencia de las Provincias Unidas (Países Bajos) (1648). [n. del pr.]

²² Lamoral, conde de Egmont (1522-1568): General y hombre de Estado de Flandes. Junto con Guillermo de Orange y el conde de Horn protestó por la implantación de la Inquisición en los Países Bajos por el cardenal Granvela. [n. del pr.]

el profanador de textos

do todos eran católicos, cuando todos aceptaban la autoridad del Papa.

Los católicos poseían todas las iglesias, pero la nueva fe, los protestantes no tenían ninguna y en algunos sitios decidieron que eso no era justo, por lo que asaltaron las iglesias y expulsaron a los católicos de ellas.

Margarita se quedó muy complacida cuando sucedió eso, era la excusa que había estado esperando para reactivar la Inquisición y para usar su gran ejército si los holandeses se resistían.

Pero era muy astuta.

Primero llamó a los nobles católicos holandeses, entre ellos a Guillermo de Orange y a Egmont.

Y les dijo:

“Ya veis lo que sucedió cuando abolí la Inquisición, cómo los protestantes nos atacan a nosotros, los católicos, sacándonos de nuestras iglesias.

“Esto me obliga a volver a instaurarse la Inquisición.

“Lo que os pido, como buenos católicos, es que me juréis lealtad, que estéis conmigo y me ayudéis a ,destruir a los protestantes.”

Egmont y muchos otros nobles pronunciaron su juramento de lealtad, pero Guillermo de Orange no confiaba en los españoles y sus artimañas, estaba seguro de que incluso si juraba su lealtad su vida seguiría estando en peligro.

También se lo dijo a su amigo Egmont:

“Margarita nos odia a los dos porque hicimos que aboliera la Inquisición.

“No estará satisfecha hasta que hayamos pagado por ello con nuestras vidas.

“Yo me voy a Alemania antes de que ella nos golpee.

“¡Ven conmigo!”

Pero Egmont no le hizo caso.

Confiaba en Margarita y en el rey Felipe II.

Así que Guillermo de Orange se despidió de Egmont, sabiendo en su fuero más íntimo que nunca volvería a ver a su amigo.

Y luego huyó a Alemania.

Una vez que Margarita se aseguró de que los católicos no se interpondrían en su camino y que poseía un gran ejército de soldados españoles bajo su mando empezó a ocuparse de los protestantes.

Lo primero que hizo fue conminar a los protestantes a que abandonaran el país en menos de 24 horas.

Cualquier protestante que fuera encontrado en Holanda después de ese plazo no debía esperar ninguna misericordia.

Podemos imaginarnos lo que sucedió: la gente empacando a toda prisa y llevando sobre sus espaldas todo lo que podían.

Las carreteras de Holanda se llenaron de refugiados; algunos que huían a Alemania y muchos otros embarcando hacia Inglaterra.

A lo largo de la historia británica, los británicos se beneficiaron siempre tomando refugiados en su país.

Los holandeses eran famosos por sus habilidades en el tejido, y aportaron su capacidad y su conocimiento a Britania, empezando las industrias textiles, tejiendo telas de lana que desde entonces y hasta hace muy poco han sido una de las mayores y prósperas industrias de Yorkshire y Escocia.

Fueron los protestantes holandeses que huían de la Inquisición los que ayudaron a engrandecer y florecer esas industrias.

Pero sólo una pequeña parte de los protestantes holandeses pudo escapar.

Muchos de ellos eran demasiado pobres para pagar su pasaje a Inglaterra, otros no querían dejar su patria incluso si sus vidas estaban en peligro, por lo que muchos permanecieron esperando a que Margarita sólo castigaría a los que habían asaltado las iglesias, y que los inocentes que no habían perjudicado a nadie no tenían nada que temer.

Naturalmente, Margarita castigó a los responsables y los hizo colgar por centenares.

Tal vez se hubiera detenido allí y hubiera dejado en paz al resto de protestantes, pero su hermanastro el rey Felipe II de España decidió que una mujer era tal vez demasiado blanda para barrer del mapa a los protestantes holandeses y decidió reemplazarla enviando a un noble español a Holanda, don Fernando Álvarez de Toledo,²³ el Duque de Alba.

Era la persona idónea para la tarea: un hombre despiadado, altanero y orgulloso, que consideraba a cualquiera que no fuera español o católico como una especie de animal que había que aniquilar, igual como uno mata ratas o alimañas.

Cuando el duque de Alba llegó a Holanda empezó una época de terror, de derramamiento de sangre y tortura como Holanda no había conocido jamás.

Y como veremos, fue ese terror y opresión los que levantaron a los holandeses contra sus crueles regentes españoles. ♣

²³ Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III Duque de Alba (1507-1582): Noble, militar, diplomático español. Venció a los rebeldes holandeses a las órdenes de Guillermo de Orange-Nassau en la batalla de Jodoigne (1568). [n. del pr.]

[i:02] la rebelión holandesa

Los nobles católicos holandeses habían hecho un juramento de lealtad y apoyo a Margarita, incluso el noble Egmont había pronunciado el juramento.

Sólo Guillermo de Orange se había negado, y había huido a Alemania.

Y ahora el duque de Alba llegó a Holanda con instrucciones especiales del rey Felipe II sobre cómo tratar con los holandeses.

Poco después de su llegada, el duque de Alba invitó a los nobles a un banquete.

Egmont estaba entre ellos, pero cuando acabó el banquete Egmont fue detenido a la salida por soldados que se lo llevaron y lo enviaron a prisión.

El mismo día, los soldados españoles fueron puestos en guardia en todos los puertos de los Países Bajos para evitar que huyeran más holandeses.

A partir de ese momento intentar salir del país era un crimen castigado con la muerte.

Luego, el duque de Alba estableció un tribunal que fue mucho peor que la Inquisición, llamado el Tribunal de los Tumultos,¹ y que los holandeses lo llamaban el Tribunal de Sangre.

¹ Tribunal de los Tumultos o Tribunal de Sangre o Tribunal Sangriento: Tribunal instaurado por Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba de Tormes, en Bruselas, en septiembre 5, 1567, con aprobación del rey

Los jueces españoles en él tenían una sola regla:

“Todo holandés es culpable de alta traición contra su majestad el rey de España por el solo hecho de haber escuchado a algún predicador protestante, o si tiene algún amigo protestante, o si tiene algún amigo o pariente que hubiera huido de Holanda, o incluso que simplemente hubiera hecho algún comentario contra el rey Felipe.”

Eso, naturalmente, implicaba que cualquier holandés era culpable bajo la ley.

Y como el duque de Alba hizo saber, si no mataba a todos los holandeses, los que permanecían vivos se lo debían a la generosidad y amabilidad del duque de Alba, ¡aunque no se lo merecían!

Y de ese modo esos ‘jueces’ empezaron su labor.

Uno de los primeros en ser juzgado fue Egmont.

Toda su vida había sido un buen católico, un leal seguidor del rey Felipe II, pero eso no le salvó.

En 1568 fue decapitado, y su cabeza fue clavada en una lanza para mostrar a los holandeses qué es lo que les esperaba.

Tal vez en los últimos momentos Egmont recordara la advertencia que le había hecho su amigo Guillermo de Orange.

Pero Egmont fue solamente el primero de otros muchos que perdieron sus vidas.

No pasaba un solo día en que no hubiera ejecuciones en alguna ciudad de Holanda.

Podían verse a mercaderes, maestros, doctores atados a la cola de los caballos y arrastrados al patíbulo o a la hoguera.

Felipe II de España, para encontrar y castigar la rebelión en los Países Bajos Españoles entre agosto y octubre de 1566, en la que los calvinistas asaltaron las iglesias católicas y quemaron las imágenes de los santos. [n. del pr.]

Nadie sabía por la mañana si todavía estaría libre o vivo al anochecer.

Sin embargo, bajo este régimen de terror, creció entre los holandeses la voluntad y la resolución de levantarse y luchar contra los crueles opresores españoles.

Lo único que les faltaba era un líder, un general experimentado en las batallas, un hombre de valentía y determinación.

Y se les presentó: era Guillermo de Orange.

Volvió a Holanda en secreto, tan pronto como logró reunir una pequeña banda de hombres desesperados.

Sabían que tenían una mínima oportunidad frente al gran poder de España, pero preferían morir luchando que ser colgados como criminales o quemados en la hoguera.

Cuando su pequeño ejército atacó diversos campamentos españoles, éstos fueron tomados por sorpresa, y Guillermo de Orange conquistó algunas ciudades holandesas donde la gente lo recibió con alegría.

Pero tras reponerse de la sorpresa, los bien entrenados soldados españoles tuvieron pronto sus tropas en disposición de batalla, y el pequeño ejército de Guillermo de Orange no pudo ponerse a la altura del ejército español, así que tuvo que retirarse de las ciudades que había tomado.

Los españoles, en su sed de venganza, mataron a sus habitantes, hombres, mujeres y niños.

Pero ahora incluso los católicos en Holanda se volvieron contra los españoles.

En ciudades y pueblos católicos y protestantes juntaron fuerzas y se levantaron contra el duque de Alba y su ejército de carniceros.

.Tan pronto como el duque de Alba sofocaba una rebelión en un sitio, surgía otra en otro lugar.

De manera que la rebelión creció y se extendió, pero Guillermo de Orange nunca tuvo un ejército lo suficientemente grande para quebrar el poder de España.

Por otro lado, los españoles podían ganar una batalla aquí o allá, pero nunca pudieron vencer a Guillermo de Orange ni acabar con la rebelión.

Y de ese modo la guerra no hizo más que prolongarse. ♣

[i:03] el asedio de leiden

La acción más famosa en esta guerra entre holandeses y españoles fue el asedio de Leiden en 1574.

Leiden era una de las ciudades holandesas que habían sido construidas “en el lecho del mar,” es decir, después de haber retirado las aguas del mar mediante una serie de diques.

Por consiguiente, la ciudad de Leiden fue construida bajo el nivel del mar y sólo los grandes muros de los diques impedían que el mar la inundara.

Como muchas otras ciudades holandesas, Leiden se declaró en favor de Guillermo de Orange, por lo que en Mayo de 1574, el general español Francisco de Valdés la sometió a un prolongado asedio.

No intentó asaltarla, pues calculaba que, tarde o temprano, el hambre obligaría a los ciudadanos de Leiden a rendirse.

Pasaron semanas y meses, y en la ciudad escaseaba la comida y había grandes sufrimientos.

La gente mataba a sus gatos y perros para comerse los, y también ratas y ratones.

Murieron muchos niños pequeños y ancianos porque carecían de fuerzas para vivir de tan pequeñas raciones.

Ese fue el momento en que el astuto general Valdés envió un mensajero al alcalde de Leiden conminándole a rendir la ciudad.

En ese momento había mucha gente en Leiden que ya tenía bastante con el hambre que los torturaba día y noche.

Cuando oyeron que había llegado un mensajero español, se reunieron en la gran plaza ante la alcaldía y gritaron:

“¡Rindámonos, rindámonos!”

Algunos incluso amenazaron con matar al alcalde si no abría las puertas de la ciudad a los españoles que finalmente les llevarían comida.

El alcalde salió a la plaza y caminó pausadamente entre medio de la multitud.

Cuando la gente lo vio, se detuvo el griterío y el alcalde empezó a hablar:

“¡Ciudadanos!, es terrible sufrir las punzadas del hambre como las hemos sufrido en las últimas semanas, pero eso es mejor que sufrir las torturas inhumanas que el cruel enemigo va a infligiros una vez que estéis en sus manos.

”Yo no rendiré nuestra ciudad, si vosotros queréis rendiros, tendréis que matarme a mí primero.

”Aquí está mi espada, cualquiera de vosotros puede clavármela en el corazón, y entonces seréis libres de entregaros al enemigo.

”Pero mientras yo viva no me rendiré ni lo hará ningún holandés.”

Con estas palabras se sacó la espada y la ofreció a la multitud.

Por un momento, hubo un profundo silencio, y luego se oyó un grito unánime:

el profanador de textos

“¡No nos rendiremos!”

Y el mensajero español regresó con el general Valdés con la noticia de que esos locos holandeses todavía no se rendían.

El general se limitó a sonreír, y pensó:

“una semana más y acabarán cediendo.”

Lo que el orgulloso general no sabía es que durante aquella noche un hombre se arrastró cautelosa y silenciosamente saliendo de entre las líneas españolas y se dirigió hacia Leiden, adonde llevó el mensaje de esperanza de la ciudad que reanimó a sus habitantes y les dio nuevas fuerzas.

El mensajero venía de parte de Guillermo de Orange y les dijo que se estaba acercando una flota para ayudarlos, no una gran flota, pero lo suficientemente grande para transportar comida y soldados para ayudarles en su lucha contra los sitiadores.

La ciudad de Leiden, y los campos que la rodeaban, que en tiempos de paz eran tierras de cultivo y de pastoreo para las vacas, estaban protegidos del mar por diques.

De modo que los buques sólo podían llegar a Leiden si los ciudadanos rompían los diques, de modo que el agua del mar cubriría la tierra y en la marea alta los barcos podrían entrar para rescatarlos y llevarles comida.

Fue triste para la gente de Leiden tener que romper los diques que sus antepasados habían construido con tanto esfuerzo, era triste dejar que entrara el mar y cubriera los campos y los prados, el agua del mar arruinaría el terreno durante años y años, y nada podría crecer en ellos.

Pero los habitantes de Leiden no tenían elección: debían de escoger entre su viejo enemigo, el mar, y el nuevo enemigo, las tropas españolas.

Era la única manera de que los barcos rescatadores llegaran hasta ellos.

Así que demolieron los diques y el agua del mar se precipitó sobre sus campos y sus olas empezaron a lamer los muros de la ciudad.

La inundación tomó por sorpresa a los españoles, el agua crecía y les llegaba a las rodillas.

Y tuvieron que regresar a sus fortalezas que estaban construidas en terrenos más altos, por encima del nivel del agua.

Pero para desgracia de los holandeses el agua no subió lo suficiente para que pudieran llegar los barcos; incluso cuando se produjo la marea alta, era muy poco profunda para los barcos.

Los habitantes de Leiden miraban desde las murallas el agua que rodeaba la ciudad y que cubría todos sus campos, miraban esperando ver los barcos que Guillermo de Orange había enviado para rescatarlos, pero los barcos permanecieron en alta mar.

Y cuando se hizo de noche, la gente de Leiden estaba desesperada.

Parecía desvanecerse su última esperanza, habían sacrificado sus campos y sus granjas para nada.

Pero durante la noche estalló una gran tormenta, un vendaval rugiente azotaba el Mar del Norte, y grandes olas se levantaban altas sobre las ruinas de los diques, el nivel del agua subió, y en medio de la tempestad, cabalgando sobre las grandes olas, la flota holandesa logró llegar hasta Leiden.

Aunque no fueron muy lejos, pues entre el mar abierto y la ciudad de Leiden se hallaba el terreno aún más alto con las dos fortalezas de los españoles.

¡Y sus cañones podrían destruir cualquier barco holandés antes de acercarse a Leiden.

De modo que los marineros holandeses no se atrevían a acercarse más; mantuvieron sus barcos fuera del alcance de los cañones del enemigo sin llegar hasta la ciudad.

Imaginémonos aquella noche de una profunda oscuridad, rugiendo la tempestad, el clamor de las olas, y nadie sabía lo que iba a pasar.

La gente de Leiden ya habían abandonado toda esperanza y esperaban que los españoles llegaran de un momento a otro.

Pero los españoles, a su vez, también tenían miedo, habían visto las oscuras siluetas de las naves holandesas y esperaban que se produjera una batalla con ellas en un momento u otro.

Y justo entonces, se produjo un terrible estrépito, tan alto, que pudo oírse a muchas millas.

Las olas acababan de destrozar los cimientos en una parte de la muralla de Leiden y toda esa sección del muro se estaba viniendo abajo.

Los habitantes de la ciudad, al oír el estallido, pensaron que los españoles habían roto la muralla, y como ya no tenían fuerzas para luchar, estaban preparados para morir.

Pero nada tenían que temer, pues los españoles también se asustaron con el estruendo.

Pensaban que lo había provocado la gente de Leiden que estaban saliendo para atacarles junto con los barcos holandeses.

Como no tenían ganas de luchar en dos frentes, los españoles se retiraron, y dejaron las fortalezas y los cañones tras de sí, y anegados de agua hasta el pecho se abrieron camino hasta llegar a terreno seco ya lejos de Leiden.

El rescate de Leiden fue un gran acontecimiento para Holanda.

Mensajeros a caballo galoparon de ciudad en ciudad para llevar la buena noticia y eso hizo que los holandeses se sintieran más determinados a luchar contra los opresores.

Al final, el rey Felipe II de España comprendió que el duque de Alba con su reino de terror y torturas no había hecho más que unir a católicos y protestantes contra España.

El duque de Alba cayó en desgracia y tuvo que regresar a España y también tuvo que regresar Margarita de Parma.

Felipe II fue enviando gobernadores sucesivos para ganarse a los holandeses con buenas palabras y promesas, pero todo en vano.

Los holandeses no querían ser gobernados nunca más por los españoles.

Declararon Holanda país independiente y le ofrecieron la corona a Guillermo de Orange.

Pero Guillermo de Orange era tan modesto que no quiso que lo llamaran rey —de modo que en 1576 Holanda se convirtió en una república—.

Pero una república ha de tener un presidente, o como los holandeses decían, ‘un protector,’ y nombraron protector a Guillermo de Orange.

Felipe II se enfureció cuando se enteró de la decisión de Guillermo de Orange.

En su furia, ofreció una gran recompensa a cualquiera que asesinase a Guillermo de Orange.

Y en 1584 un tal Balthasar Gérard¹ quiso hacerse con la recompensa y apuñaló a Guillermo de Orange; pero fue capturado y ejecutado.

¹ Balthasar Gérard (1557-1584): Asesino del líder independentista de las Provincias Unidas de los Países Bajos, Guillermo de Orange. Felipe II ofreció una recompensa de 25 000 coronas a quien lo matase. [n. del pr.]

Los holandeses eligieron entonces como ‘protector’ al hijo de Guillermo de Orange, Mauricio de Nassau.²

Felipe II no logró nada con ese asesinato, más bien al contrario, el joven Mauricio de Nassau hizo un tratado de alianza con la reina Isabel³ de Inglaterra que envió soldados y armas a Holanda para ayudar a los Países Bajos contra España.

Podemos imaginarnos la cólera del rey Felipe II, que había intentado dominar a los tozudos holandeses con el terror, y no había funcionado, lo había intentado con buenas palabras y promesas, y ellos no habían escuchado; había instigado el asesinato de su líder, y tampoco había conseguido nada.

¡Y ahora acababan de convertirse en aliados de sus peores enemigos, los ingleses!

Fue entonces cuando Felipe II decidió construir una vasta flota, la Gran Armada⁴ para conquistar Inglaterra primero y luego sojuzgar la pequeña Holanda.

Como ya sabemos, la Gran Armada de Felipe II fue destruida y diezmada en las costas de Inglaterra, y eso no fue solamente una victoria para Inglaterra, sino también para Holanda.

² Mauricio I de Nassau (1567-1625): Príncipe de Orange (1584-1625). [n. del pr.]

³ Isabel I de Inglaterra [inglés: Elizabeth I] o Reina Virgen o Gloriana o la Buena Reina Bess (1533-1603): Reina de Inglaterra e Irlanda (1558-1603), última monarca de la dinastía Tudor. Hija de Enrique VIII, nació como princesa, pero su madre, Ana Bolena, fue ejecutada cuando ella tenía tres años, con lo que Isabel fue declarada hija ilegítima. Sin embargo, tras la muerte de sus hermanos Eduardo VI y María I, Isabel asumió el trono. [n. del pr.]

⁴ Gran Armada o Armada Invencible (1588): Fuerza naval de Felipe II para destronar a Isabel I e invadir Inglaterra. Fue parte de la guerra anglo-española (1585-1604), pero fracasó. La guerra terminó con el Tratado de Londres (1604), favorable a España. [n. del pr.]

Tras la pérdida de la Armada, Felipe II tuvo que abandonar toda esperanza de recuperar Holanda, que se convirtió en un país libre.

Pero la lucha en Holanda, los soldados, las armas, los buques de la Armada habían costado mucho dinero.

En su desafortunado deseo de aplastar a los protestantes en Holanda e Inglaterra, Felipe II gastó el gran tesoro de oro que los españoles habían traído de Norteamérica, de Perú y de Méjico, todos los tesoros traídos de allí fueron utilizados por Felipe II e para sufragar sus guerras.

Y cuando murió en 1598, España, que había sido el país más rico de Europa, volvía a ser tan pobre como lo había sido cien años atrás, antes del descubrimiento de Norteamérica.

Pero la pequeña Holanda floreció, aunque fuera tan solo con su trabajo y esfuerzo.

Los habitantes de Leiden no habían sufrido hambre en vano; su determinación y la de los demás holandeses, habían conseguido derrotar el poder de España. ♣

[i:04] el derecho divino de los reyes

La historia de la rebelión de los Países Bajos es una conmovedora historia de hombres valientes luchando contra un opresor poderoso y cruel.

En cierto sentido, también es una historia triste, pues es una historia de cristianos luchando entre sí por causa de la religión.

Pero eso no pasaba sólo en los Países Bajos; pues llegamos a un momento de la historia en que por toda Europa católicos y protestantes luchaban entre sí.

Luego los protestantes empezaron a luchar entre ellos mismos a causa de ciertas diferencias entre un tipo de iglesia y otra.

Podríamos preguntarnos:

“¿Cómo es posible que la gente que cree en Cristo, el Señor del Amor, pudieran perseguirse y matarse entre sí en nombre de la religión cristiana?”

Durante siglos, la gente estaba acostumbrada a pensar que toda persona que fuera de otra confesión era un ‘hereje’ y un malvado, y que merecía ser castigado —eso es lo que había enseñado siempre el Papa en Roma—.

Ahora los protestantes habían roto con el Papa, pero todavía mantenían la antigua manera de pensar y trataron como ‘herejes’ a los católicos y a todos los otros protestantes que tuvieran un tipo de culto o iglesia diferente al propio.

Pasó mucho tiempo antes de que desapareciera ese insensato modo de pensar.

En 1603 la reina Isabel de Inglaterra designó como su sucesor a Jacobo VI,¹ el hijo de María Estuardo.²

De ese modo, Escocia e Inglaterra se convirtieron en un sólo país bajo un mismo rey: Jacobo I de Gran Bretaña, que fue la denominación que adoptó el nuevo país desde ese momento.

Jacobo fue un rey muy peculiar en la historia inglesa: era escocés y toda su vida habló con un fuerte acento escocés, pero los escoceses tuvieron pronto razones para odiarlo.

María Estuardo, la madre de Jacobo, había sido católica, pero Jacobo había sido educado como protestante, alejado de su madre, y los católicos en Gran Bretaña pronto empezaron a odiarle —después de un tiempo muchos protestantes también acabaron odiándolo—.

¡Pocos reyes en la historia han conseguido crearse tantos enemigos como Jacobo!

Si Jacobo no hubiera sido educado como protestante, Isabel nunca lo habría convertido en su sucesor.

Pero todavía había muchos católicos en Inglaterra y esperaban que el hijo de María Estuardo fuera católico en su fuero interno y que una vez que se convirtiera en rey restaurara el catolicismo, convirtiéndolo en la religión de Estado en Inglaterra.

Pero Jacobo no hizo nada parecido, no le gustaba la iglesia de Roma y lo demostró.

No permitió a los católicos tener iglesias ni realizar su culto públicamente.

Así que los católicos ingleses consideraron a Jacobo un traidor, había traicionado su religión materna.

Un grupo de católicos tramaron un complot para eliminar al rey Jacobo y a todo el Parlamento inglés.

El líder de esa conjura era un tal Guy Fawkes³ y el complot pasó a ser conocido como ‘la conspiración de la pólvora’,⁴ porque el plan consistía en utilizar barriles de pólvora para hacer estallar el Parlamento inglés y todos los que estuvieran dentro, en uno de los días en que estuviera en sesión.

Debajo de las salas del Parlamento en Londres había grandes bodegas y cualquiera que quisiera almacenar sus bienes o mercaderías podía arrendárselas al gobierno.

Fue muy fácil para Guy Fawkes alquilar una de las bodegas, y almacenar en ella 36 barriles de pólvora y leña, colocando varias mechas.

¹ Jacobo Carlos Estuardo, VI de Escocia y I de Inglaterra (1566-1625): Rey de Escocia (1567-1625) y rey de Inglaterra e Irlanda (1603-1625). Hijo de María I de Escocia, fue proclamado rey con un año de edad, tomó el poder en 1581. [n. del pr.]

² María I Estuardo [inglés: Mary Stuart, Mary Stewart] (1542-1587): Reina de Escocia (1542-1567). Sucedió a su padre con apenas seis días de vida. Reina consorte de Francia (1558-1560. Percibiéndola como una amenaza, su prima Isabel I de Inglaterra María fue declarada culpable de conspirar contra la reina inglesa y fue decapitada (1587). [n. del pr.]

³ Guy Fawkes (1570-1606): Integrante del grupo de católicos ingleses que intentó asesinar al rey Jacobo I en la fallida conspiración de la pólvora (1605). [n. del pr.]

⁴ Conspiración de la pólvora [inglés: Gunpowder Plot]: Complot fallido organizado por católicos ingleses (Robert Catesby, Guy Fawkes) para matar al rey Jacobo I, a su familia y a parte de la aristocracia protestante al hacer explotar el Parlamento durante la Apertura de Estado. [n. del pr.]

No tenían más que esperar el día en que el rey se presentara en el Parlamento; y la fecha prevista fue el 5 de Noviembre de 1605.

Aquel día el mismo Guy Fawkes iba a prender las mechas para provocar la explosión.

Pero uno de los conspiradores tenía un amigo cortesano del rey Jacobo que iba a acompañarlo al Parlamento.

El conspirador no podía aceptar que su amigo muriera, y le escribió una carta, con letra disimulada y sin firma, advirtiéndole de que no fuera al Parlamento con el rey, porque se iba a producir una “gran explosión.

El cortesano se quedó perplejo, no podía imaginarse que significaba todo eso —lo único seguro es que algo iba a pasar en el Parlamento—.

Tomó la carta y se la llevó al Primer Ministro, Lord Salisbury,⁵ hombre muy inteligente, que en seguida se dio cuenta de lo que iba a pasar.

Le llevó la carta al rey y le advirtió de la conjura contra su vida.

Era la noche del 4 de noviembre, el día anterior de la visita al Parlamento, y se enviaron inmediatamente soldados para escudriñar en las bodegas del Parlamento y encontraron a Guy Fawkes colocando las mechas entre los barriles de pólvora.

Fue arrestado, torturado y denunció a los demás conjurados y todos fueron ejecutados.

Hasta hoy en día, cada 5 de noviembre se conmemora ese acontecimiento con fuegos artificiales y una hoguera en la que se quema una efigie de ‘Guy’ (la noche de Guy⁶).

⁵ Robert Cecil, primer conde de Salisbury (1563-1612): Político inglés. Fue ministro destacado de Isabel I y Jacobo I. [n. del pr.]

⁶ La noche de Guy (Fawkes) [inglés: Guy's night] o ‘Noche de fuegos artificiales’ [inglés: Firework Night]: Conmemoración

Podríamos pensar que, por el hecho de ser odiado por los católicos, Jacobo tendría a los protestantes de su lado —pero no era así—.

Los protestantes estaban divididos en dos facciones.

Primero estaba la Iglesia de Inglaterra,⁷ y Jacobo, como rey, era el jefe de la iglesia.

Pero también estaban los puritanos,⁸ que pensaban que la Iglesia de Inglaterra se parecía demasiado a la Iglesia Católica⁹ —porque permitía la presencia de estatuas, pinturas, música de órgano y velas, y que además tenía obispos y arzobispos—.

Los puritanos odiaban toda esa parafernalia, le llamaban ‘papismo’ y no querían tener nada que ver con esa iglesia —tenían sus propias reuniones sin todas esas cosas—.

Siempre se vestían, en ropas oscuras, y consideraban pecaminosos los colores brillantes; también consideraban pecado los teatros, el baile y el jugar a cartas, y cualquier tipo de entretenimiento.

Los puritanos rechazaban la Iglesia de Inglaterra, pero Jacobo, que era el jefe de la Iglesia de Inglaterra, sólo quería que hubiera un tipo de iglesia y un tipo de culto en todo su reino.

anual (noviembre 5) en el Reino Unido, celebrando que el rey Jacobo I había sobrevivido a la ‘Conspiración de la pólvora’ (1605). [n. del pr.]

⁷ Iglesia de Inglaterra [inglés: Church of England]: Es la Iglesia cristiana mayoritaria en Inglaterra y actúa como ‘madre’ y ‘primera antigüedad’ de la Comunión anglicana. Es origen del Anglicanismo. [n. del pr.]

⁸ puritanismo: Facción radical del protestantismo calvinista, originado en el periodo reformista inglés de Isabel I. Buscó la ruptura definitiva con la Iglesia Católica y separarse de la Iglesia de Inglaterra, muy cercana al poder real. [n. del pr.]

⁹ Iglesia Católica [latín: Ecclesia Catholica]: Es la Iglesia cristiana más numerosa. Está compuesta por la Iglesia Latina y 23 Iglesias orientales. Sostiene que en ella subsiste la única Iglesia fundada por Cristo, encomendada al apóstol Pedro. [n. del pr.]

A los puritanos se les prohibió que celebraran sus reuniones, y aquellos que lo hacían eran encerrados en prisión o tenían que pagar elevadas multas.

Muchos puritanos encontraron tan insoportable esa persecución que compraron un barco, el Mayflower y cien familias se embarcaron en él para dirigirse a Norteamérica. Su destino original era la colonia Jamestown en Virginia, pero una tormenta los desvió y el 11 de noviembre de 1620 llegaron a la costa mucho más al norte, donde fundaron la colonia de Plymouth, Massachusetts, que sería la base de lo que más adelante se llamaría Nueva Inglaterra.

Los puritanos fueron llamados los ‘Padres Peregrinos.’¹⁰

El primer invierno fue de gran penuria para los colonos, muriendo de hambre y enfermedades más de la mitad de la colonia.

Los que quedaron vivos continuaron luchando por sobrevivir, y en la primavera sembraron su primera cosecha de maíz.

Squanto,¹¹ un indio guerrero, que se había amigo de ellos, les enseñó cómo sembrar y cultivar el maíz, y les ayudó a establecer buenas relaciones con las tribus indias vecinas.

Así que en el otoño de 1621, tras una buena cosecha, el gobernador Bradford¹² proclamó ‘un día

¹⁰ Padres Peregrinos [inglés: Pilgrim Fathers]: Grupo religioso inglés (finales del siglo XVI) que descontento con el ambiente político-religioso en su país, emigró, primero a Leiden (Holanda) (1609) y luego al Nuevo Mundo en (1620). Partieron de Plymouth (Inglaterra) en el barco Mayflower. [n. del pr.]

¹¹ Squanto (ca. 1580-1622): Nativo norteamericano patuxet (actual Massachusetts). Tomas Hunt lo capturó (1614) y vendió como esclavo a unos frailes de Málaga que lo educaron. Viajó a Inglaterra y dominó el inglés. Retornó a su terruño y sirvió de intérprete. [n. del pr.]

¹² William Bradford (1590-1657): Colono inglés, segundo gobernador de los peregrinos puritanos a su llegada a América

el profanador de textos

para dar gracias al Señor,¹³ para poder regocijarse de una manera más especial después de haber retomado el fruto de nuestro trabajo —así nació el ‘Día de Acción de Gracias.’

Y, en un gesto de amistad, los peregrinos invitaron a los indios vecinos para celebrar juntos esa fiesta, en la que compartieron pavos y gansos, maíz, langostas, almejas, calabacitas, calabazas y frutos secos

Ese evento se sigue recordando el cuarto jueves del mes de noviembre como fiesta nacional en Estados Unidos y Canadá.

Así que no sólo los católicos, sino también los protestantes puritanos detestaban al rey Jacobo.

Pero en Escocia, la Iglesia de Escocia,¹⁴ fundada por John Knox,¹⁵ no quería tener obispos ni arzobispos, y los escoceses rechazaron tozudamente obedecer el deseo del rey de que la Iglesia de Escocia fuera como la Iglesia de Inglaterra.

De modo que Jacobo tenía pocos amigos en su tierra natal, y la mayoría lo odiaban.

Podría pensarse que Jacobo al menos se habría ganado las simpatías de los ingleses que pertenecían a la Iglesia de Inglaterra.

del Norte (1621-1656) y primer historiador de la colonización inicial. Como gobernador de Plymouth proclamó la costumbre colonial del Día de Acción de Gracias. [n. del pr.]

¹³ Día de Acción de Gracias [inglés: Thanksgiving Day]: Fiesta nacional en los Estados Unidos, que comenzó en 1621 para dar gracias a Dios por la bendición de la cosecha y del año anterior. Se celebra el cuarto jueves de noviembre. [n. del pr.]

¹⁴ Iglesia de Escocia [gaélico escocés: Eaglais na h-Alba] o ‘The Kirk’: Confesión presbiteriana, Iglesia oficial de Escocia. Su lema es ‘Nec tamen consumebatur’ [‘No se consumía’] [Éx 3:2] [n. del pr.]

¹⁵ John Knox (1514-1572): Predicador escocés, líder de la Reforma Escocesa y el fundador de presbiterianismo. Es reconocido como el Padre de la Reforma en Escocia. [n. del pr.]

Pero la mayoría de ingleses ciudadanos de a pie también le odiaban, por una razón distinta, por algo que no tenía nada que ver con la religión.

Desde que el rey Juan¹⁶ había firmado la Carta Magna,¹⁷ Inglaterra tenía un Parlamento.

Los miembros del Parlamento eran elegidos por el pueblo, y los reyes no podían hacer nada sin el consentimiento del Parlamento.

Y lo más importante era que ningún rey podía cobrar impuestos a menos ‘que el Parlamento estuviera de acuerdo —si el rey quería dinero extra por alguna buena razón, tenía que pedírselo al Parlamento—.

Pero Jacobo tenía ideas muy peculiares sobre su posición como rey —incluso escribió un libro sobre el tema, en el que explicaba que un rey era algo más que un ser humano ordinario, que era escogido por Dios y que la voluntad del rey era igual que la voluntad de Dios—.

A eso le llamaba el ‘derecho divino de los reyes.’¹⁸

¹⁶ Juan I de Inglaterra o Juan sin Tierra [anglonormando: Johan sans Terre; inglés: John Lackland] (1166-1216): Rey de Inglaterra (1199-1216). Perdió el Ducado de Normandía y gran parte de Aquitania ante Felipe II de Francia. La revuelta de los barones al final de su reinado condujo a la firma de la Carta Magna. [n. del pr.]

¹⁷ Magna Carta Libertatum [latín medieval] o Magna Carta [inglés] o Carta Magna: Carta otorgada por Juan I de Inglaterra (junio 15, 1215) que prometía la protección de los derechos eclesiásticos, la protección de los barones ante la detención ilegal, el acceso a justicia inmediata y limitaciones de tarifas feudales a favor de la Corona. Ninguno de los bandos cumplió con sus compromisos y la carta fue anulada por el papa Inocencio III, lo que provocó la primera guerra de los Barones. — Hay varias ‘Cartas’ posteriores. [n. del pr.]

¹⁸ derecho divino de los reyes: Idea de que la autoridad de un rey para gobernar proviene de la voluntad de la deidad del pueblo que gobierna. Implica también que la deposición del rey o la restricción del poder y prerrogativas de la corona son actos contrarios a la voluntad de Dios. [n. del pr.]

Y como Jacobo creía en ese ‘derecho divino’ no se preocupaba de lo que opinaran en el Parlamento.

Cada vez que quería dinero, y necesitaba mucho, porque era un gran derrochador, le proponía al Parlamento que elevara los impuestos.

Y si los miembros del Parlamento lo rechazaban, cerraba el Parlamento, les obligaba a volver a sus casas, y elevaba los impuestos sin su consentimiento.

A los ingleses no les gustaba para nada ese proceder, fuera de la iglesia que frieran.

De modo que el rey Jacobo I de Gran Bretaña no podría ser considerado un rey ‘popular,’ no hacía más que crear enemigos a su alrededor. ♣

[i:05] Carlos I de Inglaterra

El rey Jacobo I era un rey anciano, no era cruel o malvado, pero de un modo u otro no cesaba de crearse enemigos en sus dos reinos.

Los católicos lo llamaban traidor, los puritanos y los escoceses lo consideraban tan malo como al Papa de Roma, y el pueblo llano en Inglaterra estaba enojado por su menosprecio al Parlamento.

Pero a Jacobo nunca le preocupó el descontento que había entre la gente; estaba tan convencido del 'derecho divino de los reyes que simplemente no podía equivocarse en sus actos por el hecho de ser rey, y le daba igual lo que la gente pensaba sobre él.

En antiguo Egipto, realmente era así, la gente consideraba al faraón como una especie de ser divino; pero eso había sido mucho tiempo atrás y en la época, del rey Jacobo la gente ya no estaba dispuesta a tratar a los reyes como dioses.

Jacobo se limitaba a ignorar el descontento, las quejas, la amargura entre sus súbditos, y mientras vivió hizo lo que le vino en gana —al morir en 1625 le dejó a su hijo una herencia problemática—.

Su hijo Carlos I también había sido educado para creer en el 'derecho divino de los reyes,' como su padre: trataba al Parlamento con menosprecio y oprimía a los puritanos.

Cuando una olla de agua está hirviendo cierto tiempo el agua bulle y borbotea, y luego, de repente, se desborda.

Durante el reinado de Jacobo el descontento de los británicos había estado en ebullición, pero en el reinado de Carlos I, se desbordó, y eso provocó una guerra civil en Gran Bretaña.

Los británicos lucharon y se mataron entre sí, y al final, el rey Carlos I perdió la corona y la vida.

El primer desbordamiento contra Carlos I se produjo en 1638 en la catedral de Saint Giles en Edimburgo, Escocia.

Al igual que su padre, Carlos I quería sólo un tipo de iglesia y un tipo de iglesia al servicio "de Gran Bretaña —todas las congregaciones debían seguir a la Iglesia de Inglaterra—.

Por lo que ordenó que el libro de oraciones que debía ser usado por la Iglesia de Inglaterra tenía que ser usado en todos las misas del país.

Hoy en día nos parece un asunto intrascendente el tipo de oraciones se utilizan en la iglesia y su contenido.

Pero la gente de Edimburgo no pensaba igual; estaban furiosos de que en su iglesia no se les permitiera rezar sus oraciones a su modo.

Cuando llegó el domingo en que iba a utilizarse por primera vez el libro de oraciones obligatorio en la catedral de Saint Giles, había una gran multitud en el templo, que rumoreaba enojada y en voz alta.

El decano de la catedral de Saint Giles entró, la congregación calló, y el decano empezó a leer usando el libro de oraciones de la liturgia inglesa.

Tan sólo había pronunciado unas pocas palabras cuando una dama ya entrada en años, lady Elly Geddes, se puso a gritar:

“¿Qué dices falso ladrón? ¿Vas a decir misa a mi oído?”

(Con esto estaba diciendo que el nuevo libro de oraciones era como una misa en una iglesia católica y que el sacerdote quería obligar a oírlo.)¹

Y la dama tomó el taburete en el que estaba sentada y se lo lanzó al sacerdote.

En cuestión de segundos, se había armado un tumulto en toda la iglesia; las mujeres se abalanzaron sobre el decano y empezaron a darle puñetazos.

La gente empezó a gritar:

“¡Abajo con el papismo!”

Al final, entraron los soldados, rescataron al decano y sacaron a la gente del recinto —pero los disturbios continuaron en la calle durante todo el día—.

Cuando la noticia se extendió por toda Escocia la gente, los nobles y el pueblo llano se alzaron en rebelión contra el rey Carlos I.

Los líderes de la rebelión se reunieron en la iglesia de Greyfriars y el cementerio de Edimburgo.

Ahí redactaron 'una promesa solemne por la que se comprometían a luchar por la Iglesia de Escocia y defenderla con sus vidas, y varios miles de escoceses estamparon su firma en el documento.

Ese documento fue llamado 'the covenant' ['el pacto,' 'la alianza'] y sus firmantes fueron denominados 'covenanters' ['pactantes' o 'aliancistas'].

Los aliancistas tomaron las armas y marcharon contra Inglaterra, pero fueron derrotados por las tropas que Carlos I envió contra ellos.

Para detener más derramamiento de sangre, el rey Carlos cedió, y los aliancistas regresaron orgullosos a Escocia.

¹ Sería interesante entender el significado completo de este comentario. [n. del pr.]

Habían defendido su derecho a rezar y a celebrar el culto de la manera que quisieran; se habían rebelado contra su rey y el rey no había podido suprimir la rebelión, había tenido que ceder y dejó que los aliancistas tuvieran el tipo de iglesia que querían.

De modo que la primera rebelión contra el rey Carlos I vino de los puritanos escoceses.

Por desgracia, el rey Carlos no aprendió su lección de esa rebelión de los aliancistas; todavía creía que como rey podía dar órdenes al Parlamento inglés.

Pero los miembros ingleses del Parlamento estaban también llegando al límite y su descontento estaba a punto de ‘desbordarse.’

Había tantos altercados entre el rey Carlos y el Parlamento —mayormente por cuestiones económicas y tributarias— que al final se hizo evidente que el rey y el Parlamento no podían gobernar juntos: uno de ellos tenía que ceder.

El rey Carlos I intentó hacer lo que había hecho su padre, pero cuando ordenó a los miembros del Parlamento que se fueran a sus casas y cerraran el Parlamento, las cosas se desbordaron.

El Parlamento hizo un llamamiento al pueblo de Inglaterra para que tomara las armas y defendiera sus antiguos derechos establecidos en la Carta Magna.²

El rey Carlos convocó a sus nobles contra los rebeldes plebeyos que se atrevían a levantarse contra su propio rey.

² Magna Carta Libertatum [latín medieval] o Magna Carta [inglés] o Carta Magna: Carta otorgada por Juan I de Inglaterra (junio 15, 1215) que prometía la protección de los derechos eclesiásticos, la protección de los barones ante la detención ilegal, el acceso a justicia inmediata y limitaciones de tarifas feudales a favor de la Corona. Ninguno de los bandos cumplió con sus compromisos y la carta fue anulada por el papa Inocencio III, lo que provocó la primera guerra de los Barones. — Hay varias ‘Cartas’ posteriores. [n. del pr.]

, De ese modo, en 1642 estalló una terrible guerra civil en la que los británicos empezaron a luchar y matarse entre ellos.

Los que combatían en favor del rey Carlos en su mayoría eran nobles que entraban en batalla cabalgando; eran llamados los ‘caballeros.’

Los soldados que luchaban en favor del Parlamento y sus derechos eran llamados ‘Roundheads’ [‘cabezas redondas’]³ porque se cortaban el pelo muy corto, a diferencia de los caballeros que ostentaban largas melenas rizadas.

Al principio, el rey Carlos tenía un ejército mejor preparado, porque los caballeros habían estado desde la infancia entrenados para luchar.

Todavía era la época en que los hijos de la nobleza eran educados únicamente para hacer carrera en el ejército y no para ejercer ningún comercio o profesión.

Por lo que, para los caballeros, luchar y batallar era simplemente parte de la vida.

Pero los Roundheads eran civiles —campesinos, granjeros, tenderos, carpinteros, comerciantes— con escaso entrenamiento o experiencia en las armas.

El ejército del Parlamento hubiera tenido muy pocas oportunidades de éxito frente a los caballeros de] rey Carlos I sino hubiera sido porque encontraron un líder que sabía como convertir en soldados rudos a quienes nunca habían tomado una espada ni habían disparado un arma de fuego.

Ese líder era Oliver Cromwell. ♣

³ Roundheads o cabezas o Parlamentarios: Ingleses que durante la Guerra Civil inglesa (1642-1651) apoyaron el bando y la postura que defendía el Parlamento de Inglaterra frente a la Monarquía de la Casa de Estuardo, dirigidos por Oliver Cromwell (en su campaña irlandesa), y los generales Thomas Fairfax y Henry Ireton y en el Parlamento por John Pym. [n. del pr.]

[i:06] Cromwell y la guerra civil inglesa

Si retrocedemos a los tiempos medievales constatamos que la vida estaba organizada de una manera escalonada, la escala de la autoridad.

En el peldaño más bajo estaban los plebeyos: los siervos feudales; por encima se hallaba la ‘nobleza’: los caballeros; y después, por encima de ellos, estaba el rey; y por encima de todos estaba la iglesia: monjes, sacerdotes, abades, obispos y el Papa.

El Papa se hallaba en la cúspide, en el peldaño más alto de la escala, era la autoridad suprema.

Pero al alborar la Era del Descubrimiento, cuando la gente empezó a querer pensar por sí misma, también se produjo la Reforma religiosa, lo que implicaba que por toda Europa había gente que se unía a iglesias independientes que ya no reconocía la autoridad del Papa de Roma.

Podría decirse que los protestantes echaron abajo al Papa desde lo alto de la escala.

Y cuando la autoridad suprema fuera derrocada, ya no se reconocería la jerarquía de la Iglesia Católica, y la autoridad suprema pasaba a ser el rey.

Y luego se llegó a una época en que la gente también se volvió contra la autoridad del rey; fue el paso siguiente.

el profanador de textos

Ya vimos que los holandeses se rebelaron contra su rey legítimo, Felipe II de España, los aliancistas escoceses contra su rey legítimo, Carlos, y ahora eran los Roundheads¹ los que se alzaban en rebeldía contra Carlos en Inglaterra misma.

Podemos ver cómo todo ello es parte de un proceso en el que todas las autoridades son desechadas una tras otra.

El líder de los Roundheads en su lucha contra los caballeros era Oliver Cromwell.²

Cuando era joven, Cromwell había sido la desesperación de sus padres —no lograban que trabajara ni estudiara; se pasaba el tiempo bebiendo y haciendo apuestas, peleando borracho en las tabernas y malgastando el dinero de su padre.

Pero luego de unos años de esa vida disoluta, Oliver Cromwell se cansó de todos esos ‘entrenamientos’ que le aburrían, dejándolo vacío e insatisfecho.

Y, para sorpresa de todo el mundo, hizo borrón y cuenta nueva³ —empezó a leer y estudiar, especialmente temas sobre religión, y ese estudio lo transformó completamente—.

Se convirtió en un Puritano⁴ de los más estrictos.

¹ Roundheads o cabezas o Parlamentarios: Ingleses que durante la Guerra Civil inglesa (1642-1651) apoyaron el bando y la postura que defendía el Parlamento de Inglaterra frente a la Monarquía de la Casa de Estuardo, dirigidos por Oliver Cromwell (en su campaña irlandesa), y los generales Thomas Fairfax y Henry Ireton y en el Parlamento por John Pym. [n. del pr.]

² Oliver Cromwell (1599-1658): Líder político y militar inglés. Convirtió a Inglaterra en una república denominada Mancomunidad de Inglaterra (en inglés, Commonwealth of England). [n. del pr.]

³ Esto pasó alrededor de sus 40 años. Los 42 años es el inicio de la época del Yo Espiritual. [n. del pr.]

⁴ puritanismo: Facción radical del protestantismo calvinista, que tuvo su origen en el periodo reformista inglés que se desarrolló durante el reinado de Isabel I (1559-1603),

Desechaba las más ligeras formas de disfrute o placer: todo su tiempo lo dedicaba al trabajo arduo, a la oración y a la lectura exclusiva de libros religiosos.

Al convertirse en un ejemplo brillante de vida puritana, no es de extrañar que la gente se quedara altamente impresionada por ese hombre serio y virtuoso, tan impresionados que lo eligieron miembro del Parlamento.

En el Parlamento, Cromwell pronto se convirtió en el más acérrimo enemigo del rey Carlos.

Una y otra vez hablaba contra el rey que no respetaba los derechos del pueblo.

Y de ese modo, cuando el rey y el Parlamento se alzaron en armas para decidir quién iba a regir Gran Bretaña, lo más natural fue que Cromwell recibiera el comando del ejército parlamentario, los Roundheads.

Como comandante en jefe del ejército, Cromwell mostró su verdadero genio.

En primer lugar entrenó e instruyó a sus campesinos y comerciantes durante muchas horas al día hasta que se convirtieron en una verdadera fuerza de lucha capaz de enfrentarse a los caballeros.

Pero hizo algo más que eso.

Hizo que sus soldados sintieran que estaban luchando una ‘guerra santa’ contra las fuerzas del mal, y su ejército tenía que regirse por normas puritanas.

Cuando sus soldados habían hecho sus marchas y entrenamientos, no podían relajarse: se hacían oraciones, lectura de la Biblia y se cantaban himnos.

El propio Cromwell era un excelente predicador, les daba un sermón y les arengaba que habían sido

buscando la separación total de Roma y de la corona inglesa. [n. del pr.]

elegidos para luchar por Dios contra los pecadores y servidores del diablo.

Los soldados simplemente estaban dispuestos a enfrentarse a cualquier peligro y a dar sus vidas por la causa sagrada.

Igual como un herrero toma una barra de hierro, la calienta y la golpea con el martillo, forjándola para convertirla en una espada afilada, del mismo modo Cromwell forjó su ejército a partir de civiles desordenados convirtiéndolos en una poderosa fuerza temible para los caballeros.

Al principio, los caballeros hablaban con desprecio sobre los Roundheads, pero al cabo de algunas batallas les empezaron a llamar respetuosamente ‘ironside.’⁵

Pero la guerra entre los caballeros y los Roundheads duró cuatro años, fue cruel y despiadada.

Y aunque, al principio, fue una guerra entre ingleses, Escocia también fue arrastrada a la contienda.

Los aliancistas escoceses,⁶ naturalmente, estaban a favor de Cromwell y enviaron tropas para ayudarlo, pero un noble escocés, el marqués de Montrose,⁷ que había sido un aliancista al principio, cambió de idea, se puso en favor del rey Carlos y llamó a los

⁵ ironside: Nombre dado a los ejércitos no profesionales Parlamentario. Se dice que este sobrenombre se refería más a su habilidad para romper líneas enemigas que a su armadura. [n. del pr.]

⁶ aliancistas o covenanters o covenants: Integrantes de un movimiento religioso nacido en el seno del presbiterianismo en la historia de Escocia y, de manera menos influyente, en las de Inglaterra e Irlanda del siglo XVII. ‘Covenant’ significa ‘alianza,’ aludiendo a la alianza con Dios. [n. del pr.]

⁷ James Graham, I marqués de Montrose (1612-1650): Noble y militar escocés, que se unió al bando de los aliancistas en las Guerras de los Tres Reinos, pero luego con el desarrollo de la Revolución inglesa apoyó al rey Carlos I. De 1644 a 1646, y en 1650, luchó en la revolución escocesa en el bando del rey. [n. del pr.]

clanes de las salvajes Tierras Altas⁸ a sumarse a la lucha en defensa del rey.

La manera de reclutar un ejército en las Tierras Altas consistía en hacer una cruz con dos palos cuyos extremos habían sido quemados con fuego y empapados en sangre de cabra.

Luego se entregaba esa cruz de fuego, como se la llamaba, a un hombre del clan que corría a toda velocidad atravesando cañadas y saltando obstáculos hasta que la recogía otro hombre del clan que seguía corriendo.

De ese modo la cruz pasaba de mano en mano hasta que todos los hombres de aquel clan sabían que su jefe los llamaba a la guerra.

Así que la cruz de fuego fue enviada a las Tierras Altas para llamar a los clanes a luchar bajo el estandarte de Montrose, y los hombres afluyeron por miles, no porque se preocuparan del rey Carlos, sino porque odiaban al líder de los aliancistas escoceses, otro noble escocés, el marqués de Argyll.⁹

Acababa de estallar la guerra civil también en Escocia, una guerra entre los habitantes de las Tierras Altas y los de las Tierras Bajas,¹⁰ porque

⁸ Tierras Altas de Escocia o High Lands o Hielands o a' Ghàidhealtachd ['la tierra de los gaélicos']: Región montañosa del norte de Escocia, con gran la influencia celta, incluyendo el mantenimiento del gaélico escocés como lengua materna. [n. del pr.]

⁹ Archibald Campbell, I marqués de Argyll, VIII conde de Argyll, jefe del Clan Campbell (1607-1661): Político y aristócrata escocés. Cabeza de facto del gobierno de Escocia durante las Guerras de los Tres Reinos (1640/50), figura importante dentro del movimiento Covenanter que luchaba para mantener el Presbiterianismo frente a los intentos de los Estuardo de imponer el anglicanismo. [n. del pr.]

¹⁰ Tierras Bajas de Escocia o Lowlands o a' Ghalldachd ['la zona no gaélica']: Parte meridional de Escocia, las regiones no comprendidas en las Tierras Altas o Highlands. La línea divisoria es en el Fiordo de Clyde. [n. del pr.]

los aliancistas eran mayoritariamente de las Tierras Bajas.

Al principio, Montrose y los de las Tierras Altas tuvieron éxito.

En 1644, en Tippermuir, cerca de Perth, los hombres de Montrose se abalanzaron furiosamente contra los aliancistas, y en pocos minutos se produjo una lucha feroz.

Luego Montrose tomó la ciudad de Aberdeen.

Después, sus guerreros de las Tierras Altas la asaltaron y saquearon, y mataron a sus habitantes —Montrose se quedó horrorizado, no era eso lo que quena—.

Luego marchó hacia el sur sobre Glasgow, y Glasgow se rindió sin luchar.

Y Montrose anunció a sus hombres de las Tierras Altas que todo aquel que saqueara al entrar en Glasgow sería colgado.

Como no era eso lo les gustaba a los hombres de las Tierras Altas, la mayoría simplemente dieron media vuelta y regresaron a sus casas.

De modo que Montrose se quedó con una fuerza minúscula, y cuando el siguiente ejército de aliancistas le enfrentó, Montrose fue derrotado.

El conde logró escapar de la batalla y huir hasta las Tierras Altas, desde donde escapó hasta Francia.

Así que en Escocia el partido del rey había perdido la guerra civil —y pronto pasaría lo mismo en Inglaterra—.

En la batalla de Naseby en 1645, Cromwell y sus ironside derrotaron y dispersaron totalmente al último ejército de caballeros.

El rey Carlos no estaba presente en esa última batalla de los caballeros, pero cuando le llegaron las noticias de la derrota, supo que no podía levantar otro ejército y que su causa estaba perdida.

No podía huir de Inglaterra porque la armada apoyaba a los Roundheads y pronto éstos lo harían prisionero.

Entonces el rey Carlos decidió que sería mejor ser tomado prisionero por las tropas escocesas.

Los aliancistas escoceses habían enviado un ejército para ayudar a Cromwell y el rey Carlos se había abierto camino hasta ese ejército escocés y se rindió a ellos —pidió que lo llevaran a Escocia y que le dieran asilo allí—.

Los escoceses no sabían qué hacer; no tenían una verdadera disputa con el rey Carlos, él les había dado libertad de culto y eso era todo lo que querían.

Después de todo, Carlos era el nieto de María Estuardo, una reina escocesa, y él todavía era rey de Escocia —así que los escoceses decidieron llevarse a Carlos a Escocia—.

Pero entonces llegó un mensaje de Cromwell:

“Si el rey no era entregado a los ingleses habría una guerra entre Escocia e Inglaterra.”

Por otra parte, el Parlamento inglés le debía a los escoceses cien mil libras por la paga de los soldados, y no pagarían ese dinero si los escoceses retenían al rey.

Ante esta doble amenaza, los escoceses cedieron y Carlos fue entregado a los ingleses.

La guerra civil había concluido. ♣

[i:07] la ejecución de Carlos

En los tiempos medievales tempranos la ‘escala’ de autoridad existía con los siervos en la base y el Papa en la cúspide.

Como ya vimos, la Reforma¹ quitó de encima la autoridad del Papa, y en la siguiente etapa también tambaleó la autoridad del rey.

Pero eso nos lleva a hacernos una pregunta:

“¿Qué clase de personas eran las que se rebelaron contra las antiguas autoridades?”

En la Edad Media temprana un siervo que huía de su señor y permanecía en una ciudad durante un año y un día sin ser capturado quedaba libre, se convertía en un ‘ciudadano’ que no debía obediencia a ningún señor o caballero.

La libertad empezó en las ciudades, y fue la gente de las ciudades la que siguió primero a Lutero² en

Alemania, a Calvino³ en Suiza, o a John Knox⁴ en Escocia, y se convirtió en protestante.

Los habitantes de las ciudades, los ‘ciudadanos’ o ‘burgueses’ —en Europa Central⁵ el término ‘burgo’⁶ designaba ciudad— poseían ese espíritu de independencia que, al final, se volvió contra las antiguas autoridades y las echaron abajo de la escala jerárquica.

Los ciudadanos o burgueses no eran campesinos que labraban el suelo, no eran caballeros entrenados únicamente para la guerra, eran comerciantes, carniceros, panaderos, carpinteros, mercaderes y hombres de negocios —constituían ‘la clase media’—.

El crecimiento de las ciudades durante la Edad Media había producido una nueva clase —los ciudadanos, o burgueses, o ‘la clase media’— y fue esa clase media la primera en rebelarse contra los señores y los nobles.

La guerra civil en Inglaterra en realidad fue una guerra entre las clases medias por un lado, y el orden antiguo, los nobles y el rey, por el otro.

Podemos ver el choque entre el orden antiguo y el nuevo incluso en las personalidades de los dos líderes: el rey Carlos y Oliver Cromwell.

³ Juan Calvino (1509-1564) nacido Jehan Cauvin: Teólogo francés, autor y gestor de la Reforma Protestante. Los ‘cinco puntos del calvinismo’ surgen en contra a las doctrinas de Jacobo Arminio. Creó la Biblia de Ginebra, edición protestante de la Biblia francesa (1564). [n. del pr.]

⁴ John Knox (1514-1572): Predicador escocés, líder de la Reforma Escocesa y el fundador de presbiterianismo. Es reconocido como el Padre de la Reforma en Escocia. [n. del pr.]

⁵ Estos relatos se realizaron en Escocia, que corresponde a la Europa Occidental. [n. del pr.]

⁶ burgo: 1. m. En la Edad Media, fortaleza construida por los nobles feudales para vigilar los territorios de su jurisdicción, donde se asentaban los gremios, entre otros, de comerciantes y artesanos. 2. m. p. us. Aldea o población muy pequeña, dependiente de otra principal. Diccionario RAEL [n. del pr.]

El rey Carlos procedía de una antigua familia noble, los Estuardo,⁷ que habían sido caballeros, señores y reyes durante siglos.

Él no se había ganado la corona por sus grandes actos o por su trabajo, la tenía en virtud de su sangre, porque había nacido con el derecho a convertirse en rey.

Y en su orgulloso comportamiento Carlos siempre mostró que era consciente de ser el descendiente de generaciones de reyes.

Hay imágenes de Carlos, con rostro pálido y alargado, con pelo largo cuidadosamente arreglado, y una barba corta y puntiaguda —todos los retratos muestran una expresión altiva y ligeramente cansada—.

Oliver Cromwell era bajito y grueso, con un rostro rojizo y marcado; era cervecero de profesión y se había convertido en líder de los Roundheads por su arduo trabajo y por la mera habilidad, no por hubiera nacimiento.

No tenía los modales agraciados del rey Carlos o de los caballeros, sino que compartía todas las penurias de sus tropas, estaba lleno de entusiasmo por la causa puritana y sus soldados lo querían.

Si pensamos en Oliver Cromwell, con la cara rojiza, bajo y grueso, mal vestido y con malos modales, pero lleno de una imparable energía, y en el rey Carlos, alto, elegante, pálido, altanero, tendremos en estos dos personajes todo el contraste entre la nueva clase y la antigua.

Ahora bien, cuando Carlos fue entregado a los ingleses por los escoceses, el Parlamento inglés decidió

⁷ Casa Estuardo o Stuart o Stewart: Dinastía reinante en Escocia (1371-1603), Escocia, Inglaterra e Irlanda (1603-1714), exceptuando el periodo de la República (1649-1660). [n. del pr.]

mantenerlo prisionero en un lugar llamado Holmby Hall en el condado de Northampton.

Los miembros del Parlamento pensaron que Carlos había aprendido la lección y que, con el tiempo, podrían volver a tenerlo como rey.

Pero entre tanto hubo problemas entre el Parlamento inglés y los soldados de Cromwell, los Roundheads o ironside.

El problema consistía en que el Parlamento estaba escaso de dinero y los soldados de Cromwell no habían recibido su paga desde hacía meses — los ironside estaban indignados por no haber cobrado y corrían rumores de motín y de asalto al Parlamento—.

Ante esa situación, algunos miembros del Parlamento pensaron que lo mejor sería hacer que Carlos regresara al trono, y lo más probable es que Cromwell y sus soldados no se atreverían a ir contra el rey y el Parlamento al mismo tiempo.

Pero Cromwell se adelantó.

Envió una compañía de soldados a Holmby Hall donde Carlos estaba encarcelado y sus soldados se llevaron al rey de allí —de modo que a partir de entonces el rey era prisionero de Cromwell, su peor enemigo—.

Cromwell estaba firmemente determinado a ejecutar al rey; Pero tenía que ser ‘legalmente’ y tenía que hacerse con el consentimiento del Parlamento.

En el Parlamento habían unos 250 miembros, pero sólo cien de ellos eran puritanos y estaban del lado de Cromwell; los otros 150 preferían tener de nuevo a Carlos como rey y, naturalmente, no estarían de acuerdo con ejecutar al rey.

De modo que un día Cromwell envió una compañía de soldados al Parlamento, hizo prisioneros a algunos de sus miembros, echaron a los otros, y

dejaron sólo unos cien en los que se podía confiar que harían exactamente lo que Cromwell quería.

Los cien parlamentarios que quedaron después de la depuración —llamado el ‘Parlamento Remanente,’⁸— dictaron entonces una ley por la que el rey Carlos debía ser juzgado ante un tribunal por su traición, lo que era ridículo.

El verdadero juicio, que se produjo semanas más tarde, fue claramente arbitrario e injusto, fue una farsa —a Carlos ni siquiera se le permitió decir nada, ni defenderse—.

Los supuestos jueces lo encontraron culpable de ‘alta traición,’ lo condenaron a muerte.

Cuando Carlos fue sacado de la Corte de Justicia, un soldado de guardia le dijo:

“Dios bendiga a Su Majestad.”

Y un oficial se dio vuelta y le propinó un puñetazo al soldado.

Carlos miró al brutal oficial y le dijo:

“Creo que el castigo fue demasiado fuerte por lo que hizo ese hombre.”

El 30 de enero de 1640 Carlos fue conducido al cadalso frente al palacio de Whitehall, en Londres, que antaño había sido su propio palacio.

Había una gran multitud en las calles y había quienes querían su muerte, pero la mayoría no, y se quedaron impresionados por el comportamiento sereno del rey.

Quiso decir unas últimas palabras a la gente, pero eso incluso le fue negado porque los soldados hicie-

ron tanto ruido con sus armas que no podía oírse lo que decía Carlos.

Así que Carlos se arrodilló y puso su cabeza en el tajo⁹; luego que cayó el hacha, el verdugo con su máscara negra agarró la cabeza cortada y la levantó gritando:

“¡Mirad la cabeza de un traidor!”

Pero la única respuesta que recibió del público fue un gruñido.

Carlos había cometido muchos errores en su vida, pero nada realmente perverso, no merecía haber muerto así.

Si había que culpar a alguien de los errores de Carlos tendría que ser a su padre Jacobo, con sus ideas sobre el ‘derecho divino de los reyes.’

La ejecución de Carlos no llevó la paz a Gran Bretaña sino que provocó una nueva guerra civil.

Tras la muerte de Carlos, el Parlamento Remanente, los cien parlamentarios que había dejado Cromwell, declararon que Gran Bretaña era una República, o como ellos llamaban un ‘Commonwealth’¹⁰ [‘mancomunidad’].

Pero el que gobernaba verdaderamente no era ese Parlamento sino Cromwell, porque el Parlamento Remanente sólo hacía lo que Cromwell quería —de modo que Cromwell tenía más poder ahora del que había tenido jamás el pobre Carlos—.

En nuestra época a una persona como Cromwell se le habría llamado dictador.

⁸ Rump Parliament: El Parlamento inglés cuando Cromwell purgara el Parlamento inglés de los miembros hostiles a juzgar al rey Carlos I por alta traición. ‘Rump’ normalmente significa rabo o ancas de un mamífero; su uso como ‘remanente’ surgió de este hecho histórico. [n. del pr.]

⁹ tajo: 7. m. Trozo de madera grueso y pesado sobre el cual se cortaba la cabeza a los condenados. Diccionario RAEL [n. del pr.]

¹⁰ commonwealth [inglés ‘common, común,’ y ‘wealth, fortuna’]: Significa literalmente ‘riqueza común’ o ‘mancomunidad.’ [n. del pr.]

Los ingleses se adaptaron a ello —no es que les gustara, pero soportaron la dictadura de Oliver Cromwell, algo que no hicieron los escoceses—.

En Escocia, incluso los puritanos, los aliancistas, se sintieron profundamente afectados al oír que Carlos I había sido ejecutado como un criminal común y no les gustaba tener una ‘república’ que sólo lo era de nombre.

Seis días después de la ejecución de Carlos, los escoceses, reunidos en el cruce del mercado en la High Street de Edimburgo, proclamaron a Carlos II¹¹—hijo de Carlos I— como su nuevo rey.

El joven Carlos II había huido a Holanda, donde esperaba el momento de volver y asumir la corona que le habían arrebatado a su padre —pero el joven Carlos II cometió un error—.

Pensó que los escoceses, incluidos los aliancistas, al haberlo proclamado nuevo rey, se habían olvidado de sus viejas rencillas entre ellos, y le pidió al marqués de Montrose¹² —que antaño había comandado un ejército de habitantes de las Tierras Altas— que levantara ahora un ejército contra Cromwell.

Mientras tanto, el propio Carlos II permanecería en Holanda.

Pero los aliancistas y su líder, el marqués de Argyll,¹³ no habían olvidado que Montrose los había derrotado antes en la batalla de Tippermuir, no habían olvidado el saqueo y la matanza que los de Tierras Altas habían perpetrado en Aberdeen, y culpaban a Montrose de ello.

Así que se volvieron contra Montrose cuando se acercó a ellos; lo tomaron prisionero y lo condenaron a muerte. el marqués de Argyll, el líder de los aliancistas, observó con placer cómo Montrose era conducido a la muerte, sin siquiera imaginar que no estaba lejos el día en que el propio el marqués de Argyll sería también conducido al cadalso.

Carlos II comprendió entonces que sólo él podría unir a los escoceses y animarlos a luchar por él.

De manera que en 1650, el joven rey —que sólo tenía veinte años— desembarcó en Escocia y los escoceses, incluso los aliancistas que se habían rebelado contra su padre, tomaron las armas en favor del ‘rey de los Estuardo.’

Gran Bretaña estaba sumida de nuevo en una guerra civil, una guerra entre escoceses e ingleses. ♣

[i:08] Inglaterra y Escocia

Era bien extraño que los aliancistas escoceses¹ estuvieran dispuestos a luchar a favor de Carlos II, eran puritanos, después de todo, y tenían muchas más cosas en común con Cromwell y sus roundheads que con Carlos II, que no era puritano, sino que pertenecía a la Iglesia de Inglaterra² —era un caballero a quien le gustaba la vida regalada y no se preocupaba por la vida austera de los puritanos—.

Entonces, ¿por qué los aliancistas tendrían que estar con el estandarte del rey Carlos?

Cromwell y su Parlamento Remanente habían ejecutado a Carlos I, habían convertido Gran Bretaña en una ‘república,’ un ‘commonwealth’ —una mancomunidad— sin preocuparse de preguntarles a los escoceses si estaban o no de acuerdo.

A los escoceses no les gustaba que les impusieran reglas sin su consentimiento.

¹¹ Carlos II (1630-1685): Rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda (1660-1685), después de la muerte de Cromwell y el retorno de la monarquía. Fue hábil en su relación con el Parlamento, cuando se desarrollaron los partidos Whig (liberal) y Tory (conservador). Conocido como ‘el Alegre Monarca,’ favoreció las artes y las ciencias y mandó abrir de nuevo los teatros en 1660. [n. del pr.]

¹² James Graham, I marqués de Montrose (1612-1650): Noble y militar escocés, que se unió al bando de los aliancistas en las Guerras de los Tres Reinos, pero luego con el desarrollo de la Revolución inglesa apoyó al rey Carlos I. De 1644 a 1646, y en 1650, luchó en la revolución escocesa en el bando del rey. [n. del pr.]

¹³ Archibald Campbell, I marqués de Argyll, VIII conde de Argyll, jefe del Clan Campbell (1607-1661): Político y aristócrata escocés. Cabeza de facto del gobierno de Escocia durante las Guerras de los Tres Reinos (1640/50), figura importante dentro del movimiento Covenanter que luchaba para mantener el Presbiterianismo frente a los intentos de los Estuardo de imponer el anglicanismo. [n. del pr.]

¹ aliancistas o covenanters o covenants: Integrantes de un movimiento religioso nacido en el seno del presbiterianismo en la historia de Escocia y, de manera menos influyente, en las de Inglaterra e Irlanda del siglo XVII. ‘Covenant’ significa ‘alianza,’ aludiendo a la alianza con Dios. [n. del pr.]

² Iglesia de Inglaterra [inglés: Church of England]: Es la Iglesia cristiana mayoritaria en Inglaterra y actúa como ‘madre’ y ‘primera antigüedad’ de la Comunión anglicana. Es origen del Anglicanismo. [n. del pr.]

el profanador de textos

Se , habían opuesto a Carlos I cuando les impuso un nuevo libro de oraciones, y estaban igualmente dispuestos a luchar contra sus camaradas puritanos en Inglaterra que habían cambiado la forma de gobierno —de reino a república— sin el consentimiento de los escoceses.

Por todo eso, el rey caballero, Carlos II, encontró a los aliancistas puritanos de Escocia tan predispuestos a luchar por él.

Fue el propio Cromwell que dirigió a sus ironside hacia el norte e invadió Escocia buscando aplastar la rebelión de los escoceses contra el Parlamento inglés.

Las principales escaramuzas en esta invasión de Escocia tuvieron lugar cerca de Edimburgo.

Los aliancistas habían destruido todos los campos y cosechas en la zona limítrofe al sur de Edimburgo.

También se habían llevado todo el ganado para que en su marcha tras la frontera Cromwell no encontrara con qué alimentarse.

El ejército inglés andaba escaso de víveres, de modo que Cromwell dio órdenes para que llevaran barcos cargados de alimentos desde Inglaterra —pero cuando llegaron, los barcos no pudieron atracar, porque la costa estaba tomada por los aliancistas escoceses—.

En Berewick, en Dunbar y en Leith había aliancistas y sus cañones impedían que los barcos ingleses se acercaran.

Cromwell decidió abrirse paso a través de la costa e hizo que sus hambrientos ironside marcharan hacia Queensferry, pero tenían que pasar por la colina de Corstorphine donde les esperaban los aliancistas y a Cromwell le habría costado la destrucción de su ejército si se hubiera aventurado por allí.

¡Imaginémonos a Cromwell con el rostro rojo de ira!

Quizás podía ver sus barcos llenos de alimentos esperando en el mar, pero sin poder llegar hasta ellos.

Tuvo que abandonar sus planes, dio la vuelta y atacó Dunbar.

Allí, los aliancistas también tenían una posición muy fuerte en una colina que se hallaba en el camino del ejército de Cromwell.

Si los escoceses se hubieran quedado en la colina Cromwell se habría visto obligado a regresar a Inglaterra antes de que sus soldados se murieran de hambre.

Pero los escoceses impacientes cometieron el error de bajar de la colina para enfrentarse a los ingleses, y en una batalla abierta, los aliancistas estaban mucho menos preparados que los experimentados soldados ingleses —los escoceses fueron derrotados—.

Cromwell tomó Dunbar y sus barcos pudieron atracar y suministrar víveres a las tropas.

Mientras tanto, Carlos II hizo movilizar a sus tropas para aventajar a Cromwell.

Mientras Cromwell estaba luchando en Dunbar, el rey Carlos II condujo a otro ejército de aliancistas hacia la frontera con Inglaterra, de modo que, mientras Cromwell intentaba conquistar Escocia, el ejército escocés invadió Inglaterra marchando hacia el sur con el objetivo de conquistar Londres.

Eso fue una sorpresa para Cromwell.

¿Qué hacer?

Dividió a su ejército en dos.

Una mitad permaneció -con el general inglés Monck³ con la misión de seguir adelante con la conquista de Escocia.

Mientras que Cromwell se llevó la otra mitad y se apresuró hacia al sur para salir al encuentro de Carlos II —y Cromwell alcanzó al ejército escocés en Worcester—.

Allí, el 3 de septiembre de 1651, tuvo lugar la última y terrible batalla de la guerra civil.

Los aliancistas lucharon con valentía, pero no eran soldados tan experimentados como los de Cromwell, y al cabo del día yacían miles de aliancistas muertos en el campo de batalla; el resto de los soldados escoceses huyó en plena confusión —Cromwell había ganado la batalla y la guerra civil—.

Carlos II logró huir, pero era un fugitivo y Cromwell prometió una recompensa a quien capturara al rey.

Carlos II se tuvo que disfrazar, se cortó el pelo largo y se tiñó la cara y las manos para parecer más moreno.

Por suerte para él, todavía había gente en Inglaterra que le era leal y lo mantuvieron oculto de los soldados de Cromwell que lo buscaban por todas partes.

En una ocasión estaba siendo recibido por un granjero cuando llegó la noticia de que se acercaba una compañía de soldados de Cromwell.

Carlos se encaramó rápidamente a una encina; era verano, y las hojas formaban una cortina verde tras de la cual podía ocultarse.

Cuando los soldados llegaron cabalgando pasaron cerca del árbol, tan cerca que Carlos podía oírlos hablar, pero pasaron sin levantar la vista y no se percataron de su presencia.

Más tarde, un noble inglés protegió al rey; Carlos tenía que hacerse pasar por uno de los sirvientes que cuidaban el caballo de la esposa del noble.

³ George Monck, primer duque de Albemarle (1608-1670): Soldado y político inglés, figura clave en la restauración de la monarquía al rey Carlos II en 1660. [n. del pr.]

el profanador de textos

Pero, ¿cómo iban a llevar al rey hasta la costa para que pudiera huir de Inglaterra?

La dama dijo que tenía que hacer un viaje y Carlos fue con ella como sirviente.

En el viaje tenían que detenerse en una posada y la encontraron llena de soldados de Cromwell.

Uno de ellos miró a Carlos y dijo:

“Amigo, creo que le he visto en alguna parte.”

Carlos contestó:

“Probablemente, he viajado mucho con mi ama.”

El soldado preguntó:

“¿Acaso no estuvo una vez con un tal señor Baxter?”

Carlos respondió:

“¡Efectivamente! Usted debe tener una excelente memoria para recordarme de aquellos días.”

“Pero le ruego que me excuse, he de ir a cuidar el caballo de mi dueña.”

Y así logró zafarse de un hombre que nunca se dio cuenta de por qué su cara le era tan familiar.

Al final, Carlos II llegó a la costa en un amanecer gris y neblinoso, en un solitario tramo de la costa, donde un bote de remos lo esperaba, en el cual lo llevaron al barco que le condujo a Francia.

Mientras tanto, la pobre Escocia tuvo que pagar un alto precio por haber ayudado al rey.

El general Monck había permanecido allí con la tarea de tratar con Escocia, pero después de la batalla de Worcester y la huida del rey, los Escoceses dejaron de tener interés en luchar por el rey, y las

ciudades fueron rindiéndose una tras otra a los soldados ingleses.

El general Monck estaba firmemente determinado a convencer a esos cabezas duras de los escoceses que no eran una nación separada, y que Escocia era tan solo parte de Inglaterra.

Los escoceses siempre habían tenido sus objetos preciados para la coronación del rey escocés, una corona de oro, un cetro de piedras preciosas y una larga espada —a esos tres objetos se les llamaba los ‘Honores de Escocia’⁴—.

Y también había un antiguo bloque de piedra, la piedra del destino, la piedra de Scone.⁵

En la coronación, el rey se sentaba sobre esa piedra cuando le ponían la corona sobre la cabeza —se decía que esa piedra venía de Tierra Santa, y que en alguna ocasión el patriarca Jacob⁶ había recostado su cabeza sobre ella en la noche en que vio en un sueño a los ángeles de Dios moviéndose entre el cielo y la tierra.⁷

⁴ Honores de Escocia o Joyas de la Corona Escocesa (siglos XV y XVI): Joyas empleadas en las coronaciones de los reyes de Escocia entre 1543 (María I de Escocia) y 1651 (Carlos II de Inglaterra). Representan el poder real en el Parlamento de Escocia. Son tres elementos: la Corona, el Cetro y la Espada del Estado. [N. del Tr.]

⁵ Piedra del Destino de Scone o de la Coronación: Bloque de piedra arenisca, históricamente conservada en la Abadía de Scone (hoy Palacio de Scone), que se empleaba en las ceremonias de coronación de los reyes escoceses durante la Edad Media. En el siglo XIII el rey Eduardo I de Inglaterra la llevó a la Abadía de Westminster en Londres, para emplearla en la coronación de los reyes ingleses. En 1996, se devolvió a Escocia, con la condición de que volviera a Londres para su uso en futuras coronaciones. [n. del pr.]

⁶ Jacob [‘el que pelea junto a Dios’]: Uno de los patriarcas en la Biblia. Su historia es contada en el Libro del Génesis. [n. del pr.]

⁷ [Gén 28:11-13] ¹¹ Llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol. Tomó una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal, y se acostó

El general Monck le quitó la piedra a los escoceses y la envió a Londres, y hasta hace muy poco se hallaba en la Abadía de Westminster —en 1996 fue devuelta a Escocia y se halla actualmente en el castillo de Edimburgo—.

El general Monck le había robado a Escocia la ‘Piedra de Scone,’ pero no se llevó los ‘Honores de Escocia’ que también quería arrebatarles.

Fue la esposa de un pastor protestante que las salvó para Escocia. ♣

en aquel lugar. ¹² Y tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. ¹³ Y vio que Yahveh estaba sobre ella, y que le dijo: “Yo soy Yahveh, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia.” Biblia de Jerusalén [n. del pr.]

[i:09] el lord protector

Cuando el ejército del general Monck entró en Edimburgo, algunos escoceses fieles tomaron del castillo los ‘Honores de Escocia’ —la corona, el cetro y la espada— y se los llevaron al castillo fortaleza de Dunotar.

Había en él sólo una pequeña fuerza de aliancistas pero que estaban dispuestos a dar su vida por los Honores.

Monck sabía dónde estaban los Honores y envió a un oficial con un regimiento a buscarlos.

Los aliancistas, naturalmente, no quisieron rendirse y los ingleses no vieron necesario asaltar el castillo; simplemente rodearon la fortaleza y esperaron hasta que sus defensores salieran en busca de comida —y entonces no tendrían más remedio que rendirse.

Cerca de Dunotar vivía un tal señor Granger, un pastor de la iglesia de Escocia; él y su esposa buscaban una manera de salvar los ‘Honores de Escocia’ antes de que el castillo cayera en manos de los ingleses.

Un día, la señora Granger se presentó ante el oficial que comandaba las tropas inglesas.

Le pidió permiso para atravesar las líneas inglesas y subir al castillo para recoger algunas vendas de tela que ella utilizaba para curar heridas.

Había muchas en el castillo y la señora Granger las necesitaba para la gente del pueblo que se había quedado sin ellas.

Lo primero que hizo el oficial fue inspeccionar el gran cesto de la señora Granger en caso de que llevara alimentos para los sitiados en el castillo, y como el cesto estaba vacío, le dio permiso para pasar.

La señora Granger subió hasta el castillo y le explicó a los defensores el porqué de su visita: rescatar los ‘Honores.’

Siguiendo sus instrucciones, la corona, el cetro y la espada fueron cuidadosamente envueltos en largas vendas de tela y puestos en el gran cesto —y encima se fueron acumulando capas y capas de tela para vendaje—.

La señora Granger iba acompañada de un sirviente para cargar el pesado cesto consigo.

Los ingleses les dejaron pasar al regreso sin siquiera echar una mirada al cesto y acabaron llegando a salvo al pueblo.

Luego, en la oscuridad de la noche, ella y su marido enterraron los ‘Honores’ en la iglesia, debajo del púlpito, donde permanecieron desde entonces.

Una semana más tarde, los defensores del castillo se rindieron, pero los ingleses no encontraron ni la corona ni cetro ni la espada, aún después de una detallada y minuciosa búsqueda, y tuvieron que regresar con el general Monck sin los trofeos buscados.

Los ‘Honores’ permanecieron en la iglesia del pastor Granger hasta que volvió a haber un rey, y la corona, el cetro y la espada fueron desenterrados y llevados a Edimburgo.

El general Monck no logró apoderarse de los ‘Honores de Escocia,’ pero tenía a Escocia en su poder y gobernó sobre el país con mano de hierro en representación de Cromwell —el propio ‘Cromwell

gobernaba sobre toda Gran Bretaña con mano de hierro—.

En teoría, Gran Bretaña estaba gobernada por el Parlamento, pero el Parlamento en Westminster estaba compuesto solamente por los que obedecían las órdenes de Cromwell, eran sus marionetas.

Pasado un tiempo, el propio Cromwell se cansó de ese Parlamento Remanente; un día entró al Parlamento con cuarenta soldados y le dijo a los parlamentarios:

“Voy a terminar con este parloteo.”

y a una orden suya, los soldados expulsaron fuera a los parlamentarios.

Al día siguiente, un bromista puso un cartel en las puertas precintadas:

‘Casa para descansar el trasero desamueblada.’

Ya nadie podía oponerse a Cromwell, los caballeros habían sido ejecutados o habían huido a otros países.

Los aliancistas habían sido aplastados, el Parlamento estaba clausurado.

Cromwell era odiado por los Realistas —los partidarios de que Carlos II volviera al trono—; era odiado por los escoceses —que sufrían bajo el gobierno del general Monck—; y odiado por los ingleses que tenían menos libertad de la que habían tenido bajo Carlos I.

Pero Cromwell tenía al ejército de su parte, los ironsides que lo adoraban y le obedecían ciegamente.

Y, por otra parte, los enemigos de Cromwell estaban divididos y enemistados entre sí —los escoceses contra los ingleses; los Realistas contra los

el profanador de textos

Republicanos —y de ese modo Cromwell se mantenía en el poder—.

Podía convertirse él mismo en rey, pero consideró que era más conveniente tener el poder del rey sin usar el nombre de ‘rey’ —en cambio, era llamado ‘Lord Protector,’ como Guillermo de Orange, que había sido ‘Protector’ de Holanda—.

Y como Lord Protector, Cromwell impuso a todo el mundo el modo de vida austero puritano.

La gente era castigada por borrachera, los teatros¹ estaban cerrados, y estaban prohibidos los bailes, las carreras de caballos y el juego.

Los domingos no se permitía el más mínimo entretenimiento.

Incluso, había una ley contra la gente que ‘paseara vanamente’ en domingo —es decir, estaba prohibido pasear por placer, pasear sin necesidad—.

Cromwell se había convertido en un ‘tirano,’ en un hombre que gobernaba sin el consentimiento del pueblo y que mantenía su poder teniendo a todo el mundo atemorizado.

Cualquiera que hablara abiertamente contra Cromwell estaba en peligro de ser metido en la cárcel, desterrado o ejecutado.

Y como sucede con todos los tiranos, Cromwell vivía en constante temor de ser asesinado, temía que uno de sus muchos enemigos intentara matarlo.

Siempre llevaba armadura bajo su vestimenta ordinaria, lo que debía de ser muy incómodo.

Siempre iba acompañado por un cuerpo de guardias de Ironside, nunca se atrevía a salir solo.

Y en el gran palacio de Westminster donde vivía, cambiaba su alcoba cada noche, para que ningún asesino posible supiera donde estaba.

De manera que la vida del hombre más poderoso en Gran Bretaña no era ni feliz ni cómoda.

Pero para ser justos con Cromwell habría que decir que también hizo algunas cosas buenas para Inglaterra.

Por ejemplo, bajo el gobierno del rey los caminos británicos nunca habían sido seguros para los viajeros, solía haber bandoleros que asaltaban a todos los viajeros que tuvieran apariencia de ricos que tenían suerte de salir con vida aunque les robaran todo lo que llevaban.

Pero bajo el gobierno de Cromwell sus férreos soldados limpiaron los caminos, algunos bandoleros fueron capturados y ahorcados y el resto desapareció.

Pero lo más importante fue que Cromwell convirtió Gran Bretaña en una gran potencia marina.

Bajo su gobierno se fueron construyendo más barcos de los que jamás había tenido ningún rey.

Y en esa época había tres países que querían hacerse dueños del mar: España, Holanda y Gran Bretaña.

Pero Cromwell hizo que la armada británica fuera lo suficientemente fuerte para combatir a ambas flotas —la española primero y después a la holandesa después— de modo que durante su gobierno, Gran Bretaña empezó a ‘regir los mares.’

Un resultado de esas guerras navales fue que las Indias Occidentales —las islas de la costa este de Norteamérica Central, Jamaica y las Bahamas— le fueron arrebatadas a España y se convirtieron en colonias británicas.

Son islas donde crece la caña de azúcar, y el comercio del azúcar y el ron² trajo mucha riqueza a los mercaderes británicos.

Pero el gobierno de Cromwell, ese rudo campesino que se había convertido en el británico más poderoso, que era temido por españoles y holandeses, duró solamente cinco años —en mayo de 1658 Cromwell enfermó—.

Había trabajado arduamente, había sido siempre muy exigente consigo mismo, y su gran fuerza acabó agotándose.

Una noche, pasó una terrible tormenta sobre Inglaterra; los truenos retumbaban durante horas, los rayos iluminaban constantemente el cielo; la lluvia caía a torrentes —y en esa noche, murió Cromwell, el Lord Protector—.

Mucha gente en Inglaterra dijo que en esa noche tormentosa el mismo diablo había bajado para llevarse el alma de Cromwell al infierno.

Pero eso no sería justo, porque Cromwell, por tirano que fuera, nunca se había permitido comodidades ni indulgencias para sí mismo y había cumplido o sus deberes como gobernante con mucha más seriedad que muchos reyes.

Cuando Cromwell agonizaba, dijo:

“Algunos me alabarán por lo que hice, otros se alegrarán de mi muerte.”

La mayoría de la gente en Gran Bretaña se alegró de su muerte, se sintieron aliviados de que hubiera desaparecido ese hombre riguroso e implacable que gobernaba con el miedo.

El hijo de Cromwell, Ricardo,³ no tenía ni la voluntad ni la habilidad para gobernar; así que abdicó,

destilado y dilución en agua pura desmineralizada Se le llamaba ‘kill-devil’ —‘mata demonios’—. Ya en 1661 se le llamaba simplemente ‘ron.’ [n. del pr.]

³ Richard Cromwell (1626-1712): Hijo de Oliver Cromwell, Lord Protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda (1658-1659). Dimitió por presiones del ejército por su escasa experiencia

¹ Desde antes de la época de Shakespeare (1564-1616) el teatro ha sido muy importante en Inglaterra. [n. del pr.]

² ron: Bebida de alto contenido alcohólico (35/40%) elaborada a partir de la caña de azúcar por fermentación y posterior

es decir, abandonó el título de ‘Lord Protector’ y se retiró a una granja en el campo.

Así que el Parlamento volvió a convocarse.

De modo que, una vez más, la ‘República’ o la ‘Mancomunidad’ británica volvería a ser gobernada por el Parlamento.

Pero las cosas no funcionaron así, porque el ejército de los famosos Ironside y el Parlamento no se llevaban bien.

Y los ironside, como hacía Cromwell, menospreciaban a los miembros del Parlamento y su ‘parloteo,’ como le llamaban —los soldados habían obedecido a Cromwell, no querían obedecer al Parlamento—.

De modo que las cosas parecían algo desesperadas, porque en realidad sólo había desgobierno.

Y el general Monck, se puso en acción para cambiar las cosas: decidió que lo mejor para Gran Bretaña sería volver a tener un rey, hacer que el rey volviera—.

Podemos ver con qué rapidez la gente cambiaba de bando: Monck había luchado por Cromwell contra el rey, y ahora quería que regresara el monarca. ♣

[i:10] la restauración

Cromwell es un buen ejemplo de lo que llamamos ‘un dictador: alguien que ha llegado al poder porque lo ha tomado por la fuerza, no porque lo haya heredado como los reyes, ni porque haya sido elegido como un Primer Ministro.

Un dictador llega al poder por la fuerza y gobierna por la fuerza.

Cromwell fue el primer dictador de ese tipo en la historia moderna, en la historia de la nueva Era que había comenzado con los nuevos inventos y descubrimientos.

Más tarde, hubo otros dictadores: Napoleón, Hitler, Franco, Mussolini, Stalin, y muchos más.

Es realmente extraño que veamos gente que se lucha rebelándose contra la antigua autoridad de los reyes y, frecuentemente, en lugar de lograr mayor libertad terminan bajo una nueva ‘autoridad,’ la autoridad de un dictador que es peor que la antigua autoridad del rey.

Eso es algo que sucede demasiado a menudo en la historia moderna, las revoluciones acaban en una opresión mucho mayor.

Pero, tarde o temprano, esos dictadores mueren, y al morir dejan tras de sí el caos y el desorden.

Eso es lo que sucedió tras la muerte de Cromwell.

El Parlamento y el ejército estaban en desacuerdo, no había un gobierno verdadero.

En esta situación, el general Monck, que había gobernado Escocia en nombre de Cromwell, decidió que lo que Gran Bretaña necesitaba era un rey y que el rey tendría que ser Carlos II, el hijo de Carlos I que había sido ejecutado por Cromwell.

Pensemos en ello.

El general Monck había estado luchando contra Carlos II mientras vivía Cromwell, había contribuido a la derrota de Carlos II, que tuvo que huir disfrazado para salvar su vida.

¡Y ahora el mismo general Monck quería volver él a colocar a Carlos II en el trono de Gran Bretaña!

Cuando el general Monck se declaró ‘partidario del rey Carlos II’ tuvo a los escoceses de su parte, pero ¿qué pasaría con Inglaterra?

Así que ante la incertidumbre armó un gran ejército y marchó hacia el sur.

Y no encontró oposición alguna, más bien al contrario, en todo su periplo por Inglaterra la gente vitoreaba al ejército de Monck —y así llegó hasta el mismo Londres—.

En 1660, cuando Monck llegó a Londres, fue al Parlamento y leyó a los parlamentarios un mensaje de Carlos II, en el que decía:

“Si el país recibe a Carlos II como su rey legítimo, el rey promete que nunca interferirá con el Parlamento, que nunca interferirá con la religión del pueblo, que cada uno practicará la religión que desee, no se vengará de los que lucharon contra él ni tampoco de la ejecución de su padre.”

Fue un mensaje de promesas generosas, y cuando el general Monck lo leyó, todos los miembros del

política. La República no pudo consolidarse y se restauró la Monarquía con Carlos Estuardo, hijo del depuesto rey Carlos I (1660). [n. del pr.]

Parlamento lo aclamaron con alegría y todos votaron que el rey Carlos II fuera restaurado en el trono y que rigiera como rey.

A eso se le llamó la Restauración.

De ese modo, Carlos, que había permanecido en Francia, desembarcó en Dover y en todo su trayecto hasta Londres la gente le salía al paso en los caminos para aclamarle.

Nueve años antes Carlos II había tenido que huir disfrazado, ¡ahora regresaba triunfante!

Naturalmente hubo mucho regocijo en Escocia.

En Edimburgo sonaron las campanas de las iglesias, sonaron trompetas, se dispararon salvas de cañones y se encendieron hogueras.

En el Mercat Cross había una ‘fuente de vino’ donde la gente podía beber vino como si fuera agua; en la calle principal había una enorme mesa repleta de pasteles, dulces y frutas para que todo el mundo se sirviera.

Pero si los escoceses hubieran sabido lo que les esperaba no habrían celebrado el retorno de Carlos II, lo habrían llorado amargamente.

Carlos II había hecho promesas maravillosas, había prometido que no tomaría venganza, pero no tenía intención de mantener esas promesas y tan pronto como estuvo bien instalado en el poder, las rompió todas.

Primero vengó la muerte de su padre.

Los jueces que habían sentenciado a muerte a Carlos I fueron condenados y ahorcados, incluso el cadáver de Cromwell fue desenterrado, colgado en una horca y luego decapitado.

Y Carlos II también rompió su otra promesa de permitir a la gente libertad religiosa.

Cuando los aliancistas, los puritanos escoceses, habían luchado en favor de Carlos II contra

Cromwell, Carlos para satisfacerlos se había unido a su iglesia, la Iglesia de Escocia.¹

La Iglesia de Escocia tiene ministros o pastores pero no obispos; consideraban que los obispos eran una invención del catolicismo romano.

Carlos se había unido a la iglesia de los aliancistas cuando los necesitaba para luchar por él.

Pero ahora, como rey de Inglaterra, se cambió a la Iglesia de Inglaterra y, como rey, pasó a convertirse incluso en cabeza de dicha iglesia.

Carlos se volvió entonces contra los puritanos y contra los aliancistas.

Y —como su padre y su abuelo hicieron antes que él— obligó a los Puritanos a tener obispos, lo que ellos más odiaban.

Podemos imaginarnos cuán desengañados amargamente se sintieron los aliancistas escoceses.

Pero hubo un hombre en Escocia que consideró que podría persuadir a Carlos II a mantener sus promesas —era el líder los de los aliancistas, el marqués de Argyll²—.

Diez años antes, el marqués de Argyll había sido quien colocara la corona de Escocia sobre la cabeza de Carlos, el marqués de Argyll había sido quien ordenara a los aliancistas a que lucharan en favor del rey —y habían luchado y muerto por él en Dunbar y Worcester—.

¹ Iglesia de Escocia [gaélico escocés: *Eaglais na h-Alba*] o ‘The Kirk’: Confesión presbiteriana, Iglesia oficial de Escocia. Su lema es ‘*Nec tamen consumebatur*’ [‘No se consumía’] [Éx 3:2] [n. del pr.]

² Archibald Campbell, I marqués de Argyll, VIII conde de Argyll, jefe del Clan Campbell (1607-1661): Político y aristócrata escocés. Cabeza de facto del gobierno de Escocia durante las Guerras de los Tres Reinos (1640/50), figura importante dentro del movimiento Covenanter que luchaba para mantener el Presbiterianismo frente a los intentos de los Estuardo de imponer el anglicanismo. [n. del pr.]

De modo que el marqués de Argyll pensó que Carlos II le estaría agradecido.

Pero a Carlos II sólo le interesaron los escoceses mientras le hicieron falta para derrotar a Cromwell —ahora que ya no los necesitaba, no tenía tiempo para ellos—.

En ninguno de los años que gobernó se dignó visitar Escocia —no tenía tiempo para los aliancistas ni para su líder, el marqués de Argyll—.

Cuando Argyll llegó a Londres para ver al rey, fue arrestado y devuelto como prisionero a Edimburgo, acusado de traición contra el rey y condenado a muerte.

En una ocasión, el marqués de Argyll había contemplado a Montrose acercarse al patíbulo en la calle principal de Edimburgo.

Y ahora le tocaba a él, cuando fue conducido hasta allí para ser ejecutado.

La ejecución del marqués de Argyll fue tan solo el principio de la persecución contra los aliancistas.

El rey Carlos II designó a un escocés despreciable, Lord Lauderdale,³ para obligar a los aliancistas a unirse a la Iglesia de Inglaterra.

Y la gente no sólo tenía que aceptar obispos, sino que sus propios ministros o pastores fueron expulsados de sus iglesias, y Lord Lauderdale puso en su lugar a pastores designados por él mismo, la mayoría bastante incapaces para la tarea.

Pero los aliancistas era gente porfiada, simplemente dejaron de ir a las iglesias —se reunían al aire libre en las colinas y allí los ministros que habían sido expulsados de sus iglesias celebraban el culto—.

³ John Maitland, I Duque y II Conde de Lauderdale, III Lord Thirlestane (1616-1682): Político escocés y líder dentro del Cabal Ministry [Junta de Ministros]. [n. del pr.]

Lord Lauderdale tampoco iba a permitir eso, envió a soldados a dispersar esas reuniones y a arrestar a los que habían participado.

Y los aliancistas empezaron a contraatacar.

Se produjo así el alzamiento de Pentland⁴ cuando un grupo de aliancistas marcharon desde las colinas de Pentland en Edimburgo, pero fueron rodeados y derrotados por los soldados del rey.

Los que murieron en la batalla tuvieron suerte, los otros fueron torturados y luego ahorcados.

Hubo otra batalla en el puente de Bothwell en Clyde donde todo un ejército de aliancistas lucharon contra los soldados del rey, pero los inexperimentados aliancistas fueron derrotados por las tropas reales experimentadas.

Cientos de aliancistas murieron en la lucha, otros cientos fueron hechos prisioneros y mantenidos —mal vestidos y medio muertos de hambre— durante meses al aire libre en el patio de la iglesia de Greyfriars, hasta que la mayoría de ellos juraron obediencia.

Los que no quisieron hacerlo fueron enviados a Norteamérica, a las Indias Occidentales, y vendidos como esclavos para trabajar en las plantaciones de azúcar.

Sin embargo, a pesar de la oposición, por toda Escocia los aliancistas siguieron reuniéndose en asambleas secretas en cañadas y colinas; iban a las reuniones agarrando firmemente la Biblia en una mano y la espada en la otra.

Y cada vez que los soldados sorprendían alguna de esas asambleas los aliancistas no se rendían y luchaban todos hasta morir.

De modo que la época de Carlos II fue un período muy desventurado en la historia de Escocia.

Y ese era el rey por el que los escoceses habían luchado en Dunbar y Worcester, el rey por el que habían salvado los ‘Honores de Escocia.’ ♣

[i:11] el monarca alegre

Carlos II se comportó vergonzosamente en el trato que le dio a los aliancistas —rompió sus promesas y envió a la muerte a hombres que habían luchado por él—.

Pero alguien como Carlos II no podía vivir en paz y amistad con los aliancistas, era imposible, como lo es que coexistan el fuego y el hielo.

Imaginemos cómo era la vida en Edimburgo, la capital de Escocia, en la época de los aliancistas.

No sólo estaba prohibido todo tipo de entretenimiento, sino prácticamente todo, excepto rezar.

Uno era censurado por visitar a su madre enferma en domingo.

Otros eran multados por llevar una nueva moda —la vestimenta de los puritanos era toda negra o gris oscuro—.

Incluso el tocar un instrumento, violín o flauta era considerado un pecado.

Y como se esperaba que uno no realizara ningún trabajo en domingo, pues tampoco se esperaba que nadie viajara ese día.

Si llegáramos a Edimburgo el lunes tendríamos que llevar algún tipo de comprobante, una carta de la gente con la que habíamos pernoctado, para demostrar que habíamos interrumpido nuestro viaje

⁴ ‘Alzamiento de Pentland’ (noviembre 15-28, 1666): Movimiento aliancista que se opuso a la larga campaña del gobierno para imponer el episcopalismo en Escocia. Terminó con la derrota rebelde en la batalla de Rullion Green en Pentland Hills, Escocia (noviembre 28, 1666). [n. del pr.]

el profanador de textos

el domingo y que no habíamos utilizado el día del Señor para viajar.

Un verdadero aliancista, un verdadero puritano, no se permitiría el más mínimo placer.

En una carta de aquella época, un aliancista escocés le escribió a un amigo lo siguiente:

“El miércoles planté algunos árboles en mi jardín. Espero que Dios me perdone por haber disfrutado haciéndolo.”

Comparemos ahora al puritano escocés, el aliancista, con Carlos II y sus cortesanos.

Cuando Carlos II llegó al trono, con él regresaron los caballeros y la vida en Inglaterra cambió de la sombría austeridad de la época de Cromwell a la búsqueda irrefrenable de placer de los caballeros.

Carlos y todos sus cortesanos se gastaron literalmente miles de libras en el satén de seda de sus vestidos, gastaron fortunas en las joyas que adornaban sus correaes y las hebillas de sus zapatos, los dedos y la empuñadura de sus espadas.

Se aplicaban —o mejor podría decirse que “se empapaban— con aromas y perfumes caros.

También inauguraron una moda masculina estúpida, una moda que duró más de un siglo: ¡la de llevar peluca!

Hombres que tenían un pelo largo y sano se lo cortaban muy corto y se ponían una peluca con pelo largo y bellamente rizado que le llegaba hasta los hombros.

Y esos caballeros vestidos elegantemente e perfumados intensamente dedicaban el tiempo y la energía a divertirse, a entretenimientos de todo tipo.

Había tanto fasto y entretenimiento que a Carlos II se le acabó llamando el ‘monarca alegre.’

La ocupación favorita de la corte del monarca alegre eran los juegos de azar.

Apostaban con dados, cabalgaban e iban a cazar, y disfrutaban de buenas obras de teatro tanto como del espectáculo de ver cómo se ahorcaba a los criminales.

Y en toda esa búsqueda del placer, el rey Carlos, el monarca alegre, sobrepasaba a sus caballeros, de hecho les servía de ejemplo.

Estaba casado con una princesa portuguesa, pero la pobre reina veía muy poco a su real marido.

El había escogido como compañera de sus diversiones a una bella dama que encontró vendiendo flores en las calles de Londres —su nombre era Nell Gwyn¹—.

Dondequiera que fuera el rey lo acompañaba Nell Gwynne, a quien llenaba de regalos, dinero y joyas, mientras la reina permanecía en palacio.

Ese era el rey alegre y no podía haber amistad ni paz entre él y los aliancistas —eran tan diferentes como el fuego y el hielo—.

Pero una cosa era cierta de los aliancistas: ellos nunca rompían una promesa, mientras que Carlos rompió todas las promesas que había hecho: se había vengado terriblemente de los hombres que habían condenado a muerte a su padre, e hizo todo lo que pudo para imponer su religión a los aliancistas.

La tercera promesa, la de no interferir en el Parlamento inglés ya no fue tan fácil de romper.

Carlos II no quería levantar la ira del pueblo y provocar otra rebelión, otra guerra civil.

¹ Nell Gwyn o Gwynn o Gwynne, nacida Eleanor (1650-1687): Una de las primeras actrices inglesas que obtuvo reconocimiento público, y amante durante muchos años del rey Carlos II. Personificó el espíritu de la Restauración inglesa, llegando a ser considerada una heroína popular, con una historia que recuerda a la de Cenicienta. [n. del pr.]

Pero encontró otro camino para conseguir lo que quería del Parlamento.

Muchos de sus caballeros poseían grandes fincas, grandes extensiones de tierra.

Y esos grandes terratenientes ‘apoyaban al Parlamento,’ como solía decirse, lo cual significaba que les pedían a la gente que vivía en su distrito que votaran por ellos como miembros del Parlamento, y los campesinos votaban por ellos.

De modo que muchos de los miembros del Parlamento eran caballeros, amigos del rey, y cada vez que el rey quería algo, dinero o poder, ellos votaban a favor.

Los miembros del Parlamento que eran elegidos por los campesinos siempre votaban a favor de los deseos del rey.

Pero en las ciudades y poblados la mayoría del pueblo eran ‘Roundheads’ y así votaban a sus miembros del Parlamento.

Esos Roundheads en el Parlamento siempre votaban en contra de los deseos del rey.

A veces ganaba un partido y a veces otro.

Antaño los caballeros y los Roundheads habían luchado con espadas en los campos de batalla, ahora luchaban con las palabras en el Parlamento.

Y desde esa época en adelante han habido siempre dos partidos en el Parlamento.

El partido de los caballeros, el partido de los terratenientes, eran llamados los ‘tories,’ el partido Tory.

Tuvieron ese nombre durante siglos.

Naturalmente, el partido cambió mucho a lo largo de los siglos, pero el partido conservador sigue llamándose el partido Tory hoy en día.

El otro partido, los Roundheads, el partido de la gente del pueblo, eran llamados los ‘whigs.’

Y tuvieron ese nombre durante siglos hasta convertirse en el partido liberal.

Hoy en día el partido laborista tiene algo en común con los Roundheads, los puritanos.

De ese modo cuando se acercan las elecciones y los dos partidos se enfrentan uno contra el otro, en realidad siguen batallando como hacían antiguamente los caballeros y los Roundheads, pero afortunadamente con palabras y no con espadas.

El rey Carlos II se había unido antaño a la iglesia puritana de los aliancistas, simplemente porque los necesitaba.

Más tarde, cuando ya era rey, y le convenía como tal, se unió a la Iglesia de Inglaterra, pero cuando estaba en su lecho de muerte, se convirtió al catolicismo —en el fondo de su corazón parecía haber sido siempre católico—.

Pero el siguiente rey, su hermano Jacobo II ya era católico cuando subió al trono, y siguió siéndolo.

Los reyes Estuardo volvieron a la fe de su bisabuela, María Estuardo, la fe católica. ♣

[i:12] la plaga y el gran incendio

Imaginemos por un momento los dos modos de vida: el puritano que Cromwell impuso en Inglaterra y el de los caballeros que la restauración de Carlos II devolvió a Inglaterra.

Cada uno de los dos modos de vida es realmente un 'extremo' —la gente que vivía en aquellos días tenía que ir de un extremo al otro—.

Si retrocedemos a esa época tendremos que decir que ninguno de esos extremos es sano, ni correcto.

Dios no sería un Padre de amor si nos prohibiera todo tipo de placer en la vida, pero Dios tampoco es como uno de esos padres que malcrían a sus hijos dándoles todo lo que quieren y haciéndoles la vida una ronda de placeres.

El verdadero camino se halla en el punto medio entre los extremos.

Si nos fijamos en Cromwell y en Carlos II, en el puritano y el caballero, veremos que se yerguen ante nosotros como una especie de advertencia, una recomendación de que no nos volvamos como ellos y de que encontremos el equilibrio adecuado entre ambos.

Así podemos ver que la historia no es sólo recordar cosas del pasado sino que podemos aprender mucho de ese pasado para nuestra época presente.

Antes de que continuemos con la historia de ese turbulento siglo XVII —cuando los británicos eran zarandeados de un extremo al otro— tendríamos que echar una ojeada a cómo era la vida cotidiana para el pueblo llano de aquellos días.

Aunque aquella época está situada solamente unos trescientos o cuatrocientos años atrás —es decir, no más de diez o doce generaciones— era muy distinta de nuestro modo de vida actual.

Tomemos un ejemplo: hacer un viaje.

Los caminos que la gente tenía que recorrer eran espantosos.

En las carreteras principales los surcos que hacían las ruedas de los carros y carruajes eran tan profundos que a veces los carros volcaban.

En algunos lugares había hoyos llenos de agua y eran tan hondos que si un jinete con su caballo caían en lo que parecía sólo un gran charco podían ahogarse.

En la época de Cromwell esas carreteras y caminos al menos estaban protegidos de salteadores; pero después de Cromwell nadie emprendería un viaje sin portar armas.

Los hombres ricos iban siempre acompañados de servidores armados, pues los bandidos podían quitarles sus propiedades y hasta la vida si se aventuraban unos pocos kilómetros lejos de la ciudad.

Y como el único método para viajar era a caballo o en carruajes tirados por caballos, cualquier viaje más allá de unos cuantos kilómetros duraba una eternidad, era muy incómodo y peligroso.

La vestimenta de moda era muy elaborada y llena de colores; sólo los puritanos se mantenían firmes en sus vestimentas negras.

Recordemos que los hombres llevaban pelucas encima de su propio pelo.

el profanador de textos

Hoy en día, los hombre usan pelucas sólo en los tribunales ingleses de justicia.

Veamos las casas.

Sólo las personas muy ricas tenían casas de ladrillo o de piedra con muchas habitaciones y jardines.

La gente ordinaria vivía en pequeñas casas hechas de adobe y cañas embadurnadas; se hacían con una estructura de marcos de madera y el espacio entre los marcos se llenaba de barro o yeso —esas paredes no protegían ni del frío ni de la humedad—.

La gente aún tenía la costumbre de tirar toda la basura por las ventanas a la calle, y de vez en cuando, cuando los montones de estiércol y suciedad se hacían tan' altos que bloqueaban las calles, llegaban los basureros callejeros y se llevaban la basura.

La suciedad y el hedor en las calles era tan terrible que los ricos nunca iban a pie, sino que se hacían transportar en palanquines¹ por sus sirvientes.

Para soportar la terrible hediondez, las damas siempre llevaban clavos de olor² insertados en naranjas y se las acercaban a la nariz cuando pasaban cerca de un mal olor especialmente intenso.

Naturalmente, esos montones de basura albergaban innumerables ratas.

La ciudad de Londres estaba repleta de ratas que pululaban por todas partes y que procedían de los múltiples barcos del puerto londinense.

En la época del rey Carlos II llegaron algunos barcos del Oriente que trajeron la peste, una terrible enfermedad contagiosa transmitida por las ratas.

Empezó en invierno de 1665 y, al principio, murieron unas pocas personas aquí y allá, y nadie prestó mucha atención, ni a nadie se le ocurrió pensar que los montones de basura en las calles atraían a las ratas y que estas eran un magnífico caldo de cultivo para la enfermedad.

Pero luego empezó a morir cada vez más gente, incluyendo ricos, con los síntomas de la peste negra o peste bubónica³ —llamada así por las grandes hinchazones, bubones, bajo las axilas— el rey y sus cortesanos abandonaron Londres precipitadamente y se fueron al aire limpio del campo.

Pero el pueblo llano que no tenía mansiones en el campo y que tenían que trabajar para ganarse la vida no podían dejar Londres, y murieron por miles.

En el momento en que moría una persona en una casa al resto de las personas que se hallaban en la casa se les prohibía salir de ella —no se les permitía salir para que no extendieran el contagio—.

Las puertas de sus casas quedaban precintadas con barrotes desde fuera y eran señaladas con una cruz roja y las palabras:

'Que Dios se apiade de nosotros.'

Abandonadas a su destino, prisioneras en sus casas, familias enteras perecieron por la plaga o por el hambre.

¡Y seguían muriendo!

Hubo un período en que morían cerca de mil personas cada día —calles enteras quedaban vacías, había largas filas de casas donde ya no vivía nadie—.

Sólo cerca del otoño empezó a disminuir la peste y luego se produjo un invierno muy frío —ese frío tan intenso detuvo la expansión de la peste

—y así, luego de un año entero, la peste acabó desapareciendo—.

Un año más tarde, cuando la ciudad de Londres apenas se había recuperado de los estragos de la peste, fue golpeada por otra terrible desgracia: el gran incendio.

La mayoría de casas en Londres eran de adobe y cañas y ardían con suma facilidad.

Las calles eran muy estrechas, de modo que cuando ardía una casa, empezaban a arder las casas de los vecinos contiguos así como las casas de enfrente.

Si alguien alguna vez quisiera diseñar una ciudad perfecta para un gran incendio puede hacerla como era la ciudad de Londres en la época de Carlos II.

Ese gran incendio se produjo en 1666.

Empezó una noche en la casa de un panadero, que ardió como un haz de paja seca.

Nadie en las casas de madera contiguas intentó apagar el fuego, hubiera sido inútil —se apresuraron a tomar sus pertenencias, las amontonaron en la calle y se dedicaron a contemplar cómo sus casas eran devoradas por las llamas.

Una ráfaga de viento llevó chispas a una posada cercana donde había almacenadas grandes pilas de heno para los caballos de los viajeros, y en un santiamén estaban todas ardiendo.

El fuego se extendió con una terrible rapidez.

La gente se despertaba de golpe por los gritos que oían fuera y por el rugido de las llamas, y saltaban por las ventanas en sus camisas de dormir.

Las calles se llenaron de hombres, mujeres y niños llevando bultos y empujándose en todas direcciones.

Y luego el fuego llegó a los almacenes a orillas del río Támesis.

¹ palanquín: 1. m. Especie de andas usadas en Oriente para llevar en ellas a las personas importantes. Diccionario RAEL [n. del pr.]

² árbol del clavo o clavero (*Syzygium aromaticum*): Árbol de la familia Myrtaceae, nativo de Indonesia. Sus flores que aún no se han abierto secas se denominan clavos de olor o girofles y se usan como especia. [n. del pr.]

³ peste bubónica o peste negra o peste neumónica: Infección producida por la bacteria *Yersinia pestis* con inflamación de ganglios infectados en órganos sexuales y ojos (bubones) y pulmones. [n. del pr.]

Los almacenes contenían grandes depósitos de aceite, de sebo para fabricar velas, de cáñamo y de alcohol —cuando las llamas los alcanzaron, empezaron a arder hasta que el cielo mismo se convirtió en un manto de fuego—.

El fuego rugió toda la noche, y al día siguiente, y al otro, y al otro...

Sólo se detuvo cuando dejó de soplar el viento y los trabajadores del puerto y otros ayudantes utilizaron pólvora para hacer explotar la hilera de casas que todavía no habían sido pasto de las llamas —y al llegar a ellas, el fuego no encontró nada que seguir consumiendo.—.

Pero gran parte de Londres era un montón de cenizas y ruinas, cientos de personas perdieron la vida, miles se quedaron sin hogar y tuvieron que ser recibidas en establos e iglesias en el campo.

Pero de algún modo el fuego fue una bendición disfrazada —había destruido los inmensos montones de basura y las ratas—.

Y Londres fue reconstruida de acuerdo con un plan y no como había sido hasta entonces, sin orden ni concierto.

Pero el gran incendio todavía es recordado en la canción 'London's burning'.⁴

El reinado de Carlos II, el monarca alegre, no fue una época feliz para la gente de Londres que sufrió dos catástrofes, dos grandes infortunios. ♣

[i:13] la revolución gloriosa

Cuando murió Carlos II¹ en 1685, subió al trono su hermano Jacobo II, aunque era católico —es sorprendente que el Parlamento inglés, donde todos sus miembros eran protestantes, estuvieran de acuerdo en tener a un católico como rey—.

Pero ambos partidos, los Tories² y los Whigs,³ preferían tener a un rey legítimo, como lo era Jacobo II, que sumergir al país en una nueva guerra civil.

Jacobo II tuvo que prometer que no interferiría en las iglesias protestantes y en la medida en que él mantuviera su promesa el Parlamento inglés estaba dispuesto a tenerlo como rey.

Pero la cosa fue distinta en Escocia.

Los aliancistas escoceses decían:

“Según la ley escocesa un católico no puede ser rey de Escocia.

“Por lo tanto, no tenemos rey, Jacobo II no es nuestro rey.”

Y ese pertinaz rechazo a reconocer a Jacobo II como rey legítimo produjo mucho sufrimiento en Escocia, porque Jacobo II decidió acabar con esos aliancistas rebeldes y desobedientes.

El hombre a quien encargó tratar con los aliancistas era tan implacable y despiadado como lo había sido el duque de Alba: Claverhouse.⁴

Claverhouse envió a sus soldados a dar caza a los aliancistas y fueron perseguidos como nunca lo habían sido antes.

Los aliancistas todavía celebraban sus reuniones de oración en las colinas, pero cualquiera que fuera sorprendido en ellas era ejecutado o, si tenía suerte, sólo le cortaban una oreja y era enviado como esclavo a Norteamérica y vendido como ganado.

El peor ejemplo de 'la furia de Claverhouse y sus hombres fueron los mártires de Wigtown'.⁵

En Wigtown los soldados de Claverhouse arrestaron a dos mujeres, una de sesenta años y otra de veinte, Margaret Lachlan y Margaret Wilson —a las dos se les conminó a unirse a la Iglesia de Inglaterra—.

¹ Jacobo (James) II de Inglaterra y VII de Escocia, (1633-1701): Rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda (1685-1688), depuesto, último monarca católico en el Reino Unido. [n. del pr.]

² Tory: Partidario o simpatizante del Partido Conservador británico. En un principio, tenía connotaciones despectivas ya que procede de la palabra irlandesa 'thairide' o 'tóraighe' que significaba bandolero, asaltante de caminos. [n. del pr.]

³ Whig: Manera despectiva de referirse a los covenanters (aliancistas) presbiterianos que marcharon sobre Edimburgo en 1648, y designaban al 'Kirk Party' ['Partido de la Iglesia'], que efectivamente acabó haciéndose con el poder. Del gaélico 'cuatrero.' [n. del pr.]

⁴ John Graham de Claverhouse, séptimo Laird (Lord) de Claverhouse, primer vizconde Dundee (1648-1689): Soldado y noble escocés, un tory y un episcopal, responsable de vigilar el suroeste de Escocia durante y después de los disturbios religiosos y la rebelión de las décadas de 1670 y 80. [n. del pr.]

⁵ Mártires de Wigtown o de Solway (1685): Margaret Lachlan (60) y Margaret Wilson (18), Covenanters (aliancistas) escoceses ejecutadas por episcopales escoceses en Wigtown, Escocia, atándolas a estacas en la costa dejándolas ahogarse con la marea alta, durante 'The Killing Times' de los Covenanters en el siglo XVII. [n. del pr.]

Cuando se negaron a hacerlo se las llevaron a la orilla del mar y las ataron a estacas durante la marea baja y, cuando subió la marea, se ahogaron.

La época del rey Jacobo II, la época de su secuaz el cruel Claverhouse, es la época peor y más terrible en la historia de Escocia.

Sin embargo, Jacobo II mismo era descendiente de escoceses, un estuardo, biznieto de María Estuardo.⁶

Pero no fueron sólo los puritanos escoceses, los aliancistas, los que rechazaban tener a un rey católico, también hubo puritanos ingleses que estaban contra él, y los puritanos escoceses e ingleses que habían huido de Gran Bretaña a Holanda planearon y prepararon una rebelión contra Jacobo II.

El líder de los puritanos escoceses en Holanda era el marqués de Argyll,⁷ el hijo del anterior el marqués de Argyll⁸ que había sido condenado a muerte por Carlos II.

Argyll desembarcó en Escocia esperando levantar a todo el país contra el rey y contra Claverhouse.

Pero —como sucede a menudo en la historia de Escocia— los escoceses discutían y se peleaban, y no hubo rebelión.

Argyll fue capturado por los soldados del rey y ejecutado en Edimburgo —igual a como le había sucedido a su padre—.

Al líder inglés de la rebelión puritana, Monmouth,⁹ no le fue mejor.

Desembarcó en Inglaterra y miles de personas se le unieron, pero fueron derrotados en batalla —y Monmouth fue capturado y ejecutado—.

La rebelión puritana contra Jacobo II fracasó tanto en Escocia como en Inglaterra.

Pero era verdad lo que los rebeldes puritanos habían dicho siempre —que un rey católico intentaría traer de nuevo la iglesia católica al país.

Pues Jacobo II estaba planeando hacer que Inglaterra volviera a ser un país católico, a pesar de la promesa que había hecho.

Naturalmente, hizo todo lo posible por favorecer a los católicos.

En el ejército fueron despedidos generales protestantes y sustituidos por católicos.

En la universidad de Oxford, los profesores protestantes fueron despedidos y reemplazados por católicos.

El Parlamento inglés se había mantenido fiel al rey Jacobo II en contra de los rebeldes Argyll y Monmouth, pero a ninguno de los dos partidos les gustó lo que estaba sucediendo después —así

que empezaron a pensar que Jacobo II tenía que dimitir—.

Pero ¿a quién iban a poner en su lugar?

Jacobo II tenía una hija, María,¹⁰ que se había casado con un noble holandés, Guillermo de Orange¹¹ —el biznieto del Guillermo de Orange¹² que había luchado contra los españoles—.

Ese Guillermo de Orange era protestante y el Parlamento inglés empezó a considerar que era mejor tener a un rey holandés pero protestante, que a Jacobo II que era británico, pero católico.

Y entonces Jacobo II hizo algo que realmente enfureció al Parlamento y al pueblo de Inglaterra y de Escocia —promulgó una ley sin preguntar primero si el Parlamento estaba de acuerdo—.

La ley proclamaba que la iglesia Católica tendría los mismos derechos que cualquier otra iglesia, por lo tanto, en sí misma, no era injusta.

Pero lo que molestó al pueblo británico y al Parlamento fue que el rey promulgara leyes sin consultar al Parlamento —no tenía derecho a hacerlo—.

También confirmaba sus temores de que Jacobo II intentaba hacer que el país volviera al catolicismo.

⁶ María I Estuardo [inglés: Mary Stuart, Mary Stewart] (1542-1587): Reina de Escocia (1542-1567). Sucedió a su padre con apenas seis días de vida. Reina consorte de Francia (1558-1560). Percibiéndola como una amenaza, su prima Isabel I de Inglaterra María fue declarada culpable de conspirar contra la reina inglesa y fue decapitada (1587). [n. del pr.]

⁷ No se encontró referencia. [n. del pr.]

⁸ Archibald Campbell, I marqués de Argyll, VIII conde de Argyll, jefe del Clan Campbell (1607-1661): Político y aristócrata escocés. Cabeza de facto del gobierno de Escocia durante las Guerras de los Tres Reinos (1640/50), figura importante dentro del movimiento Covenanter que luchaba para mantener el Presbiterianismo frente a los intentos de los Estuardo de imponer el anglicanismo. [n. del pr.]

⁹ James Scott, I duque de Monmouth, I duque de Buccleuch, nacido James Crofts o James Fitzroy (1649-1685): Noble inglés nacido en Holanda, hijo ilegítimo mayor de Carlos II de Inglaterra, Escocia e Irlanda con la amante Lucy Walter. Sirvió en la Segunda Guerra Anglo-Holandesa y ordenó a las tropas inglesas que participaran en la Tercera Guerra Anglo-Holandesa antes de comandar la brigada anglo-holandesa que luchaba en la Guerra Franco-Holandesa. Lideró la fracasada Rebelión de Monmouth (1685), un intento de deponer a su tío, el rey Jacobo II y VII. Fue decapitado por traición. [n. del pr.]

¹⁰ María II de Inglaterra (1662 -1694): Reina de Inglaterra, Escocia e Irlanda (1689-1694) hasta su muerte. Gobernó con su esposo Guillermo III de Orange. Fue muy activa en la Iglesia anglicana, que dirigió como su Gobernadora Suprema. Aunque oficialmente compartió el poder con su marido, en gran parte lo ejerció sola.

¹¹ Guillermo III de Inglaterra (1650-1702): Aristócrata neerlandés y príncipe protestante de Orange desde su nacimiento, y rey de Inglaterra e Irlanda y de Escocia (1689-1702) por su casamiento con María II de Inglaterra. [n. del pr.]

¹² Guillermo de Orange-Nassau (1533-1584): Príncipe de Orange (1544). Lideró la rebelión contra la Corona Española en Holanda, inicio de la Guerra de los Ochenta Años. Dicha guerra culminó con la independencia de las Provincias Unidas (Países Bajos) (1648). [n. del pr.]

De modo que el Parlamento envió un mensaje a Guillermo de Orange para que desembarcara en Inglaterra, expulsara a Jacobo II y lo sustituyera como rey.

En Noviembre de 1688, Guillermo de Orange tenía una flota dispuesta para invadir Inglaterra —en los barcos había grandes banderas con la inscripción:

‘Mantendré las libertades de Gran Bretaña y la religión protestante.’

La flota desembarcó en Devon con un ejército de quince mil hombres, el ejército más grande que jamás había invadido Britania desde el tiempo de los romanos.

Pero el ejército de Guillermo de Orange no era un ejército de conquistadores; a medida que avanzaba, la gente les salía al paso para aclamar y dar la bienvenida a las tropas.

El propio Jacobo II condujo un ejército contra los invasores, pero sus propios soldados y generales desertaron y se unieron a Guillermo de Orange.

No hubo batalla ni lucha, pues a Jacobo II ya no le quedaban soldados que lucharan por él — Jacobo II fue hecho prisionero—.

Sin embargo, Guillermo de Orange no deseaba ejecutar al padre de su esposa, a su suegro —a Jacobo II se le permitió huir a Francia; nunca volvió a ver Gran Bretaña—.

Lo maravilloso de esa revolución contra Jacobo II fue que se realizó sin derramamiento de sangre, y por eso se la llama, en todos los libros de historia, la Revolución Gloriosa, que tuvo lugar en 1688, exactamente cien años después de la Gran Armada.

Tanto Inglaterra como Escocia estaban jubilosas y aceptaron con alegría a Guillermo de Orange como rey.

De hecho, él y su esposa María tenían que reinar juntos, y por eso a su gobierno se le conoce como el reinado de Guillermo de Orange y María.

Naturalmente, los aliancistas escoceses estaban muy contentos, ahora podían tener sus propios ministros de la Iglesia y celebrar el culto en sus propias iglesias sin temor a ser perseguidos.

Pero el cruel Claverhouse huyó a las Tierras Altas de Escocia —muchos de los habitantes de esa zona eran todavía católicos—.

Protegeron a Claverhouse e incluso le persuadieron que se rebelara contra Guillermo de Orange.

Eso hizo que los escoceses volvieran nuevamente a luchar entre sí, los de las Tierras Bajas en favor de Guillermo de Orange y los de las Tierras Altas contra él.

Pero en la batalla de Killiecrankie en 1689 murió Claverhouse y aunque los de Tierras Altas ganaron la batalla, acabaron cediendo y no continuaron con la rebelión.

Para asegurarse de que a partir de entonces los clanes de las Tierras Altas mantendrían la paz se construyó una fortaleza a los pies de Ben Nevis —se le llamó Fort William, en honor del nuevo rey Guillermo de Orange—.

Y aunque hoy en día ya no es una fortaleza, el lugar sigue llamándose Fort William, recordando a los británicos de hoy la Revolución Gloriosa de 1688 que llevó al trono a Guillermo de Orange y María. ♣

[i:14] la unión de 1707

Todos los reyes de la dinastía Estuardo —Jacobo I, Carlos I, Carlos II y Jacobo II— se habían aferrado a la creencia de que el rey tenía “derechos divinos”, derechos que Dios le había dado.

Pero Guillermo de Orange no podía reclamar ‘derechos divinos’ —había sido llevado al trono por el Parlamento y sólo tenía los derechos que el Parlamento le daba—.

A partir de Guillermo de Orange en adelante ningún rey o reina actuó nunca contra los deseos del Parlamento, y a medida que fue pasando el tiempo los reyes tuvieron cada vez menos que decir.

Al final era el Parlamento el que gobernaba el país, no los reyes o reinas.

El Parlamento es, la asamblea, la reunión de hombres y mujeres elegidos por el pueblo como sus representantes —el pueblo puede expresar su opinión cada cinco años en cada nueva elección —y así puede cambiar el gobierno—.

Al principio, los escoceses tenían su propio Parlamento, residente en Edimburgo, en el edificio que hoy conocemos como Law Courts detrás de la Catedral de Saint Giles.

Los escoceses hacían sus propias leyes allí en Edimburgo y los ingleses hacían las suyas en Londres.

Pero al cabo de un tiempo, los líderes del Parlamento escocés se pusieron de acuerdo en que sería más eficaz que los miembros escoceses del Parlamento se sentaran junto a los miembros ingleses en el Parlamento en Londres.

Y de ese modo se cerró el Parlamento escocés en Edimburgo, y los escoceses y los ingleses tuvieron un Parlamento común en Londres.

Esa fue la ‘Unión’ en el año 1707, lo que conocemos como el ‘Reino Unido.’

Los miembros escoceses del Parlamento se habían puesto de acuerdo en que era lo mejor para la compleja tarea de gobernar Gran Bretaña, pero al pueblo llano de Escocia no le gustó la idea.

Habían estado orgullosos de su propio Parlamento, por lo que hubo altercados en Edimburgo, y los hubo peores en Glasgow.

Más tarde, la gente fue apaciguándose, pero se mantuvo el sentimiento de enfado y descontento en Escocia.

Pero también había quien se alegraba de que hubiera problemas en Escocia.

Cuando Jacobo II tuvo que huir de Inglaterra, no había dejado su trono voluntariamente.

Estaba convencido de que él era el rey legítimo —rey ‘por la gracia de Dios—’ y que el Parlamento no tenía derecho de expulsarlo.

Siguió llamándose a sí mismo ‘rey’ y nunca abandonó la esperanza de que él o su hijo volverían algún día al trono británico.

También había gente en el país, especialmente entre los clanes de las Tierras Altas de Escocia, que pensaban que Jacobo II era el rey legítimo y que

querían que él o su hijo regresaran como gobernantes de Gran Bretaña.

La gente que estaba a favor del rey Jacobo II fueron llamados los ‘jacobitas.’

Habían jacobitas en Escocia y también algunos en Inglaterra, y también estaban quienes habían acompañado a Jacobo II a Francia.

Y cuando murió Jacobo II los jacobitas en Francia proclamaron a su hijo como rey legítimo de Gran Bretaña —lo llamaron el ‘Pretendiente al trono’—.

Los Jacobitas y el Pretendiente se pusieron muy contentos al oír que había problemas en Escocia, y que a muchos escoceses les disgustaba la Unión.

Los jacobitas pensaban que si empezaban una rebelión en Escocia tendrían muchos partidarios —simplemente esperaban que llegara el momento adecuado, al menos es lo que pensaban—.

Cuando murieron Guillermo de Orange y María en 1702, su hija Ana¹ se convirtió en reina, pero Ana no se casó nunca y cuando ella murió en 1714 no hubo sucesor al trono.

Pero había un pariente distante en Alemania, el nieto de una hija de Jacobo I, que era regente de una pequeña comarca de Alemania llamada Hannover.

Ese pariente lejano, Jorge de Hannover, fue el hombre elegido por el Parlamento británico para convertirse en rey del Reino Unido.

Todos los reyes y reinas que han reinado desde entonces —incluyendo la reina Isabel II— son

¹ Anne o Ana (1665-1714): Reina de Inglaterra, Escocia e Irlanda (1702-1707) y reina de Gran Bretaña e Irlanda (1707-1714). En mayo 1, 1707, en virtud de las Actas de la Unión, los reinos de Inglaterra y Escocia se unieron en el Estado soberano único de Gran Bretaña. Se casó con el Príncipe George de Dinamarca (1683). [n. del pr.]

descendientes de ese príncipe alemán, Jorge de Hannover.

Pero nada recomendaba que Jorge I fuera rey de Escocia e Inglaterra, excepto el hecho de que era protestante y que estaba emparentado lejanamente con Jacobo II y María Estuardo.

No hablaba una palabra de inglés y tenía 55 años cuando fue llamado a Inglaterra, era demasiado tarde para él comenzar a aprender el idioma, ni siquiera se preocupó de intentarlo —en cierto sentido, el asunto no importaba, pues era el Parlamento quien gobernada el país, no el rey—.

Mas por otro lado el pueblo en Inglaterra y Escocia no tenía ningún motivo especial para estar contento de tener un rey que no podía hablarle en su propio idioma, el inglés.

Así fue que los jacobitas y su Pretendiente pensaron que había llegado el momento para empezar la rebelión.

El Pretendiente llegó a Escocia en secreto, y en la casa de un noble jacobita, John Erskine,² conde de Mar, los jefes de los clanes de Tierras Altas se reunieron para encontrarse con él y prometerle su apoyo.

Así empezó la primera rebelión jacobita³ en 1715, que acabó en un desastre.

Los rebeldes fueron derrotados por las tropas gubernamentales en la batalla de Sheriffmuir, muchos

² John Erskine, conde de Mar(1675-1732): Escocés jacobita. Apodado ‘meneo John,’ por su tendencia a cambiar de facción a facción, Tory a Whig o de Hannover a jacobita. Apoyó la rebelión contra los hannoverianos; en Sheriffmuir (1715) y Fetteresso perdió su causa, y huyó a Francia, donde pasó el resto de su vida. [n. del pr.]

³ rebelión jacobita de 1715 o el Quince o la Revuelta del conde del Mar: Intento de Jacobo Francisco Eduardo Estuardo (el ‘Viejo Pretendiente’) para recuperar el trono de Inglaterra, Irlanda y Escocia para los exiliados de la Casa de Estuardo. [n. del pr.]

combatientes de Tierras Altas perdieron la vida y el Viejo Pretendiente⁴ y el conde de Mar tuvieron que huir a Francia.

Pero el fracaso de la rebelión de 1715 no desanimó a los jacobitas, que empezaron a planear otra rebelión cuando Gran Bretaña estuviera en guerra con otro país y careciera de tropas para luchar contra ellos —pero tenían que esperar a que llegara esa ocasión.

Cuando por fin llegó el momento, ya no fue el Pretendiente, sino su hijo Carlos Eduardo.⁵

Se lo conoció popularmente en las Islas Británicas como el ‘joven pretendiente,’ ‘Gentil Príncipe Carlos,’ y también como ‘Bonnie Prince Charlie —Bonnie significa ‘bonito’ en escocés—.o el bello Príncipe Carlos, como le llamaban, quien condujo la rebelión.

El bello Príncipe Carlos era un joven muy atractivo, de pelo rubio, ojos oscuros, elegante, ingenioso y valiente.

Y además tenía el encanto de su tío abuelo Carlos II, por lo que conquistaba fácilmente la amistad de los hombres y el amor de las mujeres.

Pero ese joven encantador era también ambicioso y estaba determinado a recuperar el trono que había perdido su abuelo, y la gente que le ayudaría a reconquistarlo tendrían que ser los escoceses.

Si pensamos en lo mucho que sufrieron los escoceses bajo los reyes Estuardo, bajo Carlos I, Carlos II y Jacobo II, es sorprendente que él contara con que los escoceses apoyarían a un Estuardo.

Pero en principio, habían sido los de las Tierras Bajas, los aliancistas, los que habían sufrido más, no los de las Tierras Altas.

Y el Príncipe Carlos Eduardo también contaba con el hecho de que muchos escoceses preferirían tener una familia escocesa en el trono, los Estuardo, que una familia alemana, los de Hannover.

Cuando estalló la contienda entre Gran Bretaña y Francia, los jacobitas aprovecharon la oportunidad que habían estado esperando, y el bello príncipe Carlos, igual como había hecho su padre, llegó secretamente a Escocia para empezar la rebelión.

Una vez más Escocia iba a convertirse en un campo de batalla. ♣

[i:15] la rebelión jacobita

Era natural que el Bello Príncipe Carlos se dirigiera primero a los escoceses de las Tierras Altas para pedirles ayuda.

Muchos de ellos seguían siendo católicos como él mismo, y también les gustaba luchar.

Habían seguido a Montrose contra los aliancistas, habían seguido a Claverhouse contra Guillermo de Orange, y habían seguido al Pretendiente contra el ejército gubernamental.

Por eso, Carlos Eduardo desembarcó en 1745 en Eriskay en las Hébridas Occidentales y envió mensajes a los jefes de los clanes para que se unieran a luchar por él.

Al principio, los jefes no estaban muy de acuerdo, recordaban perfectamente lo mal que habían ido las cosas en el levantamiento de 1715.

Pero cuando el Bello Príncipe Carlos II dijo al jefe del clan de los Cameron:

“¿Os vais a sentar en casa y leer en el diario las noticias sobre mis batallas?”

El jefe del clan, sintiéndose avergonzado, le dijo:

“¡No! Yo y mi clan estaremos con vos.”

⁴ Jacobo III de Inglaterra y VIII de Escocia [inglés: James Francis Edward Stuart] (1688-1766): Conocido como ‘el Caballero de San Jorge’ y ‘el Viejo Pretendiente.’ Ostentó la pretensión jacobita al trono de Inglaterra con el nombre de Jacobo III de Inglaterra y VIII de Escocia. [n. del pr.]
⁵ Carlos Eduardo Estuardo [inglés: Charles Edward Louis John Casimir Silvester Maria Stuart] (1720-1788): Aristócrata escocés de la dinastía de los Estuardo y pretendiente jacobita al trono de Gran Bretaña como Carlos III de Inglaterra y Escocia, conocido como el ‘joven pretendiente’ y ‘Gentil Príncipe Carlos.’ [n. del pr.]

el profanador de textos

Y los otros jefes juraron con sus clanes luchar por el príncipe.

Así pues, el príncipe Carlos Eduardo elevó su estandarte de seda roja en Glenfirman y se congregaron los hombres de los clanes, reunidos por la cruz de llamas rojas.

Pusieron una escarapela, una roseta blanca, sobre sus gorras, el emblema de los Estuardo.

Un mes después de su llegada a Escocia el príncipe tenía un ejército de tres mil feroces combatientes de las Tierras Altas y a medida que fue llevando su ejército hacia las Tierras Bajas se le fueron agregando otros voluntarios, de modo que el ejército fue creciendo a medida que avanzaba.

Su primer objetivo fue la ciudad de Edimburgo, y Edimburgo se rindió sin luchar, con la excepción del castillo.

El castillo era defendido por soldados regulares del rey Jorge II que resistieron sin rendirse —pero eso no le preocupaba al príncipe Carlos—.

Entró cabalgando en Edimburgo y la gente le aclamó en grandes multitudes para darle la bienvenida —incluso había gente que intentaba tocarle sus vestiduras cuando pasaba, o besarle las manos—.

También había gente en Edimburgo que no se sumó a las aclamaciones, no habían olvidado las crueldades de Claverhouse y a las mártires de Wigown.

Pero la mayoría de las mujeres de Edimburgo estaban encantadas por ese joven apuesto que les parecía como el príncipe de un cuento de hadas.

Esa noche dio una gran fiesta en el palacio de Holyrood —hubo música, baile y risas en el viejo palacio que no había presenciado un encuentro tan alegre desde los días de María Estuardo.

Mientras tanto, el gobierno de Londres no se quedaba con los brazos cruzados —ya se habían repartido órdenes y consignas y un ejército inglés se estaba acercando desde Dunbar—.

Y por la mañana temprano, después de la gran fiesta, el príncipe Carlos, que había descansado muy poco, sacó a sus tropas de Edimburgo para enfrentarse al enemigo.

En aquellos días los ejércitos se movían muy lentamente y les llevó el día entero recorrer los 15 kilómetros hasta Prestonpans donde se encontraron frente a frente con los ingleses.

Era tan tarde que ninguno de los dos ejércitos entró en batalla, los soldados se tendieron en los campos para dormir la noche.

Pero en la oscuridad, un lugareño que conocía cada centímetro de esas tierras le mostró a los soldados de Carlos un estrecho sendero que atravesaba una ciénaga que les llevó hasta la retaguardia de las tropas gubernamentales para sorprenderles con un ataque desde un ángulo inesperado.

Cuando se hizo el día, el rey Carlos dio la señal de ataque, y las tropas inglesas fueron tomadas por sorpresa; se sintieron tan confundidas que la batalla acabó al poco tiempo.

Todos los soldados de infantería fueron capturados o muertos, sólo los jinetes escaparon cabalgando lo más rápido de pudieron.

Tras esa espléndida victoria, el príncipe Carlos volvió a Edimburgo donde pasó todo un mes disfrutando del esplendor real.

Pero para entonces ya había aumentado la gente de Edimburgo que ya no estaba contenta de la visita —siempre habían considerado a los de Tierras Altas como salvajes y no les gustaba demasiado ver a esos ‘salvajes de las montañas’ con sus costumbres

incivilizadas entre los ciudadanos más refinados de Edimburgo.

Después de un mes de fiestas y celebraciones, el príncipe Carlos dejó Edimburgo y condujo su ejército hacia el sur, hacia Inglaterra.

Las ciudades y pueblos se fueron rindiendo sin luchar, y parecía que nada podría detenerlo.

Pero los escoceses de las Tierras Altas se cansaron de marchar y marchar —y cuanto más se alejaban de Escocia más desanimados se sentían—.

Primero desertaron unos cuantos, luego el número fue creciendo, regresando a sus hogares.

Al príncipe Carlos no le quedó otra alternativa que regresar, o todo su ejército se habría fundido como la nieve bajo el sol.

Los soldados estaban contentos de regresar, pero no sabían que habían echado por la borda la oportunidad del Bello Príncipe Carlos de conquistar la corona de Gran Bretaña, porque el rey Jorge en Londres ya estaba haciendo las valijas para huir de regreso a hacia Alemania.

Y mientras regresaban a Escocia, el gobierno de Londres tuvo tiempo para congregarse nuevos ejércitos para luchar contra el príncipe.

Sin embargo, el príncipe Carlos volvió a obtener una victoria en Falkirk.

Pero esa victoria no le ayudó en nada porque los de Tierras Altas se negaron a permanecer en las Tierras Bajas y Carlos tuvo que marchar con ellos a Inverness.

El príncipe estaba furioso, tan enojado que se golpeaba la cabeza contra la pared de pura rabia, pero no tenía más remedio que ir hasta Inverness.

E incluso allí los guerreros de las Tierras Altas empezaron a desertar de sus filas.

Cuando al cabo de un tiempo llegó hasta allí un ejército inglés, el príncipe Carlos tenía tan solo la mitad de hombres que tenían los ingleses.

En la batalla que siguió en Culloden Moor, el resto de combatientes de Tierras Altas luchó con su tradicional fiereza, pero no tenían nada que hacer contra los soldados entrenados y experimentados.

Los ingleses estaban repartidos en tres líneas con rifles dispuestos, y cada vez que los de las Tierras Altas cargaban eran acribillados por el fuego de los rifles —el día acabó con la derrota total del Bello Príncipe Carlos—.

La batalla de Culloden Moor en 1746 fue la última vez que los británicos lucharon entre sí en una guerra civil.

Carlos huyó y durante cinco meses se le mantuvo oculto en las Tierras Altas.

Entonces el gobierno ofreció una recompensa de 30.000 libras¹ por su captura, pero ninguno de los campesinos pobres que lo acogían llegaron a traicionarle.

La persona que más lo ayudó fue una bella dama escocesa, Flora MacDonald.²

En una ocasión le trajo un vestido de mujer y salió con él como si fuera Betty, la sirvienta de Flora —arriesgó voluntariamente su vida por el príncipe ayudándole—.

Para ella fue un día triste cuando al final lograron poner al Bello Príncipe Carlos en un barco y tuvo que despedirse de él, para no volverse a ver nunca

más —Carlos escapó a Francia y pasó el resto de su vida viajando de arriba abajo—.

Murió a los cuarenta y dos años en 1788, en Roma, como un hombre arruinado e infeliz.

Pero los hombres ‘de las Tierras Altas pagaron un terrible precio por su rebelión —cientos de ellos fueron torturados y ejecutados, y sus hogares destruidos, y sus familias entregadas al hambre—.

Quedaron prohibidos el kilt y el tartán, la indumentaria y la tela tradicionales de las Tierras Altas, así como sus canciones y las gaitas —incluso se acabó prohibiendo el uso del gaélico, su lengua.

Un hombre podía ser vendido como esclavo en Norteamérica por el simple echo de poseer un kilt.

Muchos habitantes de las Tierras Altas y jacobitas de las Tierras Bajas tuvieron que huir —y nunca pudieron volver a su tierra natal, y pasaron su vida en tierras extranjeras añorando las colinas y cañadas que jamás volverían a ver—.

Después de la batalla de Culloden Moor murió la vieja Escocia, y la nueva Escocia que emergería luego tuvo que enfrentarse a un mundo moderno donde la gente tenía otras cosas por las que preocuparse que de reclamar los viejos derechos de los reyes Estuardo, o de qué tipo de oraciones podían usar en la iglesia. ♣

[i:16] pasado y futuro: Rusia y Alemania

La época de los Estuardo, desde Jacobo II al Bello Príncipe Carlos, fue una época de levantamientos, disturbios y guerra civil en la que los británicos lucharon entre sí —realistas y republicanos, puritanos y caballeros, escoceses e ingleses, católicos y protestantes—.

Básicamente, los Estuardo intentaban preservar el viejo orden, el derecho divino de los reyes y, en último término, hasta a la Iglesia Católica de Roma.

De un modo u otro, los Estuardo intentaron defender el viejo sistema de autoridad y todas las batallas, guerras y rebeliones eran realmente un prolongado conflicto entre los que luchaban por el pasado y los que luchaban por el futuro.¹

Pero ese gran conflicto entre las fuerzas del pasado y las del futuro no sólo sucedía en Gran Bretaña, tenía lugar en todas partes de Europa.

En Britania eran los reyes, los Estuardo, los que luchaban por el pasado, y Cromwell y los puritanos por el futuro, pero en Rusia sucedía justo lo contrario.

¹ Casa Estuardo: Dinastía de reyes escoceses e ingleses, desde 1371 hasta 1714. En 1413 comienza la era del Alma Consciente. Jacobo I fue rey de Escocia desde 1406 hasta 1437. [n. del pr.]

¹ 30.000 libras de 1746 representan 7 millones de dólares en la actualidad. [n. del pr.]

² Flora MacDonald (1722-1790): Dama escocesa, presbiteriana. Tras la batalla de Culloden en 1746, ayudó al pretendiente jacobita Carlos Eduardo Estuardo, a alcanzar la isla de Skye en barca disfrazado como su criada irlandesa Betty Burke. Su acto heroico fue immortalizado en la ‘The Skye Boat Song’ [‘Canción del Barco Skye’]. [n. del pr.]

el profanador de textos

En Gran Bretaña y en Occidente, los reyes defendían el pasado, y el pueblo llano quería que cambiaran las cosas.

El rey Jacobo II y todos los demás Estuardo intentaron evitar cualquier cambio, las cosas tenían que continuar siendo como lo habían sido durante siglos —la gente común tenía que luchar por los cambios que tenían que venir—.

En el Este, en Rusia, lo extraño era que un rey, un emperador, obligara a su gente a aceptar cambios y a participar en el mundo moderno que estaba alboreando, a lo que se resistían.

Era pues, lo opuesto: los cambios venían del emperador, no de la gente.

Después de que Gengis Khan,² el guerrero tártaro, hubiera conquistado China y luego Rusia, y Rusia permaneció durante siglos bajo el gobierno de los tártaros que trataron a los rusos como esclavos.

Finalmente, al cabo de mucho tiempo, los tártaros fueron expulsados y los rusos tuvieron sus propios reyes, llamados 'zar' —palabra que viene de 'césar' romano—.

Pero los rusos habían sido esclavizados tanto tiempo que incluso cuando desaparecieron sus amos, los tártaros, no estaban acostumbrados a otra cosa y siguieron siendo esclavos de sus nuevos amos, los zares.

El zar de Rusia no era como los demás reyes de Europa; él realmente tenía 'derechos divinos,' ejercía

poder absoluto sobre la vida de todos y cada uno de los rusos.

Uno de esos zares de Rusia, Iván el Terrible,³ que vivió en la época de la reina Isabel I de Inglaterra y de Felipe II de España, ejecutaba a cientos de miles de rusos sin tener demasiadas razones para ello.

La mayoría de la gente aceptaba que el zar tenía el derecho a matar a cuantos súbditos quisiera.

No es de extrañar que Rusia fuera el país más subdesarrollado de Europa; incluso los nobles eran analfabetos, los campesinos eran siervos feudales que no podían determinar sus propias vidas —y pocos inventos y descubrimientos de Europa Occidental habían penetrado en Rusia—.

Pero en la época en que Gran Bretaña estaba regida por Carlos II, el Monarca Alegre, subió al trono en Rusia un zar que traería muchos cambios: Pedro el Grande,⁴ que reinó de 1689 a 1725.

Pedro viajó fuera de Rusia, acompañado por cortesanos y nobles, para recoger el conocimiento de los países occidentales con el fin de llevarlo a Rusia —quería aprender cómo construir grandes barcos y carreteras, así cómo entrenar a los soldados—.

¡Estaba interesado por todo!

Cuando llegó a Londres por primera vez vio a un dentista trabajando, y se quedó tan entusiasmado sobre la habilidad de ese hombre que él mismo se puso a practicar en sacar dientes a sus infortunados cortesanos.

Cuando volvió a Rusia llevaba consigo a quinientos expertos ingleses y escoceses, mecánicos, constructores de barcos, cirujanos y arquitectos.

Y a un escocés llamado Patrick Gordon⁵ le encargó la tarea de entrenar a los salvajes e indisciplinados soldados rusos.

De Holanda trajo tejedores e impresores.

De modo que volvió a Rusia con un ejército de extranjeros que iban a cambiar de arriba abajo la vida en Rusia —pero los rusos no querían cambiar, no querían mejores casas o barcos o ciudades, no querían doctores ni escuelas!—.

Algunos de los propios nobles y cortesanos de Pedro se conjuraron para asesinar al zar que intentaba cambiar el antiguo modo de vida ruso, y el mismo hijo de Pedro, el zárévich (hijo del zar) Alexis,⁶ participó en el complot —pero la conspiración fue descubierta y todos los que habían participado en ella fueron ejecutados; Alexis murió en prisión por latigazos—.

² Gengis Kan (ca. 1162-1227): Guerrero y conquistador mongol que unificó a las tribus nómadas de esta etnia del norte de Asia, fundando el primer Imperio mongol, el imperio contiguo más extenso de la historia. Bajo su liderazgo los mongoles comenzaron una oleada de conquistas que extendió su dominio desde Europa Oriental hasta el océano Pacífico, y desde Siberia hasta Mesopotamia, la India e Indochina. [n. del pr.]

³ Iván IV Vasílievich o Iván el Terrible (1530-1584): Gran príncipe de Moscú y de toda Rusia (1533), primer monarca ruso en adoptar el título de zar (1547), creador del Estado ruso. Llevó a cabo la conquista de Siberia (Yermak), la centralización del poder en la capital, la creación del Zemski Sobor (parlamento feudal), y grandes reformas internas, del ejército y el código legal. Su reinado duró casi cuarenta años, el más largo de los zares rusos. [n. del pr.]

⁴ Pedro I Alekséievich o Pedro I de Rusia o Pedro el Grande (1672-1725): El más destacado gobernante de Rusia (1682-1725), de la dinastía Románov. Gobernó Rusia (1682-1725). Modernizó el país mediante la occidentalización y expansión, que transformó a Rusia en una de las principales potencias europeas. [n. del pr.]

⁵ Patrick Leopold Gordon de Auchleuchries (1635-1699): General y contralmirante en Rusia, de origen escocés. Por su distinguido servicio para Suecia, Polonia y Rusia se convirtió en asesor principal y amigo cercano del zar Pedro el Grande. Asumió el nombre cristiano adicional de Leopold cuando fue confirmado como católico romano poco antes de su muerte. [n. del pr.]

⁶ Alejo Petróvich Románov (1690-1718): Hijo primogénito del Zar Pedro I de Rusia, fue zárévich (hijo del zar) del Imperio ruso hasta su ejecución. Manipulado por sus tutores, se convirtió en un instrumento de los opositores a las políticas de su padre. Juzgado por un tribunal, fue condenado por traición y conspiración contra el zar, siendo ejecutado mediante latigazos. [n. del pr.]

el profanador de textos

Pedro era un hombre implacable —Rusia tenía que convertirse en una nación moderna y cualquiera que se interpusiera en su camino era su enemigo y tenía que morir—.

Fue igualmente implacable cuando quiso construir una nueva ciudad, San Petersburgo, en la costa del mar Báltico.

Ciento cincuenta mil campesinos fueron arrasados por los soldados al emplazamiento donde iba a construirse la ciudad, y como no había suficientes palas tenían que cavar con sus manos desnudas.

No había suficientes carretas, y los campesinos tuvieron que transportar los ladrillos y la tierra sobre sus propios hombros.

Miles de trabajadores murieron de hambre o frío, pero la ciudad había sido construida en diez meses.

Pedro el Grande forzó a los rusos, contra su voluntad, a convertirse en una nación moderna.

Tenía el ‘derecho divino de los reyes,’ que los Estuardo reclamaron pero nunca obtuvieron —pero Pedro usó sus ‘derechos divinos’ para el progreso, para hacer cambios, mientras que los Estuardo intentaban evitar esos cambios—.

En el Oeste, en Gran Bretaña, el pueblo luchaba contra el monarca para que las cosas cambiaran; en el Este, en Rusia, el monarca, el zar Pedro, forzaba al pueblo a aceptar los cambios.

¿Y qué pasaba en Europa Central, en Alemania y Austria?

En Alemania, el levantamiento fue mucho peor que en cualquier país del este o del oeste.

En principio, se suponía que Alemania y Austria tenían que ser gobernadas por un emperador, pero el emperador tenía muy poco poder en lo concreto —cada noble o príncipe alemán reinaba tal como le

placía en su pequeña comarca y no prestaba atención al emperador—.

Todos los nobles protestantes se aliaron en una gran liga, y los católicos lo hicieron en otra —y empezaron a luchar entre sí en la famosa Guerra de los Treinta Años⁷—.

El emperador Fernando II era católico y el líder de la liga católica

Durante treinta años, de 1618 a 1648, los ejércitos atravesaron Alemania lucharon en muchas batallas, destruyeron ciudades, devastaron campos, asaltaron y saquearon.

Otros países se vieron involucrados en la guerra: el rey de Suecia intervino con un ejército para ayudar a los protestantes y el de Francia envió tropas para ayudar - a los católicos —pero todo eso no hizo más que llevar sufrimiento al pueblo alemán—.

Provincias enteras que habían sido ricas y florecientes se convirtieron en desiertos, ciudades prósperas acabaron en montones de ruinas.

La Guerra de los Treinta Años solamente acabó porque ambos bandos se agotaron y pudieron seguir adelante —cuando protestantes y católicos firmaron la paz todavía no estaban dispuestos a convivir en paz—.

Pero llegaron a un acuerdo: si el noble o príncipe que reinaba en una provincia alemana era protestante, entonces todos sus súbditos tenían que ser protestantes, y los súbditos católicos tenían que abandonar su provincia y desplazarse a una parte de Alemania

regida por un príncipe católico que, a su vez, había expulsado a los protestantes de su principado.

De ese modo, el norte de Alemania se convirtió principalmente en protestante, y el sur de Alemania, Baviera y Austria permanecieron católicas.

Toda Alemania había sufrido tanto, y se había destruido tanto, que hizo falta un siglo para recuperarse de los estragos de la Guerra de los Treinta Años.

El siglo XVII que vio la guerra civil en Inglaterra y Escocia, vio también grandes levantamientos en otras partes de Europa: la Guerra de los Treinta Años en Alemania y los cambios que Pedro I el Grande introdujo en Rusia. ♣

⁷ Guerra de los Treinta Años (1618-1648): Guerra librada en la Europa Central. Inicialmente fue un conflicto político-religioso entre Estados partidarios de la reforma y la contrarreforma dentro del propio Sacro Imperio Romano Germánico, se convirtió en una guerra general por toda Europa. Finalizó con la Paz de Westfalia y la Paz de los Pirineos. [n. del pr.]

[ii:] la revolución francesa

[ii:01] los hugonotes

En la época en que Leonardo da Vinci¹ experimentaba con máquinas voladoras, cuando Colón² y Magallanes³ navegaban por océanos desconocidos, y cuando Copérnico⁴ se atrevía a decir que la Tierra

¹ Leonardo da Vinci o Leonardo di ser Piero da Vinci (1452-1519): Pintor, anatomista, arquitecto, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista florentino del Renacimiento italiano. Obras: 'La Última Cena,' 'La Gioconda,' 'La Virgen de la Roca.' [n. del pr.]

² Cristóbal Colón (1451-1506): Navegante, cartógrafo, almirante, virrey y gobernador general de las Indias Occidentales al servicio de la Corona de Castilla, descubridor de América, en octubre 12, 1492, al llegar a la isla de Guanahani, actualmente en las Bahamas. Efectuó cuatro viajes a las Indias —nombre de América hasta el Planisferio de Martín Waldseemüller (1507)—. [n. del pr.]

³ Fernando de Magallanes (1480-1521): Militar, explorador, marino y navegante portugués, nombrado adelantado por la Corona Española y capitán general de la 'Armada para el descubrimiento de la especería' y comendador de la Orden de Santiago. Al servicio de Carlos I, inició en 1519 la expedición en la que descubrió el canal natural navegable —estrecho de Magallanes— uniendo el océano Atlántico y el océano Pacífico, mar del Sur. Esta expedición, en la que Magallanes murió, se convirtió en la primera circunnavegación de la Tierra cuando una de sus naos, capitaneada por Juan Sebastián Elcano, regresó a España en 1522. [n. del pr.]

⁴ Nicolás Copérnico o Mikołaj Kopernik o Nicolaus Copernicus (1473-1543): Astrónomo polaco del Renacimiento que formuló la teoría heliocéntrica del sistema solar. [n. del pr.]

daba vueltas alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra, en esa época durante el siglo XV empezó una nueva época para la humanidad, fue como un gran despertar —y con ese gran despertar sobrevino un nuevo sentido de libertad—.

La gente ya no podía aceptar ciegamente la autoridad del Papa de Roma y su rebelión contra la autoridad de la Iglesia llevó a la Reforma.⁵

Lutero⁶ en Alemania, Calvino⁷ en Suiza y John Knox⁸ en Escocia encontraron miles de seguidores y se convirtieron en los fundadores de iglesias que ya no consideraban al Papa como autoridad suprema.

Pero además, esa rebelión contra la autoridad del Papa se convirtió en una rebelión contra los reyes.

Los holandeses se levantaron contra su gobernante, el rey Felipe II de España y conquistaron su libertad.

En Gran Bretaña, la gente tampoco consideró al rey como alguien que tuviera 'derechos divinos' y aunque Carlos II, el monarca alegre, llegara al trono, su hermano y sucesor, Jacobo II, volvió a perderlo en la Revolución Gloriosa de 1688.

⁵ Reforma Protestante o la Reforma: Movimiento religioso cristiano, iniciado en Alemania en el siglo XVI por Martín Lutero, que llevó a un cisma de la Iglesia católica para dar origen a numerosas iglesias agrupadas bajo la denominación de protestantismo. Tuvo su origen en las críticas y propuestas contra las disposiciones papales. [n. del pr.]

⁶ Martín Lutero o Martin Luder (1483-1546): Teólogo y fraile católico agustino que comenzó e impulsó la reforma religiosa en Alemania, y la Reforma Protestante. [n. del pr.]

⁷ Juan Calvino (1509-1564) nacido Jehan Cauvin: Teólogo francés, autor y gestor de la Reforma Protestante. Los 'cinco puntos del calvinismo' surgen en contra a las doctrinas de Jacobo Arminio. Creó la Biblia de Ginebra, edición protestante de la Biblia francesa (1564). [n. del pr.]

⁸ John Knox (1514-1572): Predicador escocés, líder de la Reforma Escocesa y el fundador de presbiterianismo. Es reconocido como el Padre de la Reforma en Escocia. [n. del pr.]

El pueblo británico no quería reyes que reclamaran derechos divinos, esa época ya había pasado, y por eso, el intento del Bello Príncipe Carlos por recuperar la corona británica para los Estuardo estuvo condenado al fracaso ya desde el principio.

En la nueva era, la mente del pueblo que recién despertaba ya no podía soportar a reyes que creían tener el derecho divino de gobernar.

Pero siempre que se produce algo nuevo, además de la gente que da la bienvenida a lo nuevo con el corazón y la mente abiertos, también hay quienes rechazan lo nuevo y quieren detener el progreso humano.

Los Papas de Roma ciertamente no estaban muy felices con la rebelión contra su autoridad —les hubiera encantado poner a Lutero ante la Inquisición y lo habrían quemado en la hoguera si Lutero no hubiera tenido tantos seguidores en Alemania.

En Alemania, los Papas no tenían suficiente poder para perjudicar a Lutero, pero en Italia tenían el poder para luchar contra el nuevo espíritu.

Quemaron al monje Savonarola⁹ en la hoguera en Florencia porque se había atrevido a llamar al malvado Papa Alejandro IV,¹⁰ de la familia Borgia,¹¹ ‘hijo del diablo.’

⁹ Girolamo Maria Francesco Matteo Savonarola (1452-1498): Religioso dominico, predicador italiano. Predicó contra el lujo, el lucro, la depravación de los poderosos y la corrupción de la Iglesia católica. Sus ataques contra el papa Alejandro VI le valieron la excomunión, la prisión y la condena a la hoguera por la Inquisición en la plaza de Florencia y la inclusión de su obra en el Índice de libros prohibidos. [n. del pr.]

¹⁰ Alejandro IV, nacido Rinaldo Conti (ca. 1199-1261): Papa 181º de la Iglesia Católica (1254-1261). [n. del pr.]

¹¹ Casa de Borja o Borgia: Casa noble con origen en el pueblo aragonés de Borja y establecida en Játiva, reino de Valencia, posteriormente en Gandía y la península Itálica. Muy influyente durante el Renacimiento. [n. del pr.]

Quemaron a otro monje, Giordano Bruno,¹² porque se había atrevido a decir que la Tierra era un planeta en el cosmos y que daba vueltas alrededor del Sol.

Y Galileo Galilei¹³ escapó a la tortura y a la muerte porque se retractó de su constatación de que la Tierra realmente se movía alrededor del sol.¹⁴

En Italia fue suprimido el nuevo espíritu, el espíritu de la Reforma, el espíritu del descubrimiento, y de la ciencia.

En España, los Papas encontraron a reyes dispuestos a ayudarles —recordemos cómo Felipe II intentó ganar por la fuerza a Holanda e Inglaterra para la iglesia de Roma y no lo consiguió—.

Llegamos ahora a otro país europeo donde los reyes, con todo su poder, también trataron de detener la marcha del progreso, de hacer que el reloj corriera hacia atrás, y de reinar ‘por derecho divino’ —y lo consiguieron durante mucho tiempo, doscientos años más—.

Pero al final, el último de esos reyes pagó un terrible precio por los errores cometidos por los reyes que habían gobernado antes.

Ese país era Francia.

¹² Giordano Bruno o Filippo Bruno (1548-1600): Astrónomo, filósofo, matemático y poeta italiano de la Orden de los Dominicos. Sus teorías cosmológicas superaron el modelo copernicano, propuso que el Sol era sólo una estrella. Murió quemado vivo por orden de la Iglesia Católica. [n. del pr.]

¹³ Galileo Galilei (1564-1642): Astrónomo, filósofo, ingeniero, matemático y físico italiano. Sus logros incluyen la mejora del telescopio, gran variedad de observaciones astronómicas, la primera ley del movimiento y un apoyo determinante a la revolución de Copérnico. Considerado ‘padre de la astronomía moderna,’ ‘padre de la física moderna,’ y el ‘padre de la ciencia.’ — Se sugiere leer: Koestler, Arthur. ‘El más grande escándalo de la cristiandad. un ensayo sobre Galileo.’ <Hay edición digital> [n. del pr.]

¹⁴ Consultar: Koestler, Arthur. ‘El más grande escándalo de la cristiandad. Un ensayo sobre Galileo.’ [n. del pr.]

Francia, la tierra de Carlomagno,¹⁵ la tierra de Juana de Arco,¹⁶ había sido durante siglos una tierra devotamente católica, obediente al Papa de Roma.

Los caballeros de Francia fueron los primeros que respondieron a la llamada del Papa para armar las Cruzadas¹⁷ contra los musulmanes.

Y fue también en Francia que se construyeron las primeras y más hermosas iglesias góticas de arcos puntiagudos y vitrales de colores vivos.

Pero Francia también era el país donde el sistema feudal fue más duro y duró más tiempo que en otros países —durante mucho tiempo, en Francia, los campesinos siguieron siendo siervos que podían ser comprados y vendidos con la tierra, como si fueran árboles que crecían en ella—.

Y en Francia los caballeros y nobles también estaban bajo la estricta obediencia del rey.

En Francia no existía una Carta Magna¹⁸ que dijera lo que a un rey se le permitía hacer y lo que no.

¹⁵ Carlomagno (742-814): Rey de los francos (768), rey de los lombardos (764) y Emperador (800-814). Derrotó a los lombardos en Italia, combatió a los musulmanes en la península ibérica, y contra los pueblos eslavos. Logró someter a los sajones, convirtiéndolos al cristianismo, paso previo para el establecimiento del Sacro Imperio Romano Germánico bajo la dinastía sajona. [n. del pr.]

¹⁶ Juana de Arco [francés: ‘Jeanne d’Arc’] o la Doncella de Orleans (ca. 1412-1431): Joven campesina francesa que guio al Ejército francés en la guerra de los Cien Años contra Inglaterra, logrando que Carlos VII de Valois fuese coronado rey de Francia. Fue capturada, entregada a los ingleses y procesada por el obispo pro-inglés Pierre Cauchon y la condenaron por herejía y el duque Juan de Bedford la quemó viva en Ruan, en mayo 30, 1431. [n. del pr.]

¹⁷ Cruzadas (1096-1291): Serie de campañas militares impulsadas por el papa y ejecutadas por la Francia de los Capetos y el Sacro Imperio Romano Germánico, con el objetivo de restablecer el control apostólico romano sobre Tierra Santa. [n. del pr.]

¹⁸ Magna Carta Libertatum [latín medieval] o Magna Carta [inglés] o Carta Magna: Carta otorgada por Juan I de Inglaterra (junio 15, 1215) que prometía la protección de

En Francia, la voluntad del rey era la ley, y el rey sólo tenía un amo por encima suyo: el Papa de Roma.

Así era en Francia, y así era como los reyes franceses querían que siguiera siendo para siempre.

Y luego vino la época de la Reforma.

Juan Calvino,¹⁹ que era francés, tuvo que huir de Francia a Suiza —pero desde Ginebra su enseñanza se extendió por Francia, y miles de franceses se hicieron protestantes, o como se les llamaba en Francia, hugonotes²⁰—.

Había tantos hugonotes, incluso entre los nobles y señores, que parecía que el rey no podía hacer nada contra ello, tanto si le gustaba o no.

Hasta parecía que en Francia los católicos y protestantes vivirían en paz —pero sólo en apariencia—.

En aquella época, el rey Carlos IX²¹ era un hombre débil que dejaba el gobierno totalmente en

los derechos eclesiásticos, la protección de los barones ante la detención ilegal, el acceso a justicia inmediata y limitaciones de tarifas feudales a favor de la Corona. Ninguno de los bandos cumplió con sus compromisos y la carta fue anulada por el papa Inocencio III, lo que provocó la primera guerra de los Barones. — Hay varias 'Cartas' posteriores. [n. del pr.]

¹⁹ Juan Calvino (1509-1564) nacido Jehan Cauvin: Teólogo francés, autor y gestor de la Reforma Protestante. Los 'cinco puntos del calvinismo' surgen en contra a las doctrinas de Jacobo Arminio. Creó la Biblia de Ginebra, edición protestante de la Biblia francesa (1564). [n. del pr.]

²⁰ hugonotes [francés: 'huguenot']: Antiguo nombre dado a los protestantes franceses de doctrina calvinista durante las guerras de religión. — Derivado de Hugues, jefe del partido suizo en Ginebra donde estaba Calvino a principios del siglo XVI. [n. del pr.]

²¹ Carlos IX de Francia o Carlos Maximiliano de Francia (1550-1574): Rey de Francia (1560-1574). Bajo su reinado, Francia se desgarraba por las guerras de religión, a pesar de todos los esfuerzos realizados por su madre Catalina de Médicis por impedirlo. [n. del pr.]

manos de su madre, la princesa italiana Catalina de Médicis.²²

Catalina de Médicis estaba determinada a destruir a los protestantes franceses, los hugonotes, pero no mediante un ataque abierto.

Esa astuta reina sabía que si se producía un enfrentamiento armado entre católicos y protestantes, los efectos se extenderían por muchos años y todo el país quedaría arruinado por la guerra civil hasta que los protestantes quedaran definitivamente aniquilados.

En lugar de eso, Catalina de Médicis y sus consejeros planearon destruir a los hugonotes de un golpe que les llegaría sin que se dieran cuenta —en gran secreto, todos los católicos fueron informados que la noche de San Bartolomé, agosto 24, todos los hugonotes serían eliminados, y que el deber de todo católico era participar en la matanza —y, por extraño que parezca, el secreto se mantuvo—.

Los protestaron no oyeron ni una palabra; y siguieron haciendo sus vidas pacíficamente y hablaban con sus vecinos católicos sin tener ni idea de lo que se planeaba contra ellos.

Unos días antes se hicieron marcas de tiza en las casas donde vivían los hugonotes; pero éstos apenas se dieron cuenta de ellas y no prestaron atención.

En agosto 24, 1572, día de San Bartolomé, el día pasó tranquilamente, pero cuando oscureció se dio una señal desde el palacio real de París y grupos de soldados armados empezaron a sembrar el horror

²² Catalina de Médici [francés: Médicis](1519-1589): Reina consorte como esposa de Enrique II de Francia (1547-1559). Enrique II la dejó de lado en favor de su amante, Diana de Poitiers. Catalina volvió a la arena política como regente de Francisco II y, a su muerte (1560) del nuevo rey, su hijo de solo diez años Carlos IX, y luego volvió a tener un papel clave en el reinado de su tercer hijo, Enrique III. [n. del pr.]

durante esa noche, irrumpieron en las casas marcadas con tiza y empezaron a matar a todos los habitantes, hombres, mujeres y niños.

Los ciudadanos católicos también se armaron y se añadieron a la masacre cayendo sobre sus vecinos protestantes que nada sospechaban.

Fue una de las peores masacres de la historia.

La mayor parte de la matanza tuvo lugar en París, donde vivían la mayoría de los hugonotes.

Pero también en otras partes de Francia se produjeron masacres espantosas.

En total treinta mil protestantes fueron asesinados en esa noche.

El acontecimiento fue llamado la 'Matanza de la noche de San Bartolomé'.²³

Algunos miles de hugonotes lograron escapar a Inglaterra donde fueron bienvenidos y protegidos; muchos de ellos llevaron nuevas habilidades a Gran Bretaña y de ese modo compensaron al país por la ayuda recibida.

Pero en Francia, Catalina de Médicis había conseguido lo que quería.

Quitándose de encima a los protestantes no solamente se había ganado la gratitud de Roma, sino que también se había asegurado por mucho tiempo que los franceses no se atreverían a desafiar ni la autoridad del Papa ni la del rey.

La matanza de la noche de San Bartolomé logró mantener alejado de Francia el nuevo espíritu, al menos por un tiempo. ♣

²³ Matanza de San Bartolomé [francés: 'le massacre de la Saint-Barthélemy']: Asesinato en masa de hugonotes1 (cristianos protestantes franceses de doctrina calvinista) durante las guerras de religión de Francia del siglo XVI. Comenzó en la noche del 23 al 24 de agosto de 1572 en París, y se extendió durante meses por todo el país. [n. del pr.]

[ii:02] le roi soleil

Catalina de Médicis fue realmente una mujer malvada.

Es difícil imaginar el tipo de alma que planeó con toda tranquilidad esa masacre de miles de personas que sólo pensaban diferente.

Pero, por otra parte, en la época en que vivía Catalina, el asesinato de los que tenían una religión distinta era muy común.

En Gran Bretaña, mientras los protestantes se mataban entre sí, Catalina hacía lo mismo con los protestantes, pero de una manera más astuta —en realidad, lo mismo estaba sucediendo en toda Europa en aquel terrible siglo que siguió a la Reforma—.

Si imaginamos a Catalina frente a un Tribunal de Justicia por la matanza de la noche de San Bartolomé, habría dicho en defensa propia:

“Por esa noche de derramamiento de sangre he salvado a Francia de muchos años de guerra civil en la que habrían muerto muchísimo más que treinta mil personas.

“Miren la Guerra de los Treinta Años en Alemania, miren la guerra entre los Roundheads y los Caballeros en Gran Bretaña.

“En Alemania y en Gran Bretaña se perdieron muchas más vidas, y hubo mucho más sufrimiento en Europa que el que provocaron las muertes de aquella noche en Francia.

“En Gran Bretaña, los reyes Estuardo perdieron su poder; en Alemania, el emperador tuvo que ceder ante sus nobles y señores.

“Pero en Francia, el poder del rey no sólo permaneció, sino que creció.”

Pero sólo es imaginario: la Guerra de los Treinta Años en Alemania, y la guerra civil en Inglaterra, vinieron años después de la muerte de Catalina.

Pero ella pudo comprender que el antiguo orden, la antigua autoridad del rey y del Papa, serían derrocados, que habría guerras civiles, y la masacre de San Bartolomé fue su manera de evitar que eso sucediera.

Y de ese modo, en el siglo siguiente, mientras en Gran Bretaña se derrumbaba y extinguía el poder de los reyes, en Francia el poder del rey se incrementó, se convirtió en poder absoluto —Gran Bretaña y Alemania se veían sacudidas por guerras civiles, pero Francia prosperaba—.

Mientras en Gran Bretaña, el rey Jacobo II escribía libros y hablaba sobre los ‘derechos divinos del rey,’ y su hijo Carlos I perdía su vida intentando gobernar por ‘derecho divino,’ al mismo tiempo en Francia había un rey que reinaba por ‘derecho divino’ y con poder absoluto.

Era el rey Luis XIV.¹

¹ Luis XIV de Francia, llamado ‘el Rey Sol’ [‘le Roi Soleil’] o Luis el Grande (1638-1715): Rey de Francia y de Navarra (1643-1715). Incrementó el poder de Francia en Europa. Protector de las artes, construyó el nuevo y fastuoso Palacio de Versalles, trasladó allí la corte (1682), se alejó de la insalubridad y las intrigas de París, y pudo controlar mejor a la nobleza. [n. del pr.]

En Francia había una especie de Parlamento conocido como los Estados Generales.²

Pero su única misión era aconsejar al rey, le podían pedir que hiciera esto o aquello, le podían solicitar que no hiciera esto o aquello, pero no podían interferir en lo que el rey quisiera hacer.

Nada puede ilustrar mejor la situación que las palabras pronunciadas por Luis XIV en una ocasión; sucedió once años después de que Carlos I de Inglaterra hubiera sido decapitado frente a su palacio en Inglaterra —en esa época, en 1660, Luis XIV, rey de Francia, tenía tan solo veintidós años—.

Sin embargo ya tenía gustos muy caros, y quería construir un enorme palacio para él; y no había suficiente dinero en la tesorería, de modo que envió una orden a su Parlamento, los Estados Generales, para incrementar los impuestos —después de enviar al mensajero a la asamblea con ese requerimiento, el rey Luis XIV se fue a cazar, un deporte que disfrutaba sobremanera—.

Cuando regresó de la caza, le informaron que los nobles de los Estados Generales estaban descontentos por esta demanda de aumentar los impuestos, pues consideraban que los impuestos que pagaban los franceses ya eran muy elevados; y que si se aumentaban se generarían grandes penurias en la gente.

¡El rey Luis se enfureció!

Y tal como iba vestido, cabalgó con su caballo hasta París, hasta el edificio en que estaba reunida la Asamblea.

² Estados generales [francés: ‘États généraux’]: En la Francia del Antiguo Régimen eran asambleas convocadas por el rey de manera excepcional donde acudían representantes de los tres estados: el clero (primer estado), la nobleza (segundo estado) y de ciudades con ayuntamiento. [n. del pr.]

el profanador de textos

Entró con la fusta en la mano entró en la sala; todos los miembros de los Estados Generales se levantaron cuando el rey, un joven de veintidós años, entró en la sala.

Luis XIV los miró despectivamente y dijo:

“¿Qué es ese absurdo sobre los impuestos?”

“Necesito el

dinero.”

Uno de los miembros respondió:

“Su más graciosa Majestad, rogamos nos perdone por hablar libremente, pero todos los presentes estamos de acuerdo con que no es bueno para el Estado que se gaste tanto dinero para construir un nuevo palacio.

“El Estado no puede permitirse el lujo de malgastar el dinero en esas cosas innecesarias, hemos de considerar el Estado de Francia como un conjunto, hemos de fijarnos en el Estado primero, y luego...”

El rey gritó furioso, y golpeó la mesa con la fusta.

“L'état c'est moi!”

[“¡El estado soy yo!”]

Y con estas palabras dio media vuelta y salió.

La asamblea no pudo hacer otra cosa que obedecer y elevar los impuestos.

Esas palabras, “L'état c'est moi!” se hicieron famosas en la historia, porque daban la imagen perfecta de cómo pensaba un rey en Francia —pensaba en sí mismo como si fuera un sol que expande luz por doquier—.

Si alguien hablase de luz, el Sol podría decir:

“¿De qué hablan ustedes?”

“La luz soy yo, yo soy la fuente de luz.”

Y del mismo modo pensaba Luis XIV sobre sí mismo:

“Yo soy Francia, yo soy el Estado de Francia.

”Y mi gloria es la gloria de Francia.”

Y naturalmente, esperaba que sus cortesanos le llamaran:

“Le Roi Soleil.”

[“El Rey Sol.”]

En lo que se refiere a Luis XIV, todo lo que se hacía en Francia entera sólo tenía un propósito: glorificarse a sí mismo, glorificar al rey de Francia.

Los campesinos que trabajaban en los campos, los comerciantes que trabajaban en las ciudades, los mercaderes que hacían negocios, todos tenían un deber y propósito único: proporcionar al monarca el dinero y los lujos que un rey necesita y debe tener.

Los pintores, escultores, arquitectos sólo tenían una tarea y un propósito: rodear de belleza a Su Majestad, Luis XIV, y glorificar la grandeza del rey en cuadros, estatuas y edificios.

Los nobles, caballeros y señores de Francia sólo tenían un deber y un propósito: rodear al rey, divertirlo y entretenerlo, servirlo con sus pies y sus manos y disfrutar del gran privilegio que sólo se concedía a los hombres y mujeres de noble estirpe: estar en la presencia de Le Roi Soleil, el Rey Sol.

De modo similar, los soldados de Francia sólo tenían un deber y un propósito: luchar por Le Roi Soleil, hacer nuevas conquistas para él, y con ellas llevar más gloria al Rey de Francia.

Para incrementar su gloria mediante conquistas, Luis XIV sumergió Francia en guerras sucesivas.

En 1667 sus ejércitos invadieron Holanda, pero los holandeses llamaron a un poderoso aliado: el mar —abrieron los diques y las inundaciones salvaron a Holanda de ser conquistada por Francia, aunque arruinaron sus tierras durante años.

Otra guerra que emprendió Luis XIV fue la Guerra de Sucesión —fue una guerra por la corona de España—.

El rey de España Carlos II había muerto sin dejar hijos, y Luis XIV reclamó el trono de España para sí mismo.

Si España y Francia se hubieran convertido en un solo país habría sido el más poderoso de Europa, y también habría gobernado las grandes colonias españolas en Sudamérica y la gran colonia de Canadá en Norte Norteamérica, que por aquel entonces estaba gobernada por Francia.

Hubiera sido un imperio de enorme poder.

Gran Bretaña y Alemania temían que eso sucediera, y que más pronto o más tarde, Luis XIV, en su ambición desmesurada, también los conquistaría a ellos.

De modo que Gran Bretaña y Alemania unieron fuerzas y lucharon contra Luis XIV para evitar que se convirtiera en rey de Francia y España —y esa fue la ‘Guerra de Sucesión’ que duró diez años—.

Esa guerra se extendió por Europa y también por Norteamérica —los colonos ingleses y los franceses también lucharon entre sí—.

Ante tal situación, Luis XIV, que se llamaba a sí mismo ‘Su más cristiana Majestad’ pidió ayuda a los turcos.

En 1683 los turcos franquearon la península de los Balcanes e invadieron Austria poniendo sitio a Viena —pero Viena resistió y los turcos fueron rechazados—.

Al final Francia perdió.

Los británicos se apoderaron de una gran parte de Canadá —aunque no de toda— arrebatándosela a Francia.

Y aunque se le permitió a Luis XIV que su nieto se convirtiera en rey de España, con el nombre de Felipe V pero se hizo con la condición de que Francia y España jamás se convertirían en un solo país bajo un solo gobernante —desde ese momento España comenzó a atener un rey Borbón, y el actual sigue siendo un Borbón—.³

Pero esa guerra costó miles de vidas humanas y también costó mucho dinero —por su gloria, Luis XIV casi arruinó Francia—.

Sin embargo continuó viviendo rodeado de muchos más lujos que cualquier otro rey, todavía era Le Roi Soleil, el Rey Sol, que decía: “L’état c’est moi!” ♣

[ii:03] versalles

Si Luis XIV quería un nuevo palacio se limitaba a ordenar a su Parlamento, los Estados Generales, que aumentara los impuestos; y rechazaba cualquier objeción con aquellas palabras:

“L’état c’est moi!”
[“¡El estado soy yo!”]

Ya había un gran palacio real en París, pero no era suficiente para el Rey Sol —quería otro palacio en las afueras de París, rodeado de grandes parques—.

Y, haciendo caso a su deseo, se construyó el Palacio de Versalles a las afueras de París en 1682 —y hoy en día sigue siendo un magnífico palacio que ningún visitante debiera perder la oportunidad de recorrerlo—.

Es tan grande que cuando el rey residía en él, vivían en él diez mil personas, los nobles y sus servidores —cada noble tenía su habitación privada propia, y hay enormes salones en los que se congregaban y donde el rey daba audiencias—.

Las paredes y techos están cubiertos de pinturas confeccionadas por los mejores artistas de Francia.

Grandes candelabros de plata maciza para cientos de velas colgaban de los techos.

Había también sillas hechas de plata maciza y todas las piezas del mobiliario, mesas, armarios, camas, eran verdaderas obras de arte, talladas por expertos artesanos e incrustadas con elementos de oro y plata.

Existe además el famoso salón de los espejos que parece de proporciones infinitas.

Los amplios terrenos que rodean el palacio de Versalles son igualmente impresionantes.

El césped está distribuido en cuadrados y rectángulos perfectos, y todos los caminos y senderos corren perfectamente rectos.

Luis XIV y sus jardineros sentían pasión por mejorar la naturaleza de modo que los árboles en Versalles no podían crecer de forma natural, sino que eran podados en formas regulares —conos o pirámides— de manera que parecían ejemplos de figuras en un libro de geometría.

Repartidas por esos vastos jardines se erguían estatuas y numerosas fuentes en las que el agua fluía constantemente en la época de Luis XIV —hoy sólo lo hace en ocasiones especiales—.

A Luis XIV no le importaba el gasto y las fuentes fluían día y noche, y todo el año.

La vida dentro del palacio estaba regulada rigurosa y rígidamente, igual que el césped y los árboles.

Estaba regulado cómo cada rango tenía que saludar al rey, cómo saludar a los nobles del mismo rango, cómo saludar a los caballeros y las damas de distinto rango, cómo había que caminar, sentarse, comer, beber, bailar, y cómo había que vestirse o jugar a cartas —todo estaba regulado de acuerdo con estrictas reglas de etiqueta y protocolo—.

Una de esas reglas era que los nobles de más alto rango, Lores y Duques actuaban como servidores personales del rey —no se permitía que sirvientes

³ Casa de Borbón en España: Ha reinado desde 1700 hasta la actualidad excepto durante la ocupación napoleónica (1808-1813), el Sexenio Revolucionario (1868-1874), la Segunda República (1931-1939), y la dictadura del general Franco (1939-1975). [n. del pr.]

el profanador de textos

comunes atendieran al rey, sólo podían hacerlo personas de sangre noble—.

Veamos otras reglas y costumbres —empecemos por la mañana con el ‘levantarse’—.

Levantarse era, en sí mismo, toda una ceremonia: a las ocho, cuando el rey se despertaba, un duque le llevaba las zapatillas y un príncipe le daba la bata.

Luego, otros dos nobles le llevaban su libro de oraciones y el rey quedaba sólo unos minutos para recitar sus oraciones matinales.

Luego se permitía que varios nobles estuvieran presentes mientras el rey era afeitado por un barbero profesional, que no era noble.

Tras la afeitada, todos dejaban la sala y un nuevo grupo de nobles entraba para ayudar al rey a vestirse.

Sólo el hermano del rey tenía el privilegio de pasarle la camisa, luego un caballero de menor categoría le pasaba los pantalones que se usaban hasta la rodilla; otro príncipe le pasaba la peluca.

Dos nobles más, cada uno sosteniendo una manga, ayudaban al rey a ponerse el saco; otros dos le ponían los zapatos, uno cada uno.

Y había otros dos que le llevaban el sombrero y los guantes, el bastón y un pañuelo.

En toda esta ceremonia no hemos hablado para nada de lavarse, porque el rey y sus nobles nunca se lavaban o bañaban —usaban perfumes y fragancias para ocultar el olor de sus cuerpos sin lavar—. ¹

Luego, a la hora de las comidas, volvía a haber nobles que le servían los diferentes platos al rey y la familia real, y había un noble que tenía la tarea especial de pasarle al rey la servilleta cada vez que la necesitara, lo que era muy a menudo, porque el rey

¹ Esto que se cita como que se era ‘poco higiénicos,’ era lo habitual. En Stuttgart, en 1919, los adultos sólo se bañaban al casarse, el día de San Silvestre, diciembre 31, y si estaban enfermos. [n. del pr.]

en aquellos días sólo usaba un cuchillo y los dedos para comer.²

Las comidas de Su Majestad, Luis XIV, eran copiosas.

Al mediodía solía tomar cuatro grandes platos de sopa, un faisán o un pato entero, dos grandes porciones de jamón, luego un plato de carne de ovino, después cuatro o cinco huevos duros y, finalmente, pasteles y fruta.

La mañana, el ‘tiempo entre el levantarse y la comida del mediodía, era cuando el rey atendía los asuntos de Estado: veía a sus ministros, dictaba cartas y recibía embajadores de países extranjeros —no se permitía que esos asuntos serios perturbaran la tarde o la noche—.

La tarde estaba dedicada al deporte favorito del rey: la caza.

Y para la noche había un cambio completo de vestimenta, con la una ceremonia similar a la de la mañana —todos los cortesanos tenían que cambiarse y aparecer en vestimentas para la noche, hechas de seda o tejido ornado en oro—.

El entretenimiento de la noche era el baile y los juegos de azar, y duraba hasta la una de la madrugada.

Luego el rey se iba a la cama y volvía a ser asistido y atendido para desvestirse por nobles.

El corte y estilo de los vestidos que llevaban los caballeros y las damas cambiaban continuamente de acuerdo con los deseos y caprichos del rey.

² El tenedor comenzó a ganar popularidad unos años después de que Catalina de Médici se casara con Enrique II de Francia (1533) aunque seguía viéndose como algo refinado. Recién dos siglos más tarde, en el siglo XVII, el tenedor eliminaba la costumbre de comer con las manos. — Luis XIV murió en 1715. [n. del pr.]

Cualquier cosa que vistieran los cortesanos se convertía inmediatamente en moda —primero en Versalles, después en París, luego en Francia y finalmente en el resto del mundo—.

Si Luis XIV un día decidía llevar un lazo en el puño de la camisa, unos meses más tarde todo hombre en Europa y Norteamérica llevaba un lazo en los puños de su camisa.

Los miles de cortesanos, los nobles caballeros y damas que rodeaban al rey, y le servían de arriba abajo, competían entre ellos en adular al rey, y hacían lo que fuera necesario para entretenerle y divertirlo.

En una ocasión, Luis XIV permaneció como huésped de uno de sus nobles, el duque de Autin.³

El rey miraba la espléndida habitación que se le había asignado y mencionó a su anfitrión que los árboles de un bosque en la distancia en realidad estropeaban la hermosa vista que se tenía desde la habitación —a la mañana siguiente, el rey volvió a mirar por la ventana y ¡el bosque había desaparecido!—.

Los campesinos del duque habían estado trabajando toda la noche para talar y sacar los árboles que habían disgustado a su majestad.

Podemos imaginarnos que mantener con ese lujo no sólo al rey como también a la corte real, constituida por miles de nobles, costaba mucho dinero.

¿Y de dónde procedía todo este dinero?

De los campesinos de Francia —ellos desconocían todo lujo, vivían en sucias casuchas, andaban vestidos con harapos, estaban hambrientos a veces hasta el extremo, pero era su arduo trabajo el que tenía que suministrar recursos al rey y a su corte para

³ Duque de Autin: No se encontró referencia, excepto en una cita en ‘Historia de la Masonería.’ [n. del pr.]

los lujos, los delicados vestidos, las copiosas comidas y el espléndido palacio.

Los recaudadores reales de impuestos eran oficiales cuya tarea consistía en recaudar el dinero de los súbditos.

Llegaban acompañados de soldados, y si el campesino no tenía listo el dinero del impuesto, los soldados le quitaban la última vaca o cordero o incluso la azada.

Era irrelevante que al sacarle la azada no iba a poder arar la tierra para tener dinero para pagar los impuestos al año siguiente; tampoco les importaba que él y su familia murieran de hambre —tanto el campesino como el cortesano existían únicamente para complacer al rey!—.

De modo que con el reinado de Luis XIV empieza en Francia un período en el que el rey y su corte —unos pocos miles de personas— vivían en un lujo fastuoso mientras millones de personas comunes se iban empobreciendo.

Pero los campesinos no sólo tenían que pagar los lujos de Versalles, sino también las vanagloriadas guerras de Luis XIV —eran los impuestos a los campesinos los que pagaban las armas y las soldadas,⁴ y eran los hijos de los campesinos los que marchaban y luchaban y morían por la gloria de Luis XIV—. ♣

[ii:04] el sistema bancario

La extravagancia y el despilfarro de la corte de Luis XIV, en contraste con la aflicción del campesinado, podría llevarnos a pensar que ese fue un período en la historia de Francia del que habría que avergonzarse.

Pero no es así, porque también fue un período en que vivieron algunos grandes personajes franceses, pintores, arquitectos, poetas y dramaturgos.

Al igual que la época de Isabel I, un siglo antes, fue una época de grandes personalidades en Inglaterra —como Drake,¹ Raleigh,² Shakespeare³—

¹ Francis Drake (1540-1596): Corsario, explorador, comerciante de esclavos, político y vicealmirante inglés. Dirigió numerosas expediciones de la Marina Real inglesa en la propia España y en las Indias, el segundo en circunnavegar el mundo en una sola expedición, tras Elcano, y participó en el ataque a Cádiz de 1587, la derrota de la Armada Invencible y el fallido ataque a La Coruña de 1589. [n. del pr.]

² Walter Raleigh (ca. 1552-1618): Marino, corsario, asesino, escritor, cortesano y político inglés, popularizó el tabaco en Europa. Aliado a la reina virgen Isabel I, luchó contra los rebeldes irlandeses de Desmond (1583), concibió la colonización de América del Norte, fundó colonia de Virginia (1584). [n. del pr.]

³ William Shakespeare (1564-1616): Dramaturgo, poeta y actor inglés. Conocido como el 'Bardo de Avon' o el 'Bardo,' es el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal. Obras: 'Hamlet,' 'Rey Lear,' 'Julio César,' 'La Fierecilla Domada.' [n. del pr.]

y en la España del 'Siglo de Oro'⁴ —Garcilaso,⁵ Cervantes,⁶ Lope de Vega,⁷ Calderón⁸ y los grandes artistas y arquitectos—, asimismo en la época de Luis XIV fue el turno de las grandes personalidades francesas.

Uno de los grandes de esa época fue Moliere,⁹ que escribía comedias que todavía se representan hoy en día, como también hoy en día se representan las de Shakespeare o Lope de Vega.

⁴ Siglo de Oro español: Período histórico en que florecieron el arte y las letras castellanas, y que coincidió con el auge político y militar del Imperio español y de la dinastía española de los Habsburgo. Duró entre 1492, año del fin de la Reconquista, el Descubrimiento de América, y la publicación de la Gramática castellana de Antonio de Nebrija, y el año 1659, en que España y Francia firmaron el Tratado de los Pirineos. [n. del pr.]

⁵ Garcilaso de la Vega o Garcilaso (ca. 1500-1536): Poeta y militar español del Siglo de Oro. Su poesía rescata de Virgilio la expresión del sentimiento, de Petrarca, la métrica y la indagación en los estados de ánimo y de Sannazaro, su nivel artístico. [n. del pr.]

⁶ Miguel de Cervantes Saavedra o 'el manco de Lepanto' (1547-1616): Novelista, poeta, dramaturgo y soldado español, la máxima figura de la literatura española y universal. Autor de 'El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,' la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal, y el libro más editado y traducido de la historia, después de la Biblia. [n. del pr.]

⁷ Lope de Vega Carpio o 'el fénix de los ingenios' (1562-1635): Poeta y dramaturgo español, uno de los más importantes del Siglo de Oro, uno de los autores más prolíficos de la literatura universal. Renovó las fórmulas del teatro español, máximo exponente del teatro barroco español, y uno de los grandes líricos de la lengua castellana. [n. del pr.]

⁸ Pedro Calderón de la Barca (1600-1681): Escritor español, caballero de la Orden de Santiago, uno de los más insignes literatos barrocos del Siglo de Oro, en especial por su teatro. [n. del pr.]

⁹ Jean-Baptiste Poquelin o Molière (1622-1673): Dramaturgo, actor y poeta francés, uno de los mejores escritores de la lengua francesa y la literatura universal. Sus trabajos incluyen comedias, farsas, tragicomedias, comedias-ballets y más. [n. del pr.]

⁴ soldada: 1. f. Sueldo, salario o estipendio. 2. f. Sueldo del soldado. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Una de esas obras de teatro es ‘El enfermo imaginario,’¹⁰ en la que Moliere se burla de un hombre tan maniático de su salud que cree tener todas las enfermedades posibles e imposibles.

En otra obra, ‘El burgués gentilhomme,’¹¹ hace una sátira de un hombre ordinario que intenta imitar los modales de los nobles cortesanos —son obras que todavía hoy logran divertirnos y nos hacen reflexionar—.

No fue mérito de Luis XIV el que surgieran esos grandes pintores, escritores y arquitectos que existieron en esa época, pero él los apoyaba, les pagaba y les daba trabajo que hacer, porque, naturalmente, eso contribuía a glorificarlo.

Pero para los pobres campesinos hambrientos de la época, los dramas inteligentes, las pinturas bellas, el espléndido palacio de Versalles carecían de importancia.

Un día una multitud de personas vociferantes vestidos en harapos, rodearon el palacio de Versalles, gritando:

“¡Pan, pan, danos pan!”

Pero los soldados de la guardia del palacio salieron y los dispersaron sin contemplación.

La gente no olvidó lo poco que el rey se preocupaba por su pobreza y sufrimiento, y al morir Luis XIV en 1715, la multitud de París vociferó maldiciones en la procesión funeraria.

¡El pueblo llano de Francia se alegró con la noticia de que Le Roi Soleil había muerto!

Luis XIV había sobrevivido a su hijo y a su nieto, pues ambos murieron antes que él, y su biznieto tenía sólo cinco años a su muerte.

¹⁰ Moliere. ‘El enfermo imaginario.’ [n. del pr.]

¹¹ Moliere. ‘El burgués gentilhomme.’ [n. del pr.]

El tío del pequeño, Felipe II,¹² duque de Orleans, fue nombrado Regente, para gobernar temporalmente en nombre del rey, pero no como rey.

Sin embargo, Felipe II, el Regente, había sido cortesano del Rey Sol demasiado tiempo como para preocuparse por algo diferente de las fiestas y entretenimientos, y su única preocupación era encontrar dinero para sus propios placeres y los de la Corte.

Fue en esa época que John Law,¹³ un escocés de Edimburgo, llevó una nueva idea a Francia.

Francia tenía colonias; todavía retenía una gran parte de Canadá y una parte de Norteamérica llamada Luisiana, en honor a Luis XIV — John Law recomendó que esas colonias podían desarrollarse y aportar dinero a Francia—.

Pero primero había que invertir, había que llevar hombres, con barcos, armas, y equipos —don tiempo suficiente, cada moneda gastada en las colonias regresaría duplicada o triplicada—.

Ya no había que más exigir impuestos a la gente sino pedir prestado el dinero, con la promesa de devolverlo más tarde cuando florecieran las colonias —y todos los que prestaban una libra al gobierno podían estar seguros de que recibirían más adelante dos o tres libras por cada una—.

Parecía una idea maravillosa y el regente Felipe II estuvo de acuerdo, por lo que John Law abrió un

¹² Felipe de Orleans (1674-1723): Regente del reino de Francia durante la minoría de edad de Luis XV. Duque de Chartres, duque de Orleans (1701), duque de Valois, duque de Nemours y duque de Montpensier, Diccionario RAEL [n. del pr.]

¹³ John Law (1671-1729): Economista escocés inventor del papel moneda en Europa (en China ya existía muchos siglos antes). Su idea económica central era que el dinero es un medio de intercambio y no constituye una riqueza en sí mismo, y que la riqueza nacional depende del comercio. [n. del pr.]

banco en París en 1716, ‘Banque Générale Privée’ [‘Banco General Privado’].

Ese banco ofrecía a la gente papeles conocidos como ‘billetes de banco’ —si quería un billete de banco de ‘un franco’ tenía que darle al banco una moneda de oro por el valor de un franco—.

Pero, increíblemente, según la ‘promesa,’ ese mismo billete podría valer más tarde dos o tres francos o, incluso diez —y que volverían a ser devueltos en oro a los pocos años—.

Hoy en día, sucede lo mismo cuando se compran ‘acciones’ de una compañía: se compra una acción por una cantidad de dinero —que representa una participación en los posibles beneficios— y se espera a que la compañía produzca ganancias y esa ganancia se devuelve como incremento del valor de compra de la acción.

A veces funciona, a veces no, es como un juego de azar donde uno se arriesga.

Pero en aquellos días, eso era algo totalmente nuevo, y la gente mordió el anzuelo —el propio John Law creía honestamente que el asunto tendría éxito, que las colonias francesas podrían llegar a ser muy provechosas; y los franceses también lo creían—.

Los campesinos no tenían dinero, pero en las ciudades y grandes poblaciones de Francia la gente tenía dinero, tenía ahorros, y se acercaron por miles para comprar los billetes de banco de John Law —de hecho, pronto hubo un comercio basado en esos billetes—.

Quien comprara un billete por 1 franco podía vendérselo a otro un mes más tarde por 2 franco, porque ese otro esperaba conseguir mucho más por él —y todos los que daban sus pequeños ahorros

el profanador de textos

por esos trozos de papel se veían a sí mismos como millonarios en un año o dos—.

¡Pero todo era un sueño!

Las colonias francesas no produjeron tan grandes beneficios y, sobre todo, no tan rápido como esperaba la gente.

Algunos inteligentes no esperaron mucho tiempo, sino que se acercaron a John Law y le dijeron:

“Aquí están mis billetes de un franco, y tal como prometiste queremos que nos devuelvas dos y hasta tres francos en oro por cada uno.”

Pero en el banco sólo había suficientemente oro, dinero real, para satisfacer las primeras demandas, y los que reclamaron más tarde ya no encontraron dinero para, ni siquiera, recuperar lo que habían invertido.

Entonces se produjo entonces el pánico, todo el mundo quería vender sus billetes y nadie quería comprarlos, y los billetes terminaron sin valor —cientos de miles de ciudadanos habían perdido sus ahorros y John Law tuvo que huir de Francia—.

No había ganado dinero para sí mismo, pero la idea no había funcionado y la gente le culpaba de ello —murió en la pobreza en Italia en 1729—.

Pero la idea de los billetes de banco, de dar papel en lugar de monedas de oro, fue posteriormente adoptada por todos los gobiernos y en nuestros días las monedas de oro han desaparecido completamente.

Los franceses no querían a Felipe II el Regente que había dejado a John Law realizar ese desastroso experimento —y se alegraron cuando en 1722 subió al trono a la edad de trece años con el nombre de Luis XV el verdadero sucesor, el biznieto del Rey Sol.

Era un joven muy hermoso y nunca un rey tuvo un mejor recibimiento —la gente le llamaba ‘le bien aimée,’ ‘el bienamado.’

Esperaban que pondría las cosas en su sitio y haría algo para afrontar la extendida pobreza.

Pero Luis XV había recibido la peor educación; había crecido como un niño malcriado y manoseado, había sido adulado, alabado y mimado, y como resultado de ello sólo conocía una regla en la vida: su propio placer y satisfacción.

Sus tutores privados jugaban cartas con él en lugar de enseñarle, porque eso les gustaba más que trabajar —y cuando tuvo la edad suficiente para poder ir de caza abandonó del todo sus lecciones—.

¿Para qué necesita aprender nada un rey?

Una vez que Luis XV fue coronado rey encontró la tarea de gobernar Francia tan aburrida como sus lecciones y le dejó a otros ese tedioso trabajo.

A los diecisiete se casó con María Leszczyńska,¹⁴ una princesa polaca, pero pronto se cansó de su esposa y encontró más atractiva una de las damas de la corte.

El nombre de esa mujer era Madame de Pompadour¹⁵; era bella e inteligente, y ambiciosa —quería gobernar Francia, y el perezoso y débil Luis XV estaba encantado con que lo hiciera—.

Así resultó que Francia estaba gobernada por la amante del rey, Madame de Pompadour.

Luis XV decía que sí a todo lo que ella quería, estampaba su firma en cualquier documento que ella le presentara, y no se preocupó por lo que sucedía en Francia, ni fuera ni dentro del país —dedicó todo su tiempo a entretenimientos, celebraciones, juegos y sólo sufría de una cosa: de aburrimiento. ♣

¹⁴ María Carolina Sofía Felicidad Leszczyńska de Wieniawa (1703-1768): Princesa de Polonia y reina consorte de Francia y Navarra por su matrimonio con Luis XV de Francia (1725-1768). [n. del pr.]

¹⁵ Jeanne-Antoinette Poisson, duquesa-marquesa de Pompadour y marquesa de Menars o Madame de Pompadour (1721-1764): Muy famosa cortesana francesa, la amante más célebre del rey Luis XV, una de las principales promotoras de la cultura durante el reinado de dicho rey. [n. del pr.]

[ii:05] Luis XV y Federico II el Grande

Luis XV había sido totalmente malcriado desde su más temprana infancia; nunca se le había exigido ningún esfuerzo, nunca se le había negado ningún deseo, por lo que creció convirtiéndose en un perezoso inútil que, sin embargo, era rey de Francia, un rey con poder absoluto.

Y como Luis XV era demasiado perezoso para gobernar, dejó su poder absoluto en las manos de su amante, Madame de Pompadour.

Podemos ver cómo la educación de un rey, especialmente su educación totalmente ineficaz, puede influir en el destino de toda una nación.

Pero en la misma época, en Europa vivía otro rey cuya educación había sido rigurosa y estricta, lo opuesto de la que recibió Luis XV.

A ese rey se le dio una denominación que han recibido muy pocos hombres: se le llamaba 'el Grande,' asociándolo al ilustre grupo de Alejandro Magno¹ en los tiempos muy antiguos, o más cer-

¹ Alejandro III de Macedonia o Alejandro Magno (356 aC-323 aC): Rey de Macedonia (336 aC), Hegemón de Grecia, Faraón de Egipto (332 aC), Gran rey de Media y Persia (331 aC). En su reinado de trece años, cambió por completo la estructura política y cultural al dar inicio a una época de extraordinario intercambio cultural, en la que los griegos se

canamento en la historia, también se lo dió a Carlomagno² y Alfredo.³

Nos referimos a Federico II el Grande de Prusia.⁴

Prusia era un pequeño reino al norte de Alemania y, en teoría, los reyes de Prusia debían obediencia al emperador del Imperio Austrohúngaro⁵ que tenía su sede en Viena —¡pero sólo en teoría!—.

En realidad, los pequeños reinos de Alemania — como eran Prusia, Baviera, Sajonia, y otros— eran totalmente independientes e incluso, de vez en cuando, ¡le hacían la guerra al emperador!

Su padre de Federico II el Grande, Federico Guillermo I de Orange, era un hombre de modales muy rudos que desdeñaba los vestidos elegantes y los modales refinados, que era el estilo de vida de la corte francesa.

expandieron por los ámbitos mediterráneo y cercano oriente, el período helenístico (323 aC-30 aC). [n. del pr.]
² Carlomagno (742-814): Rey de los francos (768), rey de los lombardos (764) y Emperador (800-814). Derrotó a los lombardos en Italia, combatió a los musulmanes en la península ibérica, y contra los pueblos eslavos. Logró someter a los sajones, convirtiéndolos al cristianismo, paso previo para el establecimiento del Sacro Imperio Romano Germánico bajo la dinastía sajona. [n. del pr.]
³ Alfredo el Grande (849-899): Rey de Wessex (871-899), célebre por defender su reino contra los vikingos, por lo que fue llamado 'el Grande' o 'Magno' por su pueblo. Ayudó mucho a la educación y a mejorar el sistema de leyes. [n. del pr.]
⁴ Federico II de Prusia o Federico II el Grande (1712-1786): Tercer rey de Prusia (1740-1786), de la Casa de Hohenzollern. Uno de los máximos representantes del despotismo ilustrado del siglo XVIII. Reorganizó el ejército prusiano, sus tácticas y maniobras innovadoras. Triunfador en la Guerra de los Siete Años, pese a su situación casi desesperada. [n. del pr.]
⁵ Imperio Austrohúngaro o Monarquía austrohúngara: Estado europeo creado en 1867 tras el Compromiso austrohúngaro, el cual equiparó al Reino de Hungría con el Imperio austríaco, ambos bajo el mismo monarca. [n. del pr.]

Federico Guillermo I de Orange ambicionaba algo muy distinto: tener los mejores soldados del mundo.

La idea de la instrucción militar fue llevada al extremo por Federico Guillermo I de Orange.

Los soldados tendrían que estar atentos, tan tiesos como palos de escoba; regimientos enteros tenían que desfilan, presentar armas, o girar todos al mismo tiempo como un solo hombre con la precisión de las máquinas.

Esos soldados eran realmente entrenados de ese modo y una vez que un soldado se había acostumbrado a obedecer órdenes como si fuera una máquina, también obedecería en la batalla sin pensar, aunque le costara la vida —los soldados prusianos estaban entrenados para la obediencia absoluta—.

Pero el rey Federico Guillermo I de Orange también exigía la misma obediencia, la misma disciplina de su hijo Federico —y a Federico eso no le gustaba nada; no le gustaba la rígida disciplina y los modales ásperos de su padre—.

Prefería las modas refinadas de Francia.

Y cuando su padre lo convirtió en oficial del ejército prusiano a los dieciséis años, Federico hizo planes con otro oficial, para huir de Prusia e ir a Francia —pero el plan fue descubierto y el viejo rey no iba a tolerar esa indisciplina—.

El oficial que había estado dispuesto a ayudar al príncipe Federico fue condenado a muerte; y Federico tuvo que contemplar” al batallón de fusilamiento que lo ejecutó contra el paredón—.

Fue una experiencia terrible para el joven Federico, pero le enseñó que no podía eludir sus obligaciones ni la obediencia de los deseos de su padre —de convirtió en un eficiente oficial y, más tarde, en un notable general—.

el profanador de textos

Pero su experiencia de ver a su mejor amigo fusilado ante sus ojos lo convirtió en un hombre duro, con muy pocos sentimientos para los demás.

Muchos años más tarde, cuando los soldados de Federico estaban siendo acribillados por un intenso fuego de artillería y su férrea disciplina se quebró, y se dieron la vuelta para huir, Federico les gritó furioso:

“¡Perros! ¿Acaso queréis vivir para siempre?”

Los hombres regresaron y continuaron el ataque.

De modo que cuando el viejo rey Federico Guillermo I de Orange murió en 1740 y Federico se convirtió en el rey Federico II de Prusia, el joven rey era una persona totalmente distinta del blando, perezoso y mimado Luis XV que nunca había conocido ninguna privación en su vida.

Ambos métodos de educación estaban equivocados: la disciplina despiadada impuesta a Federico y la malcrianza mimada que arruinó a Luis XV.

Es, en realidad, la misma polaridad que vimos entre los puritanos y los caballeros.

Federico se convirtió en un hombre que uno puede respetar pero no amar, y Luis XV era una persona que encantaba a todo el mundo por su encanto, pero que no provocaba respeto.

Tan pronto como Federico subió al trono de Prusia quiso utilizar su ejército bien entrenado que estaba bajo su mando.

En aquella época el emperador austrohúngaro⁶ había muerto.

Y fue sucedido por su hija María Teresa I,⁷ emperatriz de Austria y Alemania.

Federico pensó que su propia Prusia era demasiado pequeña para él y que podía ampliarla quitándole una porción de sus tierras a la emperatriz —después de todo, ella era ‘sólo una mujer,’ y eso se lo haría más fácil—.

Así que Federico le declaró la guerra a la Emperatriz —pero no fue tan fácil como él esperaba—.

Porque Luis XV de Francia, o mejor dicho, Madame Pompadour que tomaba las decisiones, entró en la guerra y se alineó junto a María Teresa.

Del lado de Prusia se alinearon Gran Bretaña y Portugal; mientras que del otro lado estaban Sajonia, Francia, Austria, Suecia, Rusia y España —así que casi toda Europa se vio abocada a la guerra y al derrocamiento de sangre—.

Y esa guerra no sólo se luchaba en suelo europeo, sino también en los mares las naves británicas y francesas luchaban entre sí.

En Norteamérica, los colonos franceses e ingleses luchaban entre sí y se hizo que las tribus americanas nativas participaran en los dos bandos.

Resultó realmente era una guerra mundial —y fue también una larga guerra que duró siete años, de 1756 a 1763, de ahí su nombre ‘Guerra de los Siete Años.’

Costó muchas vidas y, como todas las guerras, también costó mucho dinero.

De todas las naciones que participaron en la guerra, Francia era la que tenía menos recursos para ello, pero nada de eso le preocupó a Luis XV que

seguía llevando una vida de placeres, celebraciones y entretenimientos en el palacio de Versalles —dejó la política en manos de Madame de Pompadour y la lucha a sus generales—.

Federico de Prusia, al menos comandaba sus tropas y participaba con ellas en las penurias de la guerra; y fue gracias a su generalato y su férrea determinación que, al final, hizo que Prusia, pequeña pero con un ejército bien entrenado, ganara contra los grandes ejércitos de Austria, Rusia y Francia.

La Guerra de los Siete Años acabó dando la victoria a Federico, y también acabó dando la victoria a Gran Bretaña que le arrebató a Francia el resto del Canadá.

Y Francia quedó en peores condiciones que antes.

Había perdido Canadá, había perdido miles de soldados muertos en batalla, y había derrochado grandes cantidades de dinero para nada.

Y eso no le habría pasado a Francia si Luis XV y Federico de Prusia hubieran sido educados de otra manera. ♣

⁶ Carlos Francisco de Habsburgo y Neoburgo (1685-1740): Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico como Carlos VI (1711-1740), rey de Hungría como Carlos III (1711-1740) y rey de Bohemia como Carlos II (1711-1740). [n. del pr.]

⁷ María Teresa I de Austria (1717-1780): Primera y única mujer que gobernó los dominios de los Habsburgo. Está considerada como una déspota ilustrada, cabeza de uno de los Estados más importantes de su época. [n. del pr.]

[ii:06] el conde saint germain

Por los ejemplos de Luis XIV y Federico II el Grande de Prusia podemos ver que su educación influyó en el destino de naciones enteras.

Francia perdió sus colonias y se empobreció más que nunca; en cambio, Prusia se convirtió en el más poderoso de los estados alemanes.

Pero no está bien que el destino de millones de personas, su prosperidad o pobreza, dependa del carácter, la fuerza o debilidad de una persona.

En el antiguo Egipto el pueblo había aceptado a los faraones, buenos o los malos, como voluntad de los dioses.

En la antigua Roma, el pueblo todavía aceptaba a los césares, buenos o débiles o malvados, como voluntad de los dioses.

En la temprana Edad Media los reyes cristianos todavía creían ser los instrumentos de la voluntad de Dios.

Pero la nueva Era —la Era que empezó con Leonardo¹ en las artes y las ciencias, siguió con los

¹ Leonardo da Vinci o Leonardo di ser Piero da Vinci (1452-1519): Pintor, anatomista, arquitecto, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista florentino del Renacimiento italiano. Obras: 'La Última Cena,' 'La Gioconda,' 'La Virgen de la Roca.' [n. del pr.]

descubrimientos de Colón² y la búsqueda de libertad religiosa de Lutero³— no podía mirar con veneración y respeto a los reyes y, a la larga, el pueblo ya no dejaría que una sola persona, por el simple hecho de ser rey, tomara decisiones sobre el destino de millones —la época de ese poder absoluto de los reyes había pasado—.

En aquella época había gente que pensaba mucho en todo esto.

El poder absoluto de los reyes tenía que desaparecer, pero ¿habría que barrerlo de un modo que provocara el caos y derramamiento de sangre, o acaso sería mejor hacer que ese gran cambio se produjera paulatinamente y en paz?

Mientras que la mayoría de la gente que se preocupa del futuro sólo se preocupa de su propio bienestar o el de sus familias, había quienes estaban preocupados por el futuro de Europa y de la humanidad como un conjunto; y querían contribuir de forma tal que el progreso y el cambio se realizaran sin grandes sufrimientos ni derramamiento de sangre.

En la Edad Media, los alquimistas buscaban el secreto de la Piedra Filosofal, la piedra que podía convertir el plomo en oro, que podía prolongar la vida y curar las enfermedades.

Eran los “verdaderos alquimistas” y sólo una persona realmente no egoísta podía unirse a la hermandad secreta de los verdaderos alquimistas —el signo

² Cristóbal Colón (1451-1506): Navegante, cartógrafo, almirante, virrey y gobernador general de las Indias Occidentales al servicio de la Corona de Castilla, descubridor de América, en octubre 12, 1492, al llegar a la isla de Guanahani, actualmente en las Bahamas. Efectuó cuatro viajes a las Indias —nombre de América hasta el Planisferio de Martín Waldseemüller (1507)—. [n. del pr.]

³ Martín Lutero o Martin Luder (1483-1546): Teólogo y fraile católico agustino que comenzó e impulsó la reforma religiosa en Alemania, y la Reforma Protestante. [n. del pr.]

de esa hermandad oculta era una cruz negra de la que crecían rosas rojas—.

Y esa hermandad de los rosacruces⁴ decidió impedir el terror y el derramamiento de sangre que veían venir sobre Europa, y especialmente en Francia.

En 1760, durante la Guerra de los Siete Años, apareció un hombre extraño en París —se hacía llamar el Conde de Saint Germain,⁵ pero él mismo admitía que no era su verdadero nombre y nadie jamás ha sabido quién era en realidad y cuál era su verdadero nombre—.

Ese hombre extraño, el Conde de Saint Germain, parecía ser inmensamente rico, sus exquisitas vestiduras estaban adornadas con grandes diamantes y rubíes, daba grandes fiestas y banquetes para centenares de personas, y los caballeros y damas nobles de Francia acudían a las invitaciones de ese hombre singular que parecía tener recursos económicos ilimitados —pero nadie sabía de dónde salían, pues no tenía negocios, ni tierras, ni granjas, ni casas—.

Lo que era aún más extraño es que parecía un hombre de unos cincuenta años, pero una anciana que acudió a una de sus fiestas juró que lo había visto en Italia, cuarenta años atrás, cuando ella era aún una niña, y que en aquel entonces tenía la misma apariencia de tener unos cincuenta años de edad.

Así que podemos imaginarnos cuán perpleja estaba la gente frente a ese misterioso personaje que se hacía llamar el Conde de Saint Germain.

⁴ Orden Rosacruz: Legendaria orden secreta fundada “[...] el Padre Divino y altamente iluminado, nuestro Hermano C.R.” —iniciales de Christian Rosenkreuz— (1378). Fue dada a conocer públicamente en el siglo XVII. [n. del pr.]

⁵ Conde de Saint Germain (1693-1784): Enigmático personaje, descrito como cortesano, aventurero, inventor, alquimista, pianista, violinista y compositor aficionado, conocido por ser una figura recurrente en varias historias de temática ocultista. [n. del pr.]

el profanador de textos

No hay que extrañarse, pues, que el rey Luis XV oyera rumores sobre ese peculiar personaje y le entrara curiosidad por conocerlo.

De modo que el Conde de Saint Germain fue invitado a la Corte, al palacio de Versalles.

El rey se sintió muy impresionado por Saint Germain, por la dignidad y sabiduría con la que hablaba y por el gran conocimiento que poseía en ciencia, historia, y en cualquier tema del que se pudiera conversar.

Cuando el rey Luis XV le mostró a Saint Germain un gran diamante que no tenía mucho valor porque tenía una imperfección, una mancha oscura, Saint Germain le dijo:

“Prestádmelo, Majestad, y en unas semanas se lo devolveré sin esa mancha.”

¡Y así lo hizo!, pero nadie sabe cómo pudo quitarle una mancha oscura que estaba en el interior del diamante —aún hoy en día nadie sabría hacerlo—.

No hay que extrañarse, pues, que el rey trabó gran amistad con ese misterioso extranjero.

Tampoco podemos extrañarnos de que Madame de Pompadour y otros nobles franceses se pusieran celosos y empezaran a odiar a ese hombre que no venía de ninguna parte y que, tal vez, ni siquiera tenía sangre noble, pero que estaba siendo tan favorecido por el rey.

Y llegó el día en que el Conde de Saint Germain le habló a solas al rey sobre Francia, y le dijo:

“Esta guerra con Prusia arruinará Francia si sigue unos años más.”

“Y si hay hambre y pobreza en la tierra, tal vez eso provoque una revolución, derramamiento de sangre y guerra civil.”

“Si vos, Majestad, queréis evitar esto, debéis acabar hoy mismo la guerra con el rey de Prusia.”

El rey Luis suspiró y dijo:

“Madame de Pompadour y su ministro de guerra están determinados a seguir con la contienda, están seguros de ganarla.”

“Y, francamente, no tengo la fuerza para empezar una serie de largas discusiones con ella y el ministro.”

“Le he dejado a ella las preocupaciones del gobierno y no puedo cambiar súbitamente este acuerdo que, después de todo, permite evitarme las preocupaciones.”

A lo que el Conde de Saint Germain le respondió:

“Si no os atrevéis a ir abiertamente contra los deseos de Madame de Pompadour, permitidme que vaya secretamente en vuestro nombre a intentar firmar la paz con el rey de Prusia.”

“Una vez que tenga un tratado de paz, Madame de Pompadour y su ministro de guerra ya no seguirán oponiéndose.”

“Y tal vez comprendan que eso es lo mejor para todas las partes involucradas.”

El rey estuvo de acuerdo y le dio permiso al Conde de Saint Germain para viajar en secreto a Holanda, que era un país neutral, y encontrarse con el embajador prusiano allí para discutir con él un tratado de paz entre Prusia y Francia.

Si ese plan del Conde de Saint Germain hubiera tenido éxito, la historia de Francia, la historia de

toda Europa, habría sido muy distinta —pero las cosas no salieron de acuerdo con el plan—.

Madame de Pompadour y el ministro de guerra tenían espías que les informaron de que en Holanda estaban teniendo lugar extraños tejemanejes entre Saint Germain y el embajador prusiano.

Madame de Pompadour le dijo al rey que estaba al corriente de que algo se estaba haciendo a sus espaldas y le exigió explicaciones.

Cuando Luis le habló de ese acuerdo con Saint Germain, ella se puso furiosa y dijo:

“Francia va a ganar la guerra, no hay razón para pedir la paz a Prusia, y Francia no ha de abandonar a sus aliados, Rusia, Suecia, España y el imperio Austríaco.”

“Hay que detener inmediatamente ese estúpido plan.”

Y el débil Luis cedió.

Envió un mensaje a Holanda diciendo que el Conde de Saint Germain no estaba autorizado por el rey de Francia para discutir un tratado de paz —y ahí se acabaron las negociaciones—.

La guerra continuó cuatro años más y acabó con la derrota y el empobrecimiento máximo de Francia.

El Conde de Saint Germain desapareció de la escena tan súbitamente como había aparecido; algunos se lo encontraron en Londres un año más tarde y luego no se le volvió a ver más; no se sabe adónde fue ni cuando ni donde murió.

Había llegado como mensajero de la hermandad secreta de la Cruz de las Rosas para salvar a Francia de los terrores que le estaban esperando, pero los celos y la vanidad, y el carácter débil del rey Luis XV arruinaron ese intento de salvar Francia. ♣

[ii:07] Rousseau, Voltaire y los aristócratas

La historia del Conde de Saint Germain muestra cómo la hermandad secreta de los rosacruces intentaba conducir la nueva época que había empezado con la Era del descubrimiento, para que los cambios que iba a introducir esa Era vinieran como bendiciones y no como caos y desastres.

Pero esa hermandad secreta no tenía soldados, ni poder para imponer sus deseos, sólo podía trabajar donde hubiera buena voluntad —y en el caso del Conde de Saint Germain el intento de ayudar a Francia fracasó—.

Pero había otras vías por las que podía trabajar la hermandad secreta.

Así, por ejemplo, podía intentar introducir nuevas ideas en el mundo.

Las viejas ideas sobre los derechos divinos de los reyes estaban condenadas a desaparecer, en algunos países más pronto, en otros más tarde, pero acabarían desapareciendo.

A veces, esa hermandad secreta trabajaba para introducir nuevas ideas en el mundo.

Había un joven, un escritor llamado Jean-Jacques Rousseau¹ que llegaría a hacerse famoso.

En la Academia Francesa en París, una institución que albergaba a los hombres más eruditos de Francia, se anunció la celebración de un concurso para ver quién escribía el mejor ensayo sobre las ‘bendiciones de la civilización.’

Los competidores tenían que escribir sobre la terrible vida que vivían los salvajes, o los antiguos, nuestros antepasados, cuando eran personas primitivas que habitaban en cuevas, y luego el ensayo tenía que describir lo mucho mejor’ que vivía la gente cuando llegó la civilización: las casas, las ciudades, los inventos y el gobierno con orden.

Naturalmente, muchos escritores de toda Francia tenían ganas de participar en esa competición, pues no sólo había una considerable suma de dinero como premio para el ensayo ganador, sino también por el honor de ganar el primer premio.

Jean-Jacques Rousseau también quería escribir un ensayo con la esperanza de ganar el premio —pensaba mucho en lo que iba a escribir y en cómo escribirlo—.

Y solía dar largos paseos para ordenar sus pensamientos —como le sucede a mucha gente, el pensaba mejor cuando caminaba—.

En uno de esos paseos se sentó en un banco, un hombre extraño al que él nunca había visto se sentó a su lado, y ambos se pusieron a conversar.

¹ Jean-Jacques Rousseau (1712-1778): Escritor, filósofo, músico, botánico y naturalista franco-suizo. Pensador radical y revolucionario, sus ideas políticas influyeron en la Revolución Francesa, las teorías republicanas, y el nacionalismo. Frases célebres: “El hombre nace libre, pero en todos lados está encadenado” [‘El contrato social’]; “El hombre es bueno por naturaleza” [‘Emilio’ o ‘De la educación’] por lo que es posible una educación. [n. del pr.]

Durante esa conversación, Rousseau le dijo a ese hombre que estaba trabajando en un ensayo sobre ‘las bendiciones de la civilización.’

El extraño dijo:

“Bueno, creo que sería más original que escribierais lo contrario.”

”Mostrad en vuestro ensayo cuán antinatural y artificial se ha vuelto la civilización, y que la felicidad humana no proviene de la civilización, sino del vivir de acuerdo con la naturaleza.”

”¿Acaso no son más bellos una montaña, un amanecer, que las reglas que regulan lo que llamamos civilización?”

”Si realmente conocieran a los que llaman ‘salvajes’ encontrarían en ellos más dignidad, sabiduría y felicidad que entre las naciones llamadas civilizadas.”

”Pensad en ello.”

Y al terminar estas palabras, el extraño se levantó y se marchó.

Rousseau no volvió a verlo nunca más, pero las ideas del extraño fueron como semillas que arraigaron en su mente.

Nunca escribió el ensayo sobre ‘las bendiciones de la civilización’ sino muchas obras en las que alababa la belleza de la naturaleza cuando aún no ha sido estropeada por el hombre.

Antes de Rousseau nadie había escrito nada sobre el escalar montañas por placer o disfrutar de un paseo por el bosque —fue por los libros de Rousseau que se popularizó la belleza de la naturaleza—.

Pero Rousseau también escribió sobre el gobierno.

el profanador de textos

¿Es natural que los hombres tengan reyes y que obedezcan las leyes de los reyes?

Rousseau respondía:

“No, el hombre ha nacido con derechos naturales que ningún rey puede quitarle.

“Los reyes, la realeza y la nobleza con derechos y privilegios especiales no son naturales, y lo que no es natural está equivocado.”

Los libros de Rousseau se hicieron famosos, fueron leídos por miles de personas en Francia y pronto en otros países de Europa y de Norteamérica —esos libros le abrieron los ojos a la gente y empezaron a pensar sobre el gobierno de una manera que nunca habían pensado antes—.

Todo empezó con un extraño que se encontró con Rousseau durante el paseo —pero ese encuentro no fue casual—.

El extraño era miembro de una hermandad secreta que quería orientar a la gente hacia nuevas ideas.

Pero Rousseau no era el único escritor de aquella época que hizo pensar a la gente —otro francés de la época fue Voltaire—.²

Voltaire era un hombre de gran ingenio que con sus libros mostraba lo que estaba equivocado en Francia, lo que estaba equivocado en el gobierno y en la gente rica, y en los nobles malcriados —y lo hacía burlándose de todo ello—.

La gente se reía cuando leía los libros de Voltaire, pero se reían de cosas que antes habían respetado: la autoridad del rey, los privilegios de los nobles, el poder de Iglesia Católica —se reían, y a medida que se reían perdían el respeto por la autoridad—.

² François-Marie Arouet o Voltaire (1694-1778): Escritor, historiador, filósofo y abogado francés, miembro de la masonería y figura principal de la Ilustración. [n. del pr.]

Por desgracia, en sus libros, Voltaire se reía también de la religión, y no sólo de la iglesia y los sacerdotes.³

Los libros de Rousseau y Voltaire influenciaron y cambiaron las ideas de millones de personas por toda Europa, pero especialmente en Francia.

La gente miraba la iglesia, al rey y a los nobles con nuevos ojos —la antigua autoridad había desaparecido y la gente veía a sus gobernantes y dueños en una nueva luz, la luz de la razón—.

Por ello, esa época es llamada el período de la Ilustración⁴ —y en esa Ilustración, en la luz de la razón, el rey y sus cortesanos y nobles no se mostraban merecedores del respeto del que habían disfrutado antaño—.

Intentemos hacernos una imagen de la vida de Francia en aquella época:

Lo nobles —o dicho de otro modo, los aristócratas, los duques, condes, barones— vivían una vida fácil y de placeres; poseían enormes propiedades en las que los campesinos trabajaban y se esforzaban para proporcionar a sus dueños nobles el dinero que necesitaban para su estilo de vida —era impensable que un aristócrata hiciera ningún tipo de trabajo físico o entrara en un negocio—.

³ Este comentario es interesante. ¿Si se ríe de la Iglesia Católica está bien pero no de los protestantes? [n. del pr.]

⁴ Ilustración: Movimiento cultural e intelectual europeo, nació a mediados del siglo XVIII y duró hasta los primeros años del siglo XIX. Fue especialmente activo en Francia, Inglaterra y Alemania. Inspiró profundos cambios culturales y sociales, como la Revolución Francesa. Su finalidad declarada era disipar las tinieblas de la ignorancia de la humanidad mediante las luces del conocimiento y la razón, combatiendo la ignorancia, la superstición y la tiranía para construir un mundo mejor. Tuvo gran influencia en aspectos científicos, económicos, políticos y sociales de la época. [n. del pr.]

Un aristócrata podía convertirse en cortesano del rey o incluso en ministro, y muchos de ellos se convertían en oficiales del ejército —habría sido una deshonra para un aristócrata ser dueño de un comercio o hacerse carpintero o, incluso, ser un médico—.

Por otra parte, los aristócratas no necesitaban realizar ninguna de esas profesiones desdeñadas puesto que sus tierras les proporcionaban el dinero que necesitaban; y para hacer la vida incluso más fácil para ellos, los aristócratas no tenían que pagar impuestos —era el pueblo llano quien tenía que pagarlos para sostener el lujo de la corte real—.

No hay que extrañarse que esos aristócratas, damas y caballeros, tenían mucho tiempo y dinero para gastar en su vestimenta.

En esa época, del 1700 en adelante, los hombres ya no llevaban pelucas de pelo rizado, sino tenían una de rulos a cada lado y atrás una coleta decorada con un gran arco negro —esa peluca ya no tenía color natural, sino que iba empolvada de blanco—.

Las casas tenían recintos especiales de empolvado donde los sirvientes levantaban nubes de harina para blanquear las pelucas de sus señores.

Los vestidos que llevaban los hombres estaban llenos de color: azul, beige, rosa, y llevaban un delicado lazo en el cuello y en las muñecas —un sombrero de tres picos y una espada bien delgada completaban la vestimenta de los hombres—.

El vestuario de las damas era aún más elaborado.

El peinado de una dama se amontonaba encima de la cabeza y era tan complicado que una mujer tenía que dedicar más de una hora cada mañana para arreglarse el pelo.

Las faldas eran enormes, sobresaliendo ampliamente de las caderas mediante una estructura de alambre por debajo.

Tanto las damas como los caballeros, se enorgullecían de sus buenos modales y movimientos agraciados —a esa gente le hubiera parecido rudo y bárbaro hablar, sentarse o levantarse de manera natural como hacemos nosotros—.

Incluso tomar rapé⁵ —lo que era una costumbre en la época— y sonarse la nariz después era algo que había que hacer con gracia.

Pero los hombres que se preocupaban tanto de su vestimenta y modales refinados no eran debiluchos; eran duros y no llevaban la espada porque sí —la mínima provocación, un insulto real o imaginario, desataba un duelo—.

Era una gran vida para los aristócratas, pero no para la mayoría de la población.

Para los campesinos que no tenían derechos era una vida miserable —ni siquiera el derecho de abandonar el servicio de su amo —pertenecían a la granja como los árboles que crecían en ella—.

Vivían en casuchas junto a los cerdos, cabras y gallinas; llevaban andrajos hechos jirones y no habían tenido ninguna educación.

Pero entre los aristócratas y los campesinos miserables se había desarrollado la clase burguesa, una clase media —y esa clase media, la burguesía, quería cambiar ese vergonzoso sistema—. ♣

[ii:08] la guerra de independencia americana

Hemos visto las tres “clases” sociales en que estaba dividida Francia en aquella época:

- los nobles o aristócratas —que tenían derechos y privilegios, incluso el privilegio de no pagar impuestos;
- los campesinos que carecían de derechos y privilegios, y que vivían en la pobreza y la ignorancia;
- y entre ambos estaba la clase media o burguesía, que se concentraban sobre todo en las ciudades.

Los burgueses eran los artesanos, carpinteros, sastres, tenderos y mercaderes, médicos y abogados.

Pero, por otra parte, esos burgueses copiaban los gestos y modas de los aristócratas, y aunque los burgueses estaban sobrecargados de impuestos también usaban el dinero de sus comercios y profesiones ‘para vestirse y vivir ‘como los aristócratas,’ a quienes envidiaban.

Pero los burgueses también era gente instruida; y eran los burgueses los que leían los libros de Rousseau y Voltaire y los que, a partir de esos libros, aprendían a considerar todo el sistema de clases sociales vigente en Francia como algo malicioso y estúpido.

Entre la clase media, entre los burgueses, los libros de la ‘Ilustración’ se convirtieron en pólvora y sólo hacía falta una pequeña chispa para que todo explotara.

Sin embargo, la primera explosión no provino de Francia, sino de la lejana Norteamérica, donde las teorías de Rousseau y Voltaire se pusieron en práctica por primera vez.

En la Guerra de los Siete Años, Gran Bretaña había luchado del lado de Prusia contra Francia; y los colonos ingleses de Norteamérica habían acudido fielmente en ayuda del ‘viejo país’ y habían luchado contra los colonos franceses en Canadá.

Pero los colonos ingleses en Norteamérica apenas fueron recompensados por su lealtad —el general inglés que llegó a Norteamérica para gobernar a los colonos mostró abiertamente su desprecio por los toscos ‘coloniales,’ como les llamaba.

Había un oficial colonial, George Washington¹ que luchó galante y valientemente, desarrollando un gran conocimiento del arte de la guerra.

Aunque había querido convertirse en soldado profesional, cuando acabó la Guerra de los Siete Años dejó el ejército porque estaba disgustado por la manera que los ingleses lo habían menospreciado a él y a los otros coloniales.

George Washington dejó el ejército y se dedicó a dirigir una enorme hacienda que tenía en Virginia.

Pero el desprecio de los ingleses por los coloniales americanos se mostraba también de otras maneras.

⁵ rapé: Preparado a partir de las hojas de la tabaco (*Nicotiana tabacum*) secadas, molidas y habitualmente aromatizado para ser consumido por vía nasal. Actualmente se lo llama ‘tabaco de aspirar.’ [n. del pr.]

¹ George Washington (1732-1799): Comandante en jefe del Ejército Continental Revolucionario en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos (1775-1783), y primer presidente de los Estados Unidos (1789-1797). Es considerado uno de los padres fundadores de la Patria. [n. del pr.]

La Guerra de los Siete Años había costado mucho dinero y las arcas del tesoro estaban vacías, de modo que el rey de Inglaterra, Jorge III,² y el gobierno británico decidieron que la única manera de recuperarse era elevando los impuestos.

Eso funcionó en Gran Bretaña donde se pagaron los impuestos diligentemente, después de todo, eran sus propios miembros del Parlamento, el gobierno que ellos mismos habían votado, los que decidieron que eran necesarios los impuestos.

Pero los coloniales de Norteamérica no sentían lo mismo; los coloniales de Norteamérica no tenían miembros del Parlamento en Londres, no estaban representados —y se quejaron!

Dijeron que no tendría que haber ‘impuestos sin representación,’ lo que implicaba declarar:

“Si no tenemos voto en el gobierno, no pagaremos los tributos que nos impone el Gobierno.”

Los americanos enviaron a uno de sus mejores hombres a Inglaterra para reclamar sus derechos.

Su nombre era Benjamin Franklin.³

Franklin procedía de una pobre familia, la mayoría de lo que había aprendido lo había aprendido por sí mismo.

Cuando leía un libro, primero leía unas páginas, luego lo cerraba, y escribía lo que recordaba, y luego

comparaba lo que él había escrito con lo que decía el libro para ver si se había olvidado algo.

De ese modo se había convertido en un escritor famoso y en un hombre muy respetado por sus compañeros americanos.

También estaba interesado en la ciencia, hacía experimentos con electricidad e inventó el pararrayos.

Ese era el hombre que los coloniales enviaron a Londres para hablar por ellos —pero ni Jorge III ni los ministros del Gobierno británico tenían demasiada paciencia para las reclamaciones y Benjamin Franklin tuvo que volver a Norteamérica sin haber conseguido sus objetivos—.

Y poco después de su regreso sucedió algo que empeoró las cosas entre los coloniales e Inglaterra.

A los coloniales, que, después de todo eran ingleses y escoceses, les encantaba beber té.

Y cuando el Gobierno de Londres gravó el té con un impuesto —otra vez, sin preguntar si los coloniales estarían de acuerdo— los americanos se enfadaron —el impuesto mismo no era demasiado elevado, pero era una cuestión de principios—.

De modo que un día, en 1773, tres barcos que transportaban cajas de té llegaron al puerto norteamericano de Boston.

Pero antes de que las cajas pudieran ser desembarcadas, una banda de hombres disfrazados de nativos americanos, asaltó los barcos y echó todas las cajas de té por la borda —los norteamericanos llaman a ese hecho ‘The Boston Tea Party’ [‘La fiesta del té de Boston’] —sucedió en diciembre 16, 1773—.

No era más que una diablura, una travesura, que sin embargo llevó a la guerra.

El gobierno inglés envió tropas a Norteamérica para atemorizar a los americanos y obligarles a obedecer —pero eso tuvo el efecto contrario, le-

vantó a los coloniales y los impulsó a luchar por sus derechos—.

Los norteamericanos convocaron una gran asamblea en Filadelfia, y en ese congreso proclamaron las ideas de Rousseau, los derechos naturales del hombre.

La respuesta del gobierno británico fue enviar más soldados a Norteamérica.

Pero ahora los norteamericanos tomaron las armas y en la pequeña ciudad de Lexington, en Massachusetts, se produjo la primera batalla que, para su sorpresa, perdieron los ingleses, ‘los casacas rojas.’

Pronto se extendió la lucha, y los norteamericanos eligieron a George Washington como líder y general —el hombre que había demostrado su gallardía y conocimiento de la guerra—.

Fue una época triste en la que los angloparlantes lucharon entre sí en Norteamérica.⁴

Y como es habitual, otras naciones participaron en un bando u otro.

Tropas alemanas llegaron a Norteamérica para luchar por los ingleses.

Los voluntarios franceses conducidos por el Marqués de La Fayette⁵ llegaron para luchar del lado de los norteamericanos.

² Jorge III del Reino Unido (1738-1820): Rey de Gran Bretaña y de Irlanda (1760-1801), y rey del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda (1801-1820). [n. del pr.]

³ Benjamin Franklin (1706-1790): Político, científico e inventor estadounidense. Uno de los Padres Fundadores de los Estados Unidos. Ganó el título de ‘El Primer Americano’ [‘The First American’] por su temprana e infatigable campaña por la unidad colonial. Inventar el Pararrayos (1753). [n. del pr.]

⁴ Es fascinante que le de pena que los ‘angloparlantes peleen en Norteamérica’ pero no haya dicho nada cuando peleaban escoceses e ingleses. Quizás porque aquí no implicaba una lucha de religión. [n. del pr.]

⁵ Marie-Joseph Paul Yves Roch Gilbert du Motier, marqués de La Fayette (1757-1834): Militar, aristócrata y político francés. Peleó por los Estados Unidos en la Guerra de independencia contra el Imperio Británico, y considerado uno de los héroes. Figura clave en la Revolución Francesa (1789) y en la Revolución de Julio (1830), miembro de la Asamblea Nacional y comandante de la Guardia Nacional de París. [n. del pr.]

España, por su parte, ayudó a los norteamericanos mediante suministros y armas, y su general José de Galveston luchó contra los ingleses desde Luisiana, que en ese momento estaba gobernada por España.

A medida que progresaba la guerra, los norteamericanos decidieron que querían mucho más que llegar a un simple trato justo por parte de Londres.

¡Querían la independencia completa y formar su propio gobierno en Norteamérica!

En julio 4, 1776, la asamblea de delegados en Filadelfia proclamó a las trece colonias⁶ británicas de Norteamérica como el país independiente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Ese día se celebra en Norteamérica como el día de la independencia, fiesta nacional para conmemorar la Declaración de la independencia, con multitud de fuegos artificiales.

El nuevo país elegiría libremente su propio gobierno y su presidente —no iba a tener ni un rey, ni iba a tener nobles ni aristócratas—, era una tierra en donde todos los hombres iban a tener los mismos derechos, los derechos naturales del hombre.

En la Declaración de Independencia norteamericana se pusieron en práctica por primera vez las ideas de Rousseau y Voltaire.

Jorge III y el gobierno británico no estaban dispuestos a perder las colonias americanas y continuaron la guerra contra los coloniales.

Pero el general Washington había creado un ejército a partir de sus rudos coloniales sin experiencia y pudo derrotar a los experimentados casacas rojas ingleses.

Los voluntarios franceses al mando de La Fayette también lucharon gallardamente, y los británicos no podían vencer contra gente que luchaba por su libertad.

Y aún más, en Gran Bretaña había mucha gente, incluso entre los miembros del gobierno, que simpatizaban con los norteamericanos y entre la gente común en Inglaterra había poco entusiasmo por una guerra contra los colonos —que eran también ingleses, muchos de los cuales tenían parientes en Inglaterra—.

Así que, después de ocho años, la guerra por la independencia llegó a su fin —en 1783 se firmó la paz y fue Benjamin Franklin quien firmó el tratado de paz en el que Gran Bretaña reconocía a su anterior colonia como ‘estado independiente soberano.’

Y fue George Washington quien se convirtió en el primer presidente del nuevo país, los Estados Unidos de Norteamérica.

En la guerra de la independencia norte americana las ideas de los derechos humanos habían logrado su primera victoria. ♣

[ii:09] Luis XVI. los tres estamentos

En la historia de tiempos pasados se oye hablar sobre todo de reyes y nobles, e incluso las Cruzadas todavía eran dirigidas por nobles caballeros y reyes.

Juana de Arco¹ fue, tal vez, la primera persona del pueblo llano que dirigió ejércitos y en cambiar el curso de la historia.

Pero luego, con el comienzo de la nueva Era, los grandes hombres provinieron de las clases medias; Leonardo,² Colón,³ Galileo.⁴

¹ Juana de Arco [francés: ‘Jeanne d’Arc’] o la Doncella de Orleans (ca. 1412-1431): Joven campesina francesa que guio al Ejército francés en la guerra de los Cien Años contra Inglaterra, logrando que Carlos VII de Valois fuese coronado rey de Francia. Fue capturada, entregada a los ingleses y procesada por el obispo pro-inglés Pierre Cauchon y la condenaron por herejía y el duque Juan de Bedford la quemó viva en Ruan, en mayo 30, 1431. [n. del pr.]

² Leonardo da Vinci o Leonardo di ser Piero da Vinci (1452-1519): Pintor, anatomista, arquitecto, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista florentino del Renacimiento italiano. Obras: ‘La Última Cena,’ ‘La Gioconda.’ [n. del pr.]

³ Cristóbal Colón (1451-1506): Navegante, cartógrafo, almirante, virrey y gobernador general de las Indias Occidentales al servicio de la Corona de Castilla, descubridor de América, en octubre 12, 1492, al llegar a la isla de Guanahani, actualmente en las Bahamas. [n. del pr.]

⁴ Galileo Galilei (1564-1642): Astrónomo, filósofo, ingeniero, matemático y físico italiano. Sus logros incluyen la mejora

⁶ Trece Colonias: Las colonias británicas en la costa este de América del Norte, fundadas en los siglos XVII y XVIII que declararon su independencia en 1776 y formaron los Estados Unidos. Eran (de norte a sur): Massachusetts, Nuevo Hampshire, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, Pensilvania, Nueva Jersey, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia. [n. del pr.]

Pero las clases medias además de producir artistas, exploradores y científicos, también podían producir hombres de Estado y generales, como Cromwell⁵ había mostrado en Inglaterra, como lo mostraron Washington y Franklin un siglo después en Norteamérica.

Podemos ver que hemos ido llegado a la época en que los burgueses, la clase media, se fue convirtiendo en personas capaces de hacer historia.⁶

Y la guerra de independencia norteamericana fue una victoria para los ‘burgueses,’ para la gente de la clase media, que había tomado las armas para luchar por sus derechos.

En 1774, mientras esa guerra de independencia todavía estaba en progreso, murió Luis XV en Francia —Madame de Pompadour había muerto antes que él—.

Pero casi ningún francés derramó algunas lágrimas por un rey que había sido un niño mimado toda su vida sin pensar ni una sola vez en sus responsabilidades como gobernante de la nación.

El hijo de Luis XV había muerto antes que él, de modo que fue su nieto quien se convirtió en rey

del telescopio, gran variedad de observaciones astronómicas, la primera ley del movimiento y un apoyo determinante a la revolución de Copérnico. Considerado ‘padre de la astronomía moderna,’ ‘padre de la física moderna,’ y el ‘padre de la ciencia.’ — Se sugiere leer: Koestler, Arthur. ‘El más grande escándalo de la cristiandad. un ensayo sobre Galileo.’ <Hay edición digital> [n. del pr.]

⁵ Oliver Cromwell (1599-1658): Líder político y militar inglés. Convirtió a Inglaterra en una república denominada Mancomunidad de Inglaterra (en inglés, Commonwealth of England). [n. del pr.]

⁶ Juan Carlos Baglietto, cantautor argentino, tiene una canción que dice: “...Si la historia la escriben los que ganan, / eso quiere decir que hay otra historia: / la verdadera historia, / quien quiera oír que oiga.” Así que el pueblo llano siempre ‘hizo historia,’ pero los que ‘ganan’ nunca la reconocieron ni la escribieron. [n. del pr.]

de Franca a los diecinueve años como Luis XVI⁷ — pero no estaba desesperado por la gloria, como Luis XIV, le Roi Soleil, ni tampoco le gustaban los entretenimientos absurdos de Luis XV—.

Era un hombre mucho más centrado, que se tomaba muy en serio sus tareas como rey de Francia.

Pero para entonces Francia estaba en una situación sumamente difícil y sólo un hombre de gran genio podría haber encontrado alguna solución para resolver los problemas urgentes del país.

Pero Luis XVI no era un genio, ni siquiera era inteligente, y lo único para lo que estaba muy capacitado era para su hobby: hacer relojes de hierro —en su tiempo libre le encantaba trabajar en su pequeño taller preparado para él en Versalles, pero su inocente hobby no ayudaba a resolver los problemas de Francia—.

Tampoco era de mucha ayuda su esposa, a quien él quería mucho —la reina María Antonieta⁸ era una princesa austriaca, la hija de María Teresa⁹—.

⁷ Luis XVI de Francia (1754-1793): Rey de Francia y de Navarra (1774-1789), copríncipe de Andorra (1774-1793), y rey de Francia (1789-1792). Intentó realizar reformas, estableciendo un impuesto equitativo que sustituyera al heredado del feudalismo. La nobleza se negó a tales reformas. Se trasladó a las Tullerías. Decidió fugarse para unirse a un ejército afín (Fuga de Varennes), pero fue detenido y suspendido de sus funciones. Firmó la Constitución (1791) y fue repuesto en sus funciones. Murió guillotinado (1793). [n. del pr.]

⁸ María Antonia Josefa Juana de Habsburgo-Lorena o María Antonieta de Austria (1755-1793): Princesa archiduquesa de Austria y reina consorte de Francia y de Navarra. Se casó en 1770, a los catorce años con el futuro Luis XVI de Francia, en un intento por estrechar los lazos entre dos enemigos históricos. [n. del pr.]

⁹ María Teresa I de Austria (1717-1780): Primera y única mujer que gobernó los dominios de los Habsburgo. Está considerada como una déspota ilustrada, cabeza de uno de los Estados más importantes de su época. [n. del pr.]

Era bella y vivaz, le gustaban los vestidos refinados y las fiestas alegres, pero no era inteligente — María Antonieta también tenía un hobby—.

En esa época las ideas de Rousseau sobre la vida ‘natural’ se habían convertido en una moda, incluso entre los aristócratas.

¿Y qué podía ser mejor que tener un poco de vida ‘natural’ entre el ceremonial y el brillo de la Corte?

De modo que la reina María Antonieta tenía una pequeña granja con un establo de vacas preparado para ella en los vastos parques de Versalles —ella y sus doncellas se vestían como campesinas, bajaban a la granja, ordeñaban las vacas, cantaban canciones populares y se imaginaban que eran campesinas durante unas horas—.

La pobre María Antonieta no tenía ni idea de que los verdaderos campesinos de Francia, que trabajaban muy arduamente, que estaban hambrientos y vestían en harapos, consideraban un insulto el ‘juego’ que ella hacía —sentían que ella se estaba burlando de su miseria y su pobreza—.

Pero María Antonieta no se daba cuenta de ello, simplemente era tonta e irreflexiva.

Existe una historia —que nadie sabe si es cierta— según la cual a María Antonieta le dijeron un día que los campesinos se estaban rebelando porque no tenían pan, y que ella respondió sorprendida:

“Pero si no tienen pan, ¿por qué no hacen pasteles?”

Francia estaba en un estado en el que el rey y la reina no servían para nada!

La Guerra de los Siete Años había dejado Francia desesperadamente pobre, y luego el país se había embarcado en otra guerra contra Gran Bretaña para ayudar a Norteamérica, y esa guerra también cos-

tó mucho dinero y no trajo ningún beneficio para Francia.

Los trabajadores, campesinos y la clase media habían sido sobrecargados de impuestos, una y otra vez, hasta que ya no se les podía cargar más, pero los ricos aristócratas y los obispos,¹⁰ que tenían dinero y vastas propiedades, no tenían que pagar impuestos.

Desde la Edad Media la Iglesia y los nobles habían estado exentos de impuestos, y parecía que estaba llegando el momento en que la Iglesia y los nobles debían contribuir a los impuestos —pero los obispos y nobles de Francia no estaban dispuestos a dejar sus antiguos privilegios que los hacían libres de impuestos—.

Y luego, en 1788, hubo una cosecha terriblemente mala en Francia, seguida de un invierno anormalmente largo y duro —hubo una falta de alimentos desastrosa por toda Francia”, la única manera de salvar a miles de personas de morir de hambre era comprar grano, miles de toneladas, y para ello hacía falta dinero —pero no había dinero en las arcas del Estado para realizar esa compra—.

En esa situación desesperada, Luis XVI podría y debería haber ordenado a los nobles y a la Iglesia que pagaran impuestos, pero nunca llegó a tomar esa acción radical —en lugar de ello convocó una asamblea de los Estados Generales, los ‘Tres Estamentos’—.

Los obispos de la iglesia eran el primer estamento; los aristócratas constituían el segundo estamento, y la clase media era el tercer estamento —y los Tres Estamentos enviaron a sus representantes a ese congreso, que tuvo lugar en 1789 en Versalles—.

Luis XVI esperaba que en esa asamblea los Tres Estamentos se pondrían de acuerdo para resolver el desesperado problema de alimentar a los franceses —la única solución hubiera sido que la Iglesia y los aristócratas abandonaran sus privilegios y pagaran impuestos—.

¡Y eso era exactamente lo que no estaban dispuestos a hacer!

Hubo muchas discusiones y argumentos, pero no se pusieron de acuerdo en nada.

Y entonces sucedió algo inesperado.

Los representantes del tercer estamento, la burguesía, la clase media, declararon que ellos representaban el noventa y cinco por ciento de la población, y que, por tanto, eran los verdaderos representantes de la nación francesa, que eran el verdadero Parlamento de Francia y que ellos crearían las leyes que Francia necesitaba.

No utilizaron la palabra ‘Parlamento,’ la llamaron ‘Asamblea Nacional,’ pero significaba lo mismo.

Los diputados del tercer estamento simplemente declararon que iban a dictar nuevas leyes sin consultarle al rey, ni a la aristocracia, ni a los obispos.

El rey Luis XVI no esperaba que algo así pudiera pasar en Francia, que la gente del pueblo tomara el gobierno e hiciera sus propias leyes —entonces ordenó a los diputados que se dispersaran y volvieran a sus casas—.

Los obispos y los nobles obedecieron, pero los diputados del tercer estamento replicaron:

“Estamos aquí por voluntad del pueblo y no nos iremos a menos que seamos forzados a hacerlo por las bayonetas de vuestros soldados.”

Otro rey simplemente habría enviado a sus soldados contra ellos, pero Luis XVI, hasta el final de su

vida, quiso evitar cualquier derramamiento de sangre —no envió a los soldados y la Asamblea Nacional permaneció allí y desobedeció sus órdenes—.

Mientras tanto, París, que está a poca distancia de Versalles, estaba en plena efervescencia; en las plazas abiertas y en las calles miles de personas escuchaban a los oradores que les exhortaban a apoyar a sus diputados y a luchar por ellos si el rey usaba la fuerza.

Y súbitamente se produjeron rumores falsos de que el rey había enviado soldados a arrestar a los diputados —no hace falta decir que esos rumores fueron difundidos deliberadamente por quienes querían una revolución contra el rey—.

Esos rumores convirtieron a la multitud excitada en una turba vociferante.

En una plaza pública, un joven, conocido como Camille Desmoulins,¹¹ se subió a una mesa, disparó su pistola en el aire y gritó:

“¡Ciudadanos, a las armas, luchemos por la libertad!”

Y como olas en una tempestad, las multitudes se precipitaron por las calles de París, asaltaron las tiendas de armas, robaron los cuchillos de los carniceros, asaltaron el Arsenal —el almacén de armas del ejército francés—.

Es evidente¹² que esa turba enloquecida, vociferante y amotinada, estaba dirigida por personas que sabían exactamente lo que querían durante todo el proceso, y utilizaron a la muchedumbre para sus propios propósitos.

¹¹ Lucie-Simplice-Camille-Benoist Desmoulins (1760-1794): Abogado, escritor, político relevante en la Revolución Francesa (1789). En julio 12, 1789 hizo un llamado para que el pueblo se manifestase ante el Palacio Real, ensayo de la toma de la Bastilla de julio 14, 1789. [n. del pr.]

¹² Sería interesante conocer esta referencia. [n. del pr.]

¹⁰ Es la primera vez que cita a ‘obispos’ en sus relatos de Francia. [n. del pr.]

Y una vez que la multitud estuvo armada, se abalanzó hacia la enorme prisión estatal al este de París, conocida como ‘la Bastilla.’¹³

El oficial a cargo de la Bastilla quería evitar el derramamiento de sangre —ofreció abrir las puertas y rendir la fortaleza prisión si a él y a sus soldados se les permitía salir indemnes—.

La promesa fue dada, pero tan pronto como las puertas se abrieron, la turba se precipitó al interior, y mataron al oficial y a sus hombres despiadadamente.

Luego la muchedumbre liberó con grandes gritos de júbilo a los siete prisioneros que encontraron en las prisiones de la Bastilla —cinco de ellos eran ladrones comunes y sólo uno clamó haber sido encarcelado sin razones—.

La toma de la fortaleza prisión de la Bastilla el 14 de julio de 1789 fue el inicio de Revolución Francesa —es una celebración nacional en Francia—. ♣

[ii:10] libertad. igualdad. fraternidad

La Revolución Francesa empezó con la toma de la Bastilla cuando la turba enloquecida, excitada por falsos rumores, asaltó la antigua prisión fortaleza por ninguna razón especial.

Fue una explosión repentina, pero la pólvora que alimentó el estallido fueron las ideas de Rousseau y Voltaire —durante años y años esas ideas se habían ido extendiendo entre la gente—.

Cada vez había más franceses que pensaban que la monarquía y la aristocracia eran una estafa, un resto inútil del pasado, que había que quitarse de encima —incluso entre los aristócratas había muchos que simpatizaban con las nuevas ideas y que confiaban en la llegada de un mundo sin los privilegios antiguos—.

Durante muchos años se habían estado formando en Francia sociedades secretas revolucionarias —en esas sociedades secretas se reunían hombres de noble alcurnia y gente llana, abogados, médicos y periodistas, y hacían planes para eliminar las cosas falsas, la realeza, la nobleza y la iglesia¹—.

Y en esos encuentros secretos también hablaban del nuevo orden que tendría que sobrevenir después de que hubieran suprimido a los reyes y aristócratas.

Una y otra vez surgían tres palabras cuando hablaban del futuro, tres palabras que tendrían que aportar un orden nuevo, mejor no sólo para Francia, sino para la humanidad entera:

‘Libertad. Igualdad. Fraternidad.’

El primero que utilizó esas tres palabras y explicó su significado fue uno de esos mensajeros desconocidos de la hermandad secreta de los rosacruces.

El significado de esas tres palabras era:

- Libertad: En la religión, la ciencia y el arte, debe prevalecer la absoluta libertad, todo el mundo debe ser libre de tener su propia opinión y expresarla oralmente o por escrito.
- Igualdad: Los seres humanos no viven aislados, viven en comunidad y por eso tiene que haber leyes que regulen esa convivencia. Esas leyes han de ser las mismas para todos, no puede “haber leyes especiales para los ricos, otras para los pobres, o unas leyes para los inteligentes y otras para los estúpidos —ante la ley tiene que regir la igualdad—.
- Fraternidad: Está el trabajo que realizamos, y en nuestro trabajo dependemos unos de otros. El científico en su laboratorio necesita al granjero que cultiva los alimentos y ambos necesitan al herrero para que confeccione sus herramientas. Al final, todos se necesitan unos a otros, y eso es la fraternidad del trabajo.

En nuestros pensamientos hemos de tener libertad; ante la ley debe haber igualdad; y en nuestro trabajo tiene que haber fraternidad —seamos o no conscientes de ello—, porque todos dependemos del trabajo de otros como ellos dependen del nuestro.

¹³ la Bastilla: Fortaleza que protegía el lado oriental izquierdo de París, formalmente Bastilla o Bastida de Saint-Antoine. Usada como una prisión estatal, fue tomada por multitud en la Revolución francesa (julio 14, 1789), convirtiéndose en un símbolo importante del movimiento republicano francés. — bastida: 1. f. Torre de asalto sobre ruedas para acercarse a la muralla. Diccionario RAEL [n. del pr.]

¹ Es interesante ver que en Francia, la ‘iglesia,’ supuestamente se refiera la católica, debe desaparecer pero eso nunca se esperó de las iglesias protestantes. [n. del pr.]

el profanador de textos

Pero estos tres principios, libertad, igualdad y fraternidad, nunca han de situarse en el ámbito equivocado.

Que alguien sea un pintor, incluso de gran talento, como pintor no es 'igual' a Leonardo; y no tengo cambiar mi opinión sobre tal o cual música en aras de la fraternidad y verme obligado a estar de acuerdo con los demás.

Libertad, igualdad, fraternidad, cada uno de esas ideas tiene su lugar concreto de acción, y si a alguna de ellas se la sitúa en, el lugar equivocado se produce el caos.

Eso es lo que se decía originalmente sobre esos tres principios que debían edificar un orden nuevo cuando hubiera desaparecido el orden antiguo de los reyes y aristócratas —pero a medida que pasaba el tiempo se olvidó el sentido original de esas palabras—.

Cuando se reunieron los conspiradores² que planearon la Revolución Francesa hablaron de libertad, igualdad y fraternidad como si diera igual el ámbito al que pertenecía cada principio.

Y fueron esos conspiradores los que, el 14 de julio de 1789, levantaron a las masas mediante falsos rumores y que dirigieron a la turba contra la Bastilla y que empezaron la Revolución Francesa.

Esas tres palabras tuvieron un gran efecto, levantaron a la gente, es como si hubieran estado esperando oír las —las gritaban, las bramaban, las escribían en sus pancartas—.

Pero nadie pensaba demasiado en su verdadero significado o en su lugar adecuado en la vida.

Y por eso, la Revolución Francesa, que empezó con grandes esperanzas, tomo un derrotero trágico y terrible.

La Asamblea Nacional, los diputados de la gente llana, se mantuvieron unidos desafiando a Luis XVI y dictaron nuevas leyes.

Las nuevas leyes todavía reconocían al rey, pero sólo como servidor de la voluntad del pueblo —sus propios deseos ya no contaban—.

Y, naturalmente, hicieron leyes por las que, a partir de ese momento, la Iglesia y los aristócratas tenían que pagar impuestos, al igual como los burgueses y los campesinos.

Y dictaron una ley según la cual todo el mundo era libre de hablar o escribir lo que creía que era verdad.

Esas leyes dictadas por la Asamblea Nacional se hicieron famosas como la Declaración de los Derechos del Hombre.³©

Fueron recibidas con júbilo en París, en toda Francia, y por todos los amantes de la libertad en el mundo entero.

Pero mientras los diputados hacían todas estas leyes sabias y justas, la multitud parisina, aguijoneada e incitada por los creadores de rumores, se dedicaba a cazar a todos aquellos que se habían hecho impopulares en los viejos días —aristócratas que habían maltratado a sus sirvientes, recaudadores de impuestos que habían sido demasiado rigurosos— y cuando los encontraban los colgaban en los faroles de la calle.

En el campo, bandas de campesinos quemaban las mansiones y castillos, y asesinaban a los nobles y

a sus familias, incluso mataban a los sirvientes que se mantenían fieles a sus amos.

Pero ni las leyes sabias de la Asamblea Nacional ni los disturbios de los campesinos servían para paliar el hambre —en octubre de ese tumultuoso año de 1789, la gente de París estaba famélica—.

Volvieron a surgir rumores que culpaban al rey de la escasez de alimentos —la chusma hambrienta de los barrios bajos, armados con picas, cuchillos y mosquetes marcharon sobre Versalles—.

Durante el día se limitaron a gritar fuera del Palacio, pero cuando oscureció se precipitaron al interior.

La reina María Antonieta, acababa de salir de su alcoba justo antes de que los invasores entraran en ella y acuchillaran la cama pensando que todavía estaba en ella.

Al final, la turba fue expulsada del palacio por la Guardia Nacional, una especie de policía comandada por La Fayette, el héroe de la guerra de independencia norteamericana, que era muy popular.

Pero la multitud no se marchó —ahora reclamaban que el rey y toda la familia real regresaran con ellos a París, y que vieran por sí mismos cómo sufría la gente allí—.

Para evitar derramamiento de sangre, el rey estuvo de acuerdo.

Así que él, su esposa y sus hijos fueron puestos en un carruaje, rodeado por la muchedumbre, y abandonaron Versalles, adonde no volverían nunca más.

En el camino se encontraron carros que llevaban harina a París, lo que levantó el ánimo de la multitud; y gritaron:

“¡Llevamos al panadero y a su esposa a París!”

² Sería interesante conocer esta referencia. [n. del pr.]

³ Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: Documento fundamental de la Revolución francesa (1789-1799) en cuanto a definir los derechos personales y los de la comunidad, además de los universales. No se refiere a la esclavitud (abolida en 1794) o la condición de las mujeres (proclamada por Olympe de Gougesen 1791). [n. del pr.]

Y de ese modo, Luis XVI llegó al antiguo y lúgubre palacio de París, llamado de las Tullerías, que había permanecido vacío desde que Luis XIV hizo construir Versalles.

Unos días más tarde, la Asamblea Nacional también se trasladó a París.

Los acontecimientos de la Revolución Francesa que siguieron tuvieron lugar en París. ♣

[ii:11] las tullerías

Cuando la Asamblea Nacional, el Parlamento de Francia, se trasladó a París, se dividió en dos partidos.

Un partido quería que Francia se convirtiera en una República, sin rey ni reina, los republicanos.

El otro partido pensaba que sería mejor para Francia mantener al rey, pero sólo como servidor de la voluntad del pueblo, lo que es más o menos el caso de Gran Bretaña.

Mientras hubiera suficientes diputados que quisieran que Francia continuara siendo una monarquía el rey estaba a salvo —solamente una cosa podía amenazar su vida: que tratara de huir de Francia—.

Algunos aristócratas que habían huido a Alemania y a Austria estaban ocupados en formar un pequeño ejército para invadir Francia, pero eso no era una gran amenaza.

Sin embargo, Leopoldo II, el emperador de Austria y hermano de María Antonieta también estaba congregando un ejército para invadir Francia y rescatar a su hermana, y Federico Guillermo II de Orange, rey de Prusia, también estaba reuniendo tropas para invadir el país galo.

Los reyes y la aristocracia en otros países estaban profundamente conmocionados por lo que pasaba

en Francia y querían aplastar la Revolución Francesa antes de que sus ideas se expandieran a sus propios países.

Enemigos poderosos se estaban preparando para atacar Francia y si Luis XVI intentaba escapar para unirse a esos enemigos de Francia, habría sido considerado un traidor, un hombre que estaría del lado de Austria y Prusia contra su propio país.

Por eso, los diputados que querían que Francia siguiera siendo una monarquía advirtieron al rey que no intentara huir —y si lo intentaba y era capturado su vida dejaría de estar a salvo, e incluso los diputados que estaban a favor suyo se convertirían en sus enemigos—.

Luis XVI fue advertido numerosas veces que no intentara escapar —era un buen consejo, pero Luis XVI no era un hombre inteligente y cuando algunos cortesanos que aún permanecían con él le dijeron que le habían preparado el escape para él y su familia, él estuvo de acuerdo.—

De modo que la medianoche de julio 20, 1791 la familia real salió sigilosamente de las Tullerías, y se subió en un carruaje de seis caballos.

Durante la noche entera y parte del día siguiente el carruaje viajó por Francia acercándose cada vez más a la frontera.

Cerca del mediodía el carruaje pasó por un pueblito y un joven llamado Dronet¹ vio los rostros de los pasajeros cuando el carruaje pasaba.

El joven había sido soldado en París unos años antes y había visto al rey Luis XVI, por lo que reconoció su cara dentro del carruaje.

Se subió rápidamente a su caballo y, tomando un atajo por el bosque, llegó al pueblo siguiente, donde el alcalde inmediatamente se puso en acción.

¹ No se encontró referencia. [n. del pr.]

el profanador de textos

Bloqueó la carretera con carromatos de los granjeros y el carruaje real tuvo que detenerse.

Entonces fue rodeado por campesinos armados con horquillas, los pasajeros reales tuvieron de bajar y fueron hechos prisioneros en el pueblo hasta que las tropas del gobierno llegaran para hacerse cargo de ellos y llevarlos de vuelta a París —la historia de la huida fallida muestra que los franceses ya no amaban al rey—.

Y como quiera que la historia se supo, los franceses se volvieron contra el rey llenos de odio —lo consideraron un traidor que había intentado reunirse con los enemigos de Francia—.

Un día, una muchedumbre de unas veinte mil personas, levantados y enloquecidos por agitadores, irrumpió en los jardines de las Tullerías en París.

Los guardias en los jardines no sabían qué hacer y en lugar de sacar de allí a la chusma, les dejaron entrar por los jardines hasta el palacio.

Pero en el palacio, la turba encontró con una guardia muy distinta, la guardia suiza personal del rey.

Eran hombres escogidos, mercenarios suizos, que habían hecho un juramento solemne de defender a la familia real.

Ese cuerpo de guardia sacó sus espadas, dispuestos a luchar contra los intrusos.

Pero en ese momento apareció el rey, y dijo:

“¡Bajen las espadas! No tengo nada que temer de los franceses.”

Ante la calma dignidad del rey, los rufianes que habían irrumpido en el recinto se sintieron incómodos.

Todos llevaban el gorro frigio, el gorro rojo que era el símbolo de los republicanos más acérrimos.

Uno de ellos se lo sacó de la cabeza y se lo pasó al rey, el rey se lo puso en su propia cabeza, y los hombres empezaron a aclamarle.

Dijeron que la reina y su hijo también tenían que ponerse esos ‘gorros de la libertad,’ y cuando lo hicieron, los que habían entrado abandonaron el palacio y persuadieron a la multitud que se había quedado fuera que regresaran a sus casas.

La calma y dignidad del rey Luis XVI había evitado una batalla entre sus guardias y la muchedumbre.

Un joven oficial del ejército francés había observado junto a un amigo el momento en que la multitud había irrumpido en los jardines del palacio; y ese joven oficial le dijo a su amigo:

“¿Sabes? Un simple cañonazo habría hecho correr a esa turba.”

El nombre de ese joven oficial era Napoleón Bonaparte —un día llegaría a ser el dueño de Francia, un dueño que no se preocuparía por evitar el derramamiento de sangre como lo hacía Luis XVI—.

La invasión del palacio real por la muchedumbre produjo un shock fuera de Francia.

¿Era posible que un rey fuera tratado de ese modo?

Un príncipe prusiano, el duque de Brunswick,² estaba tan enfurecido que envió un mensaje a Francia:

“Si vuelven a haber más actos de violencia contra el rey o la reina, los ejércitos de Austria y Prusia les atacarán y harán pagar con su sangre a los franceses por su insulto a la realeza.”

Si el joven duque esperaba que ese mensaje amedrentaría a los franceses estaba equivocado.

Todos los franceses, incluso los que eran partidarios del rey, sintieron ese mensaje como una afrenta al honor de Francia.

¿Acaso esos extranjeros pensaban que Francia les tenía miedo?

Solamente había una manera de mostrar que Francia no temía a Prusia ni a Austria —y era declarándoles la guerra!—.

Así que Francia no esperó a que Austria o Prusia la invadieran, sino que les declararon la guerra.

Pero para la multitud de París, el rey y la reina eran los culpables de la guerra, eran sus amigos —el emperador de Austria, el rey de Prusia y el duque de Brunswick— quienes habían forzado la guerra con Francia.

Una vez más, la turba marchó sobre las Tullerías, reclamando la sangre del rey y de la reina.

El rey fue avisado con tiempo de que ni él ni su familia estaban a salvo en el palacio, que la chusma los mataría sin misericordia —¿adónde ir?—.

El único sitio que la turba respetaría sería la Asamblea General, el Parlamento —y de esa manera la familia real se desplazó secretamente hasta la Asamblea Nacional—.

Los fieles guardias suizos no habían sido advertidos de que el rey y la reina habían abandonado el palacio, y cuando la muchedumbre se acercó vociferando por los jardines del palacio, los guardias suizos abrieron fuego y detuvieron a la multitud.

Pero cuando el rey, que ya estaba bajo la protección de la Asamblea Nacional, se enteró de que su guardia personal había disparado contra los franceses, se sintió horrorizado —envió un mensaje a los soldados suizos pidiéndoles que no lucharan—.

² No se pudo identificar esta referencia entre los varios duques de Brunswick. [n. del pr.]

Los suizos habían jurado obedecer al rey, y fieles a sus órdenes dejaron de disparar y envainaron sus espadas.

Para la turba eso fue como una señal para renovar su ataque, irrumpieron en el palacio y mataron a todos los guardias suizos —obedeciendo a su juramento, murieron sin ofrecer resistencia—.

Y los invasores penetraron pisando sus cadáveres, saqueándolo todo y emborrachándose con el vino que encontraron en las bodegas.

Si el rey y la reina pensaban que estaban a salvo en la Asamblea Nacional, estaban muy equivocados.

Los enemigos del rey dentro de la Asamblea Nacional, los republicanos, tenían ahora el control de la situación.

Dictaron entonces una ley que acababa con la monarquía, declararon a Francia una república y la familia real fue arrestada y encerrada en una lúgubre prisión llamada ‘el temple’,³ porque antaño había sido un castillo de los Caballeros Templarios.⁴

Había sido un rey de Francia quien había provocado la caída de los Caballeros Templarios, y ahora un castillo de los Templarios presenciaba la caída del último rey de Francia. ♣

[ii:12] Danton, Robespier, Marat

En 1792 Francia había respondido a las amenazas del duque de Brunswick declarando la guerra a Prusia y Austria.

Pero Prusia y Austria se habían preparado largamente para esa guerra, tenían dispuesto un ejército de ochenta mil hombres entrenados, y veinte mil soldados de los nobles franceses que habían escapado, y esperaban recuperar sus posesiones y privilegios.

Y ese gran ejército invadió Francia, dirigidos por el enemigo jurado de la Revolución Francesa, el duque de Brunswick.

Y Francia, que había empezado la guerra, no estaba preparada en absoluto para ella.

Había un escaso número de soldados y oficiales bien entrenados y no podían esperar detener la avalancha de las tropas enemigas que invadían el país.

En ese momento, cuando parecía que Francia ya había perdido la guerra antes de empezarla, cuando los diputados de la Asamblea Nacional que habían declarado la guerra con el corazón alegre empezaron a temblar de miedo, en ese momento, un diputado tomó el liderazgo y salvó Francia.

Su nombre era Georges-Jacques Danton.¹

Danton era uno de los grandes oradores cuyas palabras podían conmover el corazón de sus oyentes —y sus fogosos discursos levantaron los corazones de sus compañeros diputados, levantaron el orgullo nacional de todos los franceses—.

Danton llamó a los franceses a ofrecerse voluntarios para el ejército, a presentarse y luchar por los grandes ideales, por la libertad, igualdad y fraternidad, y los franceses respondieron a esa llamada —llegaron por miles y decenas de miles para luchar por Francia y por esos ideales—.

Una compañía de oficiales estaba reunida a la noche en la ciudad de Estrasburgo, cerca de la frontera alemana; podían oír en la distancia el estruendo de los fusiles prusianos; pronto les tocaría a ellos enfrentarse al enemigo en batalla.

Pero no estaban preocupados, estaban alegres, reían, haciendo chistes y bebiendo.

A uno de esos oficiales, Rouget de Lisle,² le gustaba la música y ya había compuesto algunas canciones; uno de sus amigos se volvió hacia él y le dijo:

“Hemos oído algunas bellas canciones tuyas, canciones sobre la primavera, sobre el amor, pero esta noche nos gustaría oír una buena marcha, una canción que nos lleve a la batalla,

¹ Georges-Jacques Danton (1759-1794): Abogado y político francés que desempeñó un papel determinante durante la Revolución Francesa y cuyo espíritu contemporizador fue atacado por los diferentes partidos en pugna. [n. del pr.]

² Claude-Joseph Rouget de Lisle o Rouget de l'Isle (1760-1836): Militar y compositor francés, oficial del cuerpo de ingenieros del ejército francés. Destinado en Estrasburgo, compone ‘le Chant de guerre pour l’armée du Rhin’ [‘Canción de Guerra para el Ejército del Rin’] (abril 25, 1792). Cantado por el batallón de los marseleses en su marcha hacia París fue rebautizada ‘La Marsellesa,’ y se convirtió en el himno nacional francés durante la III República. [n. del pr.]

³ El Temple: Fortaleza medieval de París, donde estuvo preso Jacques de Molay, último Gran Maestre de los Templarios. Durante la Revolución Francesa sirvió de prisión para la familia real: rey Luis XVI, María Antonieta, princesa Isabel Filipina María Helena, Luis XVII, y la princesa María Teresa, presa y luego exilada. [n. del pr.]

⁴ La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón u Orden del Temple (1118-1310): Orden militar cristiana de la Edad Media, una de las más poderosas cuyos miembros son conocidos como caballeros templarios. Fundada por nueve caballeros franceses liderados por Hugo de Payns tras la primera cruzada, para proteger las vidas de los cristianos que peregrinaban a Jerusalén tras su conquista. [n. del pr.]

el profanador de textos

para hombres que luchan contra los tiranos, que luchan por la libertad.”

Rouget de Lisle pensó por un momento y respondió:

“Creo que tengo la tonada correcta en la cabeza, y hasta la letra.

”Disculpádmeme, compañeros, permitidme que suba a la alcoba e intente escribirla en el papel.”

Pasaron dos horas y Rouget estaba sentado en su habitación, ensayando algunos compases en su violín, y luego los escribía a la luz de la vela oscilante, mientras los fusiles retumbaban en la oscuridad —al amanecer había concluido su canción.

La cantó a sus amigos, y hubo una avalancha de aplausos; efectivamente, ese era el tipo de canción que querían.

Y, al día siguiente, los regimientos dirigidos por esos oficiales marcharon a la batalla con esa canción en sus labios.

La ciudad de Marsella está a 800 kilómetros al sur de Estrasburgo en donde se compuso; pero una semana más tarde, un periódico de Marsella imprimió la letra y la música de la canción —a los voluntarios que se alistaron en el ejército en Marsella les gustó tanto que la convirtieron en su himno de marcha—.

Los voluntarios de Marsella fueron enviados a París, y a medida que desfilaban por la ciudad, la gente de París la oyó por primera vez —a ellos también les gustó el himno y lo llamaron el ‘Himno de Marsella,’ ‘la Marsellesa.’³

³ La Marsellesa [francés: La Marseillaise]: Himno nacional de Francia (1795), escrito en 1792 por Claude-Joseph Rouget de Lisle. Fue prohibido durante el Imperio y la Restauración, regresó con la III República, prohibido nuevamente (1940-1945). Se consideraba como un símbolo de

Y esa conmovedora canción de Rouget de Lisle, con ese nombre es desde 1795 hasta hoy en día el himno nacional francés.

Fue esa canción que inspiró a los inexpertos voluntarios que tenían que luchar contra los soldados experimentados; fue esa canción la que llenó sus corazones de valentía para luchar contra los invasores extranjeros.

Y para sorpresa de esos soldados prusianos y austríacos vieron cómo esos hombres sin entrenamiento y armados pobremente, una ‘chusma,’ marchaban cantando hacia la batalla en medio de una lluvia mortal de balas, asaltando posiciones que los prusianos consideraban invulnerables.

Regimientos enteros de franceses fueron abatidos, pero nuevos regimientos los reemplazaban y luchaban con un desprecio a la muerte que los soldados entrenados e instruidos de Prusia y Austria nunca habían visto antes —los prusianos y austríacos no eran cobardes, luchaban porque se les ordenaba luchar, obedecían órdenes, pero no tenían ideas, ni creencias por las que luchar—.

Sin embargo, los jóvenes inexpertos y sin entrenamiento del ejército francés tenían creencias profundas y fuertes —luchaban por las ideas que iluminarían a la humanidad entera, por la libertad, la igualdad y la fraternidad, no luchaban sólo por Francia—.

Y fue ese espíritu de los voluntarios franceses, jóvenes y adolescentes de quince y dieciséis años, que al final demostró ser más fuerte que los bien entrenados ejércitos de Prusia y Austria.

Los invasores habían logrado penetrar hasta Valmy, a unos 200 km de París —pero en Valmy, los

resistencia a la ocupación alemana y al régimen colaboracionista de Vichy. Es tocada en parte de la obra Obertura 1812 de Piotr Ilich Chaikovski. [n. del pr.]

rudos reclutas de los franceses infligieron tal derrota sobre los bien entrenados soldados del duque de Brunswick, que los invasores tuvieron que abandonar y se retiraron apresuradamente a Alemania.

La batalla de Valmy en 1792 es una de las más importantes batallas en la historia, como la de las Termópilas para los griegos, o la batalla de Hastings, inicio de la conquista normanda de Inglaterra.

Fue una batalla que mostró al mundo que el espíritu de la Revolución Francesa no podía ser aplastado por la fuerza.

Pero ese mismo año de 1792 en que nació la Marsellesa, en que Francia derrotó a los invasores en Valmy, también fue testigo de cosas terribles hechas en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Cuando los ejércitos prusiano y austriaco se acercaban a París, los republicanos fanáticos de la Asamblea Nacional decidieron que los aristócratas que todavía había en Francia eran un peligro, que simplemente estaban esperando ayudar a los invasores extranjeros, y se dio la orden de matarlos —en cuatro días fueron arrestadas y fusiladas cuatro mil personas—.

Ese mismo año, un diputado propuso poner en práctica la utilización de un instrumento rápido y limpio para decapitar a los reos, propuesto en 1789 en la Asamblea Constituyente por Joseph Guillotin⁴ —que pensaba que la ejecución de la gente con armas de fuego era bárbara y sucia—.

El instrumento era una cuchilla amplia y pesada elevada y soltada por medio de una cuerda, que podía cortar una cabeza con más rapidez y seguridad ‘que un hacha.

⁴ Dr. Joseph-Ignace Guillotin (1738-1814): Médico y diputado francés. No inventó la guillotina, pero propuso su utilización en Francia. Su familia se cambió el apellido. [n. del pr.]

Muchos se rieron cuando el Guillotin dijo:

“Eso les cortará la cabeza con tanta rapidez que no llegarán a sentirlo.”

Muy poco se imaginaban esos hilarantes diputados que muchos de ellos descubrirían por sí mismos que el Guillotin tenía razón.

La máquina, llamada guillotina fue aceptada y se convirtió en el medio habitual de ejecución en Francia.

El año 1792 fue, por tanto un año de gloria y de vergüenza para Francia —la gloria de Valmy y la vergüenza del asesinato de los aristócratas—.

El año siguiente, 1793, sólo podría llamarse el año de la locura —los feroces y fanáticos republicanos se hicieron con el control de la Asamblea Nacional—.

Se llamaban a sí mismos los ‘jacobinos,’ porque el cuartel general solía ser la sala de la iglesia de Saint Jacques [Jaime o Jacobo o Santiago].

Pero, como veremos, esos fanáticos republicanos, los jacobinos, se preocupaban poco por las iglesias, la religión o los santos.

Los líderes de ese partido extremista eran tres hombres.

‘Uno de ellos era Danton, el elocuente orador que levantaba el orgullo y el patriotismo de los franceses para luchar contra los invasores extranjeros.

Danton era como una montaña, muy alto y grueso, con una voz como el trueno.

Pero si viéramos su rostro, grande y colorado, y su gran panza, comprenderíamos que ese hombre disfrutaba los placeres de la vida, comer y beber.

¡Si Danton hubiera vivido 150 años antes en Inglaterra habría encajado muy bien entre los caballeros!

El segundo líder de los jacobinos era Maximilien Robespierre.

Era todo lo contrario de Danton: un hombre menudo, delgado con un rostro pálido casi verdoso.

Hablaba con una voz seca y carrasposa, pero su mente era la más aguda de Francia.

Ese hombre pálido, pequeño e inteligente no tenía debilidades como Danton —nunca bebía otra cosa que agua, y comía sencilla y parcamente—.

Robespierre podría haber sido un perfecto puritano, pero totalmente desprovisto de corazón —era un hombre que nunca amó nada o a nadie en su vida—.

El tercer líder jacobino era Paul Marat,⁵ un periodista muy dotado pero deshonesto.

Marat fue uno de los primeros hombres que descubrió que un periódico tiene el poder de influenciar la mente de las personas.

Un periódico puede crear y modelar las opiniones de la gente y no se darían cuenta de que sus llamadas ‘opiniones propias’ serían tan solo lo que el periódico les había metido en la cabeza.

Marat llamaba a su periódico ‘L’Ami du Peuple’ [‘El amigo del pueblo’]; era un periódico muy popular y la muchedumbre de París literalmente devoraba todas las mentiras que imprimía Marat —cada distorsión y exageración tomándolas como si fuera una verdad bíblica—.

Esos tres hombres, Danton, Robespierre y Marat, los líderes de los jacobinos, mantuvieron el destino de Francia en sus manos, en ese año de locura, el año 1793. ♣

⁵ Jean-Paul Marat (1743-1793): Científico y médico francés más conocido como periodista y político durante la Revolución Francesa. Se le identificó con el ala izquierdista de la Revolución, los jacobinos, y su apasionada defensa del Terror le llevó a ser asesinado por Charlotte Corday, una joven girondina. [n. del pr.]

[ii:13] el reino del terror

Cada uno de estos tres hombres, Danton, Robespierre y Marat, los líderes de los jacobinos, dueños de Francia en el año de locura de 1793, era en realidad una caricatura, una distorsión de uno de los grandes ideales de la Revolución.

Danton usó su elocuencia para manipular el amor del pueblo por la libertad; Robespierre abusó del deseo del pueblo de igualdad para satisfacer sus propios fines; y Marat, el ‘amigo del pueblo,’ con su escritura apeló al sentido de fraternidad que había en el pueblo, de unidad, pero sólo para provocar la crueldad de los hombres.

El primer paso en esa distorsión de ‘liberté, égalité, fraternité’ fue lo que se hizo con el rey, Luis XVI.

Danton, Robespierre y Marat’ reclamaron la muerte del rey como traidor de Francia y en la Asamblea Nacional lograron que una mayoría de 387 frente a 334¹ aprobara ejecutar al rey.

En enero 20, 1793, quince mil soldados se alinearon en las calles por las que tenía que pasar el tumbrel,² el carro de dos ruedas que llevaba al rey hasta la plaza donde esperaba la guillotina.

¹ 387 / (387+334) da un porcentaje del 54%. [n. del pr.]

² tumbrel: Carro de dos ruedas (un eje) arrastrado por un solo caballo. Su uso más notable fue llevar prisioneros a la guillotina durante la Revolución Francesa. [n. del pr.]

el profanador de textos

Toda la población de París se hallaba en la calle; ventanas y tejados estaban atestados de gente.

Luis XVI tal vez era demasiado ineficaz para su labor como rey, pero a él nunca le faltó coraje y permaneció sereno y sin miedo hasta el final —subió con firmeza los escalones de madera que llevaban hasta la guillotina—.

Antes de poner la cabeza bajo la gran cuchilla quiso decir unas últimas palabras al pueblo, pero igual como sucedió en la ejecución de Carlos I en Inglaterra, los soldados empezaron a hacer sonar sus tambores para ahogar su voz.

Luego, el rey se arrodilló, puso la cabeza bajo la cuchilla, la cuchilla cayó rápidamente, y la cabeza del rey fue a parar en el cesto.

El verdugo, llamado Sansón, levantó la cabeza y gritó:

“Vive la République.”

Y la gente coreó:

“Vive la République.”

Lanzando sus gorros rojos al aire, bailando y cantando alrededor de la guillotina con una nueva tonada que se había hecho popular: ‘La Marsellesa.’

Luis XVI no fue un mal rey, pero pagó con su vida el engreimiento y la estupidez de los reyes que le precedieron, Luis XV, Luis XIV hasta Catalina de Médicis, que pensaban que podían preservar el poder real por la masacre de la Matanza de San Bartolomé.³

³ Matanza de San Bartolomé [francés: ‘le massacre de la Saint-Barthélemy’]: Asesinato en masa de hugonotes (cristianos protestantes franceses de doctrina calvinista) durante las guerras de religión de Francia del siglo XVI. Comenzó en la noche del 23 al 24 de agosto de 1572 en París, y se extendió durante meses por todo el país. [n. del pr.]

Luis XVI fue ejecutado en enero de 1793; en octubre, la reina María Antonieta sufrió la misma suerte —tenía sólo 37 años, pero su pelo dorado estaba totalmente blanco cuando fue llevada a la guillotina—.

Su hijo fue entregado a un zapatero jacobino, que trató tan mal al chico, matándole de hambre y pegándole, que tras dos años de sufrimiento, el niño murió.

Y en el mismo año en que el rey y la reina fueron ejecutados, la Asamblea Nacional, dominada por Danton, Robespierre y Marat, fue dictando leyes, leyes que sólo podríamos llamar descabelladas.

Una ley abolió el calendario que contaba los años desde el nacimiento de Cristo —los años tendrían que contarse a partir del nacimiento de la República, 1792—.

Cada año fue dividido en diez meses de 36 días, y ya no en doce meses.

Luego se abolió la religión —todas las iglesias y monasterios fueron saqueados y luego cerrados—.

En lugar de la religión cristiana la gente tenía que venerar la ‘Razón.’

En una gran ceremonia celebrada en París, una bella actriz, ataviada en vestidos romanos, fue mostrada al pueblo como la diosa de la Razón era un día frío y a la pobre ‘diosa’ se le declaró una pulmonía al día siguiente—.

Todos los títulos —Barón, Duque, Conde— fueron abolidos, incluso se prohibieron el cortés Señor o Señora.

La gente tenían que dirigirse unos a otros como ciudadano y ciudadana.

Para borrar cualquier memoria de la realeza, los cuerpos de los anteriores reyes y reinas de Francia

fueron sacados de sus tumbas y echados en cal viva para que no quedara rastro de ellos.

Hubo que cambiar los naipes, de modo que en lugar de reyes, reinas y pajes, había imágenes de damas que se suponía que representaban la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El resto del mundo se quedó horrorizado por las ejecuciones y por esas leyes descabelladas.

Gran Bretaña, Austria, España e Italia le declararon la guerra a Francia.

Y en la misma Francia hubo provincias enteras, ciudades como Lyon y Toulon que se levantaron en rebelión contra los locos fanáticos de París.

Francia estaba amenazada por poderosos enemigos fuera y por rebeldes dentro.

En esta situación desesperada, los líderes, Danton, Robespierre y Marat, decidieron que la primera tarea era aplastar a los enemigos dentro de Francia.

Marat escribió en su periódico:

“Doscientos mil enemigos se hallan entre nosotros, han de morir.”

”Doscientos mil cabezas han de rodar para salvar la República.”

En la ciudad de Caen, en Normandía, una joven, Charlotte Corday,⁴ leía el periódico de Marat cada día; era republicana hasta la médula, creía del todo en los grandes ideales de libertad, igualdad, fraternidad, pero consideraba que pedir la muerte de doscientos mil compañeros franceses simplemente no estaba bien.

⁴ Marie Anne Charlotte Corday d’Armont o Charlotte Corday (1768-1793): P, fue un personaje de la Revolución francesa, seguidora del partido de los girondinos, famosa por haber asesinado a Jean-Paul Marat, ‘el amigo del pueblo.’ [n. del pr.]

el profanador de textos

Sintió que ese hombre, Marat, era un monstruo ávido de sangre a quien no había que permitirle influir en la mente del pueblo francés.

Y esa joven y hermosa muchacha, que podría haber vivido fácilmente una vida feliz en su pequeño pueblo de Normandía, llegó a una terrible decisión: que su tarea era librar a Francia de ese monstruo de Marat.

Charlotte Corday planificó cuidadosamente la labor; era conocida como una republicana convencida, de modo que Marat no se sorprendió cuando recibió una carta de ella en la que le decía que había descubierto una conspiración contra el gobierno y que se trasladaba a París para darle una lista de los conspiradores malvados —después de escribir la carta, Charlotte partió para París—.

Marat sufría de una desagradable enfermedad de la piel y el único modo en que sentía cierto alivio de las picantes manchas rojas era tomando baños calientes.

Y como en aquellos tiempos la gente no tenía baños en casa, Marat tenía en su propia habitación una pequeña bañera, suficiente como para estar sentado en ella —acostumbraba a estar sentado durante horas en esa bañera e incluso escribía sus artículos sentado en ella—.

Cuando Charlotte Corday llegó, el portero no quería dejarla entrar; le dijo qué Marat estaba tomando su baño.

Pero la joven respondió:

*“Dile que Chailotte Corday quiere verle.
Es urgente; la seguridad de Francia está en peligro.”*

Cuando Marat oyó quién era el visitante, recordó la carta y dijo al portero:

“Si a ella no le importa verme en la bañera, deja que entre.”

Ella entró y comenzó a dictarle la lista de nombres, mientras Marat los iba escribiendo al dictado, ella sacó una daga de entre sus ropas y súbitamente se adelantó y se la clavó en el pecho.

Marat dio un grito y expiró.

El grito atrajo gente de fuera y Charlotte fue hecha prisionera y encarcelada.

En su juicio ella dijo:

“Maté a Marat porque los hombres de su especie son los verdaderos enemigos de la libertad.”

Y con toda serenidad fue hasta la guillotina.

El asesinato de Marat atemorizó y enfureció a Danton y Robespierre, los líderes jacobinos.

Danton pronunció discursos en los que rugía:

“Muerte a los aristócratas, muerte a todos los que no demuestren completamente que son republicanos convencidos.”

Y Robespierre hablaba con su voz monótona durante dos horas sobre los deberes del buen ciudadano y acababa leyendo una lista de varios cientos de nombres: personas que no eran buenos ciudadanos y que, por tanto, muy a pesar suyo, tenían que ser sentenciadas a muerte.

El período entre 1793 y 1794 es llamado ‘el reino del terror,’ el período en que se cumplió el deseo de Marat, en el que rodaron cientos de miles de cabezas.

Primero fueron ejecutados los aristócratas que quedaban, incluso los que eran republicanos y jacobinos, bastaba con que hubieran nacido con un título nobiliario.

Luego les tocó el turno a los que habían expresado simpatía o piedad por el rey, ellos también tenían que morir.

Una palabra equivocada podía costarle la vida a cualquiera.

Un soldado que se había emborrachado y que gritó:

“Francia es grande tanto si es monarquía como república”

fue arrestado y guillotinado.

Luego les tocó a los diputados que habían votado contra la sentencia de muerte para Luis XVI —eran republicanos fieles que habían mostrado simpatía por el rey, y ahora tenían que morir por ello—.

Todos fueron a la muerte cantando La Marsellesa.

Después les tocó a los sacerdotes y las monjas de las iglesias y monasterios clausurados, eran vistos como enemigos de la República, y sus cabezas también fueron separadas por la guillotina.

Para entonces, Danton, el gran Danton, acabó enfermo de tanto derramamiento de sangre —apeló a sus compañeros diputados para que pararan las ejecuciones—.

Pero Robespierre estaba esperando ese momento; acusó a Danton y a sus amigos de ser traidores, Danton fue sentenciado a muerte y su cabeza rodó.

Robespierre, el puritano, se había hecho dueño de Francia —era un gran creyente en la igualdad.

Tener mejor inteligencia que otros era un crimen contra la igualdad, de modo que las mejores mentes de Francia tenían que morir, incluyendo un científico famoso en el mundo entero: Lavoisier.⁵

⁵ Antoine-Laurent de Lavoisier (1743-1794): Químico, biólogo y economista francés. Considerado el ‘padre de la química moderna’ por sus estudios sobre la oxidación de los cuerpos, el fenómeno de la respiración animal, el análisis

Hasta sus propios amigos y partidarios temían por sus vidas; así que le hicieron caer en una trampa y lo acusaron de traidor.

Lo arrestaron y lo enviaron a la guillotina — la gente le escupía en su camino a la muerte en 1794—.

Con la muerte de Robespierre el ‘reino del terror’ llegó a su fin.

Un grupo de moderados, que se hicieron llamar el ‘Directorio’ asumió el gobierno en Francia. ♣

[ii:14] Napoleón

Robespierre fue ciertamente un monstruo sin corazón, pero en su propia demencia había sido sincero en su fe de que estaba haciendo lo mejor para Francia —él mismo estaba convencido de que era un sirviente desinteresado de Francia—.

Los hombres que habían provocado esa caída, un abogado llamado Paul Barras¹ y sus amigos, no eran desinteresados en absoluto —lo único que hicieron fue detener el ‘reino del terror,’ y una vez que estuvieron en el poder y se instalaron como el ‘Directorio’ y utilizaron su posición para enriquecerse—.

Las cosas se veían muy prometedoras para esos ‘directores’ de Francia.

Las rebeliones en las provincias, en Lyon, en Toulon, habían sido aplastadas por el ejército francés, que mató a miles de rebeldes, así que los directores no temían””nuevos levantamientos en las provincias.

¹ Paul François Jean Nicolas, vizconde de Barras (1755-1829): Revolucionario francés y principal líder político del Directorio (1795-1799). Participó en dos expediciones a las Indias Orientales, abandonó el ejército. Apoyó el exitoso intento de derrocar a Robespierre y sus hombres, el golpe de estado de termidor (julio 27, 1794). [n. del pr.]

En París, habían aniquilado a Robespierre y a un gran número de fanáticos jacobinos, por lo que no temían la presencia de enemigos en ese flanco.

Y los enemigos exteriores, Gran Bretaña, Austria, Italia, no tenían prisa en invadir Francia, teniendo fresca en la memoria la batalla de Valmy.

Todo parecía ir bien para Barras y sus compañeros directores —bien para la agradable tarea de amasar fortuna—.

Pero las cosas no funcionaron tan bien.

El año 1795 volvió a tener una mala cosecha en el campo y un larguísimo invierno; la comida escaseaba y el precio de la harina subió, por lo que los pobres no podían pagarla para hacer el pan.

Y entonces la gente de París hizo lo que ya había hecho antes, se sublevó.

Pero los ‘directores’ no iban a permitir ningún tipo de disturbios en París.

Y Barras y sus amigos pensaron en un general muy capacitado que ya había mostrado sus habilidades en tratar con las multitudes amotinadas —él se había encargado de aplastar la rebelión en Toulon—.

Barras llamó a ese prometedor general y le encargó la tarea de disolver a la muchedumbre.

El nombre de ese joven general era Napoleón Bonaparte.²

² Napoleón I Bonaparte (1769-1821): Militar y estadista francés, general republicano durante la Revolución y el Directorio, artífice del golpe de Estado del 18 de brumario que lo convirtió en primer cónsul de la República; cónsul vitalicio, coronado Emperador de los franceses (diciembre 2, 1804). Durante poco más de una década, tomó el control de casi toda Europa Occidental y Central mediante una serie de conquistas y alianzas. Solo tras su derrota en la batalla de las Naciones (1813), se vio obligado a abdicar. Regresó a Francia y al poder durante los Cien Días y fue derrotado para siempre en Waterloo (1815), desterrado en la isla de Santa Elena, donde falleció. Es considerado uno de los

del aire, la ley de conservación de la masa o ley Lomonósov-Lavoisier, la teoría calórica, la combustión y sus estudios sobre la fotosíntesis. [n. del pr.]

el profanador de textos

El general Bonaparte puso paz y orden en París a su manera; sus tropas penetraron por la noche en París y rodearon los jardines de las Tullerías con cuarenta cañones.

A la mañana siguiente, los sublevados estaban otra vez en la calle, confluyendo desde los barrios pobres hacia el centro, hacia las Tullerías, agolpándose en los jardines y gritando:

“¡Pan, pan, dadnos pan!”

Cuando la multitud vociferante se acercó a los soldados el general Bonaparte gritó una advertencia a la gente que estaba delante del grupo —pero ellos se limitaron a reírse—.

¿Quién iba a atreverse a disparar a la gente de París? —y de todas maneras no iban a obedecer a ese hombrecillo, así que se acercaron más—.

Cuando avanzaron, Bonaparte gritó:

“¡Fuego!”

Los cañones causaron estragos sobre la masa compacta del pueblo; cientos eran masacrados por cada sola descarga —el resto huyó despavorido—.

El general Bonaparte era el mismo hombre que, siendo oficial, había visto a la turba invadir las Tullerías y que le había dicho a un amigo:

“Un solo cañonazo los haría correr.”

Había recordado esas palabras y había actuado en consecuencia —y así es como puso orden en París—.

Barras y sus colegas directores le agradecieron a Bonaparte haber pacificado París, pero consideraron

que sería mejor mantener a ese hombre ambicioso e implacable alejado de París, e incluso de Francia.

Así que lo pusieron al mando de las tropas francesas que habían invadido Italia y fue en Italia que Bonaparte se puso a prueba a sí mismo como uno de los más grandes generales de la historia.

Napoleón Bonaparte había nacido en la isla de Córcega en el mediterráneo —los corsos son realmente italianos y su lengua es un dialecto italiano, pero Francia le había comprado la isla a Italia en 1768 y Córcega estaba bajo gobierno francés—.

Napoleón había nacido en la isla en 1769, cuando Luis XV y Madame de Pompadour todavía reinaban en Francia —la familia Bonaparte era numerosa, Napoleón tenía cuatro hermanos y tres hermanas—.

El padre, un abogado, estuvo encantado cuando el gobernador de Córcega le ofreció una ‘beca’ para uno de sus hijos: se le daría educación gratuita en una academia militar en Francia, donde se educaba y entrenaba a los jóvenes para convertirse en oficiales en el ejército francés —el padre se sintió aliviado de no tener que preocuparse al menos de la educación de uno de sus ocho hijos—.

De modo que Napoleón fue enviado a la Academia Militar, internado —Napoleón lo pasó muy mal en esa escuela—.

Los otros muchachos se burlaban de él porque hablaba francés con acento italiano y no llegó a hacer amigos entre ellos —pero ese pálido muchacho de Córcega no parecía necesitar amigos, parecía sentirse plenamente satisfecho con sus propios pensamientos, y con el tiempo, los demás muchachos aprendieron a respetarlo—.

Cuando había nieve, los jóvenes solían dividirse en dos bandos que luchaban entre sí con bolas de

nieve —pero el bando al que ese joven corso acababa uniéndose lo tomó como su comandante y líder, incluso los muchachos mayores simplemente lo aceptaban como líder, y ese grupo siempre ganaba—.

Napoleón Bonaparte acabó la escuela y se convirtió en teniente; pero incluso como oficial no tenía amigos íntimos.

Los demás oficiales venían de familias ricas y nobles y tenían mucho dinero de sus casas además de la paga militar —Bonaparte sólo tenía ese sueldo del ejército, lo que no era mucho, y los jóvenes aristócratas tendían a menospreciar a ese teniente porque no era de su propia clase—.

Pero Napoleón Bonaparte leía los libros de la Ilustración, leía sobre los derechos naturales del hombre, oía hablar de las grandes ideas de libertad, igualdad y fraternidad, y soñaba en una época en que las habilidades de un hombre serían las que decidirían su carrera en la vida, y no los privilegios de nacimiento y de clase.

Y él conocía muy bien sus habilidades, estaba seguro de que estaba destinado para la grandeza.

Cuando se produjo la Revolución, el teniente Bonaparte no estaba interesado en el destino del desgraciado rey Luis XVI, no estaba interesado en el gobierno republicano, en personas como Danton, Robespierre y Marat, pues Bonaparte comprendía que esos hombres no hacían más que distorsionar los ideales de libertad, igualdad y fraternidad.

Pero, al menos, ese gobierno republicano abolió los privilegios y eso le dio una oportunidad de avanzar, de promoverse, oportunidad que el régimen anterior no le había dado —y por eso Bonaparte sirvió fielmente al gobierno republicano y bombardeó a los rebeldes de Toulon—.

mayores genios militares de la historia, y se le conoce por el Código Napoleónico. [n. del pr.]

Como recompensa, tuvo una promoción rápida y ya era general cuando Barras lo llamó para sofocar los disturbios de París.

Para el general Bonaparte ese era simplemente un paso más en la escalada hacia la grandeza y la fama, y aplastó la sublevación con el simple disparo de sus cañones, como ya hemos visto —su recompensa fue recibir el comando de las tropas que luchaban en Italia—.

Para entonces, Napoleón se había casado con una atractiva viuda, Josefina Beauharnais.³

Y cuando se despidió de su esposa le dijo:

“Mi espada está mi lado y con ella iré lejos.”

En 1795, Francia estaba en guerra con Gran Bretaña, Prusia, Austria, España e Italia.

¿Qué oportunidad tenía Francia contra todos esos enemigos?

No hubiera habido oportunidad alguna en absoluto si no haber sido por ese hombre de Córcega, Napoleón Bonaparte.

Las tropas francesas en Italia estaban mal equipadas, mal vestidas, y muy desanimadas —pero Bonaparte, con su mera presencia, creaba un nuevo espíritu entre ellos.

Al principio derrotaron a un ejército italiano, y luego se enfrentaron a un gran ejército que los austríacos habían enviado a Italia.

La batalla contra los austríacos tuvo lugar en Noviembre de 1796, cerca de un pueblo llamado Arcole en el norte de Italia.

Los austríacos se hallaban en el otro lado del río Alpone y los franceses sólo podían llegar hasta ellos atravesando un puente.

Pero los austríacos apuntaban al puente con sus cañones y cada vez que los franceses pasaban por el puente eran acribillados por el fuego austríaco.

Los franceses avanzaron tres veces por el puente, y tres veces tuvieron que retirarse dejando atrás a sus muertos y heridos.

El propio general Bonaparte tomó la bandera francesa y gritando:

“¡Seguidme!”

corrió hacia el puente y sus fieles soldados le siguieron.

Alcanzaron la mitad del puente, pero entonces el fuego de los cañones se hizo tan pesado que los soldados volvieron atrás.

En la confusión, Bonaparte cayó del puente precipitándose sobre el lodo cenagoso que había debajo y los soldados austríacos se acercaron corriendo hacia él.

Los soldados franceses lo vieron y con el grito de:

“¡Adelante, salvemos al general!”

se precipitaron a través del puente, sacaron de allí a los austríacos, y al final del día habían obtenido una victoria decisiva.

Al poco tiempo toda Italia estaba en manos del general Bonaparte y la gente de París lo recibió triunfante.

Se habían olvidado de los cañonazos en los jardines de las Tullerías —él era su héroe bienamado—. ♣

[ii:15] Napoleón en egipto

Napoleón Bonaparte no era alto; era un hombre bajito y corpulento y sus soldados solían hablar de él llamándole cariñosamente ‘nuestro pequeño cabo.’

Pero ese hombre pequeño y robusto tenía una voluntad de hierro, un impulso y una energía que hacían que los más altos se sintieran como enanos frente a él —y ese hombrecito era realmente un gigante en sus capacidades mentales—.

En primer lugar era un gigante para trabajar, podía dictar cinco cartas al mismo tiempo; durante la mayor parte de su vida nunca durmió más de tres horas al día.

La planificación y la preparación de batallas y campañas enteras, las discusiones con sus oficiales, las inspecciones de tropas eran sólo una parte de su trabajo.

Cuando había conquistado una región establecía las leyes de gobierno y esas leyes seguían el espíritu de la Revolución Francesa: igualdad en la justicia, iguales oportunidades para todos.

No sólo era gigante la cantidad de trabajo que llegaba a realizar en un día, sino también sus planes para el futuro.

Su gran sueño, su gran ambición, era unir las naciones de Europa en una gran nación.

³ Josefina de Beauharnais, nacida Marie Josèphe Rose Tascher de la Pagerie (1763-1814): Primera esposa de Napoleón Bonaparte (1796) y emperatriz de Francia. Por no poder dar un hijo heredero se divorció (1810). Los franceses la llamaban l'bonne Josephine (Josefina, la buena). [n. del pr.]

el profanador de textos

Quería barrer las docenas de nacionalidades y reinos de Europa que estaban constantemente peieándose y haciéndose la guerra.

Y como no mostraban la más ligera inclinación a unirse por su propia voluntad, habría que hacer que se unieran —y él era el hombre para reunirlos en una sola nación—.

También era un gigante en la manera en que impresionaba a la gente.

De su rostro pálido resaltaban un par de ojos negros brillantes que ejercían un poder magnético; si miraba encolerizado, se sentía como golpeado por un rayo; si miraba con elogio y aprobación se sentía que el alma se elevaba llena de gozo.

Sus soldados, desde el raso al oficial de más alto rango, más que amarlos prácticamente le adoraban —para ellos era una especie de Dios—.

Cualquier privación o sacrificio que les pidiera ellos estaban contentos de servirle, de desfilar con él, de luchar por él e incluso de morir por él.

Puede sonar extraño, pero el hecho es que en una ocasión cuando dio la orden a un regimiento de que se metiera en un río y llegara hasta la otra orilla, muchos hombres fueron arrastrados por la fuerte corriente y se ahogaron, pero los que se estaban ahogando, en su último suspiro, gritaban:

“¡Larga vida a Napoleón!”

Era como un ser superior, un ser sobrehumano para sus soldados, y en su presencia mucha gente sentía como si una fuerza más que humana hubiera tomado posesión del cuerpo de ese hombre y obrara a través suyo.

No era una fuerza verdaderamente divina, como la que guiaba a la humilde Juana de Arco, ni tampoco era una fuerza maligna o diabólica, era como una

fuerza de la naturaleza, una tormenta, un huracán —lo cierto es que no eran como las fuerzas de un ser humano cualquiera—.

La victoria del general Bonaparte en Italia provocó un gran impacto en los enemigos de Francia.

Austria solicitó la paz, y luego Prusia y España.

Sólo Gran Bretaña no se dejó conmover y continuó la guerra; pero fue sólo una guerra por mar, entre barcos de guerra y no era un gran peligro para Francia.

Para los franceses, el general Napoleón Bonaparte había traído la paz y la gloria a Francia de un solo golpe, y se había convertido en su bienamado héroe.

Pero al Directorio, Barras y sus colegas, no le agradaba la popularidad del general Bonaparte —era amado por la gente y por los soldados, era ambicioso, tal vez se le ocurriría convertirse en dueño de Francia—.

De modo que los Directores de Francia se sintieron muy complacidos cuando el propio Napoleón les propuso algo que lo mantenía apartado de Francia durante mucho tiempo.

Para entonces, Gran Bretaña había establecido una gran colonia en Asia —el gran subcontinente de la India estaba gobernado por los británicos—.

Francia no tenía suficientes barcos para atacar la India por mar, pero la India podía alcanzarse por tierra.

¿No lo había hecho Alejandro Magno¹?

¹ Alejandro III de Macedonia o Alejandro Magno (356 aC-323 aC): Rey de Macedonia (336 aC), Hegemón de Grecia, Faraón de Egipto (332 aC), Gran rey de Media y Persia (331 aC). En su reinado de trece años, cambió por completo la estructura política y cultural al dar inicio a una época de extraordinario intercambio cultural, en la que los griegos se expandieron por los ámbitos mediterráneo y cercano oriente, el período helenístico (323 aC-30 aC). [n. del pr.]

La propuesta del general Bonaparte era conquistar primero Egipto, luego seguir y conquistar Turquía y Persia, y seguir adelante hasta la India, y arrebatarla a los británicos —era una idea locamente ambiciosa—.

Incluso a un ejército moderno con tanques y aviones le costaría mucho llevar a cabo una tarea así.

Pero los Directores estuvieron de acuerdo porque, al menos, eso mantendría a ese hombre peligroso alejado de Francia, y bastante lejos.

Así que en 1798, Napoleón embarcó desde Toulon con una gran flota transportando un ejército de cuarenta mil hombres; le acompañaba también un segundo ejército más pequeño de científicos, artistas, arqueólogos.

Esperaban realizar grandes descubrimientos en las tierras de oriente —de hecho, se hizo un descubrimiento muy importante en esa fantástica expedición—.

Nadie en el mundo podía leer los jeroglíficos, la escritura egipcia —lo que esas imágenes querían decir había desaparecido del todo—.

Pero esa expedición de los eruditos franceses descubrió una piedra con una inscripción —la ahora famosa piedra de Rosetta²— en la que estaban los nombres de reyes y reinas egipcios en jeroglíficos y en griego.

La piedra de Rosetta hizo posible descifrar toda la escritura del antiguo Egipto: hoy en día se halla en el Museo Británico —pero ese gran descubrimiento vino más tarde—.

² Piedra de Rosetta: es un fragmento de un monumento egipcio antiguo del faraón Ptolomeo V en 196 aC, en tres escrituras distintas: jeroglíficos egipcios, escritura demótica (jeroglíficos de la última etapa egipcia), y griego antiguo. Facilitó el descifrado moderno de los jeroglíficos egipcios. [n. del pr.]

el profanador de textos

Para empezar, la flota francesa con todos los soldados a bordo podría muy bien no haber llegado a Egipto, porque en el Mediterráneo había una gran flota británica esperando a los franceses y dispuesta a hundirlos.

Esa flota estaba comandada por Horatio Nelson³ que se convirtió en el más famoso de los héroes británicos del mar —pero en esa ocasión, la suerte estuvo de parte de Napoleón y su flota—.

Los británicos nunca llegaron a avistar los buques franceses que llegaron sanos y salvos a la costa egipcia cerca de Alejandría, sin encontrar resistencia alguna.

En aquella época Egipto se hallaba bajo el dominio turco, era parte del imperio otomano, no era un país independiente.

Pero los turcos fueron tomados por sorpresa por esa invasión y Napoleón además de lograr desembarcar sus tropas, también ocupó la ciudad de Alejandría sin encontrar soldados turcos.

Desde Alejandría, Napoleón llevó su ejército hacia El Cairo,⁴ la capital de Egipto.

Llegaron a la colina de Guiza en las afueras de El Cairo y vieron las pirámides⁵ y la esfinge⁶ —tam-

bién vieron un gran ejército turco que se acercaba rápidamente—.

Iba a ser la batalla decisiva en Egipto.

Napoleón les dijo a sus soldados, antes de entrar en combate:

“Soldados de Francia, vais a luchar frente a las pirámides.

”Cuarenta siglos de historia os contemplan desde esos monumentos.

”Sed dignos de esta gran ocasión!”

Y la batalla frente a la pirámides acabó con una gran victoria francesa.

Después de esa victoria, Napoleón ordenó a los barcos de su flota que permanecieran en el puerto de Abukir, cerca de Alejandría, mientras él y su ejército seguían adelante con el ataque a Turquía.

Pero mientras estaban en marcha, la flota británica mandada por Nelson acabó encontrando los barcos franceses —Nelson llevó su flota hasta el puerto de Abukir y en una batalla nocturna que duró dieciocho horas, los buques franceses fueron destruidos y hundidos—.

Ese acontecimiento, que tuvo lugar en la noche entre el 1 y el 2 de agosto de 1798, se conoce como la batalla del Nilo.

Cuando las noticias de la pérdida de la flota llegaron a Napoleón, comprendió que sin barcos su plan estaba condenado al fracaso —necesitaba suministros, más tropas y era imposible conseguirlos sin barcos—.

Dejó a su ejército en Egipto y viajó a Francia en un pequeño barco que aún le quedaba; y tuvo suerte, pues llegó Francia sin ser capturado por los británicos.

Los pobres soldados que quedaron en Egipto fueron derrotados posteriormente por los británicos, fueron hechos prisioneros y, finalmente, devueltos a Francia.

Los británicos se quedaron allí, y habían logrado arruinar el plan de Napoleón de imitar a Alejandro Magno —y fue Nelson quien lo hizo—.

La Piedra de Rosetta, que los franceses habían descubierto era parte del botín que los británicos tomaron de los franceses en Egipto y por ello se halla en Londres y no en París.

Podríamos pensar que los franceses le dieron una pobre bienvenida a Napoleón después del desastre de la expedición, pero no fue así; lo aclamaron como si hubiera conquistado todos los territorios hasta la India y estuvieron contentos de volver a tenerlo entre ellos.

En su ausencia, Austria había vuelto a declarar la guerra a Francia y a los franceses le iba mal en la guerra —Napoleón Bonaparte era el único hombre que podía convertir la derrota en victoria—. ♣

³ Horatio Nelson, I vizconde de Nelson, I duque de Bronté (1758-1805): Vicealmirante de la Marina Real británica, conocido por sus victorias durante las Guerras revolucionarias francesas y las Guerras Napoleónicas, particularmente por su victoria en Trafalgar donde murió. [n. del pr.]

⁴ El Cairo, en árabe: Al-Qahira, significado: ‘La Triunfante’; Fundada por el fatimí Jawhar Al-Saqli, en 972. [n. del pr.]

⁵ Pirámides de Guiza (Egipto): Construidas como criptas reales para los faraones desde el año 2700 aC. [n. del pr.]

⁶ Gran Esfinge de Guiza: Escultura monumental en Guiza, cabeza de faraón y cuerpo de león, esculpida cerca del siglo XXVI aC. La llamaban ‘Abu el-Hol’ [‘Padre del Terror’] deformación del copto ‘bel-hit,’ ‘el guardián’ o ‘vigilante.’ [n. del pr.]

[ii:16] el emperador Napoleón y trafalgar

Los franceses dieron la bienvenida a Napoleón a su regreso de Egipto porque esperaban que los salvaría de los ejércitos austriacos —pero también había otra razón—.

El Directorio, Barras y sus colegas, nunca había sido muy popular y su política de usar el gobierno esencialmente para enriquecerse no había hecho que la gente llegara a apreciarlos —muchos franceses decían abiertamente que preferían ser gobernados por Bonaparte que por esos hombres que sólo pensaban en sus propios bolsillos—.

Y, por otra parte, el ejército, los soldados franceses admiraban a Napoleón y despreciaban a los Directores.

El mismo Bonaparte era siempre consciente de la opinión pública y como las cosas se ponían a su favor, no iba a perder una oportunidad así.

Un día, en Noviembre de 1799, irrumpió en una Asamblea de los Diputados franceses —miembros del Parlamento— y les dijo que el Directorio había terminado y que él asumiría el gobierno con el título de ‘Primer Cónsul,’ un título que los antiguos romanos habían usado cuando todavía eran una República.

Los diputados objetaron, le gritaron, lo llamaron ‘dictador.’

Napoleón salió de la sala y fuera le estaba esperando un batallón de sus soldados, a los que dijo:

“Saquen a esa chusma de ahí dentro.”

Y con el grito de:

“¡Larga vida a Napoleón!”

los soldados penetraron en el recinto y en unos minutos la sala estaba vacía.

Francia tenía un nuevo gobierno: el Cónsul Napoleón Bonaparte.

La primera tarea del nuevo cónsul fue abordar la amenaza austriaca.

Después de la batalla de Arcole —aquella en la que se abalanzó sobre el puente— Napoleón había conquistado Italia; pero mientras estaba en Egipto, los austriacos habían vuelto a ocupar el norte de Italia, así que tuvo que volver a expulsarlos de allí.

Pero era en enero, en pleno invierno, y ningún general sensato desplazaría un ejército a través del hielo y la nieve.

Al menos eso era lo que pensaban los austriacos; esperaban que Napoleón los atacaría en primavera —pero Napoleón tenía ideas diferentes—.

Recordaba a Aníbal,¹ el gran general cartaginés que antaño había invadido Italia desde el norte, atravesando los Alpes —Napoleón iba a hacer lo mismo que había hecho Aníbal, no tenía elefantes, pero cruzó los Alpes con su ejército en pleno invierno—.

¹ Aníbal Barca (247 aC-183 aC): General y estadista cartaginés, uno de los más grandes estrategas militares de la historia. Participó en la segunda guerra púnica, atravesó los Pirineos y los Alpes para conquistar el norte de Italia, derrotando a los romanos, pero no llegó a entrar en Roma. [n. del pr.]

El ejército tenía cañones pesados que tuvieron que ser arrastrados por laderas empinadas, pero los soldados hicieron grandes trineos de madera de pino y llevaron los cañones sobre esos trineos a través de nieves espesas.

En algunos sitios no había siquiera senderos, sólo pequeños salientes y allí un paso en falso o un resbalón llevaría a cualquier hombre a la muerte.

Pero incluso a lo largo de esos estrechos senderos y escalando desfiladeros, los soldados empujaban y arrastraban, y cuando se sentían exhaustos y al final de sus fuerzas, les bastaba con mirar a su general y se volvían a sentir fuertes y con coraje.

Al final alcanzaron el famoso monasterio de San Bernardo en el punto más alto del desfiladero de San Bernardo —los monjes no daban crédito a sus ojos cuando vieron a todo un ejército llegando en un momento en que, normalmente, ningún viajero se atrevería a llegar hasta allí.

El camino de descenso era igualmente peligroso, el problema consistía ahora en frenar los trineos con los cañones, y evitar que se resbalaran y aplastaran a los hombres que iban delante.

Pero de un modo u otro lo consiguieron, cruzaron los Alpes y se precipitaron sobre el norte de Italia.

Los austriacos, tomados por sorpresa, fueron perdiendo una batalla tras otra hasta que, en luego de la aplastante derrota en Marengo en el año 1800, solicitaron la paz.

No sólo Austria, sino también Gran Bretaña firmaron la paz con Francia —podemos imaginarnos la alegría; y el júbilo que se produjo en París y en toda Francia—.

‘Napoleón Bonaparte, el Primer Cónsul, realmente había producido un milagro y ninguna

alabanza era lo suficientemente alta para él, el héroe victorioso de Francia —había llegado el momento de buscar miras más altas—.

¿Por qué iba a seguir siendo Primer Cónsul si podía llevar una corona?

Pero no iba a ser un mero rey, ¡iba a ser Emperador de Francia!, como lo había sido Carlomagno.

Siempre tenía grandes ejemplos en la historia para inspirarse —Alejandro Magno, Aníbal, y ahora Carlomagno—.

Entre la pompa y el esplendor llegó así el día en que Napoleón Bonaparte, el hijo de un abogado corso, y su esposa Josefina fueron coronados emperador y emperatriz de Francia en la catedral de Notre Dame —y nadie menos que el Papa, que había llegado de Roma para la ocasión, iba a ratificar la corona imperial para él y su esposa—.

Pero en la ceremonia, según lo acordado con el Papa, fue Napoleón mismo quien se puso la corona sobre la cabeza y luego la de su esposa.

Con ello quería mostrar que, a diferencia de Carlomagno, él ceñía la corona por la gracia de Dios, pero por la voluntad del pueblo.

Napoleón Bonaparte se había convertido en el Emperador Napoleón, pero sabía que la Revolución Francesa había sido la que le había abierto el camino a la corona —fueron su propia habilidad y la Revolución Francesa los que le habían encumbrado tan alto, y no una bendición del Papa—.

Para Napoleón, ser emperador fue solamente el principio.

Según él: ‘no habrá paz en Europa hasta que esté unida bajo un solo gobierno’ —no cabía duda del gobierno en que estaba pensando: ¡el suyo propio!—.

No hay que Sorprenderse de que el resto de naciones europeas estuvieran preocupadas, de modo que los tres grandes poderes de la época, Gran Bretaña, Austria y Rusia, formaron una alianza —si uno de esos países era atacado por Napoleón los otros dos acudirían en su ayuda—.

A Napoleón no le gustó el asunto, y sobre todo desdenaba a Gran Bretaña.

Llamaba a los británicos ‘una nación de comerciantes’ y él, que era un soldado nato, sólo podía despreciar a los comerciantes —pero esos ‘tenderos’ habían estropeado sus planes en Egipto y habían formado una alianza contra él, era hora de que les diera una lección—.

invadiría Inglaterra, y, de hecho, las tropas francesas se agruparon a lo largo del Canal de la Mancha y los ingleses esperaban que la invasión se produjera de un momento a otro.

Pero Napoleón no era tan tonto como para intentar una invasión mientras existiera una armada británica capaz de hundir sus barcos —así que el primer objetivo fue destruir la Armada británica—.

Napoleón ordenó al almirante Villeneuve² que sacara la flota británica del Canal y la destruyera en alta mar; y el almirante francés cumplió la primera parte de la orden.

Los franceses tenían una alianza con España, de modo que se unieron las escuadras francesa y española para luchar contra la flota británica, de modo que ambas flotas se enfrentaron en aguas españolas, frente al cabo de Trafalgar en las costas de Cádiz —lejos del Canal de la Mancha—.

² Pierre-Charles-Jean-Baptiste-Silvestre de Villeneuve (1763-1806): Militar francés, vicealmirante de la flota francesa durante las Guerras Napoleónicas. Villeneuve mandó la flota franco-española derrotada por Nelson en la batalla de Trafalgar. [n. del pr.]

El comandante de la flota británica volvía a ser el almirante Nelson —por extraño que parezca, ese gran marino solía marearse cada vez que navegaba y había perdido su ojo y su brazo derechos en batallas navales—.

Ese individuo discapacitado, tuerto y mareado, fue el hombre que salvó a Gran Bretaña de la invasión.

En octubre 21, 1805, Nelson observó la llegada de la flota francesa desde el puente de su barco insignia Victory.

Dió la orden de izar las banderas de señales al palo mayor del Victory con un mensaje que se hizo famoso históricamente:

*“Inglaterra espera que todo hombre cumplirá con su deber.”*³

Y desde todos los navíos se elevó una aclamación cuando leyeron la señal.

Al aproximarse ambas flotas empezaron a rugir los cañones y el Victoria entró en acción.

Los franceses no dejaron de disparar al buque de Nelson, pero él siguió acercándose a uno francés; entonces le acertó un disparo enemigo y Nelson fue herido en el hombro.

Se desplomó y le dijo a Hardy, el capitán del Victoria:

“Finalmente han acabado conmigo, Hardy.”

Pero tendido sobre cubierta, Nelson hizo que le pusieran un pañuelo sobre la herida, pues no quería

³ “England expects that every man will do his duty” [“Inglaterra espera que todo hombre cumplirá con su deber”]: Mensaje enviado por el almirante Horatio Nelson desde el HMS Victory, iba a empezar la batalla de Trafalgar (octubre 21, 1805), decisiva en las Guerras Napoleónicas. [n. del pr.]

que los marineros vieran que le habían provocado una herida fatal.

Una hora después Nelson todavía vivía, y oyó a sus marinos cantar victoria.

El capitán Hardy se inclinó hacia él y le dijo:

“Los buques franceses y españoles han sido hundidos, quince se han rendido, se acabó.”

Nelson dijo:

“Gracias a Dios, he cumplido mi deber.”

Y con esas palabras expiró.

La batalla de Trafalgar, después de la de la Gran Armada, fue la más importante batalla naval en la historia británica —salvó a Gran Bretaña de la invasión de las tropas napoleónicas—.

Con su propia armada destruida y la de los británicos dominando el Canal de la Mancha, Napoleón abandonó sus planes de invasión.

Nelson fue quien frustró los planes de Napoleón dos veces, en Abukir y en Trafalgar. ♣

[ii:17] austerlitz. Wellington. rusia. 1812

Napoleón quería una ‘Europa unida.’

En su deseo estaba mucho más avanzado que su época, pero quería unir las naciones de Europa por la fuerza y bajo su propio gobierno, por lo que la idea de una Europa unida, por buena que pudiera haber sido, conllevó guerra, sufrimiento y derramamiento de sangre.

Napoleón no había logrado conquistar Gran Bretaña —había fracasado por el valor de Nelson y sus hombres—, pero en tierra derrotó a los ejércitos de Gran Bretaña, Austria y Rusia.

En Austerlitz, los ejércitos austriacos y rusos combinados sobrepasaban en número a los franceses, pero Napoleón estaba tan seguro de la victoria que, en la mañana de la batalla, le dijo a sus generales:

“Contemplad este rojo amanecer, ese es el sol que verá mi gran victoria.”

¡Y así sucedió!

Los ejércitos austríaco y ruso fueron derrotados y destruidos en la batalla de Austerlitz en 1805.

Después de esa aplastante derrota, Austria abandonó la lucha y sólo Rusia continuó enfrentándose a

Napoleón, excepto —ya no se le opuso ningún otro país en el continente—.

Pero ni siquiera Rusia podía interferir en sus planes —Napoleón se puso a recomponer Europa de acuerdo con sus propias ideas—.

Tomó el norte de Italia que había sido parte del imperio austriaco para sí mismo y asumió el título de rey de Italia.

En el sur de Italia formó un nuevo reino, el reino de Nápoles, que ofreció a uno de sus generales, Murat,¹ que se convirtió en rey de Nápoles.

Al general Bernadotte² le dió Suecia y se convirtió en rey de Suecia —y el actual rey de Suecia es un descendiente del general napoleónico—.

Además de sus generales, Napoleón también tenía hermanos a quien recompensar —a un hermano le ofreció Holanda y se convirtió en rey de Holanda; a otro le ofreció Westfalia, una parte de Alemania; y a su tercer hermano, José Bonaparte, le adjudicó el trono de España—.

De ese modo Napoleón, que se hallaba en la cúspide de su poder, cuidaba bien de sus generales y de sus hermanos.

Su anciana madre, Leticia Bonaparte,³ recibió una lujosa casa en París, pero la anciana mujer corsa no paraba de refunfuñar y farfullar:

¹ Joaquín Napoleón Murat (1767-1815): Noble y militar francés al servicio de su cuñado Napoleón Bonaparte, gran duque de Berg, mariscal de Francia y rey de Nápoles (1808-1815). [n. del pr.]

² Carlos XIV Juan [Karl XIV Johan], nacido Jean-Baptiste Bernadotte (1763-1844): Militar del Imperio francés, Príncipe soberano de Pontecorvo (1806-1810) y monarca de Suecia como Carlos XIV y de Noruega como Carlos III (1818-1844). [n. del pr.]

³ María Leticia Ramolino (1750-1836): Madre del emperador Napoleón y matriarca de la estirpe Bonaparte. [n. del pr.]

el profanador de textos

“*Me pregunto hasta cuándo durará todo esto!*”

A Napoleón no le preocupaba eso, iba a hacer que durara.

Su principal preocupación era tener un hijo que heredara su gran imperio.

Desgraciadamente, su esposa, la emperatriz Josefina no le había dado hijos, parecía que era estéril; así que Napoleón se divorció de ella.

¡Tenía que tener un hijo!

¿Quién iba a ser su segunda esposa?

Su elección recayó en una princesa de la sangre más noble de Europa, la hija del Emperador de Austria —Ni el emperador ni su hija podían rechazar al hombre más poderoso de Europa—.

Y de ese modo Napoleón, que en pasado había estado de acuerdo en que otra princesa austriaca, Maria Antonieta, muriera en la guillotina, se casó con María Luisa, la hija del emperador austriaco.

Un año más tarde, en 1811, les nació un hijo, Napoleón, que recibió el título de rey de Roma cuando aún estaba en la cuna —Napoleón estaba seguro de que su hijo heredaría un imperio tan grande como los dominios de la antigua Roma—.

Pero para entonces ya se estaban produciendo grietas en el imperio —una de ellos se producía en España—.

Napoleón había impuesto a su hermano José Bonaparte como rey de España y tenía apostado a su ejército para asegurarse de que su hermano permaneciera como rey.

El verdadero rey de España había sido obligado a abdicar por Napoleón y se hallaba exiliado prisionero en París.

Pero los españoles odiaban al rey extranjero impuesto —a quien llamaban ‘Pepe Botella,’ por su supuesto alcoholismo— y se opusieron furiosamente a él.

Así que empezaron a organizarse en bandas, que luchaban en ‘guerra de guerrilla’ —ataques pequeños y escapes rápidos— que asaltaban y mataban a los soldados franceses en cada ocasión que podían.

Algunos guerrilleros fueron apresados y fusilados por los franceses, pero siempre había otros dispuestos a sustituirles.

Paralelamente, los intelectuales españoles, huyendo de las tropas francesas, se refugiaron en Cádiz, al sur de España, donde redactaron una Constitución Parlamentaria inspirada en las ideas liberales y de la Revolución Francesa, pero sin aceptar la imposición del rey José Bonaparte —fue la constitución de las Cortes de Cádiz, redactada en 1812—.

Al retorno de Fernando VII⁴ como rey de España, éste reprimió brutalmente y encarceló a los políticos que la redactaron, porque no estaba dispuesto a ceder ni un ápice en sus prerrogativas de rey absolutista.

Pero los tiempos habían cambiado en toda Europa y, más tarde, él mismo y, después, todos sus sucesores tuvieron que ceder y convertirse en ‘reyes constitucionales de una monarquía parlamentaria’ —que tenía que respetar ciertos derechos inalienables de los ciudadanos—.

Lo que empeoró las cosas para Napoleón fue que los británicos —esos ‘tenderos’ como él los llama-

ba— habían enviado un ejército a España a través de Portugal.

El comandante de ese ejército británico era un general que iba a hacerse famoso, el duque de Wellington⁵ —sus soldados le llamaban el ‘Duque de Hierro’—.

Wellington no tenía un ejército lo suficientemente grande para expulsar a los franceses de España, pero podía mantenerlos ocupados; tenían que luchar constantemente, por lo que España no era una posesión segura para Napoleón.

Napoleón podría haber acabado en España con Wellington y las guerrillas españolas que le ayudaban si hubiera tenido tiempo, pero no tenía tiempo para ello; Napoleón sabía que Rusia se estaba preparando para declararle la guerra, y decidió golpear primero, e invadir Rusia antes de que los ejércitos rusos estuvieran preparados.

Rusia es un vasto país, y para conquistar Rusia Napoleón necesitaba el mayor ejército que jamás hubiera comandado.

No sólo irían los franceses, sino también tenían que unírsele los regimientos prusianos, italianos y austriacos para crear La Grande Armée, como él la llamaba, e invadir Rusia.

En 1812, La Grande Armée estaba lista; era más de medio millón de soldados —el ejército más grande que jamás había sido visto en Europa penetró en Rusia—.

Napoleón esperaba que los rusos dieran la batalla, pero no hicieron nada parecido —los ejércitos rusos se retiraban y seguían retirándose—.

⁴ Fernando VII de España, ‘el Deseado’ o ‘el Rey Felón’ (1784-1833): Rey de España entre (1808) y, tras la expulsión del ‘rey intruso’ José I Bonaparte, nuevamente (1814-1833), exceptuando el breve intervalo en 1823 en que fue destituido por el Consejo de Regencia. [n. del pr.]

⁵ Arthur Wellesley (1769-1852) o duque de Wellington: Militar, político y estadista irlandés, con una participación en las guerras napoleónicas en Portugal y España. [n. del pr.]

Pero a medida que se retiraban destruían las cosechas, quemaban los campos y pueblos, incendiaban sus propias ciudades —a medida que las tropas de Napoleón avanzaban sólo encontraban ruinas, pueblos desiertos y campos yermos y secos; sólo tierra arrasada—.

Napoleón aún no lo sabía, pero esa tierra arrasada sería lo que iba a derrotarlo.

Durante todo el verano y otoño de 1812, La Grande Armée siguió marchando penosamente por las amplias estepas rusas, y los rusos siguieron retirándose sin dar batalla, dejando a sus enemigos simplemente la tierra arrasada.

En octubre de 1812, Napoleón y su ejército entraron en Moscú —y Moscú también estaba vacía y abandonada—.

Una ciudad entera con las casas vacías, las calles vacías y silenciosas.

Entonces a Napoleón se le ocurrió que esas casas vacías serían excelentes cuarteles para sus tropas y que les protegerían durante el terrible frío del invierno ruso —pero las tropas apenas acababan de trasladarse cuando empezaron a producirse incendios por toda la ciudad, fuegos provocados por los mismos rusos—.

Algunos cientos fueron apresados y fusilados, pero eso no hizo que cesaran los incendios y Moscú entero fue pasto de las llamas.

Napoleón miraba tristemente las llamas y el fuego que iban asolando la ciudad.

Era octubre, el terrible invierno ruso se acercaba, no había refugio para su medio millón de soldados —sólo podía hacer una cosa: retirarse, salir de ese maldito país—.

La retirada de Moscú fue un desastre: el tiempo se hizo cada vez más frío, la comida cada vez más escasa, los soldados se iban debilitando.

Empezó a nevar pesadamente, copos cegadores, ventiscas que bramaban, el frío parecía calar hasta los huesos, y los delgados uniformes no protegían para nada.

A medida que tropezaban y avanzaban penosamente, con la nieve hasta las rodillas, los hombres iban cayendo muertos de cansancio y hambre, pero a los que todavía podían caminar ya no les preocupaba nada, tiraban sus armas y abandonaban sus fusiles.

¡Y entonces llegaron los rusos!

Los cosacos, los feroces jinetes rusos, se abalanzaban sobre los rezagados, los mataban y se retiraban.

Y de ese modo el camino que iba dejando atrás La Grande Armée en su retirada estaba plagado de cadáveres, que eran rápidamente cubiertos por un manto blanco de nieve gruesa.

Napoleón dejó detrás a su ejército que se derrumbaba —cambiando caballos y sin pararse a descansar salió de Rusia y regresó a París mientras sus hombres todavía intentaban escapar del congelamiento, el hambre y los fusiles cosacos.

Solamente regresó la mitad de La Grande Armée —doscientos cincuenta mil soldados murieron en las nieves rusas—.

La desastrosa retirada de Moscú inició la caída de Napoleón —la buena fortuna, que le había acompañado tanto tiempo, le estaba abandonando—. ♣

[ii:18] el elba

Waterloo

Después del desastre en Rusia, los países que se habían adherido la campaña a regañadientes ante la voluntad de Napoleón empezaron a levantarse contra él.

Prusia y Austria se unieron con los rusos victoriosos y marcharon contra Napoleón —le ofrecieron una paz honorable: podía seguir siendo emperador de Francia, pero tenía que abandonar sus otras conquistas—.

Mas ese no era el estilo de Napoleón, para él era ‘todo o nada’ —esa oferta no podía satisfacerle—.

Eso condujo finalmente a la ‘Batalla de las Naciones’ cerca de la ciudad alemana de Leipzig en 1813, donde los franceses lucharon contra las tropas combinadas de Prusia, Austria y Rusia.

La batalla duró tres días, pero la estrella de Napoleón ya no estaba en lo alto, y fue derrotado; fue empujado a retroceder a Francia —y al final tuvo que rendirse—.

Los aliados victoriosos obligaron a Napoleón a abdicar, a renunciar al trono de Francia.

Y como no querían otro gobierno republicano en Francia, llamaron a un hermano del anterior rey, Luis XVI, que había escapado a Inglaterra, para que

el profanador de textos

se convirtiera en el nuevo rey de Francia con el nombre de Luis XVIII —Luis XVII fue el pobre niño que había muerto por el maltrato que le había dado el zapatero—.

Napoleón fue finalmente exiliado a la pequeña isla de Elba en el Mediterráneo, situada entre Italia y Córcega.

Como resultado de las guerras napoleónicas todas las fronteras antiguas habían sido modificadas tantas veces que era imposible volver al estado de cosas que había regido antes de Napoleón.

Así que tuvo lugar un Congreso en Viena en el que participarían todas las naciones de Europa y en las que se satisfarían todas las demandas con justicia y paz.

Durante todo un año, los hombres de Estado de Europa debatieron y discutieron en ese Congreso de Viena.

Pero sus discusiones se vieron conmocionadas por la noticia de que Napoleón había escapado de Elba y de que había desembarcado en Francia —el nuevo rey de Francia había enviado tropas contra él; tenían órdenes de dispararle a matar—.

Así que un día Napoleón se acercó tranquilamente hacia los soldados y les dijo:

*“¿Hay alguno de vosotros que quiera disparar al emperador?
\$¡Pues aquí estoy!”*

Su antigua magia volvió a funcionar, y los soldados gritaron:

“Vive l’Empereur!”

Y se ofrecieron a luchar por él.

De ese modo, regimiento tras regimiento se le fue uniendo, los hombres que habían luchado con

él en las arenas de Egipto, que habían escalado las nieves del paso de San Bernardo en los Alpes, los que habían compartido las victorias en Italia, Austria y Alemania, todos ellos se le acercaron para servirle otra vez, para luchar y morir por él —parece increíble, pero para sus soldados Napoleón era como un Dios—.

Esta nueva aventura de Napoleón duró exactamente cien días.

Las naciones que discutían y argumentaban apasionada e interminablemente en el Congreso de Viena, se pusieron pronto de acuerdo para luchar contra su enemigo común.

El duque de Wellington, el ‘Duque de Hierro,’ que había luchado contra los franceses en España, estaba al frente de un ejército británico que iba a atacar a Napoleón desde Bélgica, y un ejército prusiano bajo las órdenes del general Blücher¹ iba a unirse al ejército británico desde Alemania.

Napoleón decidió luchar contra Wellington antes de que las tropas prusianas llegaran y atacó a los británicos en Waterloo —que hoy en día está en Bélgica—.

Hora tras hora, los franceses atacaban las “formaciones cuadradas de los británicos, pero los hombres de Wellington mantenían su posición.

La furia del ataque francés se incrementó, y Wellington empezó a temer que sus hombres no aguantarían mucho más, pero justo en el momento apropiado arribaron los prusianos.

Con los prusianos a su lado, los británicos contraatacaron, y el espíritu luchador de los franceses

¹ Gebhard Leberecht von Blücher (1742-1819): Príncipe de Wahlstatt, militar prusiano. Su intervención fue decisiva después en la batalla de Waterloo como comandante en jefe del ejército prusiano. Teniente general en 1806 y mariscal de campo en 1813. [n. del pr.]

se quebró —sólo los soldados de la ‘vieja guardia’ de Napoleón se mantuvieron en el terreno—.

Fueron rodeados por todas partes y se les pidió que se rindieran; y todos ellos contestaron orgullosamente:

“La guardia puede morir, pero no puede rendirse.”

Y murieron todos, hasta el último hombre.

Fue la famosa batalla de Waterloo, en junio 18, 1815, la última de las guerras napoleónicas.

Después de esa derrota, Napoleón se dirigió a un puerto donde se entregó él mismo al capitán de un barco británico, el Bellerophone —así paso a ser prisionero del gobierno inglés—.

Se decidió que lo enviarían a un lugar desde el que no pudiera escapar, como había hecho de Elba, y lo enviaron a la pequeña isla de Santa Elena en el Atlántico Sur, a medio camino entre África y Sudamérica.

En Santa Elena, Napoleón vivió otros seis años; solía pasear con su paso furioso peculiar —nunca pudo caminar despacio—, y permanecía horas y horas mirando hacia el mar recordando otra isla, Córcega, la isla en la que había nacido —durante ese período escribió su autobiografía, la historia de su vida—.

Napoleón había intentado unir Europa en un gran imperio, y había fracasado.

Pero lo supiera o no, llevó las ideas de la Revolución Francesa a todos los países de Europa.

Prusia, Austria, Rusia y España todavía estaban gobernadas por reyes y emperadores que tenían poder absoluto —todavía tenían aristócratas que disfrutaban de privilegios especiales—.

Pero con los ejércitos franceses llegaron las ideas de la Revolución Francesa.

Las leyes que había promulgado Napoleón también habían sido más justas que las leyes de los países que había conquistado.

En ese período, la expansión de las ideas liberales de la revolución y la situación de la corona española contribuyeron también a que la mayoría de colonias españolas lograran abrirse paso a su independencia.

Después de la abdicación de Carlos IV y de su hijo Fernando VII y de su exilio francés en favor de José Bonaparte y de que España quedara como un protectorado francés, en las colonias españolas se formaron espontáneamente varias juntas y cabildos que tenían como propósito conservar la soberanía hasta que regresara el rey Fernando VII al trono.

Esas juntas fueron la base de los futuros autogobierno que llevaron más tarde a la independencia de la mayoría de las colonias entre 1809 y 1824.

Por otra parte, el pueblo llano de toda Europa ya no estaba satisfecho con la simple obediencia a sus gobernantes y nobles como lo habían estado antes de Napoleón, ellos también reclamaban un nuevo orden de libertad, igualdad y fraternidad.

De ese modo, Napoleón que acabó con la Revolución Francesa cuando se convirtió en emperador, realmente llevó el espíritu de la Revolución Francesa a todas las naciones de Europa.

Sin embargo, pensemos en el derramamiento de sangre que había tenido lugar para expandir esas ideas, el reino del terror, las guerras de Napoleón; y pensemos en aquel extraño personaje, el Conde de Saint Germain.

Si Luis XV hubiera seguido sus consejos, los cambios que iban a suceder no habrían sido tan violentos, podrían haber sido graduales y el mundo se habría ahorrado mucho sufrimiento. ♣

[iii:]

los siglos XIX y XX

[iii:01] el estado tripartito

Cuando decimos la palabra ‘cuerpo’ no sólo nos podemos estar refiriendo al ‘cuerpo humano,’ sino que puede ser usada también en otro sentido —n la profesión legal la palabra se usa también con un significado muy distinto—.

Un grupo de personas que actúen juntos, y que conjuntamente sean responsables, es llamado ‘cuerpo,’ el ‘cuerpo social.’

Todos nosotros, hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, somos parte del ‘cuerpo social’ de nuestro país, e incluso de un ‘cuerpo social’ mucho mayor.

En un cuerpo social como Gran Bretaña, Alemania, Francia o España los productores generan todo tipo de bienes —los granjeros producen alimentos, las fábricas producen máquinas, los escritores libros, los actores obras de teatro, el gobierno produce leyes, etcétera—.

Pero hay tanta diferencia entre el trabajo de un actor o un pintor y el trabajo de un granjero que hay que distinguir claramente entre un tipo de trabajo y otro.

Por un lado existe el trabajo que satisface nuestras necesidades físicas, de una manera u otra: comida, vestimenta, muebles, autos, etcétera.

el profanador de textos

Y existe el trabajo que satisface la mente, de un modo u otro: libros, teatros, películas, pinturas, música, etcétera —pero también escuelas, universidades, iglesias o templos, mezquitas o sinagogas—.

De manera que una parte de todo el trabajo que se realiza está dedicada a las necesidades físicas: las granjas y fábricas producen, los comercios venden, los ferrocarriles y camiones transportan los bienes de un lugar a otro.

Y todo ese trabajo que nos proporciona las cosas que necesita nuestro cuerpo recibe el nombre de ‘economía,’ palabra que proviene del griego ‘oikonomos,’ que significa ‘administrador.’

El otro tipo de trabajo, en las escuelas y universidades, en el estudio del artista, en las salas de concierto y en los teatros, en las iglesias, y en los periódicos y libros, todo ese trabajo es para la mente, para el espíritu, se llama ‘cultura,’ que proviene del latín ‘cultura,’ que significa ‘cultivo.’

Pero también existe otro tipo de trabajo: el gobierno genera leyes; está la policía que tiene que procurar que se respeten esas leyes; hay jueces y abogados; y está el ejército, la marina y la fuerza aérea —todo ello es parte del ‘cuerpo social’—.

Y todo ese tercer ámbito se halla regido por el gobierno, y como el gobierno es elegido por acción política, a ese ámbito del trabajo se le llama ‘política,’ del griego ‘polikos,’ que significa ‘ciudad’ o ‘estado.’¹

Todo lo que hace la gente para ganarse la vida pertenece a uno de esos tres grupos —economía, cultura, política—.

Y así como el cuerpo humano es tripartito —cabeza, sistema rítmico, extremidades—, el ‘cuerpo

social’ también es tripartito —economía, cultura, política—.

Podríamos comparar la cultura con la cabeza —que tampoco produce nada físico—, la economía con las extremidades, y la política con el sistema rítmico —respiración y circulación—.

En la Europa de hace setecientos u ochocientos años todo lo que llamamos ‘cultura’ estaba firmemente regido por la iglesia.

Los Papas y los obispos decidían lo que se debía enseñar en las escuelas y universidades, qué obras teatrales se podían representar, qué libros debían publicarse, y cualquier desobediencia a esos cánones era considerada herejía —se podía acabar siendo torturado o muriendo en la hoguera—.

La cultura se hallaba enteramente en las manos de la iglesia —las otras dos partes, la política y la economía, se hallaban igualmente bajo el férreo gobierno del rey—.

Los reyes generaban leyes y sus soldados las hacían cumplir; el rey le daba tierra a quien quería y de ese modo controlaba la producción de alimentos.

Pero a medida que se aproximaban los tiempos modernos, desde el Renacimiento en adelante, se produjo el gran cambio.

La gente ya no estaba dispuesta a obedecer ciegamente a la iglesia o a los reyes y, naturalmente, ni la iglesia ni los reyes iban a abandonar sus poderes sin resistirse.

Por lo tanto, acabaron produciéndose guerras de religión, la guerra civil de Inglaterra, la Revolución Gloriosa de Gran Bretaña y la Revolución Americana.

En Francia, los reyes y la Iglesia se aferraron al poder mucho más tiempo que en Gran Bretaña, y como consecuencia de ello todo acabó desembocan-

do en los terribles acontecimientos de la Revolución Francesa —durante la Revolución Francesa sonaron por primera vez las palabras ‘libertad, igualdad, fraternidad’—.

Es como si la gente hubiera estado esperando oírlos, y se regocijaban proclamándolas, cantándolas, poniéndolas en banderas y monedas, en los escudos de armas y en las estatuas.

No sólo en Francia, sino por todo el mundo la gente pensaba que con esas tres palabras, con esas tres ideas, sobrevendría una nueva era de felicidad para todos.

Pero, por hermosas que fueran esas ideas, la gente que las proclamaba no pensaron demasiado en cómo debían ponerlas en práctica.

Y en Francia el resultado fue el caos y la guillotina, y al final subió al poder Napoleón, el dictador.

Las tres palabras ‘Libertad, Igualdad, Fraternidad’ sólo pueden tener sentido si se las aplica separadamente, cada una en una de las tres divisiones de que consta el cuerpo social.

La ‘Libertad’ pertenece a la cultura, la ‘Igualdad’ a la política y la ley, la ‘Fraternidad’ a la economía.

Durante la Revolución Francesa eso no se entendía.

Robespierre envió al gran científico Lavoisier a la guillotina simplemente porque era mejor científico que otros y, por tanto, pecaba contra la igualdad; Marat le decía a la gente que formara una fraternidad con el propósito de matar aristócratas —¡era el caos!—.

Incluso después de la Revolución Francesa y después de Napoleón las tres ideas eran todavía una especie de dinamita —si la gente las manejaba erróneamente se producían levantamientos y derramamiento de sangre—.

¹ Recuérdese que en la Grecia antigua, las ‘ciudad’ eran ‘estados.’ [n. del pr.]

En el período de la Revolución Francesa, mientras tenía lugar todo ese estruendo y esa lucha, se produjo otro gran cambio.

Un cambio que vino tan silenciosamente que en la época nadie comprendió que era mucho más importante que la misma Revolución Francesa y las guerras napoleónicas.

Esa revolución silenciosa cambió completamente la vida; trajo enormes bendiciones, y también terrible miseria.

Pero esa revolución silenciosa hizo que los tres ideales —libertad, igualdad y fraternidad— fueran aún más urgentes y necesarios de lo que lo habían sido antes, aunque en esa época casi nadie lo comprendiera. ♣

[iii:02] el inicio de la revolución industrial

Esa revolución silenciosa que fue creciendo escondida es la Revolución Industrial, que empezó en Inglaterra, en Lancashire, en el año 1764.

En aquella época la fabricación de tejidos de lana y algodón se convirtió en una gran industria en Lancashire; sin embargo, no había fábricas, ni chimeneas humeantes, sólo pequeñas ciudades y pueblos.

Los dos procesos usados en la fabricación de tejidos —el hilar y el telar— se realizaban en los hogares particulares.

Normalmente, la esposa y los niños hilaban las hebras de hilo usando una rueca; con un pedal se hacía girar una gran rueda a gran velocidad que retorció las hebras de lana y las convertía en hilo grueso.

El padre de familia era quien se sentaba en el telar y producía la tela, echando la lanzadera de un lado al otro.

Pasó en 1764 que Jenny, la hija pequeña de James Hargreaves,¹ un tejedor del pueblo de Blackburn en

Lancashire en, dando vueltas por la casa accidentalmente golpeó la rueca de su madre que cayó al suelo —pero la rueca siguió girando en el suelo—.

La madre la regañó pero el padre no le prestó atención, pues se quedó mirando fijamente la rueda que seguía girando y girando.

Su esposa, Elizabeth, le preguntó:

“¿Se puede saber qué te pasa?”

Y James respondió:

“Al mirar la rueca caída, se me acaba de ocurrir que si armamos todo para que permanezca así como está ahora, se podrían hilar hasta ocho hilos a la vez.

”Sólo debo unir varias correas a la rueda para hacer girar varios husos al mismo tiempo.”

Esa es la idea que se le ocurrió a James Hargreaves cuando miraba la rueca de su esposa en el suelo: usar varias correas en la misma rueda para producir varios hilos simultáneamente.

Los Hargreaves eran tan pobres que no tenían un telar propio; él y algunos otros tejedores pobres trabajaban para el señor Peel que poseía varios telares en una sala.

Cuando Elizabeth fabricaba sus hilos no se los daba a su marido, sino que tenía que vendérselos al señor Peel, y entonces él se lo pasaba a los tejedores.

Ya podemos imaginarnos que los tejedores que trabajaban por un sueldo estaban peor pagados que los que poseían su propio telar y podían vender los tejidos que hacían.

Hargreaves era uno de los más pobres que no poseían un telar propio, y pensaba que si su mujer podía confeccionar ocho hilos al mismo tiempo ha-

¹ James Hargreaves (ca. 1720-1778): Carpintero e inventor, que inventó la máquina de hilar (spinning jenny) en 1764. [n. del pr.]

el profanador de textos

ría ocho veces más hilos al día, y eso les traerá ocho veces más dinero.

Así que con algunas herramientas de carpintero Hargreaves se puso a modificar la rueca de su esposa, para que pudiera hacer girar ocho husos.

Pero a medida que trabajaba y experimentaba, se dio cuenta de que tendría que mantener en secreto ese nuevo tipo de rueca —si todas las mujeres producían ocho veces más hilo que antes, habría tanto hilo que su precio bajaría, y al final producirían más hilo, pero seguirían ganando tan poco como antes—.

Por lo que quiso mantener su invento en secreto, y finalmente acabó produciendo ocho veces más hilo que antes —y cada semana su esposa llevaba una cantidad tan grande de hilo al señor Peel que sorprendía a todo el mundo.

¿Cómo es posible que esta mujer pueda hacer tanto hilo con una sola rueca?

Las otras mujeres en el pueblo no dejaban a Elizabeth en paz, y en un pueblo donde todo el mundo se conoce y en que la gente entra y sale de las casas de sus vecinos en cualquier momento del día, no se pueden mantener los secretos.

Tal vez Elizabeth estaba tan orgullosa de la inteligencia de su marido que se le escapó el decir que lo estaba haciendo con una sola rueca.

De un modo u otro, el principio de la rueda capaz de hacer girar simultáneamente varios husos de hilo se conoció en el pueblo entero, y todas las mujeres les pidieron a sus maridos que les hicieran una ‘spinning jenny’² [‘hiladora jenny’], como la llamaban.

Pronto se extendió la noticia de Blackburn a otras partes de Lancashire:

“James Hargreaves ha fabricado una máquina que confecciona ocho bobinas de hilo pero con una sola rueda.”

Y mucha gente dijo:

“Si eso continúa, ese invento diabólico le arrebatará el medio de vida a los artesanos honrados.”

Si un hilador podía hacer el trabajo de ocho, entonces los otros siete se quedarían sin trabajo, se les quitaría el medio de supervivencia —eso es lo que empezaron a temer los hiladores y tejedores de Lancashire—.

Y algún día alguien haría un telar con el que un solo hombre podría hacer el trabajo de veinte, y al poco tiempo miles de tejedores se quedarían sin trabajo.

No podía permitirse que una cosa así siguiera adelante —había que frenar la fabricación de esas máquinas diabólicas—.

De modo que los tejedores de Lancashire organizaron una marcha de protesta al pueblo de Blackburn donde vivían los Hargreaves; algunos cientos desfilaron y sus líderes hicieron encendidos discursos:

“Las máquinas nos quitan el pan a nosotros y a nuestras familias, se nos dejará morir de hambre.”

La muchedumbre avanzaba enfurecida.

Hargreaves y su esposa habían abandonado prudentemente su casa y se ocultaban en la casa de un amigo, pues temían ser linchados por la turba.

La gente echó abajo la puerta de la casa de los Hargreaves y destrozaron la rueca y todos los muebles de la casa —y aprovecharon para ir y destrozaron los telares del señor Peel—.

Sólo después de acabar con todo abandonaron Blackburn.

Ese fue la primera rebelión con destrucción de máquinas que se produjo en la historia, pero no iba a ser la última.

Más tarde sucedió una y otra vez que los que se quedaban sin trabajo al ser sustituidos por máquinas, intentaban defenderse de las máquinas simplemente destruyéndolas.

Aunque siempre terminaba siendo en vano —las máquinas permanecieron, y los artesanos habilidosos se quedaron sin medios de vida—.

Hargreaves comprendió que después de esa rebelión Lancashire no era un lugar seguro y huyó con su esposa a Nottingham.

Y entonces intentó hacer algo que tendría que haber hecho antes: intentó patentar su invento, de modo que todos los que copiaran su “Spinning jenny”, le pagasen honorarios.

En esa época, sólo se podía patentar una máquina si esa máquina no está ya en uso cuando se solicita la patente.

Y como ya se habían hecho algunas ‘spinning jennies’ y se estaban utilizando por todo el país, Hargreaves no pudo patentarla, y no ganó nada por su invento —así fue como los Hargreaves permanecieron pobres toda su vida mientras otros ganaron fortunas—.

² Jenny: Nombre de la hija menor. Encyclopaedia Britannica — jenny: 1. hembra de burro o asno. 2. Diminutivo de Janet. New Oxford American Diccionario — Por alguna

razón, a la versión más avanzada posterior se la llama ‘spinning mule’ [‘mula giratoria’]. [n. del pr.]

Estaba emergiendo un nuevo tipo de personas en Gran Bretaña, los fabricantes, personas que tenían el dinero para que se les hicieran grandes máquinas, y construían ‘spinning jennies’ con veinte carretes cada una.

Otro inventor de Lancashire, Richard Arkwright,³ mejoró la hiladora jenny: hizo que la rueda girara por energía hidráulica, en lugar de a mano o con un pedal.

Durante siglos, los molinos de harina habían utilizado la fuerza hidráulica para moler el grano, ahora Arkwright usó esa fuerza del agua para mover la rueda de la hiladora, de forma que tampoco hacía falta que un hilador estuviera allí haciendo girar la rueda.

Esas fábricas impulsadas por agua fueron llamadas ‘molinos’ porque funcionaban como molinos para harina.

Cuando Arkwright construyó un molino para algodón en Lancashire, los tejedores volvieron a protestar, asaltaron el molino y lo incendiaron.

Pero Arkwright siguió adelante y se limitó a construir más molinos en otras partes de Inglaterra.

Las nuevas máquinas había surgido para quedar, y la Revolución Industrial estaba en marcha.

Arkwright se hizo una fortuna.

¡Es curioso pensar que todo ello empezó en 1764 en Blackburn cuando Jenny, la hija menor de James Hargreaves, echó al suelo la rueca de su madre! ♣

³ Richard Arkwright (1732-1792): Industrial inglés que patentó el bastidor de hilado movido por agua [water frame] (1769), y fundó la primera tejeduría de algodón con fuerza hidráulica (1771). Precursores de la Revolución Industrial. [n. del pr.]

[iii:03] la energía del vapor

Las historias de Hargreaves y Arkwright muestran dos tipos de inventos que contribuyeron al advenimiento de la Revolución Industrial.

El invento de Hargreaves fue una máquina que podía hacer el mismo trabajo que la mano humana, pero más rápido —su invento incrementó la velocidad de producción—.

El uso de la energía hidráulica por parte de Arkwright dio un paso más: reemplazó la fuerza y la energía humanas por una fuerza de la naturaleza.

Es interesante seguir las etapas por las que los seres humanos aprendieron a usar las energías de la naturaleza para que realicen el trabajo por ellos.

Al principio, sólo contaban con su propia fuerza para hacer el trabajo, la cuál es muy pequeña comparada con la fuerza de muchos animales; entonces los humanos aprendieron a usar fuerza de los animales —caballos, bueyes, mulos— para que trabajaran para ellos.

Luego vino el viento para mover los molinos y los barcos, y el agua para mover las norias —esta etapa duró muchísimo tiempo sin demasiadas alteraciones—.

Leonardo da Vinci¹ había pensado en otro modo de usar el agua: en forma de vapor.

Comprendió que al calentar el agua, el vapor que se genera tiene una gran fuerza y que se podría usar para mover las ruedas de las máquinas —en sus códigos, sus cuadernos de anotaciones, escribió que sería posible mover un barco sobre el océano con la energía del vapor—.

Por desgracia esa gran idea permaneció enterrada en sus códigos.

Doscientos años más tarde, en torno al 1650, el francés De Cant² se sintió conmovido por los esclavos que remaban para impulsar los grandes barcos cuando no había viento.

Se acercó al ministro francés, el cardenal Richelieu,³ con un plan para usar el vapor en lugar de usar esclavos.

Y el ministro se sintió tan molesto con la idea de usar máquinas en lugar de seres humanos que el pobre inventor fue echado a las mazmorras por el resto de su vida.

En Inglaterra cincuenta años más tarde, en torno a 1700, Thomas Newcomen⁴ inventó un máquina

¹ Leonardo da Vinci o Leonardo di ser Piero da Vinci (1452-1519): Pintor, anatomista, arquitecto, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista florentino del Renacimiento italiano. Obras: ‘La Última Cena,’ ‘La Gioconda,’ ‘La Virgen de la Roca.’ [n. del pr.]

² No se encontró referencia. [n. del pr.]

³ Armand Jean du Plessis, cardenal-duque de Richelieu (1585-1642): Cardenal (1622), noble y estadista francés. Ordenado obispo (1607), entró en política y fue nombrado secretario de Estado (1616). Alcanzó un gran poder en la Iglesia Católica y en el Reino de Francia, primer ministro del rey Luis XIII (1624-1642). [n. del pr.]

⁴ Thomas Newcomen (1664-1729): Inventor inglés del ‘motor atmosférico’ (1712), el primer motor práctico que usó el vapor para extraer agua de las minas de carbón y estaño. [n. del pr.]

el profanador de textos

que empleaba la energía del vapor —la máquina tenía un recipiente donde hervía el agua calentada con carbón, servía para sacaba el agua de las minas—.

A lo largo del siglo XVIII se extendió su uso por toda Europa pero consumía gran cantidad de carbón para poco trabajo, pero fue la causa de otro gran paso en la revolución industrial.

El hombre que cambió el diseño de esa bomba y le dio al mundo una nueva fuente de energía fue un escocés,⁵ James Watt.⁶

Había nacido en Greenock, vivía en Glasgow, y no había recibido educación superior, pero al ser muy hábil con sus manos se había convertido en fabricante de instrumentos científicos para la Universidad de Glasgow.

En la Universidad de Glasgow había un modelo del motor de vapor de Newcomen utilizado en las minas de carbón que estaba descompuesto.

Un día, el profesor de Física mandó llamar a James Watt y le dijo:

“Tú que eres fabricante de instrumentos.

¿Podrías hacer algo para que funcione sin problemas ni complicaciones?”

El año 1764, cuando Watt se investigaba el modelo de bomba de agua fue el mismo año en que Hargreaves empezaba a pensar cómo mejorar la hiladora de su esposa.

Pero la tarea de Watt era más difícil que la de Hargreaves; le llevó varios años, hasta 1769, hasta

idear un diseño que hizo a la máquina funcionar con más eficiencia, usando menos carbón.

Ese diseño fue la primera máquina de vapor realmente útil.

No es cierto lo que suele decirse a veces, de que Watt ‘inventó’ la máquina de vapor, porque ya existía —Lo que hizo fue modificar y mejorar su diseño—.

Pero Watt comprendió que ese nuevo diseño no era sólo una ‘bomba mejorada’; se dio cuenta de que ese diseño podría utilizarse para que el vapor hiciera funcionar cualquier tipo de máquina —así que se fue directo a Londres para patentar su invento—.

En Londres se encontró con un ingeniero, Matthew Boulton⁷, y los dos se asociaron y fundaron una empresa de ingeniería —‘Boulton & Watt’— que se hizo mundialmente famosa fabricando máquinas de vapor.

Los primeros que se interesaron en comprar esa nueva máquina de vapor fueron los fabricantes de algodón, los propietarios de molinos.

La idea de Arkwright de hacer que las hiladoras fueran impelidas por energía hidráulica, de ríos y corrientes, tenía ciertas desventajas.

Una desventaja era que la noria para procesar el algodón tenía que construirse al lado de un río o corriente de agua; y otra, que si cambiaba el nivel del agua del río, el mismo se convertía en una fuente de energía muy irregular, y muchos, y muchos veranos

las norias y molinos tenían que parar completamente su producción.

Pero con una máquina de vapor alimentada con carbón una fábrica se podía construir en cualquier lugar que estuviera cerca del suministro de carbón y podía funcionar con independencia de las fluctuaciones climáticas.

De ese modo, la industria del algodón, que crecía con rapidez, pasó de ser impulsada por el agua a ser impulsada por el vapor.

Las tejedurías de algodón se seguían llamando ‘molinos de algodón’ aunque ya no eran verdaderos molinos junto a un río —se construían en cualquier parte y eran impulsadas por vapor y carbón—.

Hasta ese momento, el carbón sólo se había utilizado para calentar las casas, pero ahora se convirtió en una fuente de energía: la energía del vapor —ese fue el gran cambio que trajo James Watt—.

Y pronto la energía del vapor generaría otro gran cambio. ♣

⁵ Cada vez que aparece un escocés o un protestante, Kovacs salta de alegría. [n. del pr.]

⁶ James Watt (1736-1819): Inventor escocés, ingeniero mecánico y químico que mejoró la máquina de vapor Newcomen (1712) en 1776, resultando fundamental para el desarrollo de la Revolución Industrial. [n. del pr.]

⁷ Matthew Boulton (1728-1809): Fabricante inglés y socio comercial del ingeniero escocés James Watt, inventor de la máquina de vapor. En el último cuarto del siglo XVIII, la asociación instaló cientos de máquinas de vapor Boulton & Watt, haciendo posible la mecanización de fábricas y molinos. Boulton produjo millones de monedas para Gran Bretaña y otros países. [n. del pr.]

[iii:04] la locomotora

Cuando James Watt se asoció con el ingeniero Boulton, su empresa, ‘Boulton & Watt,’ se hizo mundialmente famosa como fabricante de máquinas de vapor.

Las máquinas de vapor revolucionaron la industria del algodón en la medida en que los molinos de algodón pasaron de la energía hidráulica a la energía del vapor.

A medida que se iban construyendo más tejedurías de algodón tanto más máquinas de vapor hacían falta y la empresa Boulton & Watt floreció.

La empresa mejoró las bombas de agua para las minas que también se vendieron en grandes cantidades.

Cuando una empresa de ingeniería vendía una gran máquina como era una máquina de vapor, junto con ella enviaban al cliente a uno o dos ingenieros para comprobar que la máquina quedara bien instalada y funcionara adecuadamente —normalmente jóvenes ingenieros empleados por el fabricante—.

Uno de esos ingenieros en Boulton & Watt era el escocés William Murdoch —el joven Murdoch estaba lleno de ideas originales—. ¹

Cuando llegó a la empresa Boulton & Watt y solicitó el trabajo fue entrevistado por el propio Boulton.

Durante la conversación, Murdoch estaba un poco nervioso y se le cayó el sombrero de las manos; cuando el sombrero tocó el suelo hizo un extraño sonido sólido, lo que no era normal para un sombrero que cae al suelo.

Y resultó que al estar escaso de dinero y siendo ahorrador como buen escocés,² Murdoch se había hecho un sombrero de madera usando un torno de carpintero.

El viejo Boulton se quedó tan impresionado por ello que contrató inmediatamente a Murdoch para el trabajo.

En una ocasión el joven Murdoch fue enviado a Cornualles para instalar varias bombas en una mina de cinc.

El trabajo le llevó varias semanas y durante ese tiempo Murdoch se alojó en un pueblo de la zona.

Y mientras estaba en el pueblo se puso a experimentar con otra de sus ideas originales en su tiempo libre: si la máquina de vapor no era colocada sobre ruedas ¿podría hacer que la máquina se moviera por sí misma?

Murdoch encontró un modo de hacerlo conectando el ‘pistón’ de la máquina de vapor —la parte que sube y baja— con barras de hierro a las ruedas delanteras.

Primero lo puso todo en papel, y luego hizo un pequeño modelo de todo el dispositivo, lo suficientemente grande como para que realmente funcionara con carbón y agua.

Pero no quería probar ese pequeño modelo en el pueblo, pues los campesinos de Cornualles eran todavía demasiado ignorantes y Murdoch no quería asustarlos —así que entonces lo experimentaba por las noches en un camino tranquilo que la gente apenas frecuentaba.

Pero una noche, la pequeña máquina se le escapó traqueteando por el camino, echando humo y chispas —y justo en ese momento, el vicario del pueblo estaba subiendo por el sendero—.

Cuando vio un objeto oscuro escupiendo humo y chispas que corría hacia grito:

“¡El diablo!”

Y salió corriendo de allí —en el pueblo no se habló de otra cosa durante días—.

Sin embargo, el pequeño modelo funcionaba, y cuando Murdoch volvió a su empresa, Boulton & Watt, se lo mostró al anciano Watt y le pidió permiso para seguir haciendo experimentos con una máquina de vapor que conduciría él mismo.

¡Tendríamos que haber oído a Watt!

Dijo que era una lástima que un empleado de la respetable empresa Boulton & Watt malgastase su tiempo en esas cosas absurdas.

¡Y eso es lo que sucedió! —el joven Murdoch había construido la primera locomotora en Gran Bretaña, pero nada salió de ello porque el viejo Watt no le vió utilidad alguna—.

Veinte años antes, en París, un francés había construido un carruaje impulsado por vapor, pero se volcó en la calle, y ahí terminó el experimento.³

Desanimado por Watt, Murdoch abandonó la idea de un carro movido por vapor, pero otro hom-

¹ ¡Nótese la alegría de Kovacs al hablar de un escocés! [n. del pr.]

² La descripción internacional de un ‘escocés’ es ‘tacaño.’ [n. del pr.]

³ Nótese el desdén con que trata al primer invento por no ser escocés. [n. del pr.]

el profanador de textos

bre siguió con la idea —un habitante de Cornualles, Richard Trevithick⁴—.

Trevithick construyó la primera locomotora de gran tamaño; se movía sobre carriles y arrastraba carretas a una mina de carbón.

Antes de usar la locomotora, se solía arrastrar los carromatos a las minas usando caballos; los mineros se enfurecieron porque los que llevaban los caballos se habían quedado sin trabajo.

Así que, para evitar la violencia tuvo que parar su primer ferrocarril.

Trevithick hizo otro intento de usar un carro impulsado por vapor; fue a Londres donde construyó una especie de carrusel, un trayecto de vía circular sobre el que la locomotora se movía sin parar —y la gente podía subirse a él pagando un chelín—.

Pero como la velocidad del trayecto era de 8 kilómetros por hora,⁵ no fue nada especialmente atractivo —Trevithick perdió dinero en esa aventura y finalmente abandonó todo esfuerzo; dejó Inglaterra y se fue a Sudamérica—.

El hombre que recuperó la idea y la convirtió en un éxito fue George Stephenson.⁶

No fue el inventor de la locomotora, como tampoco Watt fue el inventor de la máquina de

vapor; pero, al igual que Watt, Stephenson mejoró el diseño, de manera que la locomotora dejó de ser un mero juguete.

La primera línea de ferrocarril fue construida por Stephenson en 1825 entre Stockton y Darlington y tenía un recorrido de unos 30 km.⁷

Debido a la novedad, un hombre a caballo iba por delante de la locomotora para asegurarse que la vía férrea estaba despejada.

Fueron nuevamente los productores de algodón los que se interesaron por esa máquina.

Hasta ese momento, el único modo de trasladar las balas⁸ de algodón de Liverpool a Manchester, donde estaban la mayoría de manufacturas de algodón, era llevarlas en barcas por canales, lo que resultaba terriblemente lento —se tardaba el mismo tiempo en traer el algodón desde Norteamérica hasta Liverpool—.

La línea se abrió en 1830, y a su famosa locomotora (había sólo una) se le llamó ‘The Rocket’ [‘el cohete’] —en aquella época era lo más rápido que iba sobre ruedas, podía llegar a los 30 km/h.

Al principio el ferrocarril era usado para transportar carga, bienes y algodón, pero pronto se le añadieron pasajeros.

Los primeros vagones de primera clase tenían asientos acolchados y techo, los de segunda clase tenían asientos de madera y eran descubiertos, y los de tercera clase que carecían de asientos y de techo —¡imaginemos lo que sería viajar en vagones sin te-

cho en un día frío de invierno y con el espeso humo que envolvía los coches!—.

El éxito de esa línea Liverpool-Manchester mostró que la locomotora impulsada por vapor podía transportar bienes y pasajeros de una manera más barata y rápida que antes.

A partir de entonces los ferrocarriles empezaron a expandirse por todo el país y cambiaron el antiguo modo de vida que había durado siglos.

Cuando la gente todavía viajaba en carruajes tirados por caballos de Edimburgo a Londres el viaje demoraba unas dos semanas y también era muy costoso.

¡Pero con la llegada del ferrocarril, el trayecto de 650 km requería sólo un día!

La gente se podía trasladar con mayor rapidez y menos costo de un lado a otro; y la gente que nunca había dejado su ciudad o su pueblo en toda su vida se aventuraron a viajar por poco dinero.

Pronto, el sueño de Leonardo da Vinci acabó convirtiéndose en realidad.

A finales de 1803, Robert Fulton⁹ lanzó al Sena un barco propulsado por una rueda con paletas movida por una máquina de vapor, pero fue mal acogido en Francia.

Fulton emigró a Estado Unidos y prosiguió sus experimentos, y en 1807 viaja en su vapor los 240 km que separan Nueva York de Albany surcando el río Hudson.

Y al poco tiempo los barcos impulsados por vapor acabarían reemplazando a los veleros.

Al principio, el invento de George Stephenson encontró cierta oposición.

⁴ Richard Trevithick (1771-1833): Inventor e ingeniero inglés constructor de máquinas, que desarrolló la primera locomotora de vapor capaz de funcionar. A los 19 años trabajó en la mina East Stray Park, donde construyó y modificó máquinas de vapor. [n. del pr.]

⁵ En la actualidad, el tiempo para una maratón (resistencia) de 42 km es de 2 horas, lo que hace un promedio de 21 km/h. [n. del pr.]

⁶ George Stephenson (1781-1848): Ingeniero mecánico y civil británico, conocido como el ‘padre de los ferrocarriles’, construyó la primera línea ferroviaria pública del mundo con locomotoras a vapor (Stockton-Darlington, 1825) y la primera que transportó pasajeros (Canterbury-Withstable, 1830). [n. del pr.]

⁷ En España, la línea Barcelona-Mataró fue inaugurada en 1848. La primera de Latinoamérica fue en Cuba en 1831, y la segunda, la línea de Caldera-Copiapó, en Chile en 1840. [N. del Tr.]

⁸ bala: 2. f. Fardo apretado de mercancías, y en especial de los que se transportan embarcados. Diccionario RAEL [n. del pr.]

⁹ Robert Fulton (1765-1815): Ingeniero, empresario e inventor estadounidense, conocido por desarrollar el primer barco de vapor, que se convirtió en un éxito comercial. [n. del pr.]

Cuando Baviera iba a construir su primer línea de ferrocarril, el gobierno consultó la opinión del consejo de doctores.

Los eruditos expertos médicos llegaron a la conclusión de que sería perjudicial para el sistema nervioso humano moverse a tan grandes velocidades como 30 km por hora.

Y que si el gobierno construía ese ferrocarril, la vía tendría que estar vallada a ambos lados para que la gente no viera pasar el paisaje a tanta velocidad y no le diera vértigo.¹⁰

Hace sólo cuatro o cinco generaciones que la Revolución Industrial trajo las máquinas y locomotoras de vapor que cambiaron completamente la vida de la gente. ♣

[iii:05] los proletarios

En la época de la Revolución Industrial hubo también un gran cambio en la agricultura británica.

La mayor parte de la tierra pertenecía a los nobles ya los señores; los señores no trabajaban la tierra, la tierra era 'arrendada' a granjeros que la trabajaban, vendían lo que producían, y pagaban un arriendo o alquiler a su señor.

Esas tierras eran divididas generalmente en tres grandes parcelas: dos de ellas eran dedicadas al cultivo y una para pasto y hierba.

La razón de ello era que si se plantaba trigo todos los años seguidos, el terreno acababa exhausto, muerto e inútil —de modo que los agricultores hacían crecer trigo en cada parcela durante dos años y dejaban que una de ellos descansara—.

Así, las tres parcelas eran cultivadas los dos primeros años y el tercero quedaba en barbecho.¹

En las dos parcelas plantadas cada agricultor arrendatario tenía su pequeña franja y el tercer campo era de pastoreo común para sus propios rebaños, vacas, cabras y ovejas.

Pero eso cambió cuando los terratenientes quisieron que los campos de barbecho también fuesen usados para otros cultivos que enriquecían sus arcas— para nabos y tréboles—.

Los nabos y los tréboles eran nuevos en Gran Bretaña, fueron traídos de Europa continental e impregnaban el terreno con los nitratos que el trigo extrae de ellos.

Los pobres agricultores no podían hacer eso, arar y preocuparse de una tercera parcela requería mucho más trabajo del que podían manejar —no tenían dinero para pagar mano de obra, y como no desaparecían los campos en barbecho, no podían alimentar a sus animales—.

Así que miles de granjeros tuvieron que abandonar los campos, porque allí no podían sobrevivir.

De esa manera concluyó el antiguo método de agricultura; sólo quedaron algunos agricultores ricos, y sus campos e hicieron cada vez mayores, adueñándose de los que iban siendo abandonados.

Miles de familias pobres llegaron a las ciudades desesperadas por encontrar trabajo allí para ganarse la vida.

El número de tejedurías de algodón no había hecho más que crecer, todo el mundo compraba el nuevo algodón más barato manufacturado en las tejedurías de Gran Bretaña —y los productores construían nuevas fábricas con el dinero que ganaban—.

Cuantas más fábricas textiles tanto más trabajadores y máquinas hacían falta; los fabricantes de máquinas y las empresas de ingeniería prosperaron y crecieron y dieron empleo cada vez a más personas.

Las fundiciones de hierro, donde el mineral de hierro era convertido en acero, también tenían que producir más, y empleaban cada vez a más obreros.

¹⁰ En la actualidad, en muchos países, las vías del ferrocarril y las autopistas están 'valladas' pero para que el ruido que producen no moleste a los vecinos. [n. del pr.]

¹ en barbecho: 1. loc. adj. Dicho de una tierra labrantía: Que no se siembra durante un tiempo para que descanse. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Antes de la Revolución Industrial, alrededor del año 1750, tres cuartas partes de la población británica vivía en el campo, y sólo una cuarta parte en las ciudades —es decir, Gran Bretaña era un país fundamentalmente agrícola en aquella época—.

Cien años más tarde, en 1850, las ciudades industriales habían atraído la mayor parte de la población, y el país se había convertido en una nación industrial.

La aparición de las máquinas hizo que afluyera el dinero a Gran Bretaña, dio trabajo a miles de personas, luego a cientos de miles, y más tarde a millones.

Pero también tenemos que considerar las condiciones en las que vivían los trabajadores de las fábricas, y ver la otra cara, la cara espantosa de la Revolución Industrial.

Antes de que Hargreaves hiciera su hiladora jenny, los hiladores y tejedores vivían en sus casas en el campo, y aún siendo pobres, vivían una vida sencilla y sana en el aire puro del campo —cada tejedor era su propio jefe que podía empezar o acabar su trabajo cuando quisiera—.

Después del gran cambio, todo se hizo distinto.

Para conseguir vapor para las máquinas que impulsaban las ruedas se quemaba carbón, y allí donde se quema carbón se produce humo, y a medida que las tejedurías de algodón crecían y se multiplicaban había cada vez más chimeneas altas que echaban humo negro a la atmósfera hasta oscurecer el cielo.

Y trabajar en una fábrica de algodón implicaba trabajar en una ciudad en penumbra perpetua donde el aire estaba contaminado por el hollín del carbón y el polvo del algodón.

Cuando aparecía una nueva fábrica necesitaba cientos de trabajadores y esos trabajadores querían vivir cerca de las fábricas.

De modo que constructores, o incluso los dueños de la fábrica, compraban tierra lo más cerca posible del lugar, y en esos terrenos construían hileras de casas planeadas para incluir al máximo posible de gente en el mínimo espacio.

Los constructores tenían total libertad, no existían reglas o leyes sobre cómo construir, o cuántos metros cuadrados por persona debían destinar, y así surgieron pueblos de casas minúsculas, donde los vecindarios superpoblados se convertían pronto, en espantosos suburbios insalubres

De ese modo, sobre las verdes colinas de Inglaterra se extendió una nube de humo que nunca se despejaba —u debajo de esa nube se hallaban alineados y amontonados los más desagradables edificios que jamás se hubieran visto—.

En esas casas las habitaciones no tenían ventilación, ni baño, ni agua corriente; para toda una calle había una bomba de agua en un extremo, el único suministro de agua para todas las necesidades de toda la gente que vivía en esa calle.

Todo los terrenos entre las hileras de casas era utilizada como vertedero y se hallaban cubiertos con montones de basura y suciedad.

Dentro de las casas, cada habitación minúscula, incluyendo los sótanos, acogía a un promedio de diez personas —los que vivían en esas condiciones, hordas de mujeres harapientas y niños sucios, se hallaban privados de cualquier tipo de educación o cultura.

En aquella época, a esa clase social de ‘gente trabajadora que vivía en condiciones insalubres’ se les se le dio el nombre de ‘proletarios.’

La clase social de los que no tenían que vivir en esos chiqueros estaban firmemente convencidos de que era bueno para los proletarios trabajar sin parar

en las fábricas, porque si disponían de tiempo de ocio sólo podrían empeorar.

En medio de esos suburbios se erguían las fábricas ennegrecidas por el humo, y los obreros tenían que abrirse paso a través de la oscuridad al ir hacia ellas pues el humo a menudo era muy espeso.

Dentro de la fábrica, el aire caliente que producía el horno de carbón era espeso y estaba cargado de minúsculos fragmentos de fibra de algodón que se metía en la garganta y provocaba ataques de tos —en esta atmósfera trabajaban hombres, mujeres, y niños desde los cinco años, seis días a la semana desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche—.

Quince horas al día, con sólo media hora de descanso al mediodía; y durante todo el día, el ruido de la tos acompañaba el repicar y el traqueteo de las máquinas.

Si un niño al toser no lograba sacarse de la garganta las fibras de algodón se le daba un aso de agua mezclada con mostaza; ea espantosa mezcla ponía enfermo al niño y acababa expeliendo las fibras.

No había asientos en la fábrica, pues no había descanso, y los capataces se paseaban vigilando, armados con una larga caña, con la que golpeaban sin piedad a cualquier hombre, mujer o niño que titubeaba en su trabajo.

¿Y cuál era la recompensa que recibían esos ‘proletarios’ por su trabajo?

La paga media era muy baja; para mantener funcionando esas fábricas, había que traer cada vez más carbón de las minas, y las condiciones de trabajo en las minas de carbón eran aún peores que en las fábricas.

En las minas de carbón eran los hombres los que excavaban, pero para los otros trabajos se usaba a los niños.

En los túneles subterráneos los niños estaban encadenados a los carromatos de carbón y tenían que tirar de ellos —en muchos túneles, el techo era tan bajo que los niños tenían que arrastrarse kilómetros enteros sobre manos y rodillas, arrastrando los pesados carromatos de carbón—.

Empezaban a trabajar antes de la salida de sol y salían cuando ya era de noche, de modo que sólo veían la luz del sol los domingos.

Esos niños no vivían mucho tiempo pues no estaban alimentados lo suficiente, respiraban aire lleno de polvo de carbón, y tenían que trabajar más allá de sus propias fuerzas —miles de ellos morían, y los que sobrevivían quedaban lisiados—.

¡Eso fue lo que trajo la Revolución Industrial a Gran Bretaña!

Los dueños de las tejedurías de algodón y de las minas se hicieron ricos y prosperaron.

Construían bellas mansiones con parques espaciosos; tenían mayordomos, cocineros, criadas y multitud de sirvientes.

Y consideraban que las condiciones de vida inhumanas de los proletarios eran el destino que les había tocado, igual como los romanos cuando pensaban en sus esclavos.

La producción de algodón se triplicó de 1800 a 1820, llegando a 70.000 toneladas.

Y el dinero no dejó de entrar en el país —pero solo para llenar los bolsillos de los dueños de las fábricas y las minas. ♣

[iii:06] libertad y economía

De un lado estaban los dueños de las tejedurías de algodón que amasaban fortunas, y por el otro sus trabajadores, que vivían en condiciones tan inhumanas que hoy en día son difíciles de imaginar.

Los propietarios de las minas de carbón disfrutaban de todos los lujos imaginables, mientras que en sus minas, los niños se arrastraban por los túneles.

Los florecientes empresarios disfrutaban de una prosperidad que nunca habían conocido antes, mientras que centenares de seres humanos, hombres, mujeres y niños, vivían peor que los perros o los criminales.

Si mantenemos esa imagen en mente, la vida de los propietarios y la de los proletarios, nos preguntaremos:

“¿Acaso esa gente próspera no sentía piedad ni compasión?”

“¿No se sentían mal por los infelices proletarios?”

“¿Es que los propietarios no tenían corazón e ignoraban la miseria en los suburbios obreros?”

La respuesta es que la mayoría de ellos no eran monstruos crueles, no eran gente sin corazón, sentían pena y tristeza por ellos, pero pensaban que la

miseria y la pobreza de los proletarios era algo que no se podía evitar, era simplemente lo que les había tocado en suerte, algo que no se podía cambiar.

La gente próspera, como los propietarios de algodonerías de Manchester creían, sobre todas las cosas, en la ‘libertad.’

Según ellos, un hombre de negocios ha de ser libre para comprar bienes al precio más barato posible y venderlos al precio más caro posible —los clientes también eran libres de comprar o no; si el comerciante pide demasiado, los clientes no le comprarán—.

Y de ese modo, entre vendedor y comprador, llegaban a un precio acordado.

A eso se le llamaba ‘el juego libre del mercado.’

Hagamos que el mercado sea de ‘juego libre’ y todos los bienes establecerán su precio justo.

Así que los hombres de negocios, al comprar y vender, consideraban que tenía que haber libertad absoluta, pues de J(, contrario no harían negocios.

Y al llegar a la clase trabajadora, a los proletarios, los patrones de las tejedurías de algodón en Manchester decían:

“Los proletarios también tienen algo que vender: su trabajo, que representa determinadas horas de su vida, determinada energía de sus cuerpos.”

“Eso es lo que el proletario tiene para vender, pues no tiene otra cosa: una cierta cantidad de su vida, de su energía; y eso es el trabajo.”

“Al igual como nosotros vendemos algodón a nuestros clientes, los proletarios nos venden su trabajo a nosotros.”

“Y son libres de ofrecer su trabajo al mejor precio que puedan conseguir.”

Si una tejeduría de algodón puede lograr un alto precio de venta por su algodón, ha de venderlo a menor precio.

Si el trabajador no puede conseguir un sueldo superior ha de aceptar uno inferior.

Ese es el libre juego del mercado —todas las cosas que pueden comprarse y venderse: autos, casas, manzanas, vestidos, son llamadas ‘mercancías’—.

En la Roma antigua los esclavos también podían comprarse y venderse; en aquel entonces, los esclavos eran una ‘mercancía.’

Las tejedurías de algodón y los propietarios de minas de carbón, los fabricantes de máquinas, todos ellos desaprobaban la esclavitud —comprar y vender a un ser humano como si fuera una mercancía— pero creían sinceramente que el trabajo humano —una parte de la vida de uno mismo, de su salud y de su fuerza— era una ‘mercancía.’

Y como las otras mercancías acababan encontrando su precio justo en ‘el juego libre del mercado,’ del mismo modo el ‘trabajo’ fijaba su precio gracias al libre juego del mercado.

En los negocios, al comprar una mercancía se intenta comprarla lo más barata posible, no se le paga más al vendedor si se puede encontrar lo mismo a precio más bajo en otro comercio.

Y por consiguiente, a los propietarios de negocios les parecía totalmente correcto que la mercancía ‘trabajo’ fuera lo más barata posible.

Después de todo, si a los trabajadores no les gustaba eran libres de intentar ganarse la vida en otra parte —aunque lo cierto es que no podían conseguir mejores sueldos en ninguna otra parte—.

De modo que lo que había detrás de la miseria de los suburbios, el sufrimiento de los proletarios, era

la creencia sincera en la libertad, en la libertad en los negocios, en la economía.

Ya hemos visto que poner la libertad, la igualdad y la fraternidad en el ámbito equivocado durante la Revolución Francesa creó el caos y los ajusticiamientos con la guillotina.

Y ahora vemos que poner la ‘libertad’ en los negocios, en la economía, produjo una miseria incalculable durante la Revolución Industrial.

Tanto la Revolución Industrial como la Revolución Francesa crearon miseria y sufrimiento porque, a toda costa, se aplicó la ‘libertad’ en el lugar incorrecto.

Los hombres de negocios, las tejedurías de algodón, no eran monstruos crueles, creían honestamente en la libertad, pero por desgracia la aplicaban en el ámbito equivocado.

Y por tanto creían que la terrible vida de los proletarios no podía cambiar —si se intentaba cambiarla, se interferiría con la ‘libertad.’

Por extraño¹ que parezca, el reverendo Thomas Malthus,² ministro de la Iglesia Anglicana,³ confirmó esta creencia.

Malthus escribió un libro⁴ donde decía que nunca ha habido ni hay suficiente comida para toda

la gente en el mundo, y por tanto tiene que haber por fuerza muchos que pasen hambre; que nunca ha habido ni hay suficiente vestido para toda la gente en el mundo, y por tanto tiene que haber por fuerza muchos que vistan harapos; que nunca ha habido ni hay suficientes casas para toda la gente en el mundo, y por tanto tiene que haber por fuerza muchos que han de vivir veinte o treinta apiñados en una sola pieza; que nunca ha habido ni hay suficiente dinero para toda la gente en el mundo, y por tanto tiene que haber pobres.

Ese servidor de Dios seguía diciendo que siempre había sido así, que siempre había un ‘excedente de población’ en el mundo, gente para la que no hay suficiente comida, vestidos, casas o dinero.

Ese excedente de población tenía que vivir y morir en la miseria, y esa era la ley de la naturaleza y, por tanto, la ley de Dios.

Sería erróneo interferir en esta ley, sería erróneo ayudar a ese ‘excedente de Población en la miseria’ mediante caridad, o regalos —estaban condenados al hambre y la miseria por una ley de la naturaleza—.

El ‘deber’ de los que tenían más bienes era dejar que los otros pasaran hambre —eso es lo que decía el reverendo Malthus—.⁵

Las clases acomodadas de Gran Bretaña tenían así la palabra de un clérigo para confirmarles que era correcto, una ley de la naturaleza, que la gente de la clase trabajadora debía sobrevivir en la miseria.

Y es un error porque un día, una hora, de una corta vida humana es tan preciada que ningún dinero puede pagarla.

¹ Cuando un ‘protestante’ escribe algo obviamente incorrecto es ‘extraño,’ cuando —quizás— por surgir del ámbito religioso resulta ‘abominable.’ [n. del pr.]

² Thomas Robert Malthus (1766-1834): Clérigo anglicano y erudito británico con gran influencia en la economía política y la demografía. [n. del pr.]

³ Comunión Anglicana: Afilación mundial de Iglesias anglicanas en plena comunión con la Iglesia de Inglaterra y específicamente con su primado, el arzobispo de Canterbury. — Usualmente, es otra forma de referirse a la Iglesia de Inglaterra. [n. del pr.]

⁴ Malthus, Thomas. ‘An Essay on the Principle of Population’ [‘Ensayo sobre el principio de la población’], publicado en forma anónima en 1798. [n. del pr.]

⁵ Es fascinante ver como una supuesta ‘mente espiritual’ retrocede al nivel de las ‘castas hindúes’ frente al peligro en sus privilegios. [n. del pr.]

Pero no todos los ricos cayeron en esa conveniente trampa, no todos los hombres de negocios cometieron el error de situar la libertad en el ámbito de la economía, no todos cometieron el error de creer que el trabajo humano era una ‘mercancía’ para comprar y vender —no todos los ricos cayeron en esa trampa—.

Hubo un hombre, un galés, que luchaba contra esos errores y mostraba con ejemplos prácticos lo equivocados que estaban quienes lo creían. ♣

[iii:07] Robert Owen

En la época de la Revolución Industrial se creó una nueva clase social, la clase trabajadora, los obreros de las fábricas, eran llamados ‘proletarios.’

Y, por otra parte, apareció también otra nueva clase, los propietarios de las tejedurías de algodón y otras fábricas, o de minas de carbón y hierro, los propietarios de grandes terrenos o los de las casas que se arrendaban.

Toda esta gente que poseía propiedades de un tipo u otro eran llamados ‘capitalistas.’

Se llama capital a cualquier dinero que no se utilice para gastar, sino que era ‘invertido’ en la compra de algo que posteriormente traería más dinero.

En la época de Revolución Industrial Gran Bretaña se vio dividida en capitalistas, clase media y clase obrera.

Pero se podía pasar de la clase obrera a la capitalista —uno de los que lo hizo fue Robert Owen¹—.

¹ Robert Owen (1771-1858): Empresario y socialista utópico galés, que llevó a la práctica sus ideas reformistas primero en su fábrica de New Lanark (Escocia), en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Desde 1828 fue el gran impulsor y líder del movimiento obrero británico. Fue reformista y se opuso a la idea de la lucha de clases. Es considerado como el padre del cooperativismo. [n. del pr.]

Nacido en Gales en 1771, en una familia tan pobre que tuvo que ganarse la vida desde los diez años en una tienda como asistente, trabajando desde las 8 de la mañana a las 10 de la noche y el sueldo que recibía era sólo de 10 chelines por semana, lo que era muy poco.

Pero Robert Owen se proponía progresar en la vida; ahorró un poco de dinero, dejó Gales y viajó a Manchester, que era el centro de la industria algodonera y un lugar donde se podía ver la miseria de la clase obrera y la vida espléndida de los capitalistas.

Robert Owen, que para entonces tenía quince años, vio cómo se conseguía el dinero; vio que una libra de algodón crudo —algodón sucio— valía 25 peniques, pero una vez que esa libra de algodón era hilada y tejida y se había convertido en una tela de algodón valía 5 libras esterlinas —¡una diferencia de 20 veces!—.

Y la mayor parte de ese enorme beneficio iba a parar a los bolsillos de la persona que poseía las máquinas que hacían el hilado y el tejido.

De ese modo, Robert Owen, que seguía trabajando de asistente en un comercio, ahorró todo lo que pudo de sus miserables sueldos —se negó cualquier placer que costara dinero—.

A los veinte años compró tres máquinas de hilar y puso a trabajar en ellas a unos pocos trabajadores —se había convertido en ‘capitalista,’ un fabricante por derecho propio—.

Ahora bien, entre las grandes tejedurías de algodón de Manchester, la fábrica de Robert Owen era muy pequeña, y aunque vivía bien, apenas podía hacer fortuna.

Sin embargo, se ganó una buena reputación por su eficiencia y honestidad, y gracias a esa reputación

el profanador de textos

el dueño de una de las grandes tejedurías le ofreció un trabajo muy bien remunerado como su director.

Robert Owen vendió su pequeña tejeduría y a los 22 años se convirtió en el director altamente respetado de una de las más grandes productoras de Manchester.

Robert Owen, un joven sin educación ni instrucción, había ido muy lejos, pero le esperaba aún mejor fortuna —en aquella época, las tejedurías de algodón también se extendieron a Escocia y las más grandes se situaron en New Lanark sobre el río Clyde—.

El dueño de esas tejedurías escocesas en New Lanark era David Dale² que tenía una hija única Caroline.

Durante la formalización de un negocio Robert Owen viajó de Manchester a New Lanark y conoció a la señorita Dale, se enamoraron y se casaron.³

Owen se convirtió en copropietario y cuando murió el señor Dale, Owen se convirtió en el dueño de la tejeduría de algodón más grande de Escocia.

Hasta aquí la historia de Robert Owen es simplemente una historia de éxito, la historia de un joven ambicioso que tenía buenas cualidades y que tuvo mucha suerte.

Pero Robert Owen tenía otra faceta —a diferencia de los demás propietarios sentía una profunda

preocupación por las condiciones miserables e inhumanas en las que vivían los trabajadores—.

¿Qué podía hacerse para ayudarlos? ¿Pagarles sueldos más altos? —eso en realidad no marcaría mucho la diferencia—.

No, no bastaría con aumentar los sueldos, había que cambiar todo su modo de vida.

Y poco a poco, pues no fue una idea instantánea, Robert Owen fue creando un plan para establecer una nueva comunidad que fuera modelo para la clase obrera en todas partes.

Empezó por reconstruir las casas de sus trabajadores; en ellas, cada familia tenía dos habitaciones, algo nunca visto entre los trabajadores de aquellos días.

Pero esa gente no estaba acostumbrada a la limpieza —¿qué hacer para que mantuvieran limpias las habitaciones?—.

Owen no quería forzar a sus trabajadores a que hicieran esto o aquello, lo que buscaba era su cooperación.

Así que los obreros eligieron ‘inspectores’ entre ellos que visitaban las casas regularmente, y registraba en un cuaderno cuál familia tenía la casa limpia y cuál no —eso ya fue suficiente, pues ninguna ama de casa podía soportar que la considerasen una ama de casa sucia y descuidada mientras su vecina tenía buenas notas por limpieza—.

También en la tejeduría, Robert Owen tenía otra manera de estimular el buen trabajo.

Había pizarras de diferentes colores en cada tejeduría: negras, azules, rojas, amarillas y blancas —los que trabajaban muy mal aparecían inscritos en la pizarra negra, y los mejores en la blanca—.⁴

Naturalmente, los perezosos pronto se sentían avergonzados de verse en la pizarra negra o en la azul semana tras semana, y mejoraban.

Eso hizo que el estándar de trabajo en las tejedurías de Owen fuera el más alto en la industria del algodón.

En otros lugares, los comercios en los que los trabajadores compraban alimentos o vestidos eran regentados por vendedores sin escrúpulos que sobrecargaban los precios y engañaban, pero no en New Lanark —porque Robert Owen estableció comercios que compraban bienes al por mayor a bajo precio y luego, sin beneficio alguno, los revendían a los trabajadores.

Esos almacenes de Robert Owen fueron el comienzo de las cooperativas que, más tarde se extenderían por toda Gran Bretaña —el movimiento de las cooperativas empezó con los comercios de Robert Owen en New Lanark—.

A nadie se le había ocurrido pensar en cómo podía sobrevivir un obrero si se caía enfermo —Robert Owen pensó en ello—.

Empezó a crear lo que fue llamado el ‘fondo para enfermedad,’ financiado en parte por los mismos trabajadores y en parte por él mismo —y ese dinero era reservado para ayudar a los trabajadores enfermos y sus familias—.

Pero la preocupación especial de Robert Owen fueron los niños —ningún niño menor de 10 años podía trabajar en sus tejeduría —él mismo había empezado a los diez y por tanto no lo veía mal—, pero los niños de 10 a 15 años que trabajaban en la tejeduría sólo trabajaban cinco horas.

Nadie había pensado en la educación de los niños de la clase trabajadora, pero Robert Owen lo hizo

² David Dale (1739–1806): Destacado industrial, comerciante y filántropo escocés durante Ilustración escocesa (finales del siglo XVIII). [1] Fue un emprendedor exitoso en la industria del hilado de algodón en New Lanark, donde proporcionó condiciones sociales y educativas muy adelantadas a cualquier otro lugar del mundo. Su hija Caroline se casó con Robert Owen (1799) y en 1800, Dale vendió los molinos a Owen. [n. del pr.]

³ Sin desmerecer los sentimientos de Owen, casarse con la hija del dueño de la empresa es una forma muy habitual de trepar en la escala social. [n. del pr.]

⁴ ¿Será este el origen de ‘El empleado del mes’ de McDonalds? [n. del pr.]

—construyó una escuela⁵ en New Lanark que se adelantó en más de cien años a las escuelas que luego serían comunes para los trabajadores—.

Su idea era que una escuela también tendría que formar el carácter del niño, no solamente enseñar esta o aquella asignatura.

Pegarle a un niño, usar la caña o la correa no es la manera de crear un carácter fuerte, lo que hace es generar cobardes o matones —y por eso en su escuela se prohibió el castigo corporal, que era muy habitual en la época—.

Robert Owen creía también que la música e incluso la era esencial en la educación del niño, por lo que la música y la populares formaban parte de las clases semanales.

Poco a poco, New Lanark⁶ se convirtió en un modelo de comunidad de gente más sana y más feliz debido al cambio en las condiciones sociales implementadas por Robert Owen.

Sin duda alguna, sus trabajadores estaban agradecidos por Jo que había hecho por ellos y sus hijos.

Robert Owen había dado la respuesta de que el mundo de la industria o de la economía necesita cooperación, la respuesta correcta a las teorías equivocadas.

Podría decirse que él fue un héroe del principio de fraternidad —un capitalista que trabajaba en el espíritu de fraternidad con sus trabajadores, en cooperación.

Robert Owen había esperado que su modelo de comunidad en New Lanark fuera emulado por alguien más en Gran Bretaña, pero estuvo equivocado —ninguna otra fábrica lo imitó—.

Robert Owen intentó establecer una comunidad aún más grande en Norteamérica; por desgracia, ese nuevo experimento en el Nuevo Mundo, llamado New Harmony, fue un fracaso.

Perdió todo su dinero, tuvo que vender New Lanark y murió en la pobreza en 1858.

Y con los nuevos dueños, New Lanark volvió a los malos viejos tiempos.

Sin embargo, Robert Owen no había vivido y trabajado en vano, había mostrado que la Revolución Industrial reclamaba cooperación —fraternidad en la industria y la economía—. ♣

[iii:08] La lucha de los trabajadores

A su manera, Robert Owen fue un genio.

Mucho antes, otro genio, Leonardo, había tenido muchas ideas que estaban muy por delante de su época: en la época de Leonardo sus ideas no se pudieron poner en práctica, y lo mismo pasó con Robert Owen.

En su época la gente pensaba que era un maniático y no prestaron atención a lo que hizo en New Lanark —sin embargo, con el tiempo, muchas de las ideas de Owen acabaron poniéndose en práctica—.

Sus almacenes de venta sin beneficios fueron el comienzo de las cooperativas que se extendieron por toda Gran Bretaña; y el ‘fondo para los enfermos’ que creó para sus trabajadores fue el principio del Servicio Nacional de Salud.

Hubo otra idea de Robert Owen que no se realizó en su tiempo.

Para entenderla, recordemos un incidente que tuvo lugar en los primeros días de la locomotora.

Richard Trevithick había construido un ferrocarril para una mina de hierro; pero los trabajadores protestaron porque le quitaba el trabajo al conductor de los carros tirados por caballos; y como todos los

⁵ La escuela se abrió en 1816 y fue la primera escuela de Gran Bretaña para niños de corta edad. [n. del pr.]

⁶ Las tejedurías de New Lanark siguieron funcionando hasta 1968, y el pueblo se ha convertido en una atracción turística importante. Es también uno de los cuatro lugares de Escocia reconocidos como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. [n. del pr.]

trabajadores estaban unidos en ese asunto, el propietario tuvo que ceder y se sacó el ferrocarril.

Por sí solo, un trabajador era impotente, estaba a merced del capitalista, del propietario de la fábrica.

Pero cuando los trabajadores de una fábrica o una mina actuaban juntos tenían poder, podían obligar al patrón a tomar en cuenta sus deseos.

El incidente con el ferrocarril en la mina de hierro fue uno de los muchos que tuvieron lugar en las tejedurías de algodón, fundiciones y minas de carbón.

De todos estos incidentes, los trabajadores aprendieron una lección: que sólo estando unidos, actuando unidos, podían esperar que las terribles condiciones en las que vivían mejorasen.

Y de ese modo, los trabajadores de una mina, de una tejeduría o de una fundición se unieron formando lo que ellos llamaron 'sindicatos.'

Pero esos pequeños sindicatos de una sola tejeduría de algodón o de una sola mina de carbón no tenían ni mucho poder ni mucho dinero.

En los pequeños asuntos podían persuadir u obligar a un patrón que tomara nota de los deseos de los trabajadores, pero cuando se trataba de asuntos importantes, como el aumento de sueldos o la mejora de las condiciones de vida, los pequeños sindicatos no podían hacer nada.

Si sus trabajadores les incordiaban, el dueño siempre podía echarlos y sustituirlos por nuevos trabajadores de los suburbios superpoblados.

Así que los pequeños sindicatos de cada fábrica o mina no podían hacer nada para conseguir mejoras sustanciales en las condiciones de sus trabajadores.

Volvamos ahora a Robert Owen que estaba tan preocupado por las condiciones terribles de los obreros.

Fue su idea que todos los pequeños sindicatos de las tejedurías de algodón cooperaran y crearan un gran sindicato, el sindicato o gremio de todos los trabajadores del algodón —y todos los pequeños sindicatos de las minas de carbón tendrían que cooperar para crear un gran sindicato de los trabajadores del carbón, y así con cada actividad.

Un sindicato así sería mucho más poderoso que los pequeños —si un patrón despedía a todos sus trabajadores no podía conseguir otros, porque el sindicato prohibía a sus miembros trabajar para aquel propietario—.

Los sindicatos —que se convirtieron en organizaciones muy poderosas— fueron invención de Robert Owen que era capitalista, pero que comprendía que la colaboración y la fraternidad es el principio adecuado para la economía.

Los trabajadores se adhirieron a esa idea, y cada pequeño sindicato se convirtió en una rama del gran sindicato nacional.

Pero en esa etapa intervino el Gobierno y creó una ley prohibiendo los sindicatos.

En aquellos días, en Gran Bretaña, en época de elecciones, sólo podía votar la gente que poseía propiedades —una casa, un comercio, una granja, una fábrica—; no podía votar todo el mundo.

Si no se era dueño de la casa donde vivía no tenía derecho a voto —y eso pasaba con los obreros—.

De modo que fuera cual fuera el gobierno que se eligiera estaba siempre del lado de los propietarios y patronos, no en el de los trabajadores, que ni siquiera podían votar.

Los sindicatos habrían dado poder a la clase obrera y el gobierno no iba a tolerarlo.

De modo que todos los sindicatos fueron prohibidos por ley y, por el momento, las ideas de Robert Owen quedaron en nada.

En 1815 cuando Napoleón fue finalmente derrotado en Waterloo, Gran Bretaña podía esperar un largo período de paz.

Pero para los trabajadores del algodón, la paz no hizo más que incrementar su miseria.

Durante la guerra contra Napoleón, la armada británica había necesitado cientos de miles de uniformes, y la industria del algodón había florecido, las tejedurías empleaban a toda la gente que podían e incluso les habían pagado un poco más de lo normal.

Pero tan pronto como se acabó la guerra ya no hubo necesidad de uniformes —la demanda redujo la producción y cientos de miles de trabajadores del algodón fueron despedidos, ya no hacían falta—.

No había sueldo para nadie que estuviera sin trabajo y si los trabajadores del algodón desempleados se morían de hambre era simplemente por una ley de la naturaleza y, por tanto, no se podía hacer nada, como había dicho el reverendo Malthus.

Pero incluso los obreros que aún tenían trabajo en las tejedurías de algodón también se vieron afectados, porque recibieron sueldos mucho menor.

Si alguien se quejaba de que no podía vivir con una paga tan reducida, la respuesta era que había miles de personas sin trabajo que trabajarían por mucho menos —pero mientras los sueldos descendían, los precios de los alimentos subían—.

Y de ese modo la miseria, el hambre, y el sufrimiento de los trabajadores del algodón se hizo mucho mayor que antes.

No hay que extrañarse que hubo quienes se alzaron y arengaron a las multitudes de hombres y

mujeres hambrientos y harapientos, proponiendo que solamente un alzamiento armado, una revolución como la francesa podría ayudarles.

Así fue como en agosto 16, 1819 los trabajadores del algodón de Manchester celebraron una gran manifestación de protesta en el campo de Saint Peter, justo a las afueras de Manchester.

Se presentaron unas ochenta mil personas, hombres y mujeres: no tenían armas, pero marcharon al encuentro en filas de a cinco, como si fueran soldados, estimulados por el ritmo de tambores y clarines, llevando las banderas tricolor de la Revolución Francesa.¹

El vastísimo número de manifestantes y su aspecto amenazador aterrizó a los comerciantes acaudalados y a todos los ciudadanos ricos de Manchester, y pidieron protección.

Se envió entonces un regimiento de caballería para mantener la ley y el orden.

Cuando los soldados con casacas rojas llegaron al Campo de Saint Peter, la multitud de trabajadores del algodón permanecieron en orden y se limitaron a quejarse de los abusos.

Pero cuando un trabajador se subió a una plataforma para pronunciar un discurso, el oficial a cargo de los soldados dio la orden:

“¡Arresten a ese hombre!”

Y la línea de casacas rojas sacaron los sables y se abalanzaron sobre la multitud.

Un gran rugido de cólera emergió de la multitud, intentaron detener a los jinetes agarrando las bridas y los estribos de los caballos, y los soldados empezaron a golpear con sus sables, y comenzaron a atropellar a la gente que se les interponía.

Y entonces se produjo el pánico —la gente intentó huir y en el tumulto muchos fueron aplastados—.

Cuando se despejó el campo, estaba cubierto de cadáveres y heridos —los obreros la llamaron ‘la masacre de Peterloo,’ pues la compararon con humor con la derrota de Waterloo—.

Pero ese terrible y vergonzoso acontecimiento hizo que se despertara la conciencia en los británicos —incluso los terratenientes y comerciantes ricos comprendieron que había que cambiar las condiciones de vida de los trabajadores—.

Y, paulatinamente, empezaron a surgir leyes que fueron apartando los peores males de la Revolución Industrial.

En 1824, los sindicatos volvieron a legalizarse; en 1833 el trabajo infantil fue reducido a diez horas al día.

En 1845, durante el período en que el Parlamento inglés estaba mejorando vacilante y lentamente las cosas para los trabajadores, llegó a Inglaterra Carlos Marx.²

Las condiciones de vida de los suburbios obreros seguían siendo terribles, y fue al contemplar esas condiciones que Marx escribió su obra ‘El Capital,’³ un libro que iba a hacer historia.

Marx predicaba que, en último término, sólo una implacable lucha de clases, entre los proletarios y los capitalistas, con la victoria de la clase obrera, podría producir una nueva sociedad en la que todos podrían compartir con justicia todos los bienes.

Esa nueva sociedad en la que toda propiedad, casas, fábricas y granjas serían ‘propiedad común’ y no propiedad de capitalistas, se llamaría la ‘Sociedad Comunista.’

Con ese libro que instruía sobre la lucha de clases y la futura sociedad comunista, Carlos Marx se convirtió en el fundador del Comunismo.

Si Gran Bretaña hubiera seguido el ejemplo de Robert Owen, no se habría producido la masacre de Peterloo, ninguna guerra de clases, sino la cooperación.

Pero las clases adineradas de Gran Bretaña llevaban demasiado tiempo creyendo en la libertad aplicada en el ámbito equivocado; demasiado tiempo creyendo en las ideas del reverendo Malthus, por la que el excedente de población estaba destinado a sufrir por ley natural.

Y por eso las ideas de Carlos Marx fueron las que las que se extendieron por el mundo entero, en lugar de las ideas de Robert Owen.

Eso condujo a la creación de Estados Comunistas como Rusia, China y la terrible división que se produjo en el mundo en la segunda mitad del siglo XX.

¡Y todo ello empezó con la Revolución Industrial! ♣

¹ Revolución francesa [francés: Révolution française]: Conflicto social y político, con diversos periodos de violencia, que convulsionó Francia que enfrentó a partidarios y opositores del Antiguo Régimen. Se inició con la auto-proclamación del Tercer Estado como Asamblea Nacional en 1789 y finalizó con el golpe de Estado de Napoleón Bonaparte en 1799. [n. del pr.]

² Karl Heinrich Marx (1818-1883): Filósofo, economista, sociólogo, periodista, intelectual y militante comunista prusiano. Es el padre, junto a Friedrich Engels, del socialismo científico, del comunismo moderno, del marxismo y del materialismo histórico. Obras: ‘Manifiesto del Partido Comunista,’ ‘El Capital,’ y ‘El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.’ [n. del pr.]

³ Karl, Marx & Engels, Friedrich. ‘El capital.’ [n. del pr.]

[iii:09] Robert Clive

El algodón desempeñó un papel decisivo en la Revolución Industrial: Hargreaves mecanizó la hiladora de algodón por primera vez; Arkwright construyó los primeros molinos junto a un río para la hiladora que de algodón; Watt construyó la primera máquina de vapor y fueron las hilanderías de algodón las primeras que las usaron; y Stephenson y construyó el primer ferrocarril y fueron los fabricantes de algodón los primeros que vieron su importancia —cada uno de los pasos de esa Revolución Industrial estaba relacionado de un modo u otro con el algodón—.

Y fueron los trabajadores del algodón los primeros en tener los peores barrios en los suburbios, y fue la miseria de los trabajadores del algodón la que inspiró a Robert Owen, el dueño de una tejeduría de algodón, a intentar su experiencia en New Lanark.

También fue la miseria de los trabajadores del algodón lo que le dio a Owen la idea de crear sindicatos, y fue esa miseria la que llevó a la masacre de Peterloo en el centro del comercio algodonero.

Naturalmente, la Revolución Industrial no sólo tuvo lugar en Gran Bretaña, todo lo que Gran Bretaña tuvo fueron las máquinas, la industria del hilado y tejido —y esas industrias aportaron mucha

riqueza al país—.

Fue el algodón que empezó y desarrolló la Revolución Industrial.

Fue justamente en la época en que la Revolución Industrial llegaba a su cúspide que Gran Bretaña se posesionó de un enorme país productor de algodón, de hecho el país de origen del algodón, el país que lo había cultivado y usado antes que cualquier otro, un país considerado como un valioso tesoro: la India.

La conquista de la India por los británicos se basó en el control de la fuente de producción del algodón —y se debió sobre todo al coraje y la empresa de un hombre, Robert Clive¹—.

Robert Clive había nacido antes de la Revolución Industrial, en 1725; sus padres eran gente adinerada y su única preocupación era su hijo Robert que hacía todo lo posible para volver loco a sus padres y a sus maestros.

No mostraba ningún interés en la escuela ni en aprender nada —la única cosa que disfrutaba haciendo era pelear con los demás muchachos, nada más—.

Cuando tenía dieciocho años los padres se contentaron con encontrarle un trabajo que lo alejara de ellos, un trabajo en la India.

En aquella época, la India no era un país, sino que estaba dividida en muy diversos estados —y entre esos estados, regidos por los marajás,² existían guerras y rivalidades continuas—.

¹ Robert Clive (1725-1774): Militar británico, relevante en la política colonial británica en el subcontinente indio, que logró expulsar a los franceses. Instauró los cimientos de la potente estructura económica en las relaciones entre Gran Bretaña y la India en los siguientes siglos. [n. del pr.]

² marajá: como un rajá. — rajá: Soberano en la India. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Y las naciones europeas, especialmente Gran Bretaña, Portugal, Holanda y Francia tenían sólo pequeñas colonias en la costa de la India.

Los poderes europeos intentaban, ir ampliando sus colonias ayudando a unos maharajás a luchar contra otros, y conseguir cada vez más tierras como recompensa.

Clive fue enviado como empleado de oficina a la colonia de Madrás, en la India.

Tenía que realizar largas listas de comercios y sentía que no estaba hecho para ese tipo de trabajo tan tedioso —estaba tan desesperado que quería huir de allí—.

Pero sabía adónde; no tenía dinero, ni habilidades, ni educación.

En su desesperación, decidió suicidarse —un día, estando solo en su oficina, cargó la pistola, se la puso en la sien y apretó el gatillo—.

Pero no hubo explosión, sólo un clic; tal vez no la habla cargado bien, así que sacó las balas, volvió a cargar y lo intentó por segunda vez; pero nuevamente, sólo se oyó un clic y no salió ninguna bala.

Clive dejó la pistola disgustado.

Y en ese momento entró un amigo en la oficina, y Clive le dijo:

“Mira esta pistola, ¡no funciona! y no sé por qué.”

El amigo tomó la pistola, apuntó fuera de la ventana, apretó el gatillo y ¡bang! la bala salió disparada por la ventana.

Al día siguiente, a Clive le ofrecieron una oportunidad de abandonar ese tedioso trabajo de la oficina.

Se habían declarado hostilidades entre dos estados indios, uno de ellos era asistido por los británicos, y el otro por los franceses —si Clive quería,

podía convertirse en soldado y ayudar al estado indio aliado de Gran Bretaña.

Por fin Clive podía hacer algo que le encantaba: ¡luchar!

Pusieron a cargo suyo a quinientos hombres, doscientos británicos y trescientos indios.

Su primera tarea fue tomar la fortaleza de Arcot, que asaltó con muy poca pérdida de vidas.

Pero apenas acababa de adueñarse de la fortaleza cuando recibió la noticia de que se acercaba un ejército de diez mil soldados.

¡Quinientos contra diez mil!

Cualquier otro hombre se habría retirado rápidamente, pero no Clive.

Así que hizo acopio de alimentos, reforzó las fortificaciones y se preparó para un largo asedio —durante siete semanas los enemigos rodearon la fortaleza, esperando que los hambrientos asediados se rindieran—.

Pero, aunque la comida escaseaba, Clive y sus hombres se mantuvieron firmes.

Al cabo de esas siete semanas, los enemigos perdieron la paciencia e hicieron un ataque a gran escala.

Pero Clive estaba preparado para ello, y sus cañones crearon, tal confusión entre los atacantes que, después de perder la mitad de sus hombres, abandonaron el asedio y se retiraron —era 1751—.

Fue una gran victoria para Clive y su nombre se hizo famoso en toda la India.

Ganó unas cuantas batallas más y los indios pronto empezaron a pensar que Clive era invencible.

Bajo su liderazgo, los británicos empezaron a conquistar los demás estados indios, uno tras otro —había empezado la conquista británica de la India—.

Sin embargo, por razones de salud, Clive tuvo que interrumpir sus campañas —regresó a Inglaterra donde se le recibió como a un héroe—.

En su ausencia, el regente indio de Bengala atacó una de las colonias británicas más antiguas, el puerto de Calcuta; la ciudad fue tomada por sorpresa, sólo hubo tiempo para poner a salvo a las mujeres y niños británicos en el único barco que había disponible para devolverlos a Inglaterra —el capitán se negó a esperar a los hombres y zarpó del lugar.

¡Y entonces Calcuta se rindió!

Los prisioneros británicos fueron colocados en una mazmorra en Fort William, de 4,30×5,50 m durante tres días (junio 20, 1756).

Muchas personas murieron por asfixia y agotamiento por calor; murieron 123 de 146 prisioneros de guerra encarcelados allí.

Este hecho se lo conoce en historia de la colonización británica de la India como ‘Black Hole of Calcutta’ [‘Agujero negro de Calcuta’].

Al conocer las noticias de ese ataque a traición, Clive volvió a la India.

Comandaba sólo unos cientos de soldados británicos e indios leales a ellos cuando atacó al gran ejército del rey bengalí, que incluía elefantes, camellos, caballos, cañones.

En la batalla de Plasey, Clive obtuvo una resonante victoria, perdiendo tan sólo 20 hombres mientras el enemigo había perdido centenares.

El príncipe indio huyó, pero uno de sus propios ministros, para ganarse el favor de los británicos, lo traicionó y mató.

Una vez que el grande y poderoso Estado de Bengala estuvo en manos británicas, ningún otro estado indio podía esperar resistir, y poco a poco,

todo el subcontinente indio se convirtió en colonia británica —que sólo se independizó en 1947—.

Y todo eso empezó con Robert Clive —aunque la acción decisiva fue la traición de un indio—.

Sin embargo, el final de ese gran hombre fue trágico —al volver a Inglaterra dejó a varios hombres deshonestos a cargo en la India, hombres que aceptaban sobornos y utilizaban su posición para hacerse ricos—.

Clive fue acusado por el Parlamento Británico de haber participado en los beneficios de esos turbios asuntos.

Él demostró su inocencia y, al final, el Parlamento acabó dándole las gracias por sus servicios.

Pero se quedó tan deprimido por el hecho de que los periódicos y los parlamentarios le hubieran acusado de fraude que una vez más intentó quitarse la vida —pero esta vez la pistola funcionó cuando apretó el gatillo—.

Si la Revolución Industrial convirtió a Gran Bretaña en uno de los países más ricos del mundo, la conquista de la India la convirtió en uno de los más poderosos.

El siglo XIX fue el período en que Gran Bretaña se elevó al rango de potencia mundial cuyos barcos navegaban por todos los mares y sus soldados defendían vastas colonias en todos los continentes. ♣

[iii:10] Garibaldi: los primeros años

Hemos visto los acontecimientos que hicieron de Gran Bretaña una gran potencia en el siglo XIX, la Revolución Industrial y la colonización de la India.

Al mismo tiempo, esa gran nación rica tenía una clase trabajadora que vivía en la miseria, porque las clases dirigentes no entendían la idea de la fraternidad, de la colaboración en economía.

Y ahora llegamos a los héroes por la libertad.

Para ello hemos de mirar a otros países en la época en que Gran Bretaña estaba pasando por la Revolución Industrial.

En otras partes de Europa, como Italia, se produjo otro tipo de revolución, más preocupada por la libertad que por la fraternidad.

En aquella época Italia no era un solo país, sino que estaba dividida en diversos estados, cada uno con su propio gobernante.

En el sur estaba el reino de Nápoles regido por un príncipe español; el Norte de Italia no era independiente, estaba gobernado por Austria.

Una parte, conocida como el Piamonte, tenía un rey italiano, y otra parte estaba regida por el Papa de Roma.

Italia estaba dividida como un rompecabezas.

Pero después de las guerras napoleónicas existía, especialmente entre los jóvenes, un gran deseo, un gran anhelo, de convertirse en una sola nación, con un solo gobierno.

Podemos imaginarnos que esa idea no le gustaba a los gobernantes de cada estado.

El emperador de Austria no quería perder su parte del norte de Italia; el rey del Piamonte no quería abandonar su trono; y los jóvenes que hablaban abiertamente sobre una Italia unificada solían ser arrestados y enviados a la cárcel.

Algunos de esos ‘cabezas calientes’ seguían reuniéndose en secreto; pero como escribían cartas sobre sus esperanzas de una Italia unida, la opresión empeoraba.

Cada carta que se enviaba por correo era abierta e inspeccionada por un oficial de policía y si contenía ideas peligrosas, el que la había escrito era arrestado y enviado a prisión por años.

Nadie podía celebrar una fiesta o mantener una reunión sin el permiso de la policía—.

No se podía publicar ningún periódico ni libro que contuviera ideas ‘peligrosas’ o que se quejaran de la opresión.

Italia se convirtió en un país sin libertad.

Algunos jóvenes italianos huyeron a otros países, a Francia, a Gran Bretaña, y allí conspiraban y planeaban una Italia unida y libre —escribían libros que luego eran introducidos clandestinamente en Italia y pasaban de mano en mano—.

Todo ello ayudó a la causa de la libertad, mantuvo viva en el corazón de la gente la esperanza en tiempos mejores.

¡Pero no era suficiente!

Lo que hacía falta era un hombre que pudiera conducir a la batalla, un luchador por la libertad.

Y ese hombre fue Giuseppe Garibaldi!¹

El padre de Garibaldi era marinero, un hombre sencillo que sólo tenía una ambición: que su hijo único tuviera una buena educación y se convirtiera en algo mejor que un simple marinero.

Pero el joven Garibaldi no estaba interesado en los libros, quería navegar —y su padre no quería ni oír hablar de eso—.

Así que a los quince años, Garibaldi convenció a otros muchachos para que huyeran con él —robaron un pequeño bote y zarparon—.

Sin embargo, a petición de su padre, un guardacostas salió tras de ellos y los devolvió a la casa.

Ese pequeño evento muestra dos cosas sobre Garibaldi: que era testarudo y que era un líder.

En cualquier caso, el padre comprendió que un muchacho así nunca se convertirla en un buen abogado o médico, y lo dejó salir al mar.

Fue en esos viajes por mar que Garibaldi se encontró en Marsella, Francia, con italianos que habían huido de su patria para trabajar por la revolución, y se convirtió en un miembro entusiasta de ese grupo de rebeldes.

Como marino, Garibaldi tenía grandes oportunidades de trabajar por la revolución —cuando su barco llegaba a un puerto italiano hablaba con los marinos y pescadores e intentaba ganárselos para la idea de alzarse contra sus gobernantes para liberar y unificar Italia—.

En una ocasión, la policía descubrió lo que estaba pasando Garibaldi fue proclamado traidor, condenado a muerte y se ofreció una recompensa por su captura —pero logró escapar—.

¹ Giuseppe Garibaldi (1807-1882): Militar y político italiano, fue uno de los principales líderes y artífices de la unificación de Italia junto con Víctor Manuel II, el rey de Cerdeña. [n. del pr.]

el profanador de textos

Y como Italia ya no era un lugar seguro para Garibaldi, se embarcó para Brasil, a Río de Janeiro —en esa época Brasil estaba en la lucha de la revolución de la República Riograndense que había rebelado contra el Imperio de Brasil—.

Garibaldi inmediatamente se unió a los rebeldes y durante los siguientes seis años luchó contra el gobierno por tierra y por mar.

En una ocasión fue hecho prisionero, pero a las pocas semanas algunas personas que estaban secretamente de su lado le ayudaron a escapar —mas no tuvo suerte, fue capturado de nuevo antes de que fuera muy lejos—.

El oficial a cargo de los prisioneros estaba furioso; le preguntó:

“¿Quiénes son los hombres que te ayudaron escapar?”

Pero Garibaldi se negó a traicionar a sus amigos —fue golpeado con palos y cañas, pero se negó a contestar—.

Entonces el oficial intentó otra tortura peor: Garibaldi fue colgado por las manos de una viga —el dolor insoportable en sus brazos hizo que Garibaldi se desmayara, pero no traicionó a sus amigos; lo bajaron y lo llevaron a su celda—.

Dos semanas más tarde volvió a escapar, y esa vez con éxito —continuo luchando del lado de los rebeldes y se le dio la comandancia de un barco—.

Un día, se hallaba en la cubierta de su barco observando la costa con un catalejo; vio una gran casa y en el balcón había una hermosa joven; la podía ver claramente con su catalejo, y tan pronto como la vio, se dijo:

“Esa es la mujer con la que voy a casarme.”

A una orden suya el barco se detuvo, bajaron una chalupa y Garibaldi remó hasta la orilla —buscó por todas partes la casa que había visto con el catalejo, pero no la encontró—.

Estaba a punto de abandonar cuando se encontró con otro oficial rebelde que él conocía que le dijo:

“Voy a visitar a unos amigos que tienen una casa aquí cerca, ven conmigo, estarán encantados de conocerte.”

Garibaldi aceptó la invitación y acompañó al oficial, y cuando llegaron a la casa, la primera persona que vio fue a la joven que había observado con el catalejo.

Garibaldi y la muchacha se miraron a los ojos durante un largo minuto, sin decir palabra alguna —y como ambos dijeron más tarde, sintieron como si se conocieran desde hacía mucho tiempo, como si esta no fuera la primera vez.

Finalmente Garibaldi logró balbucir algunas palabras, y las primeras palabras que le dijo fueron:

“Has de convertirme en mi esposa.”

La joven contestó solamente con una sonrisa —y así empezó su romance—.

Ella era Anita Ribeiro,² tenía sólo 18 años y su padre la había prometido a un hombre que ella no amaba —pero el hombre que ella estaba viendo en ese momento delante suyo, Garibaldi, era ya famoso por su atrevimiento—.

Tenía la cabeza como un león, con cabello rubio fluido, una barba dorada y ojos azul oscuro; era alto

y fuerte, y en cada centímetro revelaba lo que realmente era: un aventurero temerario.

Desde el primer encuentro Anita supo que tenía que casarse con aquel hombre que tenía allí delante, y supo que su padre nunca consentiría que se casara con el extranjero aventurero —al poco tiempo de ese extraño encuentro, Anita se fugó con Garibaldi y se casó con él—.

Desde ese momento compartieron todos los peligros y privaciones de una vida que les sobrepasaba.

En una batalla, los rebeldes por los que luchaba Garibaldi fueron derrotados y, en el caos de las tropas que huían, Anita fue separada de su marido y hecha prisionera —pero escapó, consiguió enlazar a un caballo y cabalgó 100 km por el país salvaje, sola y sin alimentos—.

Dos veces tuvo que atravesar anchos ríos sosteniendo las crines del caballo, pero después de cuatro días llegó ilesa y volvió a reunirse con su marido que estaba exultante de alegría.

En otra batalla, Garibaldi fue gravemente herido y lo dejaron por muerto en el campo de batalla —cuando la noticia de su muerte llegó a Anita, no podía creerlo; y dijo:

“Mi corazón me dice que sigue vivo, si estuviera muerto ¡lo sabría!”

Era ya de noche cuando le llevaron la noticia, pero salió con una pequeña lámpara de aceite, se adentró en el campo de batalla que estaba lleno de cuerpos destrozados y allí, sola en la noche, fue inspeccionando un cadáver tras otro, acercando su lámpara a las caras lívidas e inertes.

Durante horas fue tanteando por los cadáveres hasta que encontró a su marido; estaba inconsciente, cubierto de sangre, pero su corazón todavía palpita-

² Ana Maria de Jesus Ribeiro o Anita Garibaldi (1821-1849): Célebre y combativa esposa de Giuseppe Garibaldi, apodada la ‘Heroína de los Dos Mundos.’ [n. del pr.]

ba —le vendó las heridas, luego fue a pedir ayuda y durante semanas estuvo a su lado cuidándolo para que volviera a la vida—.

En medio de esos peligros constantes nació su primer hijo, un niño, que sólo tenía doce días cuando los rebeldes sufrieron una gran derrota y Garibaldi y su familia tuvieron que huir a la selva brasilera.

Era la estación lluviosa, durante semanas vivieron en medio del aguacero constante, empapados totalmente, sin comida apropiada, plagados de insectos, en constante peligro de ser atacados por los animales de la selva y serpientes y tropas enemigas —y siempre temiendo que se les muriera el niño—.

Pero los tres sobrevivieron y lograron escapar.

El tiempo que pasó Garibaldi en Sudamérica lo preparó para la verdadera tarea que tenía por delante, la misión de conducir una revolución en Italia contra los tiranos que mantenían el país dividido y a la gente oprimida. ♣

[iii:11] Garibaldi y la unificación de Italia

Antes de continuar con la biografía de Garibaldi hemos de examinar las condiciones de Europa en la primera mitad del siglo XIX.

Después de la Revolución Francesa, todos los gobernantes de Europa, reyes, emperadores, zares, temían que esas peligrosas ideas de libertad, igualdad y fraternidad se extendieran por sus países y que ellos también perdieran su trono e incluso su vida.

Así que todos tomaron medidas para mantener callados a sus súbditos instilando en ellos el miedo.

La opresión en Italia era similar a la que había en Francia, Alemania, Austria, y Rusia —hablar o escribir sobre libertad ya era suficiente motivo para mandar a alguien a prisión—.

La policía no estaba para proteger a la gente, sino para arrestar, encarcelar y ejecutar a cualquier sospechoso de albergar ideas ‘peligrosas.’

Gran Bretaña era el único país donde la gente podía expresar sus ideas; en cualquier otra parte de Europa no había ni libertad de expresión, ni de escribir o imprimir nada que disgustara a los gobernantes.

Pero la opresión, la Policía y la persecución no pueden detener las ideas; a la larga no funcionan.

En Europa eso funcionó un tiempo, hasta 1848. El año 1848 es uno de esos años en la historia que habría que señalar en rojo.

Fue el año de las revoluciones.

Todo empezó en Francia; en febrero de 1848 los franceses se rebelaron contra el rey Luis Felipe II, pariente de Luis XVI, y el rey tuvo que huir a Inglaterra.

Y el éxito de esa rebelión empezó a desencadenar revoluciones por toda Europa.

En Viena, los estudiantes lideraron una revolución contra Fernando,¹ emperador de Austria, pero fracasaron, pues tras una lucha heroica, fueron sobrepasados por las tropas y muchos estudiantes fueron ejecutados.

En Alemania también se produjo una revolución, pero fue aplastada por las fuerzas armadas.

Y ahora llegamos a Italia.

El norte de Italia era una parte del imperio Austriaco, pero contra los deseos del pueblo italiano —y en 1848, ese año de revoluciones, la gente del norte de Italia se alzó en rebelión contra los austriacos—.

¿Y qué pasaba en el resto de Italia?

En el reino del Piamonte, el rey Carlos Alberto,² inesperadamente se declaró a favor de los rebeldes y dispuesto a luchar de su lado para liberar y unificar Italia, prometiéndole un Parlamento como el británico.

Y así regresamos a Garibaldi.

¹ Fernando de Habsburgo-Lorena y Borbón-Dos Sicilias [Ferdinand Karl Leopold Joseph Franz Marcellin von Habsburg-Lothringen] (1793-1875): Segundo emperador de Austria (1835-1848), rey de Bohemia (1835-1848) y de Hungría (1830-1848). Se casó con la princesa María Ana de Saboya (1831), pero no tuvieron descendencia. [n. del pr.]

² Carlos Alberto de Saboya (1798-1849): Rey de Cerdeña, Duque del Piamonte y Príncipe de Carignano. [n. del pr.]

el profanador de textos

Con una revolución en Italia y un rey poniéndose de lado de los rebeldes, nada podía retener a él y a su fiel Anita en América.

Dejando a los niños con unos parientes en Francia, llegaron a Italia llenos de esperanza de ver el país liberado y unificado en una sola nación.

Pero las esperanzas de Garibaldi y de los italianos se disolvieron amargamente.

El emperador de Austria, después de haber aplastado exitosamente la rebelión de los estudiantes en Viena, armó un gran ejército, atravesó los Alpes llegando al norte de Italia, y aplastó a los inexpertos y mal armados rebeldes italianos.

Y el rey del Piamonte pronto dejó la lucha y firmó la paz.

¿Y a Garibaldi, a Anita y a un pequeño grupo de fieles seguidores los dejaron en la estacada.

El campo, las ciudades estaban en manos de los austriacos y los soldados austriacos intentaban capturar al peligroso rebelde Garibaldi.

Sólo había una esperanza para el pequeño grupo de rebeldes, llegar lo antes posible a la costa y escapar con algún barco —y eso fue lo que hicieron, kilómetro tras kilómetro, si descanso, antes ‘de que los austriacos les dieran caza.

Pero las penurias de esas marchas quebraron la salud de Anita; ella seguía incansable, pero se iba debilitando paulatinamente.

Al final llegaron a la costa y encontraron a pescadores dispuestos a ayudarles; y por la noche, el pequeño grupo se embarcó en media docena de barcos y se alejaron de la costa.

Pero, desgraciadamente había luna llena y al pasar por un pequeño promontorio, cañones austriacos empezaron a dispararles.

Sólo escapó un bote, el que llevaba a Garibaldi, Anita y a otros seis hombres —el resto fue hundido.

Ese bote volvió a la costa y los supervivientes se desperdigaron en todas direcciones; sólo un hombre se quedó junto a Garibaldi y Anita.

Por entonces Anita ya no podía caminar y los dos hombres la llevaron a costas hasta que llegaron a una granja.

Tuvieron la suerte de que el granjero era un patriota italiano y admirador de Garibaldi, y los mantuvo escondidos, fuera de la vista de los austriacos.

Habían capturado a los demás supervivientes y los habían fusilado y todo el mundo estaba buscando a Garibaldi —¡nunca lo encontraron!—.

Anita había pasado demasiadas penurias y, a pesar de todos los cuidados que recibió, murió —fue la única vez que Garibaldi se desmoronó y se puso a llorar—.

Pero no tenía ‘tiempo para el duelo, y ni siquiera pudo quedarse para el entierro de Anita, pues los austriacos seguían buscándolo y su escondite ya no era seguro.

El y su amigo estuvieron a punto de ser capturados, pero al final lograron salir de Italia y permanecieron muchos años fuera del país.

Una vez más erró por los mares como capitán de barcos mercantes y llegó incluso a la China.

Pero seis años después, en 1854, se produjo otra oportunidad de retomo a su patria.

Se había producido un importante cambio en el reino de Piamonte —un joven y valiente rey había ascendido al trono, Víctor Manuel,³ que realmente estaba dispuesto a luchar por liberar y unificar Italia.

³ Víctor Manuel II [Víctor Manuel María Alberto Eugenio Fernando Tomás de Saboya] (1820-1878): Último rey del Reino de Cerdeña (1849-1861) y el primer rey de Italia (1861-1878). Asistido por el Primer Ministro Camillo

Pero el Piamonte no podía esperar salir victorioso contra una gran potencia como Austria sin tener algún aliado poderoso —y ese aliado fue Francia—.

Cuando Luis Felipe II fue expulsado por la nueva Revolución Francesa en 1848, los franceses nombraron presidente de la República a Luis Napoleón, sobrino de Napoleón Bonaparte.

Ese sobrino de Napoleón era tan ambicioso como su tío, y tras un breve período como presidente se declaró a sí mismo emperador de Francia con el título de Napoleón III —el hijo de Napoleón, que había muerto joven, era considerado Napoleón II—.

Y ese nuevo Napoleón III estaba dispuesto a ayudar al Piamonte en su lucha contra Austria.

Lo que seguía haciendo falta era un hombre que liderara a los italianos, experimentado en la batalla, alguien a quien siguieran con toda su alma.

¡Y ese hombre era Giuseppe Garibaldi!

Fue convocado a Piamonte donde empezó a entrenar a varios miles de voluntarios especialmente escogidos por su valentía y fortaleza; se les dieron camisas rojas como señal de su disposición a dar la sangre por su patria.

El momento de entrar en acción por parte de los Camisas Rojas de Garibaldi se produjo cuando estalló la revolución en la isla de Sicilia; esa isla estaba bajo gobierno de España que ejercía un trato cruel sobre los habitantes.

El pueblo acabó rebelándose, pero los campesinos sicilianos no habrían tenido esperanza alguna de éxito si no hubiera sido porque Garibaldi les ayudó con sus Camisas Rojas, y en tres meses los españoles habían sido expulsados.

Benso, conde de Cavour, llevó a cabo la Unificación italiana. [n. del pr.]

el profanador de textos

El reino de Nápoles, en el sur, también estaba bajo el gobierno de España.

Garibaldi y sus Camisas Rojas cruzaron el estrecho desde Sicilia y llegaron al reino de Nápoles, pero no les hizo falta realizar ningún ataque —el ejército enviado contra él se rindió sin disparar una sola vez—.

La gente de Nápoles se rebeló contra el gobernante español que huyó y Garibaldi fue proclamado libertador.

En ese punto, la fama y popularidad de Garibaldi eran tan grandes que podría haberse convertido en rey de Italia, si lo hubiera deseado —pero eso no estaba en su naturaleza, y permaneció fiel a Víctor Manuel, el rey del Piamonte—.

Mientras tanto, había guerra también en el norte de Italia, aunque Garibaldi no participó en ella.

Tal como lo había prometido, Napoleón III había acudido en ayuda de los italianos en el norte de Italia contra Austria.

En una terrible batalla, las fuerzas combinadas francesas e Italianas, derrotaron a los austriacos.

Fue en la batalla de Solferino en 1859 y es importante por otras Tazones de las que hablaremos más adelante.

En todo caso, después de la batalla de Solferino, el norte de Italia también había sido liberado y finalmente se hizo realidad el gran sueño de tantos italianos.

En 1861 toda Italia fue declarada una sola nación —sin divisiones ni estados pequeños— y el primer rey de Italia, Víctor Manuel, concedió al nuevo país un Parlamento, elecciones libres y libertad de expresión.

La libertad había llegado a Italia, y pocos hombres habían hecho y sufrido tanto por lograrla como Garibaldi, el héroe de la libertad.

Es cierto que en años posteriores Garibaldi se enemistó con el rey Víctor Manuel y sus ministros, pero no hemos de olvidar que el viejo rebelde no era un hombre fácil de tratar y era tan testarudo siendo mayor como lo había sido de joven.

Y eso lo había convertido en un héroe de la libertad, como Robert Owen había sido un héroe de la :fraternidad. ♣

[iii:12] Henry Dunant

Hemos echado una ojeada a los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, pero esas cualidades serían incompletas sin algo más —al igual como un río que se divide en tres en el delta, la libertad, la igualdad y la fraternidad proceden de una misma fuente, no podrían existir sin esa fuente—.

Y esa fuente es la compasión o caridad, un profundo e intenso sentimiento por los demás, la capacidad de compartir las alegrías y penas de otros como si fueran las propias.

Robert Owen sentía compasión por sus trabajadores, Giuseppe Garibaldi la sentía por sus compatriotas oprimidos en Italia, y fue eso lo que les convirtió en héroes de la fraternidad o de la libertad.

Ahora nos acercaremos a un héroe de la compasión; ese hombre nació en Ginebra, Suiza, una bella ciudad al borde del mayor lago suizo, el lago Lemán o lago de Ginebra.

En esa parte de Suiza, el francés es la lengua oficial y nuestro héroe tiene un nombre francés, Henri Dunant,¹ pero era suizo.

¹ Henry Dunant o Jean-Henry Dunant (1828-1910): Empresario, filántropo y humanista suizo. Primer Premio Nobel de la Paz junto con Frédéric Passy, en 1901. Escribió 'Un Recuerdo de Solferino,' en el que reclamó la creación de un cuerpo de voluntarios para socorrer a los heridos de

Dunant era el hijo de comerciantes ginebrinos ricos y a medida que crecía mostró las habilidades de un buen hombre de negocios, alguien que hacía uso del dinero para conseguir más dinero.

Pero ya de niño, Dunant mostró otra faceta de sí mismo.

Un día, pasando cerca del lago vio a otros niños pescando con caña; cuando pescaban un pez no lo mataban, sino que lo echaban a la cesta donde seguían agitándose débilmente.

No pudiendo soportar lo que veía, se acercó a los muchachos, les dio el dinero de bolsillo que llevaba encima y luego devolvió los peces al lago.

Pero tenía un buen cerebro para los negocios y como adulto llegó a convertirse en un hombre de negocios rico y respetado en Ginebra —un hombre de negocios está siempre buscando oportunidades para invertir dinero, para multiplicarlo, y eso es lo que hacía Dunant —la pregunta era: ¿dónde generaría su dinero el máximo provecho?—.

En aquella época, los jóvenes ricos capitalistas como Dunant empezaban a invertir dinero no sólo en sus propios países, ni siquiera en Europa, sino en las colonias de ultramar.

Suiza, el país de Dunant, no tenía colonias, pero su gran vecino Francia las tenía —y resultaba lógico para Dunant, cuya lengua materna era el francés, pensar en una colonia francesa para invertir su dinero—.

Y la colonia francesa más cercana era Argelia, en la costa norte de África.

Así que este hombre de negocios, Dunant, viajó a Argelia para comprobar por sí mismo si había oportu-

nidades de inversión que con el tiempo le aportara beneficios —terminó compró tierra, grandes campos con tierra muy fértil en el que se podía cultivar trigo—.

Pero también quería construir molinos donde moler el trigo, y excavar canales para tener agua con que mover los molinos.

Para construir un canal en Argelia hacía falta el permiso del gobierno francés en París.

Así que Dunant escribió a París solicitando autorización —pero no hubo respuesta—.

Dunant se encolerizó: había invertido la mayor parte de su fortuna en la tierra y ahora estaba todo paralizado por algún funcionario en una oficina de París.

Decidió dirigirse directamente al jefe del gobierno francés, que en aquel momento era el nuevo emperador Napoleón III, y conseguir el permiso para construir los canales —así que viajó a París, pero el emperador estaba ausente—.

Napoleón III había marchado con su ejército a Italia para ayudar a los italianos contra Austria.

Eso no detuvo a Dunant; si Napoleón III estaba en Italia, él iría a Italia y se encontraría con su majestad allí.

Dunant viajó a Italia y pudo llegar hasta el cuartel general del ejército francés justo en la noche antes de la gran batalla de Solferino.

Naturalmente, nadie tenía tiempo para escuchar a Dunant y sus quejas, y menos el emperador; los franceses estaban preparándose para la batalla que se avecinaba —Dunant tuvo que esperar—.

Y así fue que, al día siguiente, junio 24, 1859, Dunant tuvo la oportunidad de contemplar toda la batalla de Solferino desde tina colina.

Era junio, un mes de junio italiano cálido, y a lo largo del día, ambos ejércitos, los franceses e italianos por un lado, y los austriacos por el otro, entablaron una feroz batalla bajo el sol ardiente —filas de hombres en orden de marcha se precipitaban unos contra otros con la fuerza de un furioso torrente—.

Era una batalla de lucha cuerpo a cuerpo, hombres que clavaban sus bayonetas en los enemigos, les machacaban el cráneo con las culatas de los fusiles, los mutilaban a sablazos —y si un hombre se quedaba sin ningún arma agarraba a su enemigo por la garganta o lo atacaba a mordiscos—.

Era una batalla en la que los hombres luchaban como bestias, sin misericordia, e incluso los heridos luchaban hasta sus últimas fuerzas —la caballería pisaban los cuerpos que yacían en tierra, las ruedas de los cañones les pasaban por encima—.

La tierra estaba empapada de sangre y los gritos de angustia y dolor eran a veces tan altos como el tronar de los cañones —al atardecer, los austriacos fueron derrotados y se retiraron—.

La batalla había terminado, pero no el sufrimiento —cuarenta mil heridos, franceses, italianos y austriacos yacían abandonados en el campo de batalla sin enfermeras ni médicos, sin comida ni agua — para muchos, la sed era mucho peor que el dolor de sus heridas y durante toda la noche los gritos de los atormentados atravesaban el aire—.

La situación estaba tan mal que a la mañana siguiente se encontró a algunos que se habían metido tierra en la boca y habían muerto entre convulsiones.

Al día siguiente, la agonía' de los heridos continuaba porque todavía no había ninguna ayuda alguna para ellos —estaban cubiertos de moscas y sus heridas supuraban—.

guerra, lo que sirvió más tarde para la fundación de la Cruz Roja y se redactó la Convención de Ginebra (1864) con base a los postulados humanitarios de Dunant. [n. del pr.]

el profanador de textos

Aquel día, el hombre de negocios Henri Dunant olvidó sus negocios; si nadie hacía nada por aquellos hombres agonizantes él lo haría.

Así que reunió a los campesinos de un pueblo italiano cercano y organizó una cuadrilla de personas para empezar una tarea casi desesperada.

Consiguió que los niños del pueblo se dedicaran a llevar agua; envió carros a la ciudad más cercana y con su dinero compró vendajes, alfileres, esponjas y fruta; convenció a dos turistas ingleses y les hizo unirse al pequeño grupo de hombres y mujeres que atendían a los heridos.

Al principio, los campesinos italianos sólo querían cuidar de los soldados italianos y franceses, no querían ayudar a los soldados austriacos —pero Dunant empezó a gritar diciendo:

“Siamo tutti fratelli”
[“Todos somos hermanos”]

Y los campesinos italianos repetían:

“È vero, siamo tutti fratelli.”
[“Es cierto, todos los hombres son hermanos.”]

Y trataron a los heridos austriacos igual como a sus propios soldados —había cuarenta mil heridos y sólo una lastimosa cuadrilla de voluntarios para ayudar, tal vez eran cien—.

Durante tres días, esos verdaderos cristianos, llevados por el ejemplo de Dunant, trabajaron día y noche, con pocas horas de descanso aquí y allá.

Y Dunant consiguió finalmente que el ejército francés le prestara carros tirados por caballos para llevarse a los heridos a la ciudad más cercana donde se dispusieron escuelas, iglesias, y salones públicos para albergarlos.

¡Dunant no vio nunca al emperador Napoleón III!

Al emperador no le había gustado la visión del campo de batalla e inmediatamente después de la batalla había regresado a París —y Dunant ya no estaba interesado en su negocio, en sus canales y molinos—.

Regresó a Ginebra con una única idea en su mente:

“¿Qué puedo hacer para ayudar a los heridos en futuras guerras, en futuras batallas?”

Escribió un libro, ‘Recuerdo de Solferino’,² en el que además de describir todo lo que había sucedido también proponía a todas las naciones que llegaran a algún acuerdo sobre el tratamiento de los heridos y prisioneros de guerra.

El libro causó profunda impresión en todo el mundo, pero Dunant necesitaba algo más que muestras de simpatía, quería que se hiciera algo al respecto.

Viajó de un gobierno a otro, habló con ministros, primeros ministros, reyes.

Y finalmente, en 1864 se celebró una reunión en Ginebra donde representantes de muchos países firmaron la Convención de Ginebra,³ un año después de la creación de la Cruz Roja⁴ —desde entonces, la Cruz Roja ha salvado millones de vidas—.

² Dunant, Henri. ‘Recuerdo de Solferino.’ [n. del pr.]

³ Convenios de Ginebra (1864): Conjunto de cuatro convenios internacionales que regulan el derecho internacional humanitario cuyo propósito es proteger a las víctimas de los conflictos armados. [n. del pr.]

⁴ Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR): Organización con la misión humanitaria de proteger a las víctimas de la guerra y de la violencia interna, así como de prestarles asistencia, con sede en Ginebra. En conflictos, dirige y coordina las actividades internacionales de socorro del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media

Mientras Dunant hacía todo eso no tenía tiempo para ocuparse de su negocio y el resultado fue que perdió todo su dinero y no pudo pagar sus deudas; eso le causó tal vergüenza que dimitió de la dirección de la Cruz Roja —dejó la Cruz Roja para que la gente no relacionara esa nueva organización para el beneficio de la humanidad con una persona que no podía pagar sus deudas—.

Así que sin dinero, sin trabajo, Dunant se volvió tan pobre que en una ocasión tuvo que dormir en la calle; luego desapareció, la gente lo olvidó, y durante muchos años nadie supo si estaba vivo o no.

Pero en 1908, cuando Dunant tenía 80 años, un periodista lo descubrió; estaba en un pueblo de los Alpes; a partir de entonces empezaron a llegar regalos y telegramas desde todo el mundo y Dunant pudo finalmente morir reconocido.

En 1901 le fue concedido el primer Premio Nobel de la paz —y nunca será olvidado!—.

El fue uno de las grandes héroes de la compasión, de la misericordia, del amor entre los seres humanos. ♣

Luna Roja. La Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (FICR). [n. del pr.]

[iii:13] Abraham Lincoln

Robert Owen fue un héroe de la fraternidad; Giuseppe Garibaldi de la libertad; Henry Dunant de la compasión —veamos ahora a un héroe de la igualdad—.

Pensemos un poco lo que quiere decir ‘igualdad.’

Quiere decir ‘igualdad de derechos,’ quiere decir que cada ciudadano de un Estado tiene los mismos derechos que todos los demás.

No han de haber leyes diferentes para los ricos y los pobres, para los nobles o los trabajadores, eso es lo que implica la ‘igualdad de derechos.’

A una persona que trabaje arduamente seguramente le irá mejor en la vida que a una perezosa, pero ante la ley, en un la Justicia o en un argumento legal los dos son iguales.

Sin embargo, hace sólo unos 150 años existían personas que por la ley de su país carecían de todo tipo de derechos —no tenían siquiera derecho a dejar su trabajo si no lo querían—.

Esa gente sin derechos eran los esclavos negros en los Estados Unidos de Norteamérica.

En aquel gran país que se había rebelado contra los británicos para defender ‘sus derechos’ —como, por ejemplo, el derecho a opinar en el tema de los impuestos— no reconocían los derechos de todos

sus habitantes; ese gran país todavía tenía esclavos negros en 1855.

Naturalmente, algunos norteamericanos decían que los esclavos eran bien tratados por la mayoría de sus amos y que no estaban tan mal, pero muchos propietarios de esclavos eran crueles y brutales con ellos, podían herirlos o matarlos a su antojo, porque el esclavo no tenía derechos.

Pero incluso si un propietario de esclavos era la amabilidad misma, la esclavitud seguía estando mal.

Sin embargo, eso sucedía en los estados del sur —Alabama, Georgia, Louisiana, las dos Carolinas, Virginia y otros—, esos eran los que todavía permitían la esclavitud.

Y la razón de que esos estados del sur aún tenían esclavos negros era una planta que produce un suave penacho blanco: ¡el algodón!

Pensemos en ello, ninguna otra planta ha causado más sufrimiento que el algodón —desde las condiciones de las tejedurías de algodón de la Revolución Industrial en Gran Bretaña hasta el comercio de esclavos en Norteamérica—.

Aunque está claro que el origen del sufrimiento no es la planta sino la avaricia humana, la que causaba todo ese dolor.

En los Estados Unidos de Norteamérica el algodón sólo podía crecer en el clima cálido de los estados del sur, y el trabajo en las extensas plantaciones de algodón era realizado por esclavos negros.

En los estados del norte, zona de clima frío y con nieve, donde no crecía el algodón, no hacía falta tantos esclavos —así que los estados del norte, uno tras otro, acabaron aboliendo la esclavitud y liberaron a los negros, y eso no afectaban su economía.

De modo que a mediados del siglo XIX, los Estados Unidos eran una nación dividida por la cuestión de la esclavitud.

Los estados del norte habían abolido la esclavitud, era ilegal tener esclavos; y en los estados del sur decían:

“Para ustedes es fácil, no tienen plantaciones, nosotros .

”Nosotros dependemos del algodón y sería imposible sacar provecho de las plantaciones sin esclavos negros.”

La recolección de los copos de algodón de las plantas se hacía manualmente, caminando y agachándose entre las hileras de plantas; ese era el trabajo de los esclavos.

Esa situación no podía seguir adelante mucho tiempo; cada vez había más gente en el norte que consideraba erróneo que una nación civilizada, como Estados Unidos todavía tuviera esclavos como los antiguos romanos o griegos —así que exigieron a los estados del sur que abolieran la esclavitud—.

En un país moderno todos los hombres han de tener los mismos derechos; el gobierno federal tendría que promulgar una ley para todo el país que prohibiera la esclavitud —y como los estados del norte tenían la mayoría en el gobierno, pudieron promulgar esa ley para todo el país—.

Pero los estados del sur declararon:

“Si promulgan esa ley nos separaremos de los Estados Unidos y nosotros, los estados del sur, declararemos nuestra parte un país independiente.

”Tendremos una república propia y nuestro propio gobierno, y mantendremos a los esclavos.”

A lo que los estados del norte respondieron:

*“No permitiremos que dividan el país.
”Los mantendremos por la fuerza bajo el
gobierno de Washington, que es nuestro gobierno
y el vuestro.”*

Esa era la posición en el año 1860.

Al año siguiente, Abraham Lincoln¹ se convirtió en Presidente de los Estados Unidos, es decir, el presidente legítimo del norte y del sur.

La carrera de Abraham Lincoln fue un éxito típicamente americano —procedía de una familia muy pobre en Kentucky que en aquella época todavía era medio salvaje; su madre murió cuando él tenía ocho años; su padre era carpintero, un hombre impaciente que se preocupaba muy poco de su hijo—.

Tuvo que ganarse la vida desde los nueve años, trabajando en granjas, en comercios o ayudando en un ferry.

Entre los diversos trabajos ocasionalmente podía ir a la escuela; no fue culpa suya que no pudiera adquirir una educación apropiada, pero hizo el esfuerzo de educarse a sí mismo —trabajando en la tienda, los clientes lo encontraban con un libro sobre el mostrador, estudiando en sus momentos posibles—.

Más tarde, Lincoln empezó a llevar un pequeño negocio, una tienda, junto con un socio; pero el socio era deshonesto y borracho.

Acabó muriendo alcoholizado y dejó a Lincoln con enormes deudas —a Lincoln le llevó muchos años poder pagarlas, pero las pagó—.

Estaba dispuesto a ser honesto en todo lo que emprendiera.

Y en esos años en que trabajaba en tiendas y tenía que pagar esas deudas empezó a estudiar leyes por su cuenta y finalmente pasó sus exámenes² y se convirtió en abogado en Springfield, la capital de Illinois.

Como abogado, Abraham Lincoln, se mantuvo escrupulosamente honesto.³

Un hombre se presentó pidiéndole que llevara su caso a los tribunales; Lincoln escuchó la historia y luego dijo:

*“Sí, podría a tomar su caso, ganarlo y
cobrarle quinientos dólares de honorarios, pero
no voy a tomarlo, porque usted ha obrado mal.
”Que tenga usted buenas tardes.”*

Con ese intenso sentido por la justicia Abraham Lincoln había estado contra la esclavitud desde su juventud; consideraba que era un mal y que tendría que desaparecer de Norteamérica.

Se metió en política para luchar contra ese mal y fue elegido por la gente de Springfield como su congresista en Washington.

De ahí una cosa llevó a la otra, y en 1861, en aquella época de gran tensión, Abraham Lincoln, el hijo de un pobre, se convirtió en Presidente de los Estados Unidos.

Lincoln no quería ver a su país dividido por una guerra civil, y prometió que no obligaría a los estados del sur a dejar a sus esclavos.

Pero no le creyeron, y en abril de 1861, los estados de Carolina del Sur, Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Texas se declararon

república independiente y establecieron su propio gobierno; en mayo se le unieron Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte.

La llamaron Estados Confederados de América.

También declararon que la ‘esclavitud era la condición natural del negro.’

Fue una revuelta abierta, una rebelión contra el gobierno legítimo de Washington, y Abraham Lincoln, como presidente, consideró su deber luchar contra los rebeldes.

De modo que en 1861 estalló la guerra civil entre los estados del sur —los Confederados— y los del norte —los Unionistas—, una guerra en que personas de la misma nación⁴ lucharon entre sí, una guerra que duró cuatro años y en la que seiscientos mil hombres perdieron la vida.

No era una guerra para liberar a los esclavos, sino para mantener a los estados del sur dentro de la Unión, pero durante la guerra Lincoln declaró que si el norte ganaba se aboliría la esclavitud en el sur.

En 1865 acabó la guerra con la victoria de los estados del norte y la esclavitud fue abolida en Norteamérica.⁵

Hubiera sido una bendición que Abraham Lincoln con su espíritu de justicia hubiera sido un líder en la paz como lo había sido en la guerra.

Su objetivo era tratar a los estados vencidos del sur no como enemigos conquistados, sino como

¹ Abraham Lincoln (1809-1865): Político y abogado estadounidense, 16º presidente de los Estados Unidos de América (1861-1865). Lideró el país durante la guerra de Secesión, la mayor crisis moral, constitucional y política, preservando la Unión, abolió la esclavitud, fortaleció el gobierno federal y modernizó la economía. [n. del pr.]

² En Estados Unidos, la autorización para ejercer como abogado la da el Gobierno, no las universidades. [n. del pr.]

³ ¿Implicará Kovacs que hay abogados deshonestos? [n. del pr.]

⁴ Este comentario resulta intrigante en Kovacs. Nunca se preocupó de que eran ‘personas de la misma nación’ las que luchaban por la religión o el rey, o la misma Revolución Francesa. [n. del pr.]

⁵ Discurso de Gettysburg: Es el más famoso de Abraham Lincoln. Invocando los principios de igualdad de los hombres consagrados en la Declaración de Independencia, redefinió la Guerra Civil como un nuevo nacimiento de la libertad para los Estados Unidos y sus ciudadanos. [n. del pr.]

amigos y de esa manera se curarían las heridas de la guerra.

Pero no fue así —justo antes de que se rindiera el Sur, una noche en la que Lincoln fue al teatro, un fanático sureño se escabulló hasta el palco del presidente durante la función y lo asesinó de un disparo—.

El presidente que le sucedió, Andrew Johnson,⁶ fue incapaz de oponerse al Congreso que hizo sentir a los estados del sur que eran enemigos vencidos y creó con ello una amargura que duró muchos años en el sur.

Los negros ya no eran esclavos, pero ese fue sólo el principio en el camino hacia una verdadera igualdad —costó casi otros cien años para que los negros disfrutaran de plena igualdad de derechos en Norteamérica, especialmente en el sur—.

En noviembre de 2008, fue elegido Barack Obama, el primer presidente negro de los Estados Unidos.

De modo que casi al mismo tiempo en que la Revolución Industrial en Gran Bretaña hizo emerger demandas de fraternidad, y que en Italia se produjo una lucha por la libertad, en Estados Unidos se produjo una guerra por la igualdad —y el héroe de esa guerra por la igualdad fue Abraham Lincoln—. ♣

⁶ Andrew Johnson (1808-1875): 27º presidente de los Estados Unidos (1865-1869) por el asesinato de Abraham Lincoln, pues era vicepresidente. Como la guerra de Secesión había finalizado, se preocupó por comenzar con la reconstrucción de los estados que se habían separado de la unión, pero encontró la oposición de la mayoría republicana en el congreso y fue sometido a un juicio político. [n. del pr.]

[iii:14] el zar Alejandro II

Por una extraña coincidencia, en la época en que se producía una lucha por los derechos y la igualdad en Norteamérica, tuvo lugar el mismo tipo de lucha en Rusia.

En la época de la lucha entre unionistas y confederados en Estados Unidos, Rusia estaba enfrentándose también al problema de la igualdad.

En aquella época, Rusia tenía también su propio tipo de ‘esclavos,’ aunque eran llamados ‘siervos’ —los siervos en Rusia eran de origen ruso como sus dueños, pero su vida era tan mala y miserable como la de cualquier esclavo negro de Norteamérica—.

En aquella época había muy pocas ciudades en Rusia, prácticamente no había industrias, ni fábricas, y la mayoría de ese vasto país era agrícola —pero no había granjeros como los encontraríamos en cualquier otro país hoy en día—.

Había enormes fincas, cada una extendiéndose varios miles de hectáreas, y los dueños de esas grandes fincas eran los aristócratas rusos.

Los trabajadores, los campesinos que trabajaban en los campos para sus amos de la nobleza, no poseían sus tierras, sino que eran ‘siervos,’ es decir, ellos

mismos eran propiedad de sus amos, igual como el ganado o las casas que había en la finca.¹

Pero no eran simplemente esclavos; había una diferencia.

Un esclavo en Norteamérica podía ser vendido por sí mismo; un siervo en Rusia podía ser vendido sólo si se vendía también la tierra en la que vivía —los siervos eran parte de la tierra, como los árboles que crecen en ella—.

El propietario de la finca no le daba a sus siervos ni dinero ni comida; cada familia de siervos tenía una pequeña parcela de tierra donde podían cultivar su propia comida.

Estaba estipulado que tenía que trabajar dos días _ a la semana en su propia parcela, y cuatro días en los campos de su amo —pero en la práctica, los nobles apenas les daban tiempo suficiente para que trabajasen sus propias parcelas, y los -siervos apenas tenían para comer.

El amo podía infringir el castigo que quisiera a sus siervos, por buenas razones o sin razón alguna —recibir golpes con la vara era algo común—.

Pero había un castigo que los siervos temían especialmente; si un siervo había desobedecido varias veces entonces era enviado a Siberia.²

En Siberia, donde el terreno está helado nueve meses al año, donde millones de mosquitos hacían que la vida fuera insoportable en los meses cálidos, allí existían los temidos campos de castigo o de prisión donde los pobres desgraciados, vestidos en sus harapos, incluso en el frío más helado, y alimentados

¹ Es llamativo cómo no se acuerda de la Europa medieval. [n. del pr.]

² No se encontró referencia de deportación de siervos a Siberia. [n. del pr.]

el profanador de textos

con muy poco pan y agua, trabajaban hasta que la muerte les liberaba.³

Una cuarta parte de la población de Rusia eran siervos, y esa cuarta parte trabajaba y producía alimentos para el resto.

Las escuelas y universidades existían sólo para los hijos de los grandes terratenientes y comerciantes ricos.

Pero lo que se enseñaba en esas escuelas y universidades era establecido por el gobierno, por el zar de Rusia y sus ministros.

También en Rusia el zar y los nobles temían que se extendieran las ideas de la Revolución Francesa, las ideas de libertad, fraternidad e igualdad, y que la gente se rebelara —de modo que el gobierno hizo todo lo posible para prevenir la expansión de ideas ‘peligrosas’—.

Además de la policía que podía arrestar a cualquiera que decía o escribía algo peligroso o contra el gobierno, existía la policía secreta.

La constituían personas pagadas por el gobierno para espionar a todo el mundo e informar sobre cualquiera que inadvertidamente mostrara que albergaba ideas ‘peligrosas’ —ni siquiera los nobles de alta alcurnia estaban a salvo de la policía secreta, y todo el mundo en Rusia, desde el príncipe hasta los siervos, vivían temiendo a esos espías—.

Una vez que un espía había hecho un informe sobre una persona ya estaba perdida; no se celebraba ningún juicio en un tribunal, simplemente se arrestaba y ejecutaba o se enviaba a los campos de concentración de Siberia para perecer de una muerte lenta.

³ Sería interesante saber si esto se hacía realmente con los siervos o es un reflejo de la postguerra y la guerra fría. [n. del pr.]

En 1855 subió un nuevo zar al trono de Rusia, Alejandro II⁴ —era un hombre que quería hacer progresar a su país—.

Un nuevo viento estaba soplando en Rusia, y el primer signo de esos nuevos vientos fue que Alejandro II, el nuevo zar, dio permiso para construir los ferrocarriles en Rusia.

Su padre, el anterior zar Nicolás I, había prohibido los ferrocarriles basándose en el hecho de que eso estimularía viajes innecesarios y que harían a la gente inquieta.

Pero el nuevo zar Alejandro II no sólo quería los ferrocarriles, sino también un cambio más radical: quería abolir la servidumbre, emancipar a los siervos —quería que los siervos fueran libres y tuvieran iguales derechos que el resto de ciudadanos de Rusia—.

Podríamos imaginar que los siervos estaban contentos de saber que serían libres; pero no lo estaban —pues mientras fueran siervos tenían, al menos, una pequeña parcela de tierra que le daba su amo—.

Pero si dejaban de ser siervos ya no tendrían tierra y una vida sin tierra ya no tenía sentido —preferían seguir siendo siervos que quedarse sin tierra—.⁵

Alejandro II comprendió que tendría que quitarle tierra a los nobles para dársela a los campesinos, pero esas tierras habría que pagarlas a los nobles.

¿Quién iría a pagarlas?

Los campesinos, naturalmente, trabajarían en las nuevas parcelas que se les asignaran y venderían

⁴ Alejandro II de Rusia (1818-1881): Zar del Imperio Ruso (1855-1881). Es conocido como un líder capaz de poner en práctica las más difíciles reformas emprendidas en Rusia desde el reinado de Pedro el Grande. [n. del pr.]

⁵ Quizás los siervos rusos intuían lo que había pasado con los campesinos ingleses y la Revolución Industrial: miseria y pobreza en los suburbios de las ciudades. [n. del pr.]

una parte de sus cosechas y así, al cabo de los años, irían pagando una pequeña suma a los nobles hasta haberles pagado por sus tierras.

Esa parecía una solución justa tanto para los nobles como para los siervos, y de ese modo se proclamó ‘la emancipación de los siervos,’ es decir, se abolió la servidumbre en Rusia.

El año 1861 es un gran año para los derechos humanos en la historia.

Fue el año que empezó la guerra civil norteamericana que llevó a la abolición de la esclavitud y fue el año en que el zar Alejandro II abolió la servidumbre en Rusia —fue un gran paso hacia la igualdad—.

Alejandro II había hecho algo por la igualdad, por los derechos humanos, pero no tenía intención de permitir a los rusos que intervinieran en el gobierno —tenía poder absoluto y no lo compartiría con ningún Parlamento—.

Mas había mucha gente en Rusia que deseaba más libertad, especialmente los estudiantes de las universidades; celebraban asambleas públicas en las que reclamaban elecciones y un Parlamento para Rusia —el resultado fue que cientos de estudiantes terminaron arrestados y enviados a Siberia—.

Por otra parte, el zar Alejandro II decidió que la ciencia era la que hacía pensar a la gente y que metía ideas peligrosas en su mente, por lo que simplemente prohibió el estudio de las ciencias: física, química, fisiología, astronomía —las únicas asignaturas que quedaban eran latín, griego, historia y geografía—.

Los estudiantes reaccionaron con varios intentos de asesinar al zar Alejandro II; el zar salió ileso de varios atentados y dio más poder a la policía secreta del que había tenido antes.

La policía secreta tenía plena libertad para arrestar, disparar, ahorcar, y enviar a cualquiera a Siberia.

Para entonces, los estudiantes estaban determinarlos a librarse de ese zar tirano.

Y en 1881, mientras Alejandro II iba por las calles de Moscú en su carruaje real un estudiante le tiró una bomba al carruaje matando al zar en la explosión.

Alejandro II murió porque no había entendido que con la igualdad no basta, sino que la libertad también es necesaria en la época moderna.

¡Qué extraña resulta que el mismo hombre que había proclamado la emancipación de los siervos fuera asesinado por enemigos políticos! ♣

[iii:15] Bismarck

Hemos visto algunos de los grandes cambios que tuvieron lugar en el siglo XIX, en Gran Bretaña —la Revolución Industrial—, Italia —la unificación del país—, Francia —donde subió al poder Napoleón II—, en Norteamérica —donde se abolió la esclavitud—, y en Rusia —donde se abolió la servidumbre—.

Nos toca acercarnos a Alemania.

A mediados del siglo XIX, Alemania no era un único país, sino que estaba dividida en múltiples estados, cada uno con su propio gobernante, aunque todos hablaban la misma lengua.

Estaba el reino de Prusia, el de Baviera, el de Sajonia, y muchos otros estados grandes y chicos.

Al igual que en Italia, los habitantes de Alemania anhelaban convertirse en una nación unificada, pero los diversos reyes no tenían deseo alguno de abandonar su poder.

Y cuando en el año ‘rojo’ de 1848 estallaron revoluciones en diversas partes de Alemania, no existía ningún gran líder —cuando Alemania finalmente acabó unificándose no fue por la labor de un hombre que amara la libertad—.

Otto von Bismarck,¹ el hombre que convirtió a Alemania en una nación unificada, no estaba interesado en la libertad, sino en el poder.

Bismarck, nacido en 1815, no era el hijo de una familia pobre como Garibaldi; su familia era de aristócratas prusianos, nobles que habían sido grandes señores en Prusia desde la Edad Media.

Bismarck no fue nunca marinero como Giuseppe Garibaldi, o asistente en un comercio como Abraham Lincoln y Robert Owen; creció como hijo de grandes terratenientes, y aunque los campesinos en las fincas no eran siervos ni esclavos, todavía debían obediencia y respeto a sus dueños—.

Así que el joven Bismarck creció convencido de que el mundo estaba hecho para que los dueños mandaran y los servidores obedecieran —palabras como ‘libertad, igualdad y fraternidad’ no significaban nada para él—.

Pero el joven Bismarck era un muchacho inteligente, tanto que tuvo muy buenas notas en la escuela sin esforzarse demasiado.

Lo mismo le pasó en la universidad: se pasó la mayor parte del tiempo peleando en duelos —la esgrima era el deporte favorito entre los estudiantes alemanes— y divirtiéndose, y aún así pasó muy bien sus exámenes.

La familia era rica, tanto que a Bismarck no le hacía falta trabajar para ganarse la vida y podía establecerse en una cómoda vida como terrateniente.

¹ Otto Eduard Leopold von Bismarck-Schönhausen (1815-1898): Estadista y político alemán, artífice de la unificación alemana, figura clave en la segunda mitad del siglo XIX. Apodado el ‘Canciller de Hierro’ por la determinación con la que perseguía sus objetivos políticos, la creación y el mantenimiento de un sistema de alianzas internacionales que aseguraran la supremacía y seguridad del Imperio Alemán. [n. del pr.]

Pero Bismarck era también un hombre de gran energía, y eso de no hacer nada no le atraía en absoluto, así que se interesó por la política de su país, Prusia.

En aquella época, el rey de Prusia ya había hecho algunas concesiones a la población y había permitido que existiera el Parlamento, aunque sin mucho poder —nunca podía ir contra el rey— pero al menos era una especie de institución democrática.

Bismarck se convirtió en miembro de ese Parlamento.

Pero ya tenía ciertas ideas sobre el futuro de Prusia y el de Alemania —el Parlamento era el medio de alcanzar lo que tenía en mente—.

Bismarck estaba de acuerdo con la gente que quería que los diversos estados de Alemania se unieran en una gran nación, y comprendió que esa Alemania unida sería una nación muy poderosa, una nación de muchos millones de habitantes, con el mayor ejército de Europa.

¡Esa Alemania unida podría convertirse en una de las grandes potencias mundiales!

Pero ¿cómo unir Alemania?

No se haría con revoluciones; un hombre como Bismarck, que pertenecía a la nobleza, despreciaba a los rebeldes y revolucionarios.

Había que seguir otro camino.

Su propio país, Prusia, obligaría a los otros estados de Alemania a aceptar a Prusia como dueña y su propio rey, el rey de Prusia, se convertiría en emperador de Alemania, de la nación entera.

Alemania se convertiría en una nación, no por una revolución realizada desde abajo, sino por la fuerza ejercida desde arriba.

Para él, el año 1861 fue un año fatídico en la historia.

El año 1861 fue en que estalló la guerra civil norteamericana que acabó aboliendo la esclavitud, el año en que fueron emancipados los siervos en Rusia, el año en que Italia se convertía en una nación unificada bajo el mandato del rey Víctor Manuel.

También fue el año en que Bismarck se convirtió en primer ministro de Prusia y en que podía empezar a poner en práctica sus ideas.

Para fortalecer Prusia lo suficiente para imponer su voluntad sobre el resto de Alemania necesitaba un gran ejército, y eso costaba dinero —Bismarck pidió al Parlamento prusiano que incrementara los impuestos para pagar al ejército—.

En su discurso dijo palabras que, desgraciadamente, serían proféticas:

“Los grandes asuntos del mundo no serán decididos por palabras y argumentos, sino por la sangre y el hierro.”

Pero los parlamentarios prusianos pensaron que los impuestos ya eran lo suficientemente altos y votaron contra su aumento —sabían que la gente ya no quería pagar más impuestos—.

Pero Bismarck no estaba interesado en lo que pensaba la gente, sabía lo que él mismo quería: un ejército prusiano grande y poderoso —se presentó ante el rey de Prusia y el rey simplemente ordenó que se aumentaran los impuestos—.

Y los prusianos obedecieron y pagaron.

Así que el ejército prusiano creció y se convirtió en el más fuerte y mejor entrenado entre los estados alemanes —a los otros estados, como Baviera o Sajonia, no les gustó el asunto, tenían claro cuál era la intención de Prusia—.

Pero todos cifraron sus esperanza en otro estado al sur de Alemania: Austria; esperaban que Austria

fuera lo suficientemente fuerte para evitar que Prusia se convirtiera en dueña de toda Alemania —pero pronto perdieron todas sus esperanzas—.

En 1866 Bismarck consiguió que Austria le declarara la guerra; y después de sufrir una estrepitosa derrota, Austria pidió la paz.

La guerra se había acabado en un mes y Bismarck había mostrado a los otros estados alemanes que ninguno de ellos podía esperar resistirse a Prusia.

Había todavía un gran poder al oeste de Alemania que podía interferir en los planes de Bismarck, y era Francia bajo el reinado de Napoleón III.

Bismarck quería la guerra con Francia, pero quería que fuera Francia que la declarara, y de ese modo parecería que Prusia se estaba defendiendo —y lo consiguió—.

Primero falsificó un mensaje que Napoleón III había enviado al rey prusiano, e hizo que el mensaje fuera interpretado como una especie de insulto a Prusia.

Naturalmente, los periódicos prusianos imprimieron artículos feroces contra los franceses y los periódicos franceses reaccionaron escribiendo cosas terribles sobre los prusianos.

Los periódicos —casi el único medio de información de la época— tenían el poder de influir en la mente de sus lectores.

En Francia y en Prusia la gente estaba convencida de que el ‘honor nacional’ estaba en juego, creció el odio entre las dos naciones y, al final, Napoleón III declaró la guerra a Prusia —exactamente lo que Bismarck quería que hiciera—.

La guerra duró dos años, de 1870 a 1871, y acabó con la victoria de los prusianos, como Bismarck había previsto.

En París estalló una revolución y Napoleón III tuvo que huir, acabando sus días en Inglaterra — Francia volvió a convertirse en República—.

Pero mientras las tropas prusianas estaban en París, Bismarck y el rey de Prusia habían establecido su cuartel general en el gran palacio de Versalles, construido antaño como el orgullo de Luis XIV, el Roi Soleil.

Y mientras estaban allí convocaron a los gobernantes de todos los estados alemanes, los reyes de Baviera y Sajonia, y todos los demás.

Acudieron todos e hicieron lo que se esperaba que hicieran: Guillermo de Prusia fue proclamado Káiser (Emperador) Guillermo I² de Alemania y Prusia.

De modo que, en 1871, en Versalles, Alemania fue unida bajo la égida³ de Prusia.

Bismarck había logrado su objetivo.

Italia había sido unida en 1861, Alemania diez años más tarde, pero ello tuvo lugar de manera muy distinta —Italia fue unida por un movimiento popular, por los luchadores de la libertad como Garibaldi; Alemania fue unificada por la implacable planificación e intrigas de Otto von Bismarck, un hombre sediento de poder y a quien no le importaba la libertad—.

En la época de Bismarck, los alemanes no tenían interés por el poder; habían producido pensadores, científicos, músicos, filósofos, poetas, y no grandes generales.

Pero Bismarck los empujó en una nueva dirección, les dio una nueva ambición: convertirse en una potencia mundial.

Y resultó una ambición equivocada para Alemania; en el siglo siguiente, Alemania pagó un terrible precio por su ambición, en dos guerras mundiales. ♣

[iii:16] el cambio de siglo

En el periodo entre finales del siglo XIX y comienzos del XX se produjo lo que, a veces, se llama la Segunda Revolución Industrial.

Desde 1880 en adelante se dio otro paso adelante que cambió la vida de la gente tanto o tal vez más que lo que lo hizo la primera Revolución Industrial.

La Segunda Revolución Industrial se produjo por la introducción de dos cosas: la electricidad y el petróleo.

Con la electricidad, vino la posibilidad de enviar energía a largas distancias mediante cables, de modo que la producción de energía eléctrica podía estar a cientos de kilómetros de distancia del lugar donde se usaba la luz o calefacción eléctricas —lo único que hacía falta eran líneas de transmisión para transportar la corriente desde la central eléctrica hasta el lugar de consumo.

Y como la electricidad también puede ser utilizada para otros usos, con ella vinieron el telégrafo y el teléfono.

‘Thomas Alva Edison¹ inventó la bombilla eléctrica en 1879, y desde entonces se podía tener luz con sólo accionar un interruptor.

² Guillermo I de Alemania y Prusia (1797-1888): Rey de Prusia (-1861-1888) y Káiser (emperador) de Alemania (-1871-1888). [n. del pr.]

³ égida: 1. f. Piel de la cabra Amaltea, adornada con la cabeza de Medusa, que es atributo con que se representa a Atenea. 2. f. escudo (arma defensiva). 3. f. Protección, defensa. Diccionario RAEL [n. del pr.]

¹ Thomas Alva Edison (1847-1931): Empresario e inventor norteamericano, la bombilla incandescente, el fonógrafo y

Con el telégrafo, que se hizo popular en la década de 1840, un mensaje escrito podía correr grandes distancias en pocas horas, a través de estaciones repetidoras.

El teléfono fue inventado por Alexander Graham Bell² en 1876 y pronto la gente podían oírse unos a otros aunque estuvieran separados muchos de kilómetros.

Y se descubrió el petróleo como nueva fuente de energía, además del carbón y la leña.

Con el invento del motor a petróleo por Karl Benz³ en 1885 vinieron los automóviles, los camiones, barcos a motor y aviones —y todo convirtió el viajar en algo mucho más rápido de lo que la gente podía haber soñado jamás—.

Juntemos todas esas cosas: telégrafo, teléfono y avión, lo que hacen es reducir la distancia.

Para una llamada telefónica internacional la distancia desde aquí a Australia carece de importancia —y con un avión uno puede llegar a Australia en menos de un día—.

En tiempos antiguos, la distancia entre la Roma de los césares y la China de los emperadores era tan grande que los romanos ni siquiera sabían que existía la China, y los chinos nada sabían de Roma

—hoy podemos llamar de Roma a Beijing al instante, o volar esa distancia en un día—.

La Tierra se ha hecho más pequeña, las distancias se han encogido —ese es el resultado de la Segunda Revolución Industrial—.

Pero nos debemos preguntar:

“¿Realmente se han acercado entre sí las naciones del mundo en alma y corazón?”

Trataremos esto analizando lo que sucedió entre las naciones del mundo mientras tenía lugar esa Segunda Revolución Industrial.

Para entender lo que sucedía hemos de volver atrás unos cuantos siglos, hasta Cristóbal Colón y Magallanes, a la época de los grandes viajes.

Fue la época en que España y Portugal fueron las primeras naciones europeas en tener colonias se ultramar.

¿Qué es lo que más querían los españoles de sus colonias?

¡El oro, la plata, los tesoros! —y durante siglos eso fue la única razón de ser de las colonias—.

Mientras pensaron que no había oro allí, el gobierno británico no se interesó en el descubrimiento de Australia realizado por Thomas Cook⁴ —era simplemente un lugar muy alejado adonde enviar a los criminales empedernidos—.

Pero esa idea inicial de las colonias ya había cambiado con la primera Revolución Industrial —para Gran Bretaña, con sus tejedurías de algodón, una colonia donde se cultivaba algodón no era sólo útil, sino muy importante—.

Y en la época de la Segunda Revolución Industrial otras cosas se hicieron importantes: el cobre para los cables eléctricos, el aluminio para los aviones y, naturalmente, el petróleo para los combustibles.

Los británicos, al ser los primeros en abrazar la Revolución Industrial fueron también los primeros en comprender que había riqueza en las colonias aunque no tuvieran ni un gramo de oro o plata.

Y por eso Gran Bretaña se hizo con colonias allí donde pudo, especialmente en África —nunca se sabía qué producto podía encontrarse o descubrirse que llegara él convertirse en valioso.

Naturalmente, si había una región en el mundo que producía oro o diamantes, también había que apropiarse de ella, como veremos en la siguiente historia.

En 1870, el año en que Bismarck empezó la guerra entre Prusia y Francia que acabó con la derrota de Francia y en la unificación de Alemania, en ese año un joven inglés, Cecil Rhodes,⁵ llegaba a Sudáfrica —era un oficial administrativo con una formación limitada y muy poco dinero—.

Fue a Sudáfrica porque tenía un problema pulmonar y los médicos le habían dicho que el clima húmedo de Inglaterra era perjudicial para su salud; le recomendaron que fuera a un clima más seco y soleado, y se decidió por Sudáfrica.

Aunque no tenía mucha formación, Rhodes era inteligente, y tenía aquella especial inteligencia que hace a los buenos hombres de negocios.

la cámara de cine y el suministro público de electricidad. Apodado ‘El mago de Menlo Park,’ su laboratorio, aplicó los principios de la producción en cadena y el trabajo en equipo a gran escala al proceso de invención. Registró 1903 patentes a su nombre en Estados Unidos. [n. del pr.]

² Alexander Graham Bell (1847-1922): Científico, inventor y escocés, naturalizado estadounidense. Patentó el teléfono en Estados Unidos (1876), aunque luego se reconoció a Antonio Meucci como inventor del teléfono. La Bell Telephone Company implantó el teléfono como medio de comunicación de masas a escala internacional. [n. del pr.]

³ Karl Friedrich Benz (1844-1929): Ingeniero e inventor alemán, que creó el primer vehículo de la historia impulsado por un motor de combustión interna, el Benz Patent-Motorwagen (1886). [n. del pr.]

⁴ Thomas Cook (1808-1892): Empresario británico, primer creador de un viaje organizado (1841), creando la agencia de viajes, Thomas Cook & Son, considerada la primera de la historia. [n. del pr.]

⁵ Cecil John Rhodes (1853-1902): Empresario, colonizador y político británico. Gran defensor de la colonización, fundó Rodesia —actualmente dividido entre Zambia y Zimbabue—, la Fundación Rhodes, la compañía De Beers —que controla el 60% del mercado de diamantes en bruto—. [n. del pr.]

Al poco tiempo de llegar a Sudáfrica se encontraron los primeros diamantes en Kimberiy.

Un 'propector'⁶ que encontraba algunos diamantes y registraba su 'concesión de terreno' tenía el derecho de excavar minas en la zona que había registrado.

Pero el propector debía tener el dinero suficiente para comprar máquinas y pagar a trabajadores que cavaran en profundidad, más allá de tres o cuatro metros —así que usualmente vendía sus derechos de la tierra y seguía buscando en otros terrenos—.

Cecil Rhodes fue directo a Kimberiy y compró docenas de concesiones —no tenía el dinero para comprar, pero lo pedía prestado—.

Se arriesgó mucho por unas cuantas parcelas que contenían muy pocos diamantes; podía haber perdido mucho con esas transacciones, pero no perdió.

Como ahora era el dueño de vastas áreas pudo conseguir maquinaria para extraer el agua de los agujeros más profundos y emplear a cientos de personas para que siguieran cavando más y más profundo para encontrar más diamantes.

Pudo pagar fácilmente sus deudas con intereses y todavía amasar una fortuna.

Esas minas de diamantes se hallaban en la colonia británica de El Cabo.

Había, además, dos repúblicas boers⁷ independientes en Sudáfrica, el Transvaal y el Estado de

Orange Free —los boers eran descendientes de los colonos holandeses—.

Y sucedió que se encontró oro en la república de Transvaal, en Johannesburgo —y miles de prospectores y aventureros británicos inundaron la república boer en busca de oro—.

A los boers no les gustó esa invasión, no era más que una fuente de problemas.

Cecil Rhodes, que para entonces era un hombre muy rico y respetado, pensó que las riquezas de Johannesburgo tendrían que ser británicas, que todo Sudáfrica tendría que ser británica.

Lo primero que hizo fue equipar, con su dinero propio, un pequeño ejército y enviarlo al país de los boers, pero los boers rechazaron a los invasores.

Entonces Cecil Rhodes viajó a Inglaterra, persuadió al Gobierno Británico de que declarara la guerra a los boers y que tomara posesión de aquellas tierras.

Así que en 1899 estalló la guerra contra los boers.

Junto con las tropas británicas que luchaban contra los boers había un joven periodista inglés, Winston Churchill,⁸ que había llegado como corresponsal para enviar informes y descripciones de las batallas para su periódico en Londres.

Como era periodista y no soldado, Churchill, como si fuera un voluntario de la Cruz Roja, no podía tomar parte en la contienda, ni podía llevar armas —pero el joven Churchill no se preocupaba demasiado por las reglas y llevaba un revólver consigo, aunque sabía que si los boers lo capturaban y le

encontraban el arma lo fusilarían por haber transgredido las reglas de la Convención de Ginebra—.

Un día Churchill viajaba en tren con dos compañeros de las tropas británicas; de repente se detuvo el tren y las balas' pasaron silbando por las ventanillas.

El tren había caído en una emboscada (le los boers; los británicos se vieron rodeados de boers y se rindieron).

Churchill también fue tomado prisionero, y fue llevado ante un oficial boer; fue cacheado y le encontraron el revólver.

El oficial boer tenía derecho a fusilar a Churchill, pero tuvo piedad del joven y le dejó vivir —fue enviado a un campo de prisioneros—.

Tres semanas más tarde Churchill logró escapar; pero estaba en un país enemigo, no sabía ni una palabra de su lenguaje, y no tenía dinero.

Su única esperanza era salir del país boer y pasar a una colonia portuguesa en África.

Para llegar hasta allí se metió en el vagón vacío de un tren que iba en esa dirección —viajó toda la noche, pero a la mañana, el tren se detuvo y Churchill saltó enseguida antes de que pudieran descubrirlo—.

Llegó a una granja y tuvo suerte, porque el granjero era inglés y lo mantuvo oculto durante semanas en una mina de carbón infestada de ratas.

Al final, Churchill pudo meterse en otro vagón vacío y logró atravesar la frontera del país boer y llegar a la colonia portuguesa.

Cuatro semanas más tarde regresaba con las tropas británicas, pero entonces como oficial y tenía que luchar.

Después de una lucha denodada, los boers perdieron la guerra y su país se convirtió en una colonia británica.

⁶ propector, ra: 1. adj. Que hace prospecciones. Empresa prospectora. Apl. a pers., u. t. c. s. — prospección: 1. f. Exploración del subsuelo basada en el examen de los caracteres del terreno y encaminada a descubrir yacimientos minerales, petrolíferos, aguas subterráneas, etc. 2. f. Exploración de posibilidades futuras basada en indicios presentes. Prospección de mercados, de tendencias de opinión. Diccionario RAEL [n. del pr.]

⁷ boers: En un sentido amplio, son los integrantes del pueblo afrikáner, un grupo étnico de origen germánico asentado

fundamentalmente en los territorios de Sudáfrica y de Namibia. [n. del pr.]

⁸ Winston Leonard Spencer Churchill, (1874-1965): Político, estadista, historiador y escritor británico, conocido por su liderazgo del Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial. Premio Nobel de Literatura. [n. del pr.]

Muchos años más tarde Sudáfrica se convirtió en un dominio, es decir, permaneció siendo británico pero tenía su propio Primer Ministro —el nombre de ese Primer Ministro de Sudáfrica fue Jan Smuts,⁹ el oficial que le había perdonado la vida a Churchill—.

Ambos se hicieron muy buenos amigos y fueron aliados en las dos guerras mundiales que estaban por venir.

Sin embargo, durante muchos años, en Sudáfrica los boers no perdonaron a los británicos por haber ocupado su país por la fuerza de las armas. ♣

[iii:17] la primera guerra mundial

A finales del siglo XIX, las colonias se hicieron importantes por otros productos que no eran oro, plata o diamantes; ahora hacía falta cobre, caucho y petróleo para la Segunda Revolución Industrial.

Pero no sólo esos productos: cuando el café y el té se hicieron populares en Europa, una colonia que producía café o té era muy valiosa.

La científica Marie Curie¹ descubrió un nuevo elemento que nadie conocía, el radio, que se hizo más valioso que el oro.

El radio es utilizado para el tratamiento del cáncer. Inicialmente se usó en relojes para hacer luminiscente los números, pero más tarde se descubrió que era muy peligroso para la salud.

Se descubrió que otros elementos químicos raros como el wolframio y tungsteno eran importantes para la producción de acero; y el aluminio, al que nadie había prestado demasiada atención antes, se

convirtió en un metal muy solicitado, era fuerte y ligero.

Todas estas nuevas cosas requeridas por la Segunda Revolución Industrial habían de venir a Europa desde ultramar, porque no era fácil encontrarlas en el continente.

Y a medida que otros países europeos se industrializaban, también querían tener colonias de donde conseguir todos esos materiales —de modo que los demás países europeos se aprestaron a reclamar lo que todavía podía reclamarse—.

Francia tomó grandes territorios del norte y este de África e Indochina; Alemania se adueñó de partes de África oriental y occidental; Bélgica de una parte de África central; y Holanda fortaleció sus posesiones en las islas de Java y Sumatra en Asia.

En breves palabras, era una carrera en la que todo el mundo intentaba alcanzar a Gran Bretaña.

Fue la Revolución Industrial la fuerza impulsora detrás de esa sed de posesión de colonias, con su necesidad de todo tipo de materias primas.

Gran Bretaña había sido la primera en esa carrera por adquirir colonias, era Francia la que le seguía, y luego Alemania.

El gobierno británico no estaba muy satisfecho de que los demás países hicieran lo que los británicos ya habían hecho antes —durante casi un siglo, Gran Bretaña tuvo el mayor imperio colonial del mundo; y también había construido la mayor Armada del mundo—.

Las otras naciones, al estar adquiriendo colonias y construyendo grandes flotas, se estaban convirtiendo en competidoras y en una amenaza para el poder y la riqueza británicos.

Gran Bretaña consideraba a Alemania como una amenaza más peligrosa que Francia —desde la época

⁹ Jan Christiaan Smuts (1870-1950): Prominente estadista de Sudáfrica y de la Mancomunidad Británica de Naciones, líder militar, naturalista y filósofo, Primer Ministro de la Unión Sudafricana (1919-1924; 1939-1948). Mariscal de Campo británico en la Primera y Segunda Guerras Mundiales. [n. del pr.]

¹ Maria Salomea Skłodowska-Curie o Marie Curie (1867-1934): Científica polaca nacionalizada francesa. Pionera en el campo de la radiactividad, fue la primera persona en recibir dos premios Nobel —Física y Química— y la primera mujer en ocupar el puesto de profesora en la Universidad de París. [n. del pr.]

el profanador de textos

de Bismarck, los alemanes habían continuando construyendo un poderoso ejército—.

Las industrias alemanas en el Ruhr y en todas partes fueron pronto más grandes que las británicas.

Habían establecido colonias alemanas en África.

Y bajo el reinado del káiser Guillermo II, Alemania empezó a construir una flota naval que un día igualaría a la británica.

Pero no sólo Gran Bretaña consideraba a Alemania un peligro, sino que también Francia —todavía dolida por la derrota de 1871— temía el creciente poder de Alemania; y el zar de Rusia temía que Alemania le atacara con su gran ejército.

Así que Gran Bretaña, Francia y Rusia formaron una gran alianza, la Entente Cordiale,² en la que acordaron que si uno de ellos era atacado, los otros acudirían en su ayuda.

Naturalmente, el nombre de Alemania no se mencionaba en ese acuerdo, pero no cabía duda que para todos, su enemigo potencial era Alemania.

Pero entonces los alemanes se sintieron amenazados por ese tratado contra su país, se sentían amenazados desde el este, el oeste y el norte.

Los alemanes, entonces, encontraron también un aliado en el Imperio Austrohúngaro.

Así que desde los primeros años del siglo XX había dos grandes potencias en Europa: Gran Bretaña, Francia y Rusia, por un lado, y Alemania y Austria, por el otro.

Y en todos esos países se reforzaban y ampliaban los ejércitos, se construían flotas navales, y Europa fue convirtiéndose gradualmente en una especie de

polvorín donde sólo faltaba una simple chispa para explotar.

¡Y la chispa se produjo en 1914!

El archiduque Francisco Fernando,³ hermano del emperador Francisco José de Austria⁴ y su posible sucesor en el trono, fue asesinado en Sarajevo —el asesino huyó a la vecina Serbia—.

Los austríacos reclamaron que les fuera entregado el asesino, y mientras el gobierno serbio dudaba, el ejército austriaco marchó sobre Serbia —pero Serbia estaba aliada con Rusia y eso hizo que Rusia declarara la guerra a Austria—.

Y entonces se pusieron en marcha todas las alianzas —Alemania tenía que ayudar a Austria y declaró la guerra a Rusia; Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Alemania y Austria—.

Así empezó la Gran Guerra, luego conocida como la Primera Mundial —en realidad se convirtió en una guerra mundial porque no sólo se luchó alrededor del mundo en Europa, sino también en las colonias—.

Las colonias británicas y las francesas enviaron tropas a los campos de batalla de Europa, y al final Norteamérica también intervino del lado de Gran Bretaña en contra de Alemania.

Fue una guerra terrible, nunca antes se habían sacrificado tantas vidas humanas en una guerra.

³ Francisco Fernando [alemán: Franz Ferdinand] (1863-1914): Archiduque y príncipe imperial de Austria, príncipe real de Hungría y Bohemia y el heredero al trono austrohúngaro. Su asesinato en Sarajevo precipitó la declaración de guerra de Austria contra Serbia que desencadenó la Primera Guerra Mundial. [n. del pr.]

⁴ Francisco José I de Austria [alemán: Franz Joseph I] (1830-1916): Emperador de Austria, rey de Hungría y rey de Bohemia (1848-1916). [n. del pr.]

Sólo en la batalla de Passchendaele⁵ murieron cerca de medio millón de hombres, y la guerra seguía.

Fue durante esa terrible Primera Guerra Mundial que se usaron por primera vez los aviones; por primera vez entraron los tanques en acción; por primera vez submarinos atacaron barcos de superficie; y por primera vez se usó gas venenoso —podría decirse que en la Primera Guerra Mundial, la Revolución Industrial llegó a los ejércitos y al campo de batalla—.

En la Primera Guerra Mundial se hizo realidad lo que Leonardo da Vinci había temido: que las máquinas harían más terrible la guerra.

Finalmente, la guerra acabó con la derrota de Alemania y Austria en 1918.

Pero antes de que acabara, mientras Alemania todavía estaba luchando, sucedió algo que quizás fue más importante que toda la guerra.

Era 1917 y Alemania y Austria aún estaban luchando aunque estaban agotadas.

¿Existía algún modo de vencer al menos a uno de los enemigos, quizás Rusia?

Había uno: provocar una revolución.

Si había una revolución contra el zar en Rusia y se producía la consecuente guerra civil, los rusos lucharían entre sí en lugar de luchar contra Alemania.

Los rusos odiaban al zar Nicolás II que había involucrado a Rusia en una guerra que ya estaba costando dos millones de víctimas Rusas.

Odiaban al zar que no permitía más libertad y, de hecho, el zar fue obligado a abdicar por sus generales y un gobierno democrático tomó el poder —

⁵ Tercera batalla de Ypres o de Passchendaele: Batalla de la Primera Guerra Mundial, entre británicos y sus aliados contra el Imperio alemán (junio 31-noviembre 10, 1917). [n. del pr.]

² Entente cordiale [entendimiento cordial]: Tratado de no agresión y regulación de la expansión colonial entre el Reino Unido y Francia (1904). Marcó el fin de siglos de conflictos intermitentes entre ambas naciones y el inicio de una coexistencia pacífica. [n. del pr.]

pero ese nuevo gobierno continuó la guerra contra Alemania—.

Y ahora los alemanes tenían que pensar cómo empezar otra revolución en Rusia, una revolución contra el gobierno democrático.

Había dos rusos que vivían en Suiza que eran los dirigentes comunistas rusos, seguidores de Carlos Marx —sus nombres eran Lenin —su verdadero nombre era Vladimir Ilich Ulianov— y León Trosky.

Ambos habían huido de Rusia antes de la guerra, pero estaban en contacto secretamente con sus camaradas comunistas en Rusia.

Lo que los generales alemanes pensaron fue sucedería si conseguían que Lenin y Trotsky regresaban a Rusia y empezaban una revolución comunista, era que eso detendría a los rusos en su lucha contra Alemania.

Lo que realmente sucedió: Lenin y Trosky no podrían haber viajado a Rusia sin pasar por Alemania; nunca podrían haber atravesado Alemania sin el permiso de los generales alemanes —fueron los generales alemanes los que ofrecieron a Lenin y a Trotsky el paso libre por Alemania hasta la frontera rusa—.

En vagones ferroviarios sellados, los dos dirigentes comunistas disfrazados pasaron por Alemania e ingresaron en Rusia vía Finlandia —y una vez en Rusia, empezaron la revolución comunista—.

Lenin prometió paz y los campesinos, cansados de la guerra, le siguieron.

En la noche del 6 al 7 de noviembre de 1917,⁶ el gobierno democrático fue expulsado por los comunistas armados, Lenin tomó el poder y Rusia se

convirtió en el primer país comunista en el mundo —el zar y su familia fueron fusilados—.

Sin embargo, al final, un año más tarde, Alemania y Austria perdieron la guerra.

Pero sin la ayuda de los generales alemanes, no habría existido la Rusia comunista —Lenin habría permanecido en Suiza y Rusia se habría seguido siendo un país democrático—.

Ese fue, tal vez, el resultado más importante de la Primera Guerra Mundial, que uno de los más grandes países del mundo se hiciera comunista.

El otro resultado fue que Alemania y Austria fueron derrotadas y la derrota conllevó grandes cambios en ambos países. ♣

[iii:18] el ascenso del nacionalismo

En tiempos anteriores, una guerra en Europa —por ejemplo, entre Francia y Alemania— implicaba conflicto únicamente en Europa.

Pero con la Revolución Industrial se produjo la necesidad de materias primas y de colonias, de modo que cualquier guerra en Europa también llevaba la guerra a las colonias, convirtiéndose así en una guerra mundial.

Ese es el otro lado de la Revolución Industrial.

Mientras que los ferrocarriles, los barcos a vapor, los aviones, el telégrafo y el teléfono hacían que la distancia dejara de tener importancia y acercaba a los países, como si la Tierra se hubiera reducido, eso también implicaba que cualquier conflicto en un lugar se podía extender rápidamente por todo el globo.

Eso es algo que no comprendía la gente en 1914 cuando estalló la Primera Guerra Mundial, pero ya es tiempo de que lo sepamos y lo entendamos.

Los medios de comunicación modernos han convertido la Tierra entera en un gran poblado, y si se produce un incendio en un rincón del poblado puede propagarse por todas las chozas e incendiar el pueblo entero.

⁶ Revolución de Octubre o Revolución Bolchevique o Gran Revolución Socialista de Octubre o Segunda Revolución Rusa: Toma del poder por los bolcheviques. La fecha octubre 25, 1917 corresponde al calendario juliano vigente en la Rusia zarista, luego abolido. En el resto del mundo occiden-

tal, bajo el calendario gregoriano, la fecha es noviembre 7, 1917. [n. del pr.]

En el pasado, la gente decía que la humanidad era una sola familia, pero sólo era una bella idea —hoy en día eso ya no es una idea, es un hecho provocado por los medios de comunicación—.

Somos una familia que vive en un pueblo llamado Tierra —es un hecho, no una esperanza o un sueño—.

Hoy en día el pensamiento de que ‘mi nación es lo primero y no me importan las otras’ es un pensamiento distante de la realidad, pertenece a hace cien o doscientos años.

Hoy en día, el nacionalismo, que quiere decir ‘obtener ventajas para la propia nación sin preocuparse de que las demás sufran,’ es tan obsoleto como querer andar por el mundo llevando cotas de malla.

Pero, por desgracia, después de la Primera Guerra Mundial, el mundo todavía no había aprendido la lección, y las naciones se hicieron más nacionalistas, no menos —se hicieron más egoístas como naciones—.

Y de ese modo el nacionalismo, el egoísmo nacional, preparó el camino para otra catástrofe: la Segunda Guerra Mundial.

Tomemos un ejemplo de nacionalismo ciego y egoísta.

Antes de la Primera Guerra Mundial, el Imperio Austrohúngaro era una unión de diversas nacionalidades —una parte del imperio hablaba alemán, otra parte hablaba lenguas eslavas, otra hablaba húngaro, y había aún más—.

Para esas pequeñas nacionalidades era una gran ventaja poder vivir juntas en un gran estado y comerciar entre ellas.

Pero en 1918 cuando Austria perdió la Primera Guerra Mundial, empezaron a producirse revoluciones.

El último emperador austriaco tuvo que huir y cada nacionalidad fundó su propia república —en lugar de permanecer juntas en una gran república— y así surgieron nuevos estados: Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Polonia y la Austria germano-parlante tal como es hoy.

Todos estos pequeños estados nacieron en 1918 después de la Primera Guerra Mundial.

Y no trabajaron juntos, sino unos contra otros, eran nacionalistas y se tenían celos mutuos.

Tomemos otro ejemplo que fue aún peor.

En la Primera Guerra Mundial, Italia, el país de Garibaldi, había estado del lado de Gran Bretaña y Francia, pero los soldados italianos habían sufrido muchas derrotas de los austriacos e Italia no tenía razones para estar orgullosa cuando acabó la guerra.

Se produjo una gran pobreza en el campo y muchos obreros de las fábricas Italianas se hicieron comunistas; eso asustó a los capitalistas italianos.

Temían que Italia se volviera comunista como Rusia y entonces perderían sus fábricas y tierras, perderían sus riquezas y privilegios.

Y justo entonces apareció un hombre proclamando que salvaría Italia del comunismo; era periodista de profesión y su nombre era Benito Mussolini.¹

Mussolini decía que la democracia, el Parlamento y la libertad habían estropeado y arruinado al pueblo italiano, que Italia necesitaba un

¹ Benito Amilcare Andrea Mussolini (1883-1945): Político, militar y periodista italiano; presidente del Consejo de Ministros Reales de Italia (1922-1943) y Duce —guía— de la República Social Italiana (1943-1945); murió ejecutado. Llevó al poder al Partido Nacional Fascista y posterior Partido Fascista Republicano, y lideró un régimen totalitario —fascismo italiano— del Reino de Italia bajo el beneplácito de Víctor Manuel III. Dirigió a Italia durante la Segunda Guerra Mundial, como parte del Eje, aliado con Alemania y Japón. [n. del pr.]

hombre fuerte, un dirigente con poder absoluto, un dictador, y que ese dictador convertiría a Italia en una potencia mundial, como había sido la antigua Roma.

Y, por supuesto, ese gran líder no podía ser otro que el propio Mussolini.

Era evidente que Mussolini como dictador no permitiría el comunismo, y los capitalistas de Italia lo apoyaron con grandes sumas.

Mussolini utilizó el dinero para crear y entrenar un ejército con uniforme negro: los camisas negras.

Garibaldi, el luchador por la libertad, le había puesto a sus hombres camisas rojas —Mussolini, el luchador contra la libertad, les puso camisas negras—.

Y en 1922, Mussolini desfiló hacia Roma con su ejército de treinta mil camisas negras, y obligó al Parlamento italiano a darle poder absoluto.

Mussolini se convirtió en el dictador de Italia.

Y como dictador, Mussolini acabó con los partidos políticos en Italia; se prohibieron todos los partidos, sus dirigentes fueron encarcelados, y los comunistas fueron perseguidos sin piedad.

No podía aparecer ningún periódico o libro que criticara al dictador, todos tenían que alabar al dictador, y predicar el nacionalismo fanático y salvaje.

En todas las escuelas, los niños tenían que ser entrenados a mirar a Mussolini con respeto y admiración, y toda la nación Italiana fue instruida para luchar por él y por la gloria de Italia, como la mejor nación del mundo.

Era el nacionalismo que se había vuelto loco.

Como era de esperarse, Gran Bretaña y Francia, al principio estaban contentos con el dictador Mussolini —después de todo mantenía a raya a los

comunistas y eso era un bien mayor aunque fuera un enemigo de la libertad—.

No comprendían que el nacionalismo era un peligro.²

El ejemplo de Mussolini prendió en Alemania.

Alemania había perdido la Primera Guerra Mundial, había perdido sus colonias, sus soldados habían muerto en vano; la pobreza era incluso mayor que en Italia y cientos de miles de obreros estaban sin trabajo.

En Alemania, también, el emperador había sido expulsado y el país estaba gobernado por un Parlamento pero ese Parlamento alemán no podía hacer nada para remediar la pobreza y el desempleo masivo.

Los poderes victoriosos, Gran Bretaña, Francia y Norteamérica podrían haber ayudado dándole dinero a Alemania, pero eran demasiado egoístas, demasiado nacionalistas, para ayudar a un anterior enemigo.

Al contrario, además de la pérdida de los territorios más ricos y productivos, Alemania tenía que pagar a las naciones victoriosas grandes sumas, millones de libras, como resarcimiento por la derrota.

No hay que extrañarse que los alemanes empezaran a desesperarse y que en su desesperación estuvieran dispuestos a escuchar a un hombre que prometía convertirse en un Mussolini alemán, un gran líder que convertiría de nuevo a Alemania en una nación grande y poderosa.

El nombre de ese gran dirigente era Adolf Hitler,³ austríaco de nacimiento y luego alemán.

² Es interesante ver que 'el nacionalismo inglés,' o 'el colonialismo inglés,' nunca son malos. [n. del pr.]

³ Adolf Hitler (1889-1945): Político, militar, pintor y escritor alemán, de origen austrohúngaro; canciller imperial (1933-) y Führer —líder— de Alemania (1934-1945).

Si el nacionalismo de Mussolini se había vuelto loco, el de Hitler estaba marcado por una particular malignidad insana.

Según Hitler los alemanes habían sido escogidos por el destino para convertirse en la raza dominante y gobernar el mundo —todas las demás razas y naciones del mundo eran inferiores, de hecho incluso apenas eran humanas—.

Según Hitler una raza que no fuera blanca, de color, como los negros, eran simplemente animales y había que tratarlos como tales.

Peró el odio y desprecio especial de Hitler iba contra los judíos, los judíos tenían que ser exterminados, como las ratas o los gusanos.

Parece extraño que la gente pueda caer en esas ideas descabelladas,⁴ después de todo, los judíos alemanes habían luchado como soldados en el ejército alemán como cualquier otro alemán.⁵

La realidad es que Hitler consiguió muchos partidarios en Alemania y en 1933, once años después de Mussolini, se convirtió en Führer de Alemania.

Y en Alemania, al igual que en Italia, cualquier opinión opuesta a Hitler era suprimida —los periódicos y libros predicaban únicamente la idea de que la raza aria y Alemania eran superiores a otras razas y naciones —y que Hitler era un genio que nunca podía equivocarse—.

A pesar de haber perdido la Primera Guerra Mundial, Alemania se estaba preparando para una

Llevó al poder al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o Partido Nazi, y lideró el período conocido como Tercer Reich o Alemania nazi. Inició Segunda Guerra Mundial.

[n. del pr.]
⁴ ¿Acaso no fueron descabelladas todas las luchas de religión o de poder en Inglaterra y Escocia? [n. del pr.]

⁵ Y los ingleses protestantes y católicos habían luchado contra España y luego pelearon entre ellos. [n. del pr.]

segunda guerra que guiados por el genio de Hitler, era imposible perder.

No todos los alemanes cayeron en el desenfrenado nacionalismo de Hitler, hubo miles que reconocieron el mal en él, pero cualquiera que hablara abiertamente de ello era enviado a campos de concentración, donde las condiciones de vida inhumanas y el tratamiento cruel provocada una muerte lenta y terrible —era mejor callar—.

Un buen número de judíos huyeron de Alemania; otros, especialmente los más ancianos, se quedaron; esperaban que Hitler no se preocuparía de los viejos que no podían hacer daño alguno —pero estaban equivocados—.

Una vez que Hitler hubo armado un gran ejército, emprendió su camino de conquista.

Como él era austriaco de nacimiento, el primer país que tomó fue Austria —de Austria sólo quedaba la parte germano parlante del imperio austrohúngaro—.

No hubo lucha, la mayoría de austriacos estaban contentos con ello; pensaban que era bueno ser parte de la Gran Alemania de Hitler; estaban equivocados, pero ya era demasiado tarde cuando se dieron cuenta de ese error.

Y entonces Hitler y Mussolini, los dos dictadores, formaron una alianza y los otros países europeos, Gran Bretaña, Francia y los países pequeños como Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, comprendieron que acababa de surgir un nuevo y terrible poder en Europa —un nacionalismo desaforado y fanático dirigido por líderes despiadados que dirigían enormes ejércitos bien armados y entrenados. ♣

[iii:19] la segunda guerra mundial

Gran Bretaña y Francia eran perfectamente conscientes de que Hitler y Mussolini estaban preparándose para otra guerra, pero también había gente en el gobierno británico que creía que Hitler utilizaría sus grandes ejércitos para atacar solamente a Rusia, contra los comunistas.

Así que no hicieron nada para detenerlo cuando con sus ejércitos invadió Checoslovaquia y tomó la tierra de los Sudetes, un gran fragmento del país donde la gente hablaba alemán.

Pero Gran Bretaña y Francia advirtieron a Hitler que ellos se opondrían si atacaba cualquier otro país.

Hitler estaba tan convencido de que los británicos no irían a la guerra que ignoró la advertencia, y en septiembre 1, 1939 las tropas alemanas invadieron Polonia y conquistaron el país en pocos días.

Ahí Gran Bretaña y Francia supieron que no podía haber paz con Hitler, con ese nacionalismo desaforado —y declararon la guerra a Alemania, y así empezó la Segunda Guerra Mundial—.

Al principio, los alemanes iban ganando todas las batallas, conquistaron toda Francia; atacaron el norte y tomaron Noruega por sorpresa.

Las ciudades de Gran Bretaña empezaron a ser bombardeadas noche tras noche por la fuerza aérea alemana.

Fue en esa desesperada y oscura etapa de la guerra que Winston Churchill se convirtió en Primer Ministro británico y mantuvo vivo en el pueblo británico el espíritu de valentía y desafío.

Hacía falta mucho coraje para no abandonar, porque los alemanes y los italianos ocuparon toda la península balcánica, Yugoslavia, Rumania, Grecia y llegaron al norte de África —sólo un pequeño ejército británico en Egipto se enfrentó a ellos—.

En los mares, los submarinos alemanes atacaban los convoyes, las flotas de barcos que llevaban alimentos a Gran Bretaña, o tropas y armas de Gran Bretaña a las colonias.

Nadie sabe lo que habría sucedido si Hitler hubiera decidido invadir Gran Bretaña.

Estaba en la cúspide de su poder, y aparte de España y los países neutrales de Suiza y Suecia, todo el continente europeo estaba bajo su poder cuando decidió atacar a Rusia —en 1942, los ejércitos alemanes marcharon sobre Rusia—.

Y ahí la historia volvió a repetirse; lo que le había pasado a Napoleón con su Grande Armée le pasó también a los ejércitos alemanes.

Avanzaron imparablemente, los ejércitos rusos se retiraban antes de que llegaran, pero quemaban los pastos; pero esta vez los ejércitos alemanes no entraron en Moscú como había hecho Napoleón.

En Moscú los rusos se parapetaron y los alemanes no pudieron romper las defensas rusas; igual que pasó con los soldados napoleónicos, los ejércitos alemanes se vieron atrapados por el terrible invierno ruso y aunque no se retiraron, como había hecho

Napoleón, sufrieron terribles pérdidas en el invierno ruso.

Mientras sucedía todo esto en Europa, los japoneses, que eran otro aliado de Hitler, atacaron el oriente.

Sin previo aviso, la fuerza aérea japonesa atacó la flota americana apostada en Pearl Harbour, en Hawai; hundiendo casi todos los buques norteamericanos que había allí.

Luego; los japoneses invadieron las Filipinas y avanzaron, tomando las colonias británicas de Hong Kong, Malasia y Singapur, y las colonias holandesas de Java y Sumatra —que más tarde se convirtieron en Indonesia—.

Sin embargo, a partir de entonces Gran Bretaña ya no estuvo sola, las dos grandes potencias mundiales, Norteamérica y Rusia, estaban de su lado.

Y Hitler, por muy grande que fuera el ejército alemán, no tenía que luchar contra los rusos en el este y también mantener y vigilar toda la costa oeste de Europa, desde Dinamarca hasta Grecia, contra cualquier posible invasión desde el mar.

Y la invasión se produjo, primero en el Mediterráneo —las fuerzas británicas habían expulsado a los alemanes del norte de África, y junto con las fuerza americanas llegaron hasta Italia—.

En Italia, se produjo una revolución contra Mussolini y acabó siendo fusilado por su propia gente —los alemanes tenían aún ejércitos en Italia, pero fueron obligados a retirarse del país—.

Mientras tanto, las fuerzas aéreas británicas y americanas bombardeaban Alemania creando mucha más destrucción de la que los alemanes habían creado en Gran Bretaña.

Finalmente, en junio 6, 1944, las fuerzas combinadas británicas, americanas, canadienses, australianas

nas y francesas bajo el mando del general americano Dwight Eisenhower¹ invadieron Francia.

Atacados por el oeste, el sur y el este, los ejércitos alemanes siguieron luchando, pero ahora tenían las de perder.

En 1945 la maquinaria de guerra alemana colapsó y cuando los rusos entraron victoriosos en Berlín, Hitler se suicidó en su búnker.

Los demás dirigentes y generales alemanes fueron llevados ante un tribunal en Núremberg; se les encontró culpables de haber ordenado el asesinato en masa de millones de civiles en campos de concentración.

La guerra le costó a las potencias del Eje más de doce millones de personas, ocho de los cuales fueron civiles; a los aliados le costó más de cuarenta y nueve millones, treinta y tres de los cuales fueron civiles.

Alemania había sufrido terriblemente en la guerra, sus ciudades eran montones de escombros, sus hijos yacían muertos en los campos de batalla por toda Europa, sus industrias destruidas.

Ese fue el precio que pagó Alemania por el nacionalismo.

Pero, desgraciadamente, los aliados victoriosos pronto empezaron a disputar entre ellos.

Por un lado, Rusia, por el otro, Norteamérica, Gran Bretaña y Francia.

El resultado de esa disputa hizo que los rusos convirtieran la parte este de Alemania que ellos habían ocupado en la República Democrática Alemana

—de régimen comunista—, con capital en Berlín; y la parte occidental de Alemania, que estaba ocupada por las tropas aliadas, se convirtió en la República Federal Alemana —con régimen democrático— con su Parlamento y capital en Bonn.

Berlín, en medio de la Alemania oriental, también fue dividida, quedando así una especie de isla de Alemania Occidental en medio de la Alemania Oriental.²

Durante los siguientes 40 años, hasta 1989, Alemania permaneció dividida en esos dos estados.

Cuando se hundió el poder de Hitler en Europa, los japoneses seguían luchando en Asia.

No hay duda que, con el tiempo, Gran Bretaña, Norteamérica y Rusia podrían haber invadido Japón.

Pero entre tanto los científicos en Norteamérica —algunos de ellos escapados de Hitler— desarrollaron la más terrible arma que el mundo ha conocido jamás: la bomba atómica.

No hacía falta invadir Japón y perder las vidas de miles de soldados norteamericanos o británicos, una demostración bastaría para que Japón se rindiera.

La demostración se produjo en agosto 6, 1945, el día en que fue lanzada una bomba atómica sobre Hiroshima y en agosto 9, otra en Nagasaki.

En un segundo, ambas ciudades se convirtieron en un montón de ruinas, decenas de miles de personas quedaron pulverizadas.

El resplandor de la explosión quemaba los ojos de todos los que lo hubieran visto y sobre las ciudades

se levantó una extraña y terrible nube en forma de hongo.

Hubo gente que sobrevivió a la explosión de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, pero lo terrible fue que más tarde sufrieron una muerte lenta y dolorosa como resultado de las secuelas de la radiactividad.³

Lo peor estaba por venir, años más tarde, cuando los supervivientes tuvieron hijos, algunos nacieron ciegos, o sin brazos, o terriblemente deformados.

Japón se rindió en agosto 15, 1945 y así terminó la Segunda Guerra Mundial.

Comprendiendo que el mundo se había convertido en un solo pueblo, las naciones del mundo crearon una asamblea donde discutir sus disputas en paz —la Organización de las Naciones Unidas,⁴ la ONU—.

Lo que realmente vino, sin embargo, no fue ni la paz ni la guerra, sino la llamada Guerra Fría.

Norteamérica, que profesa el capitalismo y Rusia que profesa el comunismo, nunca se habían fiado uno del otro, ni siquiera cuando eran aliados durante la guerra.

Y tan pronto como acabó la guerra contra Hitler, se convirtieron en enemigos declarados, pelando por la supremacía mundial.

Al principio, los norteamericanos pensaron que tener la bomba atómica los haría más poderosos que

¹ Dwight David 'Ike' Eisenhower (1890-1969): Militar y político, 34º presidente de los Estados Unidos (1953-1961). General de cinco estrellas, durante la Segunda Guerra Mundial, fue comandante supremo aliado en el frente de la Europa occidental, responsable de la invasión del norte de África (1942-1943) y de Francia y Alemania (1944-1945). Primer comandante supremo aliado en Europa de la OTAN (1951). [n. del pr.]

² Sería interesante que citara que todo esto había sido acordado previamente en la Conferencia de Yalta (Febrero 1945), donde Stalin —convenientemente— emborrachó a los otros, Churchill incluido, y logró que firmaran lo que quería. [n. del pr.]

³ Un relato doloroso de los acontecimientos desde el punto de vista de los sobrevivientes se encuentra en: Pellegrino, Charles. 'El último tren de Hiroshima.' [n. del pr.]

⁴ Organización de las Naciones Unidas, ONU, o Naciones Unidas: Fundada en octubre 24, 1945, es la mayor organización internacional existente, creada para mantener la paz y seguridad internacionales, fomentar relaciones de amistad entre las naciones, lograr la cooperación internacional para solucionar problemas globales y servir de centro que armonice las acciones de las naciones. [n. del pr.]

Rusia, pues sólo los norteamericanos sabían cómo fabricarla.

Pero algunos científicos que habían trabajado en su fabricación eran espías, y transmitieron a los rusos el método de fabricarlas.

Desde entonces, Norteamérica y Rusia desarrollaron armas aún más terribles, y cada una de ellas tenía las suficientes como para extinguir la vida en la Tierra.

Desde ese momento, muchos otros países han desarrollado capacidades nucleares.

Mientras exista el nacionalismo, los países no llegarán a ningún acuerdo para erradicar esas terribles armas.⁵

Pero la Segunda Guerra Mundial no sólo nos legó la bomba atómica, sino algo más.

Los habitantes de las colonias ya no querían estar gobernados por el hombre blanco —reclamaron libertad, igualdad y fraternidad—.

Gran Bretaña y Francia tuvieron que abandonar sus colonias, una tras otra —luchando sin piedad por sus privilegios, lo mismo que los aristócratas y los propietarios del sur de Estados Unidos—.

Los grandes imperios coloniales del siglo XIX desaparecieron, y en su lugar nacieron nuevos estados independientes. ♣

[iii:20] perspectivas

En los cincuenta años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría no sólo separó a Norteamérica y Rusia, sino que dividió a todo el mundo en dos campos.

En Oeste, estaban los países occidentales, Norteamérica, Gran Bretaña, Francia, Alemania occidental, donde se creía en el capitalismo, en la libre empresa, en que cada persona puede ser libre para pensar y trabajar como quiera, y poseer toda la propiedad que uno pueda adquirir.

En el Este, estaban Rusia, Polonia, y los países que estaban bajo la órbita rusa, además de China, donde se creía en el comunismo, en que el Estado tenía que imponer lo que había pensar cada persona, cómo y en qué tenía que trabajar cada uno, y que nadie debía tener propiedades; sólo el Estado, la comunidad colectiva, podía tener propiedad.

En Oeste hay una intensa fe en la libertad y la gente espera tener libertad en todo: en el pensar, escribir, pero también en los negocios, en la economía.

En el Este, hay un mayor sentimiento por la fraternidad, donde la gente trabajara por la comunidad entera.

Pero querían ese sentido de colectividad para todo, no sólo en el trabajo que hacía la gente, sino

también en lo que pensaba —y, de ese modo, en los países comunistas no se podía imprimir ningún libro o periódico, ningún profesor podía enseñar nada sin recibir previamente la aprobación del gobierno—.

Los países capitalistas ponían demasiadas cosas en la cesta de la libertad —los países comunistas ponían demasiadas cosas en la cesta de la fraternidad—.

Hoy podemos ver dos tendencias en el mundo.

Por un lado hay países que forman alianzas, como la Unión Europea,¹ que suelen comenzar por lo meramente económico, pero que poco a poco van expandiendo esas unión a todos los aspectos de la vida, como vemos en Europa.

Por el otro lado, vemos cada vez más países que se dividen y separan, convirtiéndose en agrupaciones fieramente nacionalistas y étnicas.

Y no habrá paz ni progreso real en los nuevos estados que hay por el mundo hasta que se reconozca que el nacionalismo es algo que no pertenece a nuestra época, y hasta que la libertad, la igualdad y la fraternidad se sitúen cada una en el ámbito que le corresponde.

Nuestro propio futuro dependerá mucho de cómo resolvamos esas cuestiones.

No importa lo bien que lo hagamos en nuestro trabajo, el mundo es una gran aldea —una aldea global— y cualquier punto de conflicto o de lucha en un rincón puede llevar a una catástrofe a escala mundial que destruya nuestro trabajo y nuestras esperanzas.

¹ Unión Europea, UE: Comunidad política de derecho constituida en régimen sui generis de organización internacional nacida para propiciar y acoger la integración y gobierno en común de los Estados y los pueblos de Europa. Está compuesta por veintisiete Estados europeos y fue establecida con la entrada en vigor del Tratado de la Unión Europea (TUE) en noviembre 1, 1993. [n. del pr.]

⁵ La lucha actual no es de 'nacionalismos' sino de intereses económicos y comerciales. La única 'nación' es el dinero. [n. del pr.]

el profanador de textos

Pero al conocer el ámbito adecuado que ha de ocupar la libertad, el que ha de ocupar la igualdad, y el que ha de ocupar la fraternidad respectivamente, podemos contribuir un poco a crear un mundo mejor, en el que los niños puedan crecer sin la oscura nube de la guerra y la destrucción pendiendo sobre sus cabezas.

No pensemos que la persona individual no puede hacer nada.

No lo pensaron Robert Owen ni Henri Dunant, por ejemplo.

■ ■ ■

Hemos llegado así al final de nuestras clases de historia.

Empezaron con los cinco hijos de Pandu en la India antigua, en la época en que los hombres apenas se sentían en casa en la Tierra y anhelaban regresar al cielo.

Luego, en los tiempos de la Persia remota los dioses se seguían apareciendo en sueños y les inspiraban a los hombres inventos como el arado.

Entonces llegamos a la época de la Grecia antigua cuando ya no les visitaban en sueños y los hombres empezaron a pensar por sí mismos.

Se produjo el ascenso del Imperio Romano, y esa fue la época en que Jesucristo le dijo a los hombres que todos son hermanos, hijos del Padre en el Cielo.

Y las belicosas tribus germánicas destruyeron el Imperio Romano y crearon nuevos reinos; los anglos y sajones llegaron a Britania; los visigodos, a España; los ostrogodos, a Italia y los Balcanes, y mucho más.

Todas esas tribus salvajes se volvieron cristianas y su espíritu luchador se fue amansado por las reglas de la caballería.

El ascenso del Islam entre los árabes fue seguido por la riqueza y el poder de Bagdad y de otras ciudades árabes.

La presencia de los árabes durante ocho siglos en España, además de las Cruzadas que no consiguieron mantener Jerusalén bajo el dominio cristiano, contribuyó a que penetrara nuevo conocimiento en Europa y se despertó la curiosidad por tierras lejanas.

Las especias se convirtieron en algo muy codiciado, y los barcos empezaron a navegar hacia la India, la tierra de las especias.

De ese modo Cristóbal Colón zarpó para llegar a la India y en lugar de alcanzarla, descubrió América.

Luego siguió Leonardo, el genio del Renacimiento, y Lutero y la Reforma.²

Después se produjeron las guerras de religión, las guerras civiles entre ingleses y escoceses.

Después hablamos de la historia de Francia, desde el orgulloso Roi Soleil, Luis XIV, hasta la Revolución Francesa y Napoleón.

Esa fue la época en que se introdujeron en la humanidad las ideas de 'libertad, igualdad, fraternidad.'

La Revolución Industrial, a medida que fue produciéndose paulatinamente, hizo que esas ideas fueron más importantes y urgentes.

Cuando hablamos de 'Historia' quiere decir la historia del pasado, quiere decir hablar de las cosas que sucedieron o hace mucho o poco tiempo.

La visión general de nuestro pasado puede ayudarnos a adquirir una perspectiva del futuro, el tipo de historia que vivirán ustedes en los próximos veinte, treinta o cuarenta años. ♣

² En el espíritu de Kovacs, Leonardo y Lutero son 'genios del mismo nivel.' Pongámoslos juntos sólo por la cercanía histórica. [n. del pr.]



La esencia de la consciencia —en el sentido espiritual, no la de vigilia— es dar.

Este trabajo está dado para que los 'presentes y futuros maestros Waldorf'¹ tengan de donde abreviar de la fuente.

Si alguno se siente beneficiado por recibir este material y tiene deseos de dar, por favor done a la filial de su país de UNICEF.²

Me hará feliz que lo hagan, pero recordemos...

"Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; ⁴ así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará." [Mt 6:3-4]

*con cariño
el profanador de textos*

¹ Sea esta cita un recuerdo y agradecimiento a la enorme tarea realizada por Juan Berlín (Johannes Berlin Neubart) como editor de los 'Boletines de Metodología para los presentes y futuros maestros Waldorf.' [n. del pr.]

² UNICEF (1946): Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, encargado de ayudar a los niños y proteger sus derechos. Originalmente United Nations International Children's Emergency Fund ['Fondo Internacional de las Naciones Unidas para los Niños en Emergencia']. [n. del pr.]

el profanador de textos

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

Muchos de los maestros que intentaban implementar la pedagogía Waldorf en lengua castellana allá por los años setenta esperaban mensualmente como una ayuda inigualable la llegada del 'Boletín de Metodología para los presentes y futuros maestros Waldorf,' publicados gratuitamente por Juan Berlín (Johannes Berlin Neubart) desde México, desde octubre de 1970.

Los maestros más jóvenes y los nuevos estudiantes generalmente han 'escuchado hablar' de los Boletines, o los 'berlines,' como se los nombraba cariñosamente.

A veces han podido acceder a fotocopias de fotocopias, muy deterioradas y muchas veces incompletas.

Como tributo y agradecimiento a Juan Berlín por su tarea, tengo el agrado de aportar esta versión digitalizada, para que cada 'presente y futuro maestro' tenga acceso a toda la información de una manera fácil de ubicar y en versión (casi) original.

versión 0.9 - Julio, 2015

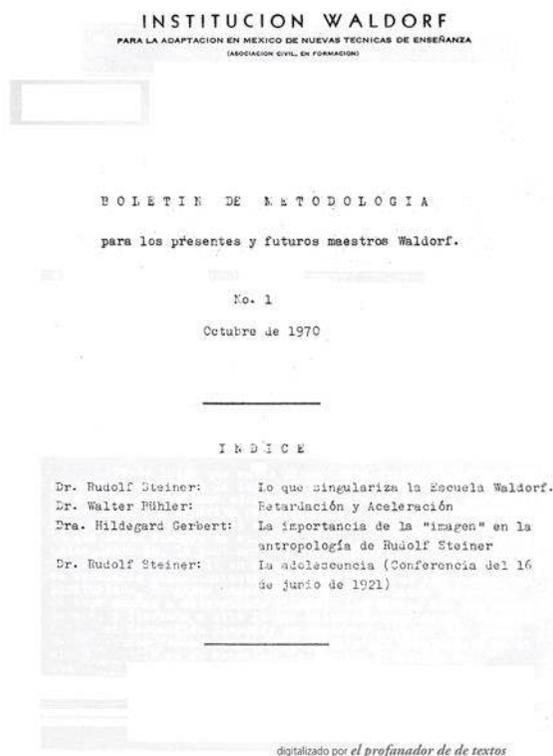
	Boletines	Suplementos
Publicados	178	15
Recuperados	161	15

Material recuperado de maestros y escuelas Waldorf de Argentina y España

recuperación en tributo y agradecimiento a Juan Berlín

boletines de metodología para los presentes y futuros maestros Waldorf

material recuperado de maestros y colegios waldorf



agradecimiento

Un grupo de personas —quizás representando instituciones pero poniendo su corazón en ello— hizo posible esta recopilación.

Sólo nombro a unos pocos:

- Yanina Coppoteli Sengali (Juana de Arco)
- Alejandro Ranovsky (Perito Moreno)
- Ingrid Simenyi (Rudolf Steiner)
- Antonio Malagón Golderos (Centro de Formación de Pedagogía Waldorf, España)
- Patricia Quiroga Uceda (España)
- Inés Meirelles (San Miguel)
- Úrsula Vallendor (Seminario Pedagógico)
- Y a todos aquellos maestros que, en su momento, se 'acordaron' de devolver a las bibliotecas los ejemplares que se les habían prestado.

Y quiero agradecer especialmente a Perejil y a Rúcula, sin cuya compañía, colaboración, entusiasmo y motivación y por qué no decir profundo amor y amistad nada de esto existiría.

(Los nombres han sido cambiados para proteger a los culpables.)

*gracias
el profanador de textos*

el profanador de textos

“Sólo aquello que por medio de mi trabajo se transforma en mí mismo, sana, nutre y libera al niño.”
Rudolf Steiner

